

EL ÚLTIMO
DESEO DEL
HIGHLANDER

ARIADNA BAKER

EL ÚLTIMO
DESEO DEL
HIGHLANDER

—❧—
ARIADNA BAKER

EL ÚLTIMO
DESEO DEL
HIGHLANDER



ARIADNA BAKER

Primera edición.

El último deseo del highlander

©Ariadna Baker.

©Octubre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

El último deseo del highlander

©Ariadna Baker.

©Octubre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Epílogo](#)

[RRSS](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Epílogo](#)

[RRSS](#)

Capítulo 1



Kenzie

Adoraba mi trabajo, de verdad que sí.

Siempre quise dedicarme a algo que estuviera relacionado con niños, me encantan y son tan adorables, tiernos y cariñosos, que por eso iba al trabajo con la mejor de mis sonrisas cada día.

Hacia años que mi madre abrió su propia guardería, esa en la que decidí trabajar yo también, por lo que, hoy en día, ambas éramos las dueñas de una de las mejores guarderías de New York, donde trabajaba también mi mejor amiga, Carol.

Pero permitidme empezar por el principio...

Kenzie, así me llamaron mis padres cuando nací, veintiséis años atrás, en Escocia, lugar del que eran procedentes las familias de ambos, Alan y Brenda.

Él tenía veintitrés años y ella diecinueve cuando se enteraron de que estaban embarazados, a solo unos meses de cumplir veinticuatro y veinte. Fui una sorpresa de esas que te dejan con las canillas temblando, como decía mi abuela Bridget, madre de mi padre, pero quien no dudó en ayudar a ambos en todo lo que pudo, ya que la familia de mi madre les dio de lado.

Ella siempre me dijo que sus padres querían un futuro mejor que el que le esperaba siendo madre tan joven, que no sabía dónde se metía dejando todo por mi padre y por mí. La abuela Bridget y mi padre trabajaban en el Castillo Sinclair, para el señor Arthur, quien no dudó en contratar a mi madre también como ayudante de la abuela en la cocina.

Fue allí donde nací, en mitad de una tormenta de nieve que dejó incomunicado el castillo, y entre la abuela y las demás mujeres del servicio, ayudaron a mi madre en las labores del parto.

Diez años después nació mi hermana Tara, la viva imagen de nuestra madre, rubia de ojos azules, mientras que yo heredé el verde de los ojos de nuestro padre y la abuela Bridget. Mi padre decía que me parecía mucho a su madre, cosa que comprobé que era verdad al ver fotos de ella a mi edad.

Doce años tenía cuando mis padres decidieron hacer una vida lejos de Escocia y nos mudamos a New York, ese que se convirtió en nuestro hogar desde que llegamos.

El señor Arthur siempre me quiso como a una nieta, esa que me decía que había deseado toda su vida pero que no

pudo tener, como tampoco tuvo hijas. El único hijo que tenía, el señor Nolan, quedó viudo cuando su nieto Colin tenía poco más de tres años, al igual que le había pasado al propio Arthur, que perdió a su esposa cuando su hijo tenía seis años.

El señor Arthur y mi abuela siempre fueron buenos amigos, por lo que a nosotros tres, a mis padres y a mí, nos trató como si fuéramos parte de su familia. La abuela se quedó con él en el castillo, decía que ese viejo enclenque no podía hacer nada sin ella, algo que nos hacía reír a todos, incluso al propio señor Arthur.

Quien los viera juntos pensaría que eran un matrimonio, pero nada que ver con la realidad. Entre ellos nunca hubo nada más que una sana y feliz amistad, esa que duró hasta la muerte de mi abuela, tres años atrás.

A pesar de haberla perdido, el señor Arthur siguió en contacto con nosotros, enviándonos regalos en Navidad y cumpleaños, tal como había hecho siempre junto con mi abuela.

Por eso, por el amor que él me tenía y que podía asegurar yo también a él, me encontraba ese viernes en mi despacho llorando tras leer la carta de su abogado.

«Estimada señorita Duncan, lamento comunicarle el fallecimiento del señor Arthur Sinclair el pasado lunes. Fue algo tan repentino e inesperado para todos, que no pudimos más que avisar a su familia para que asistiera al funeral, pero él me dejó encomendada la tarea de enviarle esta carta con su última voluntad.

Para él, usted era como una nieta, la adoraba y la tenía en gran estima, al igual que a su único nieto, el señor Colin Sinclair.

Es por ello, señorita Duncan, que le adjunto la nota que el señor Sinclair dejó para usted, así como para su nieto. Una vez la lea, le rogaría me dijera, a más tardar el lunes próximo, su decisión para preparar todo.

Quedo a su disposición en el teléfono a pie de carta.

Un saludo. Luke Donovan»

No había dejado de llorar, las lágrimas caían por mis mejillas mientras imágenes del señor Arthur llenaban mi mente en ese momento.

Cogí la nota escrita por él, de su puño y letra, y la leí con el corazón en un puño. Lo último que leí del señor Arthur fue lo que escribió en mi tarjeta de cumpleaños.

«Mi preciosa nieta Kenzie.

Si estás leyendo esto, es que al fin me he reunido con mi esposa, y con tu abuela, esa amiga que nunca quiso dejarme solo.

¡ Cuánto la eché de menos en estos tres años, no te haces una idea. Debo reconocer que, tal como ella decía, este viejo enclenque no podía hacer nada sin ella.

Pero no es solo para hablar de lo mucho que quise a tu abuela y lo importante que fue en mi vida, por lo que te escribo esto, Kenzie.

Como sabes, siempre te consideré una nieta, al igual que a Colin, y es por ello por lo que, vosotros, seréis mis herederos.

Sí, niña, has leído bien. Los dos seréis herederos del castillo familiar a partes iguales, ya está hablado con mi hijo Nolan y está de acuerdo, así que no te preocupes porque él se niegue a mi petición, sabe de sobra cuánto te quiero.

Para ello, tendrás que convivir durante los tres meses de este verano con Colin en el castillo, de ese modo ambos os convertiréis en los herederos. Si por cualquier razón, alguno de los dos abandona su estancia antes de ese plazo de tres meses, el que quede será el único heredero del castillo.

¿Sé que hace mucho que no ves a Colin, yo mismo he pasado largas temporadas sin ver a mi nieto, al igual que Nolan, pero te aseguro que es un buen hombre, que no tendrás problemas en la convivencia con él puesto que prácticamente habéis crecido juntos hasta que vuestros caminos tomaron rumbos diferentes.

Soy consciente, mi niña, de que no querrás esto, que pensarás que no debes aceptar heredar una parte de algo que no te corresponde porque no llevas mi sangre, pero te aseguro que, si hubiera tenido una nieta, habría deseado que fuera como tú sin lugar a duda.

Vuelve a Escocia este verano, vuelve al lugar en el que naciste y donde me hiciste el viejo cascarrabias más feliz del mundo.

Porque tú, mi niña Kenzie, fuiste ese rayo de sol que iluminaba el castillo desde que llegaste al mundo.

Con amor, acompañado de dos de las mujeres de mi vida, tu abuelo.

· Arthur Sinclair»

No podía contener las lágrimas, aquellas palabras, como todas las que me dedicaba, se clavaron en mi alma.

Era mutuo, bien lo sabía él, puesto que no conocí a mi abuelo paterno, ese hombre del que Bridget se enamoró y cuando le dijo que estaba embarazada, la dejó sin contemplaciones.

Por no hablar de los padres de mi madre, que nunca volvieron a querer saber nada de su hija y, mucho menos, de sus nietas.

Arthur Sinclair y su hijo Nolan fueron esa familia no de sangre que no dudaron en abrir las puertas de su casa para mi madre y, por ende, para el bebé que llevaba en su vientre.

Hacía catorce años que no veía a Colin Sinclair, recordaba al muchacho alto y desgarbado que era, ese que se fue con dieciocho años a la universidad un mes de agosto para habituarse a la que sería su nueva vida, y solo tres semanas después mi familia se marchó también.

Siempre supimos por la abuela que Colin se convirtió en un hombre de provecho, que se había labrado un buen nombre en Los Ángeles y tenía una de las mejores constructoras del país.

Sonreí al recordar la de tardes que le espíe mientras estudiaba en la biblioteca, preparándose los exámenes, y cómo sonreía al ser consciente de que yo estaba allí, sigilosa como un ratón.

Un simple gesto suyo, y corría a la mesa para ver qué hacía.

—¿Kenzie? —Miré hacia la puerta y vi a mi madre entrando—, Cariño, ¿qué te pasa?

—Arthur Sinclair, falleció el lunes —dije entre lágrimas.

—¡Ay, no! Mi vida —Me abrazó y, como hacía cuando no era más que una niña que lloraba tras una pesadilla, me acarició el pelo y la espalda—. ¿Cómo lo has sabido?

—Su abogado, me ha enviado una carta. No nos avisó para ir al funeral porque fue todo muy rápido, pero Arthur dejó una carta para mí.

Se la di a mi madre, quien cogió una silla para sentarse a mi lado, y comenzó a leerla.

Al igual que a mí, se le llenaron los ojos de lágrimas que caían sobre la tela de su falda, esas que retiraba despacio

—¿Te quiere nombrar su heredera? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Junto con Colin, sí.

—Siempre supimos que eras la niña de sus ojos, pero como para que haga esto. ¿Qué vas a hacer, cariño?

—Sabes que, si voy a Escocia, no es por la herencia.

—Lo sé —sonríó—. Siempre quisiste volver, pasar una temporada allí, donde naciste y creciste.

—Echaba de menos a Arthur y sus historias, sus abrazos y esos besos de abuelo que siempre me dio.

—Creo que es hora de que vuelvas al lugar del que vienes, cariño —dijo acariciándome la mejilla—. Recuerda que te encantaba pasar los veranos montando a caballo, cepillándoles, dándoles de comer —sonrió.

—Pero ¿y la guardaría?

—No te preocupes por ella, tenemos personal de sobra aun con los que se van de vacaciones.

—Mamá...

—No, Kenzie —me cortó cogiéndome la mano—. Arthur era importante para ti, siempre lo entendí, y ahora que no está, merece que vayas a darle un último adiós, que le lles flores y que vuelvas a revivir aquellos años que pasaste con él.

—¿Crees que Carol querrá venir conmigo? No quiero estar sola allí con el personal al que no conozco, ni con Colin. Después de catorce años, seremos dos completos desconocidos.

—Solo hay una manera de saberlo, sal esta noche con ella y pregúntale si quiere pasar unas vacaciones en un castillo en Escocia.

—Algo que me dice que estará encantada, con la de cosas que le he contado del castillo —reí—. Voy a preguntarle al abogado primero si habría algún problema en ir acompañada, no sea que no pueda llevar a nadie.

Mi madre asintió, dejó la carta de Arthur sobre la mesa y se marchó sin decirme lo que fuera que hubiera ido a decir allí.

2 Me puse en contacto con Luke Donovan, el abogado de Arthur, y me dijo que no había ningún inconveniente en que fuera acompañada.

Le dije que le confirmaba a la mañana siguiente si asistiría sola o con mi amiga, y quedó a la espera para hacer la reserva de los billetes de avión y que prepararan una o dos habitaciones.

Carol no había ido a trabajar porque tenía cita con su ginecóloga, por lo que le puse un mensaje quedando en vernos en el bar de Milly a las ocho para cenar y después tomarnos una copa.

1. Aceptó encantada y yo volví a leer la carta de Arthur.

No me podía creer que quisiera nombrarme una de sus herederas, pero así era.

Aun habiendo pasado catorce años desde que me despedí entre lágrimas del hombre al que siempre quise como a un abuelo, él seguía queriéndome del mismo modo.

Mi madre asintió, dejó la carta de Arthur sobre la mesa y se marchó sin decirme lo que fuera que hubiera ido a decir allí.

Me puse en contacto con Luke Donovan, el abogado de Arthur, y me dijo que no había ningún inconveniente en que fuera acompañada.

Le dije que le confirmaba a la mañana siguiente si asistiría sola o con mi amiga, y quedó a la espera para hacer la reserva de los billetes de avión y que prepararan una o dos habitaciones.

Carol no había ido a trabajar porque tenía cita con su ginecóloga, por lo que le puse un mensaje quedando en vernos en el bar de Milly a las ocho para cenar y después tomarnos una copa.

Aceptó encantada y yo volví a leer la carta de Arthur.

No me podía creer que quisiera nombrarme una de sus herederas, pero así era.

Aun habiendo pasado catorce años desde que me despedí entre lágrimas del hombre al que siempre quise como a un abuelo, él seguía queriéndome del mismo modo.

Capítulo 2



Kenzie

A las ocho en punto estaba sentada en la mesa esperando a Carol, esa mujer no llegaría puntual ni a su boda, y esc que la novia siempre debía ser la última en llegar.

Pedí unas jarras de cerveza, unas raciones de pollo crujiente y patatas con ketchup, y para cuando lo sirvieron, veinte minutos después, entró ella por la puerta.

—Lo siento, lo siento —dijo con la mano en el pecho—. No te lo vas a creer.

Me dio un beso antes de sentarse y arqueé la ceja.

—¿Otro atasco? Mira que, sé de sobra que la ciudad de New York es un asco en lo que al tráfico se refiere, pero, Carol, ¿todos los atascos te los encuentras tú?

—Esta vez no ha sido un atasco, palabrita de *girl scout* —respondió mientras se llevaba dos dedos al corazón.

Carol era todo lo opuesto a mí. Mientras decía que yo era como una muñequita de porcelana, rubia, de ojos verdes, cuerpo delicado y de metro sesenta, ella se definía como la noche a mi lado.

Cabello negro, ojos marrones, algunas curvas aquí y allá, y metro setenta de piernas largas a las que yo envidiaba por lo bien que le sentaban las faldas y los pantalones.

La conocí el primer día de colegio cuando nos mudamos, y desde ese instante, no nos habíamos separado nunca.

Vivimos juntas todas esas primeras veces que una chica puede vivir, desde el periodo que llegaba sin avisar y causando que pensáramos que nos estábamos muriendo, hasta el desamor al ser dejada por una persona que realmente no nos amaba.

—En serio, Kenzie, esta vez ha sido mucho más fuerte que un atasco por un pinchazo del autobús.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté cogiendo una patata bañada en ketchup.

—Mi vecina Lorraine, la del tercero. Se ha puesto de parto.

—¿Ya? Pero si estaba solo de ocho meses.

—Pues imagina el susto de la pobre. Cuando estaba saliendo de casa escuché el alarido de dolor que salía de su casa, subí corriendo a ver qué le pasaba y me abrió la puerta a duras penas. Llamé a la ambulancia y cuando llegaron los sanitarios, tuvieron que atender el parto allí mismo, en mitad del pasillo, porque la niña tenía prisa por nacer.

—¿Qué dices?

—No me atrevía a dejarla sola, había llamado a su marido, pero estaba en un aviso por un robo a una gasolinera, y me quedé con ella hasta que las han llevado al hospital. Tenías que haber visto a la niña, es más mona...

—Bueno, ahora puedes estudiar para obstetra, o para partera —sonreí.

—Te cuento un secreto, casi me desmayo al ver la sangre. —Volteó los ojos—. No, es broma —rio—, no soy aprensiva. Pero, escucha, me ha dolido hasta a mí ahí abajo, mientras veía a los sanitarios sacar a la niña. En serio me sigue pareciendo increíble que esa zona se pueda dilatar tanto.

—Ya tienes una vivencia más para contar a tus nietos.

—¿Qué nietos? Primero deberé tener hijos, ¿no?

—También es verdad.

Dimos buena cuenta de la cena y las cervezas mientras me contaba que su revisión anual con la ginecóloga la había pasado con matrícula de honor, muerta de risa me tenía con cada cosa que decía aquella loca.

Íbamos ya por la tercera cerveza cuando le propuse el viaje a Escocia.

—¿Ya estás borracha? —arqueó la ceja— ¿Qué le han puesto a tus cervezas?

—Nada —reí.

—Pues explícame eso de irnos de viaje a las Tierras Altas de las que vienes, porque habíamos hablado de ir a Santa Mónica.

—Ya, verás, es que...

Y comencé a contarle lo de Arthur, me cogió la mano y la sonrisa se le borró del rostro cuando le dije que había fallecido.

Al hablarle de la carta que él me escribió, donde me pedía que pasara tres meses en el castillo, se llevó la mano a la boca.

—¿Su heredera? —gritó abriendo los ojos.

—Una de ellas, Colin es su nieto y es el heredero por derecho.

—Bueno, sí, claro, pero, ¿quieres ser heredera? Compartirás una propiedad con otra persona, y no una propiedad cualquiera, Kenzie, hablamos de un castillo. Un jodido castillo en Escocia.

r —Lo sé, pero si voy, renunciaré a esa herencia, no quiero algo que no me pertenece, pero al menos, una última vez, me gustaría poder estar allí, donde nací, donde viví una infancia feliz y bonita.

—Madre mía, tres meses en Escocia, tu madre nos mata —rio.

7 —No, no lo haré. Conociéndola, sé que es capaz de preparar nuestras maletas ella misma.

—¿De verdad que quieres que vaya contigo?

—¿Cómo no iba queriendo, loca? Si parecemos siamesas, todo lo hacemos juntas.

’ —Siamesas no, en todo caso, mellizas.

—¿Mellizas? Dime en qué nos parecemos, por favor.

—Pues... deja que piense. —Cogió la cerveza para darle un sorbo—. En el blanco de los ojos, eso es evidente. En el gusto musical, y por los chicos guapos.

—Y gilipollas.

—Y gilipollas —admitió—. Además de que nos encantan los niños y la moda.

—Vamos, mellizas de toda la vida. —Volteé los ojos y me eché a reír.

—Escocia, qué fuerte —dijo apoyando el codo en la mesa mientras se sostenía la barbilla con la mano, quedándose pensativa con la mirada hacia la calle.

—Entonces, ¿te animas?

—A pasar tres meses en un castillo como si fuera una princesa escocesa. Por favor, eso no se duda.

—Oye, de princesa nada, que allí si nos piden que curremos...

—Lo haremos como la que más, tú tranquila por eso —dijo quitándole importancia con la mano—. Pero no me dirás que no es una aventura, o sea, voy a conocer Escocia, ¿y si de allí me traigo un Highlander de esos? Uf, ya me lo estoy imaginando.

—Ya te vale —reí.

—Oye, guapa, la culpa es de tu padre, me ha hecho tener expectativas muy, muy altas.

Le tiré una patata a la cara, pero ella, que era muy rápida, la atrapó con la boca.

No podía culparla de querer un hombre no solo guapo, sino cariñoso, amable y que la cuidara, dado que había

crecido conociendo a mi padre, un Highlander de pura raza como ella le llamaba.

Iba a volver a mis raíces, al lugar en el que nací y al que siempre deseé poder volver.

t

crecido conociendo a mi padre, un Highlander de pura raza como ella le llamaba.

Iba a volver a mis raíces, al lugar en el que nací y al que siempre deseé poder volver.

Capítulo 3



Colin

La mañana había comenzado un tanto ajetreada, parecía que nunca iba a terminar, motivo suficiente para pedirle a Logan que nos fuésemos a tomar una cerveza y comer en la calle, me apetecía muchísimo que me diera el aire.

—Ya sabes que a mí me nombras la cerveza y voy de cabeza a donde sea, aunque esté durmiendo. —Apagó el ordenador zanjando el tema y recogiendo toda su mesa para dejarla impecable, lo mismo que hice yo.

Logan era mi amigo desde muchos años atrás y el que rápidamente se fue convirtiendo en aquel hermano que siempre anhelé tener, y como colofón del asunto, era mi socio en la constructora que teníamos aquí en Los Ángeles y con la que habíamos amasado una fortuna. En lo empresarial, la vida nos sonreía.

Precisamente nos habíamos conocido en la universidad de Escocia en la que cursábamos la misma carrera, ambos éramos originarios de allí. No tardamos en hacernos inseparables y cuando terminamos la carrera decidimos venirnos juntos a Los Ángeles. Y ahora, con treinta y dos años cada uno, estábamos más que seguros de que fue la decisión más acertada y correcta.

Pudimos emprender en este mundillo gracias a la ayuda tanto de su familia, como de la mía, ya que nos pusieron por delante los medios económicos suficientes para poder comenzar. En mi caso fue por parte de mi abuelo Arthur y mi padre Nolan. Mi madre falleció cuando yo tenía seis años.

—¿Al Rey de las hamburguesas? —preguntó cuando arrancó su coche y yo estaba en el asiento del copiloto poniéndome el cinturón y bajando la ventanilla. No aguantaba llevarla cerrada.

—Buena idea, a ver si tenemos suerte y hay mesa.

—Seguro que sí y si no, nos esperamos en la terraza tomando una cerveza.

—El caso es que no nos falte una en las manos. —Me miré los pelos en el espejo.

El sitio era muy cómodo ya que estaba a las afueras de la ciudad, en un pueblo cercano, contaba con su propio aparcamiento y unos jardines con mesas que te hacían desconectar del mundo, eso sí, siempre solía estar muy concurrido, aunque no era un lugar asfixiante por la de metros que tenía la terraza.

Nada más entrar nos encontramos con una chica con la que Logan tuvo un lío, y que estaba casada, precisamente estaba con el marido. Evidentemente hicieron como si no se conocieran, eso sí, a ella se le cambió la cara por completo.

—No tenía otro lugar al que llevar a su esposa que aquí, a encontrarse con su amante, pobre hombre, ese tiene un karma...

—Ni que lo digas, menos mal que no sabe nada. —Se echó a reír.

—Mejor, mejor, no me hubiera gustado ver cómo vuelan las sillas o mesas.

Y cómo no, nosotros también tuvimos nuestro karma y nos tocó esperar apoyados en la barandilla de madera a que nos pasasen a una mesa, eso sí, la cerveza ya la teníamos en las manos.

—Se me hace la boca agua. —Observaba a una señora hamburguesa que llevaba uno de los camareros para una de las mesas. Momento en que una llamada me sacó de aquella delicia.

—Tu padre siempre tan oportuno. —Movié la cabeza mientras sonreía.

—Papá, hola. ¿Qué tal todo? —Lo miré en tono de advertencia y señalándole con el dedo para que no dijera una de las suyas.

—Hijo —su tono era totalmente diferente al de siempre—, tienes que venir a Edimburgo en el primer vuelo que salga hoy mismo.

—Papá. ¿Por qué? ¿Qué pasó? —Logan me miró asustado por esas preguntas y porque estaba claro que mi cara había cambiado por completo.

—El abuelo acaba de fallecer...

Se me cayó directamente el vaso de cerveza sobre el césped, me había acabado de llevar una impresión que no me dejaba salir del *shock*.

—¿Qué te pasa? —preguntó Logan preocupado.

—Papá, salgo para allá.

Creo que era la primera vez en mi vida que en menos de dos horas tenía unos vuelos comprados para esa misma noche y la maleta lista. Logan no dudó en venirse conmigo.

Fue todo tan precipitado que cuando me quise dar cuenta, el vuelo estaba despegando para dirigirse a Escocia.

Mi padre me prometió que hasta que yo no llegara no se le haría el funeral y entierro, lo estarían velando hasta entonces, cosa que agradecí, quería despedirme de él, aunque fuese en esas tristes condiciones.

Arthur, mi abuelo, vivía feliz en su castillo junto a su hijo, mi padre, era un hombre que amaba la vida, a su familia, pero por encima de todo a su casa, esa que me vio crecer. Sin embargo, siempre supe que mi padre había renunciado a la herencia de la casa que, por ende, pasaba a mí como heredero directo.

Si nunca se marchó del castillo es porque allí estaba al lado de su padre, y la verdad es que tenía a todo el persona

del servicio como si de su propia familia se tratara, pero siempre me advirtió, que el día que mi abuelo faltase, se iría a otro lugar mucho más pequeño y normal.

Miraba por la ventanilla intentando reprimir las lágrimas cuando Logan soltó una de las suyas.

—Sé que duele perder a un ser querido y más en tu caso que no es que lo quisieras, es que lo adorabas, pero piensa lo positivo, te acabas de hacer propietario de un castillo. —Se encogió de hombros aguantando la risa, pero yo sí que estallé en una carcajada que agradecía justo en el momento que estaba a punto de romper.

—No tienes remedio, Logan. —Intentaba contener las carcajadas, pero me era imposible.

—Pretendía sacarte una sonrisa, hermano. —Me dio una palmada en la pierna—. Son momentos duros, pero hay que ponerle humor a todo en la vida, desde el cariño y el respeto.

—Claro, además, no te tienes que justificar, te conozco Logan.

—Pues eso, ahora toca pensar qué hacer con el castillo y cómo lo vas a mantener con todo el personal que hay dentro. —Aguantaba la risa.

—No lo voy a vender si es lo que estás pensando, es más, siempre pensé que, llegado el caso, lo convertiría en un hotel con encanto y en el que mantendría al mismo personal que tenemos hasta ahora.

—Tienes unas ideas buenísimas. —Tocó las palmas de forma lenta en señal de que había sido brillante.

—Pero está claro que no haré ni diré nada hasta que mi padre se vaya, como si se quiere quedar toda la vida, primero está él, lo demás solo es material.

—¡Qué orgulloso estoy de ti! —Me cogió la cara con las dos manos y me dio un beso en la frente.

—Cada vez estás peor —negaba sin poder dejar de reír.

—Pero parezco tu novia, soy quien te saca las sonrisas. —Puso morros.

—Definitivamente, sí —sonreí.

Durante gran parte del vuelo tuvimos la suerte de ir durmiendo, y eso que duró más de diez horas, aterrizamos en Londres donde enlazamos otro hacia Edimburgo.

Evan, el chófer de la casa, nos estaba esperando en la terminal para recogernos, y fue ahí que nada más verme, no tardó en venir hacia mí para darme un abrazo y decirme que lo sentía.

Entraba por los jardines de acceso al castillo y era consciente de que dentro ya no iba a ser como antes, me descomponía por completo. Mi abuelo era el rey de la casa, vivía feliz en este lugar en el que se pasaba meses sin salir de las tierras.

Mi padre apareció en la entrada para recibirnos con un abrazo, se le veía fuerte, con el dolor en el rostro, pero fuerte y entero.

Pasamos hasta la sala que habían preparado para velarlo, su cuerpo yacía dentro de su caja la cual tenía un trozo de la tapa en cristal para que se le pudiera ver. No pude controlar el derramar unas lágrimas y derrumbarme mientras mi padre y amigo me ponían cada uno una mano en el hombro.

Avisaron al cura para que viniese y oficiara el funeral antes de ser enterrado en las tierras, junto a su mujer y su nuera. Tanto lo de la ceremonia íntima en casa como ser enterrado aquí, fue por su expreso deseo, cosa que siempre nos dejó muy recalcado.

No éramos muchos en su despedida, pero los que estábamos, incluido el personal, eran las personas más importantes para mi abuelo, así que se marchó rodeado de mucho cariño.

Logan se instaló en una habitación y yo en la mía, ambos estábamos agotados del viaje y de la despedida, era momento de dormir e intentar desconectar un poco de todo.

Pasados unos segundos de tumbarme en la cama, me di cuenta del silencio absoluto que se sentía en el castillo, me hizo recordar a cuando yo era niño y me asustaba y preguntaba a gritos si había alguien ahí.

Pasamos hasta la sala que habían preparado para velarlo, su cuerpo yacía dentro de su caja la cual tenía un trozo de la tapa en cristal para que se le pudiera ver. No pude controlar el derramar unas lágrimas y derrumbarme mientras mi padre y amigo me ponían cada uno una mano en el hombro.

Avisaron al cura para que viniese y oficiara el funeral antes de ser enterrado en las tierras, junto a su mujer y su nuera. Tanto lo de la ceremonia íntima en casa como ser enterrado aquí, fue por su expreso deseo, cosa que siempre nos dejó muy recalcado.

No éramos muchos en su despedida, pero los que estábamos, incluido el personal, eran las personas más importantes para mi abuelo, así que se marchó rodeado de mucho cariño.

Logan se instaló en una habitación y yo en la mía, ambos estábamos agotados del viaje y de la despedida, era momento de dormir e intentar desconectar un poco de todo.

Pasados unos segundos de tumbarme en la cama, me di cuenta del silencio absoluto que se sentía en el castillo, me hizo recordar a cuando yo era niño y me asustaba y preguntaba a gritos si había alguien ahí.

Capítulo 4



Colin

Estaba tomando el primer café de la mañana junto a Logan en la terraza del salón cuando apareció mi padre saludando y dándonos un golpecito en el hombro. Traía algo en las manos.

—Es para ti, del abuelo, lo dejó aquí el abogado y dice que cuando la leas, lo llames para hablar sobre ello. Es importante. —Dejó sobre la mesa un sobre antes de sentarse mientras le iba sirviendo el café la adorable Moira. Cogí la carta por la curiosidad dada su importancia.

«Mi querido y adorado Colin.

Cuando leas esta carta ya estaré junto a la abuela y tu mamá, las mujercitas de la casa. Sabes que sobre todo a la abuela la eché mucho de menos, sobra decir que han sido los años más tristes de mi vida. El vacío que dejó tan grande en mi corazón era difícil de calmar. Solo lo puede llegar a entender el que lo siente.

Quiero hablarte sobre Kenzie, esa niña que, definitivamente, vi como a la nieta que nunca tuve, mi rubita de ojos verdes que correteaba por el jardín y siempre nos andaba regalando una sonrisa. A ella también la quise y querré siempre, no tanto como a ti, pero sí lo suficiente como para tener la firme convicción de que era tan merecedora del castillo como tú, por ello pensé en algo que espero que no te siente mal y lo aceptes con amor.

Conviviréis durante los tres meses siguientes a mi fallecimiento en el castillo, si alguno de los dos abandona antes, perderá su parte y pasará por completo al otro.

Quiero que disfrutes de este lugar durante este tiempo y te llene de recuerdos en los que todos fuimos muy felices. No lo veas como un castigo y disfruta de la que fue la casa que te vio crecer.

Cuida a Kenzie, es una buena chica y estoy seguro de que reviviréis muchos momentos bonitos.

Tu abuelo siempre te querrá, esté donde esté, siempre te llevaré conmigo».

—¿Kenzie? ¡Pero si ni la recuerdo! ¿Y me va a robar la mitad del castillo? ¿Qué hago con un castillo a medias? De verdad que no entiendo al abuelo. —Lancé la carta sobre la mesa y me llevé las manos al pelo.

—Tres meses aquí no es mucho, además no creo que nadie nos aguante tanto tiempo —murmuró Logan arrancándonos unas risas y dando por sentado que él también se quedaba. Conociéndolo, en dos semanas haría que la chica abandonase.

—No seáis malos —contestó mi padre negando—. Es una buena chica y el abuelo sentía adoración por ella.

—No me entra en la cabeza, te lo juro que no me entra en la cabeza. ¿En qué estaba pensando el abuelo para hacer esto?

—Medio castillo es medio castillo —murmuró Logan causándonos unas risas—. Yo con una cuarta parte me conformo.

—Tú encárgate de que la tal Kenzie se marche tal como llegue y no quiera regresar más.

—¡Hijo! —protestó de nuevo mi padre negando, pero sin dejar de sonreír.

—No sé para qué renunciaste al castillo, papá, la que has liado —bromeé un poco.

—Mi mentalidad es otra a la tuya, Colin. —Me miró de lado a modo reprimenda.

Se terminó de tomar el café y se marchó con Evan a la ciudad a hacer unos recados, yo aproveché para llamar al abogado y comunicarle mi disconformidad a sabiendas que era lo que había, pero como le dije, de aquí no me movía en estos tres meses, no iba a perder mi parte, lo jodido que después de esto, ya no podría llevar a cabo mis planes futuros de un hotel a no ser que llegara a un acuerdo con ella para comprarle su parte que sería desorbitada o que ella, como era la intención de Logan y mía, abandonase el castillo antes. ¡La que había liado mi abuelo!

1

Kiara apareció para servirnos otro café y para saber si necesitábamos algo más, era de lo más correcta y simpática pero muy tímida.

é —Esta chica y Arlene hacen que el castillo tenga su punto más sexy.

—Logan, por Dios. —Bufé riendo y echándome las manos a la cabeza. Este hombre iba una tras otra.

—¿Qué? Uno tiene ojos, joder que parecen sacadas de catálogos de moda.

—Nada, no tienes remedio.

—Ni tú, lo que te pasa es que estás estresado porque una jovencita puede que te robe la mitad de la herencia.

—No lo va a conseguir, te digo desde ya, que no lo va a conseguir.

—Pues claro que no, así tengamos que poner en el castillo las veinticuatro horas unos bafles a toda leche con música tecno.

—Se te va la cabeza, Logan, tú y tus ideas.

—Eso sería si vemos la cosa turbia, que tengo más planes en mi cabeza que eso, por ejemplo, hacerle desaparecer las cosas de su habitación, como ropa, accesorios o cosas que le pueda incomodar no encontrar.

e

—Eres único —negué riendo—. Sigue, que al final va a ser verdad que la echamos en la primera semana.

—Ni qué decir tiene que no somos sus animadores para tenerle que sonreír ni sacarle una sonrisa, ni aun menos sus amigos, ni nada por el estilo, así que nada de fingir, correctos es como estaremos, pero eso sí, sin la más leve sonrisa. Hay que marcar territorio, que se vea de dónde viene la verdadera sangre Sinclair, que no eres una joven : la que le cayó la lotería del cielo, bueno, de tu abuelo.

—Espero que le caiga mal al personal del servicio —negué de lo mal que ya me caía esa chica y aún no había entrado en escena.

—No lo veo, no lo veo, tendrá que buscar aliados para este tiempo.

—Ve pensando algo para ponerlos en contra de ella —me terminé el café de un trago.

Me entró un mensaje de Rose, una joven dos años menor que yo con la que me liaba de forma esporádica y que andaba pillada por mí, eso lo tenía claro.

Rose era originaria de Los Ángeles, una morena de ojos marrones de lo más sensual, pero es verdad que como tuviéramos muchos encuentros seguidos, ya se ponía un tanto asfixiante y eso me alejaba de ella otra temporada.

Rose: *Hace tiempo que no nos vemos. ¿Qué tal si me invitas a cenar esta noche, mi escocés favorito?*

Logan y yo nos reímos a la vez, primero porque me pillaba un poco lejos y luego por lo melosa que se ponía cuando ya veía que llevaba unos días sin mandarle un mensaje.

Colin: *Me pillas un poco lejos, precisamente en Escocia. Estaré aquí hasta pasados tres meses, pero anoto la cena, te invitaré tal como regrese.*

—De aquí a entonces vas a llevar el acumulado.

—¿Quién dijo que por quedarnos en Escocia no podamos liar aquí alguna que otra fiesta en mi zona de confort?

—El Cosmos, el Universo y todo lo que haya ahí en el firmamento, te escuchen y nos den un verano medievalmente sensual. —Frotaba sus manos con una sonrisa de oreja a oreja.

Mi zona de confort era una edificación anexa a la casa y de forma independiente en el exterior, contaba con cien metros en una sola planta y el interior estaba dividido en dos zonas, además del cuarto de baño que cogía todo el lateral del inmueble.

Lo más llamativo era uno de los laterales de la casa que tenía una barra gigante y sus taburetes delante, además de zona de mesas tanto para estar de pie como sentado, unos imponentes sofás y, como parte más confortable e íntima, al otro lado una gran pantalla de cine, sofás que se abrían y agrandaban como camas y una mesa camilla delante. Por todo el habitáculo había impresionantes ventanales para ver el exterior, pero desde fuera no se podía observar el interior.

Rose: *¿Tres meses en Escocia y no me vas a invitar unos días a conocer el castillo de tu abuelo?*

Colin: *Claro que sí, puedes venirte cuando quieras este verano, faltaría más.*

—Ya le podrías decir también que si traía a una amiguita sería mucho mejor.

—Claro y diseñada a tu gusto. —Volteé los ojos—. De todas maneras, se lo dije para quedar bien, dudo que venga a Europa.

—¿Qué no? En menos que cante un gallo —advirtió también con su mano.

Rose: *En unas semanas me tendrás por allí, no lo dudes. Me muero por conocer ese rincón del que tantas veces me has hablado.*

—Ahí lo tienes —recalcó mientras volteaba los ojos y se echaba a reír.

—No vendrá, ella lo dice ahora porque se vino arriba, pero mañana se olvidó del asunto.

—Esa mujer daría lo que fuese por casarse contigo.

—Sabes que eso no es posible, no la veo como mi futura mujer ni con quien crear una familia. —Me tiré hacia atrás mirando hacia el infinito de la finca y la paz que se respiraba.

—Te terminará liando.

—¿Una cerveza? —Atajé la conversación de la mejor manera que podía hacerlo.

—¿En la zona confort escuchando un poco de música de los ochenta?

—Claro, cómo no. —Le hice un gesto para que me siguiera.

—Ya le podrías decir también que si traía a una amiguita sería mucho mejor.

—Claro y diseñada a tu gusto. —Volteé los ojos—. De todas maneras, se lo dije para quedar bien, dudo que venga a Europa.

—¿Qué no? En menos que cante un gallo —advirtió también con su mano.

Rose: *En unas semanas me tendrás por allí, no lo dudes. Me muero por conocer ese rincón del que tantas veces me has hablado.*

—Ahí lo tienes —recalcó mientras volteaba los ojos y se echaba a reír.

—No vendrá, ella lo dice ahora porque se vino arriba, pero mañana se olvidó del asunto.

—Esa mujer daría lo que fuese por casarse contigo.

—Sabes que eso no es posible, no la veo como mi futura mujer ni con quien crear una familia. —Me tiré hacia atrás mirando hacia el infinito de la finca y la paz que se respiraba.

—Te terminará liando.

—¿Una cerveza? —Atajé la conversación de la mejor manera que podía hacerlo.

—¿En la zona confort escuchando un poco de música de los ochenta?

—Claro, cómo no. —Le hice un gesto para que me siguiera.

Capítulo 5



Colin

No habíamos salido del castillo en toda la semana, lo que sí teníamos constancia es que la mimada de mi abuelo iba a llegar en breve.

Sábado y nos apetecía perdernos por la ciudad durante todo el día aprovechando el solcito tan radiante que lucía desde por la mañana.

Evan nos acercó hasta el centro de la ciudad, que conocíamos bastante bien, y teníamos claro que íbamos a una terraza de un pub al que solíamos ir a tomar cervezas cuando veníamos a Edimburgo.

El caso de Logan era difícil, ya que desde dos años atrás no se hablaba con sus padres por un tema que hicieron a su espalda y que él descubrió, todo para salvar el culo de su hermana, Catherina, una joven de veintinueve años que iba de problema en problema y, como siempre, sus padres terminaban solventando, pero esta última vez, hasta hipotecaron su casa por ella y eso a mi amigo, como que le sentó como una patada en los huevos.

Y no se enfadó porque ayudaran a su hija, también lo hicieron con él en nuestros comienzos en Los Ángeles, el tema era que por culpa de ella ya habían vendido dos propiedades para salvarle de unos embargos financieros de unas empresas que montó, pero volvió a hacerlo y esta vez tuvieron que ir más lejos cargando con una deuda su casa familiar.

Unos días atrás, le había estado diciendo que iba siendo hora de ir a verlos, que ese orgullo le pasaría factura con el tiempo, pero no, estaba aún muy tocado por aquella bronca en la que encima justificaban a la hija en todo momento.

Esperaba que durante el verano recapacitara y se acercara a verlos, en el fondo los necesitaba, eran sus padres y él los quería con todo su corazón, al igual que a su hermana, aunque siempre la mencionara con un tono un poco recriminatorio.

—Por el desalojo inminente de la que aún no llegó. —Brindamos con la primera cerveza y esas palabras tan acertadas de Logan que al igual que yo, le daba prioridad a incomodar a la tal Kenzie.

—Si mi abuelo nos escuchara...

—A tu abuelo le tenía yo mucho cariño, pero ¡qué pocas luces tuvo al proponer esto del verano!

—No sé con qué intenciones lo hizo, no le encuentro lógica a eso de que tengamos que convivir tres meses aquí

revueltos para impregnarnos de un pasado que ya vivimos cada uno a nuestra forma y con los recuerdos que quisimos retener.

—¿Y si lo hizo de algún modo por si pudiera existir la posibilidad de algo entre vosotros, para que mantengáis en cierto modo las familias unidas?

—Cualquiera diría que es la primera. —Me referí a la cerveza que tenía entre las manos—. Vaya ideas se te ocurren.

—¿Y quién te dice que no sea así?

—Mira, no inventes porque ya era lo que me faltaba por escuchar en estos momentos. Bebe, bebe, que al menos así eres gracioso.

—No seas imbécil que yo a ti te hago reír hasta recién levantado, si fuera mujer, sería tu ideal, siempre te lo he dicho, lástima que nací hombre y te vas a quedar con las ganas. —Me tiró un beso al aire y me hizo un guiño.

Lo miré arqueando la ceja, si no fuera porque lo conocía y adoraba, le hubiera tirado la cerveza por encima, pero debía de reconocer que era muy gracioso y siempre me andaba provocando con sus cosas.

La calle era un bullicio de turistas donde se volvía un tanto agobiante en esta estación del año, pero a la vez se veía tan llena de vida que estaba radiante, de todas maneras, nosotros estábamos acostumbrados a la caótica ciudad de Los Ángeles.

En el castillo, sin embargo, era como si estuvieras en otra parte de Escocia alejado de todo lo que tiene la ciudad, a pesar de estar en ella, bueno, estaba en el extrarradio, pero en una zona perteneciente a Edimburgo.

Logan miraba de manera descarada a cada persona que pasaba por delante de nuestra mesa, no me hacía falta escucharlo para saber lo que pensaba. Si algo tenía es que su imaginación era la más cómica del mundo.

—Mira qué cosa más bonita. —Señaló a una chica que acababa de pasar y que se giró al escucharlo cogiéndolo infraganti señalándola con el dedo. Ni corto ni perezoso le lanzó un beso y esta sonrió antes de proseguir su camino.

—Cualquier día se giran y te dan una hostia.

—O un beso, nunca se sabe. Estoy a falta de mucho amor.

—Será porque no te lo han intentado dar.

—Nunca es suficiente, aún no llegó esa mujer que haga que mi voz tiemble con solo mirarla.

—Ni llegará, en cuanto las pruebas, luego te viene la decepción, le buscas los fallos, eres un experto en eso.

—Te recuerdo que tú también eres muy ligerito.

—Pero no tanto, no voy a hierro de una a otra como tú.

—Dos cervezas, por favor —le pidió al camarero que pasaba en esos momentos—. Por cierto, te recuerdo que no quieres nada formal con Rose y la usas como los pañuelos desechables.

—No, ella sabe que no doy un paso al frente y es la que me busca insistentemente, no te equivoques.

—Eso me pasa a mí, me acosan de manera desmesurada y las hago felices en la medida de mis posibilidades.

—Tus posibilidades es el rato de meterlas en tu cama y luego llevarlas precipitadamente de vuelta inventando la misma excusa, y es que tu amigo te llamó porque está en apuros.

—Siempre funciona —sonrió.

—No tienes más cara porque no te cabe debajo de los ojos.

—¿Unas costillas a la barbacoa?

—Sí, mejor —negué riendo.

Después de tres jarras de cerveza y la comida, nos fuimos a dar una vuelta para aprovechar la tarde por la ciudad, estaba todo abarrotado y hasta costaba coger un huequito en muchos de los locales.

Aprovechamos para ir a varias tiendas de ropa ya que habíamos venido con lo justo para unos días, así que tiramos a comprar una primera ronda de prendas para variar lo pobre que estaba nuestro armario.

Fue a las siete de la tarde cuando Evan nos recogió y regresamos al castillo donde nos sentamos en la cocina a tomar una limonada que nos había preparado Moira y a la que, con disimulo y aprovechando que estaba Kiara, su ayudante, comenzamos a soltar tiritos de Kenzie para ver cómo reaccionaba.

—Pues no sé yo cómo aguantaré conviviendo con una completa desconocida —le dije a Logan para ver cómo reaccionaban.

—No te será difícil —no tardó en contestar Moira—, seguro que congeniáis bien y será todo muy fluido.

—Fluidos los que saldrán por mis ojos como la vea venir en plan prepotente.

—Estás muy cerrado a esa opción, pero tienes que intentar asumirlo y llevarlo de la mejor forma posible, más que nada por tu bienestar mental.

—Por mi bienestar mental lo mejor es que se vaya rápido.

—No eres así, Colin —sonrió con un tono de reprimenda.

—Ah no, ahora no te vayas a poner de su parte y me vendas como a los repudiados —bromeé, pero para saber cómo reaccionaría.

—No seas bobo, sabes que a ti te tengo mucho cariño, pero a ella le tendremos que dar la oportunidad de

conocerla, seguro que es buena chica por todo lo bonito que hablaron de ella.

—En muy buen lugar la estás dejando sin conocerla —protesté observando cómo Logan aguantaba la risa en todo momento.

—Colin, solo dije que hay que darle una oportunidad, además a mí me han contado que tenías una muy buena relación con ella cuando erais pequeños.

—Tan buena que casi no la recuerdo —me reí causando que Moira volteará los ojos negando.

Kiara ni gesticulaba y hasta veía que se ponía un tanto nerviosa de escucharme. El plan no estaba funcionando y por lo que intuía iba a ser bien recibida para mi desgracia.

—Tú tranquilo, que esto lo vamos a solventar —me dijo cuando entramos en el despacho que íbamos a utilizar como oficina de trabajo durante estos meses, menos mal que fuimos listos y metimos los portátiles, Tablet y demás dispositivos por si se nos alargaba la cosa.

—Ve pensando más cosas para volverla loca, pon tu cabeza a modo chimenea.

—¿Pues no pareces mi jefe o que yo me vaya a llevar parte del castillo?

—Quién sabe, si la echamos puede que sea generoso y un regalito te caiga.

S

—¿Un camión de cervezas?

—Eso como poco.

—Se nos olvida un tema importante...

—Dime.

—Viene acompañada según te dijo el abogado.

—Es verdad, pero el objetivo es ella, la compañía espero que sea prudente o sale por la puerta. No debe ni puede tener ni voz ni voto.

—Ojito, que, si la echas, puede exigir que yo también salga de aquí, está en su derecho.

—Las vamos a volver locas, definitivamente, las vamos a volver locas.

—No te quepa la menor duda. —Le salió una sonrisilla de lo más maliciosa.

Capítulo 6



Kenzie

Después de hablar con el abogado del señor Arthur el sábado por la mañana, no tardó más de diez minutos en enviarme un correo con los billetes de avión para Carol y para mí.

Saldríamos esa noche del domingo a las doce, se disculpó por la hora, pero dijo que era lo único que había podido encontrar, y llegaríamos a Edimburgo, lugar en el que se encontraba el castillo y donde nací, tras diez horas de vuelo.

Para mi sorpresa, no había reservado en turista, sino en primera clase, por lo que Carol y yo podríamos dormir relajadamente unas horas.

Estaba revisando las dos maletas por décima vez, esperando no olvidarme nada, cuando mi hermana pequeña se asomó por la puerta de mi habitación.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Claro —sonreí comprobando el neceser.

—¿De verdad te vas tres meses?

—Sí.

—Te voy a echar de menos —dijo con un suspiro.

—Oye. —Me senté con ella en la cama y le pasé el brazo por los hombros—. Llamaré cada dos días, ¿vale? Y podremos hacer videollamadas para que veas los jardines y los caballos.

—Tiene que ser bonito todo aquello.

—Lo que recuerdo, sí, lo era. Tú eras muy pequeña, pero ¿sabes? Te encantaba correr por el jardín y tirarte en la hierba entre las flores.

—¿En serio? Por favor, tenía que ser una mico yo —rio.

—Lo eras, pero una mico de lo más graciosa. No te acuerdas, pero cuando tenías un año, unos meses después de

haber aprendido a andar, empezaste a seguir al nieto del señor Arthur por el salón y la cocina con los brazos en alto para que te cogiera, te encantaba que te hiciera volar como si fueras un avión.

—Y ahora tengo miedo a las alturas por su culpa, seguro. —Me eché a reír.

—No, eso fue porque cuando tenías tres años, casi te caes por la ventana del apartamento en el que vivíamos, si no llega a ser por papá...

—Es verdad, me lo dijo mamá una vez.

Se quedó allí sentada mirando mis maletas, esas donde tenía todo meticulosamente colocado, no quería dejarme nada imprescindible y dado que eran tres meses, necesitaba llevar ropa suficiente, no iba a estar con un par de vaqueros y tres camisetas.

—Me gustaría ir y conocerlo. O sea, sé que estuvimos cuando murió la abuela, pero... no sé, fue un viaje tan rápido.

—Lo sé, solo estuvimos en el hotel y el cementerio.

—Diez horas de vuelo, para estar allí unas horas, y regresar esa misma noche.

—A ver, no soy nadie para llevar a más gente de la necesaria, pero... si el abogado del señor Arthur, el hijo y el nieto me dan permiso, hablo con papá y mamá y cuando pasen los tres meses, antes de que regreses a las clases, te llevo a pasar un fin de semana allí.

—Eso me gustaría, al menos para poder ver el castillo.

—Si sigue como lo recuerdo, podrías perderte en él. Tiene treinta habitaciones.

—Por favor, eso es como un hotel —rio.

—Desde luego que sí.

—¿De verdad que llamarás y podremos vernos?

—De verdad, Tara.

—Es que... —suspiró y vi que se le escapaba una lágrima.

—¡Ey! ¿Qué pasa, cariño?

—Es Vincent, me ha dejado.

—¿Qué? Pero ¿por qué? —La abracé mientras ella lloraba desconsolada.

—Por Candy, la capitana de las animadoras del equipo de baloncesto.

—Ay, no. —Le acaricié la espalda—. Cariño, lo siento mucho.

Vincent era un año mayor que ella, llevaban saliendo un año y se les veía bien, eran esa pareja de instituto que cualquiera que los veía diría que tenían un futuro juntos, que formarían una familia y todo sería idílico.

o Salvo que, tal como había pasado, se cruzase la capitana de las animadoras del equipo, esa de piernas largas, tetas grandes, y un poco menos modosita.

Sí, la historia que me tocó vivir a mí, se repetía con mi hermana.

—¿Por qué te ha dejado?

—Porque no estaba preparada para... ya sabes.

—Oh, la primera vez en el sexo. —Abrí los ojos y ella asintió.

Mentiría si dijera que no me sentía aliviada al saber que mi hermana pequeña seguía siendo pura e inocente. La verdad es que la primera vez debería ser algo especial, no simplemente un acto sexual y ya.

Yo esperé a los dieciocho, cuando estuve realmente preparada, por eso a los dieciséis me dejó mi novio del instituto por la capitana de las animadoras.

2 —Tara, no tienes que hacerlo solo porque tu novio quiera que lo hagas, sino que debes querer hacerlo tú. Cuando estés preparada, simplemente lo sabrás. Y eso, cariño, será porque la persona que tienes al lado realmente merece la pena ser quien tenga tu primera vez.

—¿Tengo que esperar al adecuado como tú esperaste por Josh?

—¿Cómo sabes tú eso? —La miré con la ceja arqueada tras apartarla un poco.

—A ver, solo tenía ocho años, pero os escuché a Carol y a ti hablar de que te alegrabas de haber esperado a Josh para hacerlo. No lo entendí, pero ahora sí. ¿Por qué rompisteis dos años después? —Frunció el ceño—. Siempre pensé que os casarías.

—Porque él conoció a otra persona en la universidad, se enamoró y, simplemente, lo dejamos.

—¿El amor siempre duele tanto? —preguntó volviendo a dejarse mimar entre mis brazos.

—A veces, incluso más —confesé.

Me partía el alma verla así, con su primer desengaño amoroso, pero es que le quedaban aún tantos por sufrir, que no quería decírselo abiertamente.

En ese momento ella me necesitaba, y yo estaba a solo unas horas de coger un avión con rumbo a nuestros orígenes.

—¿Kenzie?

—En la habitación —respondí a mi amiga Carol.

—¿Ya tienes...? Huy, pero, ¿qué pasa aquí? —preguntó al ver a Tara.

—La ha dejado Vincent.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mejor pregunta por quién —respondió mi hermana, que había vuelto a llorar.

—¿Te ha dejado por otra? Qué capu... —Se quedó callada cuando carraspeé—. O sea, qué idiota.

—Le puedes llamar capullo, Tiffany y yo le llamamos cosas peores.

—Tara, esa boca —reí.

—Te recuerdo que a Josh le llamasteis cabrón, y solo tenía diez años cuando escuché esa palabra.

—Kenzie, somos unas malas influencias para esta jovencita.

—Dios, pareces mi madre —rio Tara.

—Bueno, entonces, ¿quién es la pobre alma que se queda con Vincent el mierdecilla? —preguntó Carol sentándose al lado de mi hermana.

—Candy —dijimos al unísono.

—Oh, la capitana de las animadoras. Desde luego, las chicas normales y simpáticas como nosotras, nunca tendremos nada que hacer para competir con un buen par de pompones. —Chascó la lengua.

—Carol, ¿de verdad hablas de pompones? —Arqué la ceja.

—Me has pillado, hablaba de los pechos de los animadores. —Volteó los ojos.

—Os voy a echar de menos —dijo mi hermana, que abrazó también a Carol.

—Y nosotras a ti, pequeña. Pero, oye, una cosa, en cuanto volvamos del viaje, nos vamos por ahí de juerga las tres juntas.

—Carol, que tiene dieciséis años, no puede entrar en las discotecas.

—Pues entramos nosotras en la disco *light* con ella, fíjate qué problema.

—Tenemos diez años más que ella.

—Y si nos ponemos, pasamos por adolescentes perfectamente. —Le quitó importancia con la mano.

—¿Te la llevas a ella a Edimburgo, en vez de a mí? —protestó mi hermana.

—Me estoy arrepintiendo —reí.

Carol se hizo la ofendida, pero sabía que estaba de broma. Nadie mejor que ella para acompañarme a ese viaje.

Cenamos con mis padres y a las nueve y media nos estaba dejando él en el aeropuerto.

—Pasadlo bien, chicas —dijo tras darnos un abrazo—. Disfrutad de cada rincón y, sobre todo, divertíos, que es un verano que nunca olvidaréis.

—Puedes estar seguro, Alan —respondió Carol—. Y no te preocupes, que la traeré de vuelta de una pieza.

—Ni que tuviera diez años. —Volteé los ojos.

—Dale a Nolan un abrazo de parte de tu madre y mía, ¿quieres? —me pidió.

—Lo haré, papá.

—Te quiero, mi vida.

—Y yo.

Dejamos a mi padre en la calle y, arrastrando nuestras dos maletas, entramos en el aeropuerto en busca de la zona por la que debíamos embarcar.

Apenas doce horas nos separaban de ese viaje, y volvería a estar, después de catorce años, en el castillo en el que nací.

—Y si nos ponemos, pasamos por adolescentes perfectamente. —Le quitó importancia con la mano.

—¿Te la llevas a ella a Edimburgo, en vez de a mí? —protestó mi hermana.

—Me estoy arrepintiendo —reí.

Carol se hizo la ofendida, pero sabía que estaba de broma. Nadie mejor que ella para acompañarme a ese viaje.

Cenamos con mis padres y a las nueve y media nos estaba dejando él en el aeropuerto.

—Pasadlo bien, chicas —dijo tras darnos un abrazo—. Disfrutad de cada rincón y, sobre todo, divertíos, que es un verano que nunca olvidaréis.

—Puedes estar seguro, Alan —respondió Carol—. Y no te preocupes, que la traeré de vuelta de una pieza.

—Ni que tuviera diez años. —Volteé los ojos.

—Dale a Nolan un abrazo de parte de tu madre y mía, ¿quieres? —me pidió.

—Lo haré, papá.

—Te quiero, mi vida.

—Y yo.

Dejamos a mi padre en la calle y, arrastrando nuestras dos maletas, entramos en el aeropuerto en busca de la zona por la que debíamos embarcar.

Apenas doce horas nos separaban de ese viaje, y volvería a estar, después de catorce años, en el castillo en el que nací.

Capítulo 7



Kenzie

Tras un vuelo en el que habíamos dormido como seis horas, llegamos a Edimburgo a las diez de la mañana.

Recogimos el equipaje y salimos hacia la puerta, donde vi a un hombre con traje y gafas de sol portando un cartelito con mi nombre, Kenzie Duncan.

—Joder, nena, qué nivel. Te están esperando como en las pelis —dijo Carol a mi lado—. Y es mono, ¿eh?

—Calla, loca —protesté acercándome al hombre alto y de cabello negro que nos esperaba—. Hola, soy Kenzie.

—Señorita Duncan, bienvenida —sonrió—. Soy Evan, el chófer de la familia Sinclair —dijo acercándose al maletero para guardar nuestro equipaje.

—Tienen chófer, ¡qué pasada! —murmuró Carol y le di un codazo en las costillas—. Ay, hija de tu...

—¿Qué tal el vuelo? —se interesó Evan.

—Pues ha debido de ir bien, porque nos quedamos dormidas a las dos de la madrugada y no nos despertamos hasta hace un par de horas —sonreí.

Había comprobado en los relojes del aeropuerto que allí había cinco horas más que en New York, por lo que habíamos aterrizado a las diez de la mañana hora americana, y a las tres de la tarde, en Edimburgo. Por suerte habíamos comido algo en el avión.

—Entonces ha ido bien, sí. ¿Vamos? El señor Nolan está deseando verla. —Abrió la puerta para que nos subiéramos.

—¿Podrías no llamarme señorita, por favor? Me siento rara si me tratas de usted, no soy de la realeza —le pedí—. ¿Kenzie, sin más? —Fruncí el rostro al ver que no parecía convencido, y tras una sonrisa, asintió—. Gracias.

—Y yo soy Carol, aunque parezca que me he vuelto invisible —dijo mi amiga haciendo que Evan riera con ganas

Durante el trayecto hasta el castillo no dejamos de observarlo todo, haciendo algunas fotos que no dudé en enviarle a mi hermana, esa que respondía diciendo que era todo una pasada.

—Hemos llegado —anunció Evan cuando paramos ante unas puertas de hierro altas.

—¡Oh. Dios. Mío! —dijo Carol a mi lado al ver la imponentia de aquel castillo.

Debía decir que así, al natural, impresionaba mucho más que en las fotos que aún guardaban mis padres de ese lugar.

Fachada de piedra beige, tejados negros, grandes ventanales, una torre, y esas puertas de madera grandes que ocupaban la entrada del castillo.

Podía imaginar cómo habría sido la vida en ese lugar cientos de años atrás, cuando se sucedían aquellas historias que el señor Arthur me contaba siendo apenas una niña.

—¿Dais planos a la entrada? —le preguntó Carol a Evan, que soltó una carcajada mientras se acercaba a la puerta para aparcar.

—Carol, por Dios —resoplé.

—¿Qué? Es que me voy a perder ahí dentro, ya verás. Me haré un mapa yo con el móvil.

—Ay, señor —suspiré abriendo la puerta para bajar mientras Evan seguía muerto de risa.

—Al señor Arthur le habría encantado teneros a las dos aquí. Solía hablar mucho de ti con su hijo —me dijo.

—¿De verdad? —Elevé ambas cejas.

—Sí. Vamos, os acompaño dentro y después vendré a por vuestro equipaje.

Abrió la puerta y por un momento pensé que me encontraría con un lugar lúgubre, sin vida, pero para mi sorpresa la luz del sol que entraba por todos los ventanales, hacía del interior del castillo algo realmente acogedor.

Había varias mesas con jarrones de flores como adorno, así como algunas estatuas. Por no hablar de los cuadros y retratos familiares.

Y a cada lado de la entrada, una gran escalinata que se unía en la planta de arriba, de donde a su vez salían otras dos y de la segunda planta, dos más.

—En cada planta hay diez habitaciones —nos dijo Evan señalando las escaleras.

—¿El personal duerme en ellas también? —pregunté.

—No, nosotros seis accedemos a la casa en la que vivimos por una puerta al final del pasillo que hay junto a la cocina.

—¿Seis empleados? —Fruncí el ceño.

—Ajá. Moira, el ama de llaves y encargada de la cocina, Kiara, su ayudante, Arlene, que se encarga de la

limpieza, Kyle, el jardinero, Rian, el chico de los establos, y yo.

—Recuerdo los establos —dije con una sonrisa en los labios.

—Vamos a la cocina, le preguntaré a Moira dónde está el señor Nolan —indicó con un leve gesto de cabeza.

—¿Qué hay en esta planta? —preguntó Carol mientras le seguíamos.

—La cocina, el salón, la sala de estar, el comedor, una biblioteca, un despacho y el gimnasio. Ah, y un cuarto de baño. Aunque cada habitación cuenta con el suyo propio. También hay piscina climatizada y en el exterior, un invernadero que hace las delicias de Moira. Le encanta ir allí a tomar el té y a cuidar las flores.

—¿Las flores de los jarrones, son del invernadero? —curioseé.

—Sí, ella las cambia todas las semanas.

Asentimos y no pude evitar mirar todo lo que me rodeaba. Habían pasado catorce años, pero seguía como recordaba. Me detuve ante un retrato y sonreí, era el señor Arthur. Sentí una lágrima cayendo por la mejilla y la sequé para continuar hacia la cocina.

—¿Moira? —Llamó Evan al ama de llaves.

—En la cocina, hijo.

—¿Es tu madre? —pregunté.

—No, pero nos llama así a todos los empleados —sonrió y entramos—. ¿Dónde está el señor Nolan? Han llegado las chicas.

—¿Las chicas? —Moria, una mujer de unos cincuenta años de cabello castaño y ojos color miel de lo más amables, se giró con el ceño fruncido—. Querrás decir que han llegado la señorita Duncan y la señorita White.

—Nosotras le pedimos que nos llamara por el nombre —intervine—. Y agradecería que todo el personal lo hiciera, no somos...

—Superricas, es la palabra que busca Kenzie —dijo Carol.

—Carol —protesté.

Moira y Evan se echaron a reír, y nosotras nos miramos sin entender.

—Está bien, solo seréis Kenzie y Carol —respondió Moira—. Bienvenidas al castillo.

—No me encontraré a ningún pariente de Drácula por aquí, ¿verdad?

—Ay, mi madre —suspiré al escuchar a mi amiga.

—Tranquila, que no —rio Moira—. El señor Nolan está en la sala de estar, tomando café. Evan, acompáñalas, que enseguida les llevo un café para ellas.

Seguimos a Evan hasta la sala de estar y me llegó el característico olor de un puro, ese que tantas veces había olido en este lugar.

En cuanto entramos, Evan nos anunció y cuando el señor Nolan Sinclair se puso en pie y se giró, sonreí al reconocer en él los rasgos de su padre.

Alto, de cabello castaño y ojos azules, igual que el señor Arthur, así como recordaba que era Colin también.

—Kenzie, ¿de verdad eres tú? —preguntó acercándose a mí.

Tenía sesenta años, si no me fallaba la memoria, pero se veía en buena forma y hasta bien parecido, como siempre decía mi abuela. Llevaba un traje azul marino que le sentaba muy bien.

—Soy yo —sonreí dejando que me diera un abrazo, ese al que correspondí encantada.

—Estás hecha toda una mujer. Nada queda de esa niña de doce años que lloraba en la puerta despidiéndose de mi padre. Estás preciosa, Kenzie, y te pareces tanto a tu abuela.

—Eso dicen mis padres.

—Mi padre te extrañaba, fuiste esa nieta que nunca pude darle. Te quería mucho.

—Y yo a él.

—Tú debes de ser Carol —sonrió a mi amiga y también la abrazó.

—La misma, señor Nolan. Gracias por permitirme acompañar a Kenzie.

—Querida, las amigas de nuestra niña Kenzie, son bienvenidas en nuestra humilde morada.

—Bueno, humilde... Es un castillo, yo vivo en un apartamento que, al lado de esto, es una caja de zapatos.

—Carol, ponte un poquito de filtro, hija —resoplé.

—Lo siento, lo siento.

—¿Por qué deberías sentirlo? —preguntó el señor Nolan— Eres libre de expresarte como quieras, no te preocupes por nosotros. A pesar de que vivimos en un castillo, somos gente normal como vosotras. Bueno, ahora vivo yo aquí solo con el personal, mi hijo Colin nunca pretendió volver de Los Ángeles —suspiró—. Vamos a verle, está en el despacho con Logan, su mejor amigo y socio que ha venido a acompañarle.

Seguimos al señor Nola por esa planta baja del castillo y, cuando estábamos llegando al que supuse era el despacho, me llegó una voz masculina y algo ronca que hizo que me parara en seco por las palabras empleadas.

—Es que no sé en qué pensaba —dijo—. Ni siquiera recuerdo quién es la tal Kenzie de la que habla mi abuelo en esa carta. ¿Y la nombra heredera conmigo? Mi padre y yo somos los herederos, por amor de Dios. ¿Es que perdió la cabeza? ¿O acaso esa mujer es una hija o una nieta que tuvo con otra familia? Joder, no lo entiendo.

—Kenzie —miré a Carol cuando me llamó, y sentí un nudo en la garganta por lo que había escuchado.

Yo no quería esa herencia, estaba allí solo por volver a ver por última vez el lugar en el que nací y crecí.

—Este hijo mío —suspiró el señor Nolan llamando a la puerta, pero abriéndola de pronto sin esperar a que Colin le diera paso—. Han llegado Kenzie y Carol —dijo.

—Qué bien, la heredera perdida —resopló Colin.

Estaba de pie ante el ventanal, detrás del escritorio, con una camisa blanca y un traje gris de tres piezas que realzaba el color de sus ojos azules.

Era alto, tanto como su padre, pero el hombre que tenía delante no era aquel muchacho desgarrado que recordaba de mi infancia.

Bajo la tela de aquel traje se intuía un cuerpo fibroso y musculado, de esos trabajados en el gimnasio.

—¿Kenzie? —Frunció el ceño cuando me vio, no tardé en ver el momento exacto en el que me reconoció, o al menos cuando recordó a esa niña que le espiaba mientras estudiaba en la biblioteca— ¿De verdad eres tú? ¿La misma Kenzie que vi por última vez cuando tenía doce años y llevaba dos trenzas?

—Debo ser yo, sí —asentí.

—La cosa se pone interesante —dijo el hombre que estaba con él en el despacho, un rubio de ojos verdes con sonrisa de medio lado y traje azul.

—Joder, ahora entiendo al viejo —sonrió acercándose para abrazarme, pero me eché hacia atrás con el brazo extendido para estrecharle la mano, y su ceño fruncido volvió a escena.

No me había gustado el modo en el que habló, como si yo fuera poco más que una bastarda de su abuelo y quisiera parte de la fortuna familiar. No diría aún que no quería esa herencia, me esperaba a cumplir el plazo de esos tres meses que pedía el señor Arthur, y solo entonces le haría saber al abogado la decisión de mi renuncia a una herencia que no me pertenecía.

—Encantada de volver a verte, Colin —dije esperando que me estrechara la mano—. Ha pasado mucho tiempo.

—Catorce años, Kenzie —respondió estrechándome la mano al fin, y noté un leve escalofrío cuando lo hizo—. Han pasado catorce años desde que te vi antes de irme a la universidad.

Catorce años desde la última vez, o, lo que es lo mismo, casi toda una vida.

Capítulo 8



Kenzie

Después de saludar a Colin y Logan, su socio y amigo según dijo, Nolan nos llevó hasta la cocina donde una sonriente Moira nos acompañó a las habitaciones que habían preparado para nosotras.

Decir que al entrar en ellas nos quedamos con la boca abierta, era quedarnos cortas, pero que muy cortas.

—Oh, por favor. ¡Estoy es precioso! —dijo Carol entrando en la suya.

Aún con las paredes de piedra, la habitación se veía acogedora y elegante con aquellos muebles modernos en color blanco.

En el centro estaba la cama, de tamaño *king size* a juzgar por las dimensiones, con una mesita de noche a cada lado. En un lateral se encontraba la cómoda junto a un bonito espejo haciendo las veces de tocador. A su lado, dos puertas que cuando Moria las abrió, descubrió un vestidor enorme.

La siguiente puerta era la del cuarto de baño, que era amplio, espacioso y completo, donde había una ducha en la que estaba segura de que cabrían dos personas, y una bañera que parecía un jacuzzi.

En la pared donde se encontraba la ventana había dos sofás orejeros y una mesita de café, algo que me encantó porque ahí podría disfrutar de algunos momentos en soledad viendo el jardín.

Algunos cuadros, así como jarrones con flores y velas a modo de decoración completaban aquella impresionante estancia.

—Kenzie, cuando heredes tu parte, plantéate mudarte a vivir aquí, que me vengo contigo —dijo con una sonrisa—. Vamos a ver tu habitación. —Tiró de mi mano y me sacó de allí, echó un vistazo a Moira y cuando vi que señalaba a la derecha con una sonrisa, la perdí de vista al sentir que Carol volvía a tirar con fuerza—. Idéntica a la mía, me encanta.

—Nunca vi las habitaciones del castillo —dije buscando en mi memoria—. Y si lo hice, no recuerdo que fueran así.

—Bueno, eras pequeña, han pasado catorce años.

—Colin ha cambiado —dije más para mí, pero ella me escuchó.

—¿En qué sentido?

—Físicamente. Es decir, le recuerdo más... O sea, menos...

—¿Antes no estaba cañón?

—Carol, por Dios, tenía doce años la última vez que le vi. Le conocí siendo una niña, no me fijaba en esas cosas —resoplé.

—Vale, vale, pero, dime. ¿Qué te ha parecido al verle ahora?

—Pues eso, que está cambiado. Yo recordaba a un Colin más delgaducho, alto y desgarbado, siempre estudiando.

—Sí, vamos, un jodido empollón. Y ahora ese tío es un empotrador.

—¡Hala! Mira que eres bruta —negué sentándome en uno de los sofás mirando al jardín.

—Bruta o no, no estoy ciega, y ese hombre tiene un señor revolcón. ¿Y el amigo? Por favor, si me lo he imaginado en plan *Outlander*, con el *kilt*, la chaqueta, esas botas y la espada a la cintura. Creo que he tenido un micro orgasmo con esa imagen.

r

—No tienes remedio —reí al verla sentarse como si se estuviera desmayando, dándose aire con la mano.

—Lo que tengo es una sequía ahí abajo importante. ¿Crees que conoceremos a algún highlander interesado en una neoyorquina como yo?

—Carol, eres medio neoyorquina —reí—. Tu otra mitad es mexicana.

—¿Y? Nací en New York, mi madre llegó allí cuando tenía cuatro años, así que, soy un... ¿ochenta por ciento neoyorquina? —Entrecerró los ojos— Lo que tengo claro es que son tres meses aquí, y no sé tú, pero yo ya llevo ocho de sequía. No hay nada de malo en conocer un escocés de pura raza como tu padre y que me dé una alegría para el cuerpo.

—Anda, vamos a darnos una ducha que ha sido un vuelo muy largo —dije levantándome.

—Si ni te has enterado, que estuviste durmiendo horas. —Volteó los ojos.

—Adiós, Carol —reí mientras salía protestando.

—Hija de la chingada —murmuró en el acento mexicano que solo tenía su madre y la familia de esta—. Vaya con la gringa, me cogió manía.

Cerró la puerta haciéndome un guiño y seguí riéndome mientras deshacía el equipaje.

Había hecho bien en traerla conmigo, de lo contrario, estar sola en este lugar donde apenas conocía a nadie, con un Colin que estaba claro que no me quería aquí, y su amigo Logan, habría sido una malísima idea.

Deshice el equipaje y llamé a casa, mi madre se puso la mar de contenta al saber que el vuelo había ido bien y que Nolan me recibió como si no hubieran pasado los años sin vernos.

—¿Y qué tal Colin? —preguntó mi padre, puesto que ella había conectado el manos libres.

—Bien, supongo.

—No suenas convencida, hija.

—Es que, él tampoco entiende por qué el señor Arthur me nombró heredera. No le parece bien —suspiré.

—¿Te lo ha dicho?

—No directamente, le escuchamos los tres cuando íbamos a entrar en el despacho.

—Bueno, pero fue la última voluntad de su abuelo, y tendrá que aceptarla —comentó mi padre—. Aunque, conociéndote a ti...

—Y me conocéis muy bien —sonreí.

—No quieres el castillo, ¿verdad?

—No.

—Entonces, disfruta de la estancia y de todos esos recuerdos que sé que vas a revivir.

—Eso seguro. Ha sido verlo y... no sé, tuve la sensación de estar en casa.

—Fue tu casa, mi niña —dijo mi madre con la voz entrecortada.

—Voy a darme una ducha, que quiero ir a los establos.

—Eso es lo que más echaste de menos los primeros meses de mudarnos, adorabas estar con los caballos. Cuídate, y llámanos.

—No te preocupes mamá, lo haré. Os quiero.

—Y nosotros a ti.

¹ Colgué y tras dejar el móvil en la mesita de noche, entré en el vestidor donde había colocado la ropa y cogí unos *shorts* vaqueros, una camiseta de esas en las que un hombro quedaba como caído, y las deportivas, así como ropa interior, lo dejé todo cuidadosamente colocado en la cama antes de ir a darme esa necesaria ducha.

Y qué ducha, por favor. Entre el espacio de esta y que el agua salía de varios pequeños orificios en las paredes, me sentí como nueva en cuanto salí de allí.

Una vez vestida fui a buscar a Carol, pero no estaba en su habitación, así que bajé hasta la cocina, donde la

—encontré charlando con Moira y otras dos mujeres mientras se tomaba un café con unas pastas.

—Ah, ya está aquí mi chica —casi gritó emocionada sonriendo y dándome un beso en la mejilla mientras me pasaba el brazo por los hombros—. ¿Qué tal la ducha? —Hizo un movimiento de lo más gracioso con las cejas.

—De lujo —reí.

—Qué pasada, igualita que la que hay en mi piso. —Volteó los ojos llevándose una pasta a la boca.

—Kenzie, ellas son Arlene, y Kiara —dijo Moira señalando primero a una rubia sonriente y después a una morena algo más tímida.

—Encantada.

—Igualmente —respondieron ambas.

—Cualquier cosa que necesites, si no me encuentras a mí, puedes pedírsela a ellas. Kiara me ayuda en la cocina y Arlene se encarga de la limpieza, pero sabe dónde está todo. —Moira sonrió y yo asentí—. ¿Quieres una taza de café?

—Claro, gracias.

Y allí nos quedamos las cinco hablando sobre el señor Arthur, ese al que recordaba en la sala de estar, sentado en invierno frente a la chimenea, conmigo sobre su regazo, contándome una de las muchas historias que sabía del castillo.

—Siempre creí que estaba encantado —dije riendo.

—¿Y lo está? —preguntó Carol, que casi se atraganta con el café.

—No, hombre, pero a ver, yo era niña y cuando me decía que sus antepasados llevaban allí a algunos prisioneros, pues...

—Pensabas en fantasmas —rio Arlene.

—Sí.

—No hay de esos, aunque cuando conozcas a Kyle, el jardinero, puede que te parezca uno.

—¿Por qué? —curioseó Carol.

—Ese hombre dice que es un Dios del sexo o algo así. —Volvió a reír.

—Creo que esta conversación no es para mí —comentó Moira levantando las manos.

—Oh, vamos, Moira —protestó Carol—. ¿Nos vas a hacer creer que, aunque tengas cincuenta años, no practicas sexo? Por favor, dime que lo haces, que no se van las ganas con los años, porque solo tengo veintiséis.

Estallamos en carcajadas al ver a mi mejor amiga dejándose caer sobre la encimera, al más puro estilo *drama queen* que solo ella podía tener.

—Me voy a los establos —dije poniéndome en pie.

—Voy contigo. —Carol se despidió de todas agitando la mano y salimos de la cocina dejándolas allí.

—Le van a dar mucha vida al castillo, ¿no te parece? —Escuché que decía Arlene.

a

—Desde luego, y algo me dice que a los chicos les van a hacer salir canas verdes —rio Moira.

Estallamos en carcajadas al ver a mi mejor amiga dejándose caer sobre la encimera, al más puro estilo *drama queen* que solo ella podía tener.

—Me voy a los establos —dije poniéndome en pie.

—Voy contigo. —Carol se despidió de todas agitando la mano y salimos de la cocina dejándolas allí.

—Le van a dar mucha vida al castillo, ¿no te parece? —Escuché que decía Arlene.

—Desde luego, y algo me dice que a los chicos les van a hacer salir canas verdes —rio Moira.

Capítulo 9



Kenzie

No vi a Colin, ni tampoco a su padre cuando caminamos hacia la puerta, pero mejor, no sabía si estaba realmente preparada para verle de nuevo.

En cuanto pusimos un pie fuera del castillo, respiré hondo llenándome de ese aroma que envolvía todo.

Caminamos hacia la parte trasera, donde recordaba que estaban los establos, y llegamos al edificio del que salían varios relinchos y sonido de cascos contra el suelo.

Al entrar, encontramos allí a Nolan, quien había cambiado su traje por unos vaqueros y un polo que le sentaban bastante bien.

—Madre mía, cómo está Nolan —murmuró Carol—. Este es un madurito sexy y cañón.

—Ah, hola, chicas —dijo al vernos.

—Hola —sonreí.

—¿Retomando viejas costumbres? —preguntó dándome una abrazo.

—Solo quería verlos, aunque imagino que ya no estarán... —Y entonces vi un caballo negro como la noche, con los ojos marrones en una de las estancias, que observaba con curiosidad— No puede ser. —Me acerqué—. ¿Este es Aquiles?

—No —respondió Nolan a mi lado, abriendo la puerta y haciéndome entrar con él.

—Kenzie, ten cuidado que ese animal es enorme —me pidió Carol.

—Este es Zeus. —Nolan acarició el lomo del caballo y yo hice lo mismo—. Es nieto de Aquiles.

—Es idéntico a él —sonreí, perdida en ese pelaje suave y brillante—. Al señor Arthur le encantaba aquel caballo.

—Y le pasó lo mismo con Zeus. Era su favorito.

—Recuerdo también a Venus, a Lirio, Tornado.

—Dos buenas yeguas y un macho que nos dieron varios sementales para seguir con la cría —sonrió—. Por desgracia, no están, al igual que Aquiles. Pero hay muchos otros. ¿Quieres montar?

—¿Ahora? No, no —negué moviendo ambas manos—. Hace años que no monto, aun así, no llevo el atuendo adecuado. Tal vez otro día.

—Cuando quieras. Tú también puedes montar, Carol.

—Sí, claro, ya iré viendo cómo lo hace Kenzie. Ella es la experta amazona de la dos.

—Tanto como amazona... —reí.

—Señor Nolan —nos giramos al escuchar la voz de un hombre y me encontré con un muchacho de cabello negro y alto que, a juzgar por su ropa, debía ser Rian, quien Evan nos había dicho que se encargaba de los caballos y los establos.

—Rian, ellas son Kenzie y Carol.

—Un placer conocerlas —sonrió y asentimos—. Señor, el veterinario ya ha revisado a Luna.

—¿Cómo están ella y el potro?

—Perfectos, ambos. Dice que es cuestión de semanas que nazca.

—Bien, son buenas noticias.

Nolan salió de la estancia donde estaba Zeus, quien no hacía extraños al verme. Era curioso que, sin conocerme, se mostrara tan cuidadoso y entrañable conmigo.

—Así que, Aquiles fue abuelo —sonreí mientras le acariciaba la cabeza y me quedaba ante él—. Eres idéntico a él.

—Kenzie, sal de ahí, que como te dé una patada o te pise, te desarma.

—Tranquila, no hace nada —le aseguré mirando fijamente a los ojos a aquel caballo—. Es dócil, y tranquilo.

—¿Se puede saber quién te ha dado permiso para entrar ahí? —la voz, aguda, fría y cargada de un tono que imponía e infundía miedo a partes iguales, resonó en los establos haciendo que algunos caballos comenzaran a relinchar.

Me alejé de Zeus, salí y no tardé en ver a Colin, vestido en vaqueros y camiseta, entrando para verle.

—Puede que mi abuelo quisiera que heredaras la mitad del castillo y lo que eso conlleva, pero no te entrometas en la cría de caballos de mi padre.

Ante aquellas palabras, me quedé completamente perpleja y sin saber qué decir.

—Oye, no hace falta ser grosero ¿sabes? —protestó Carol.

—No soy grosero, tan solo pongo límites.

—¿Límites? —gritó.

—Déjalo, Carol —le pedí cogiéndola del brazo—. Vamos a pasear, hace muy buena tarde.

—O también podríais ayudar a Rian a limpiar —intervino Colin de nuevo—. Los establos necesitan un par de manos extra.

—En ese caso, podemos ir buscando empleados que lo ayuden. A fin de cuentas, en tres meses los dos seremos dueños de todo esto —dije con los puños apretados.

—No, si puedo evitarlo —murmuró sin tan siquiera mirarme.

Pasamos junto a Logan que parecía estar divirtiéndose con ese intercambio de palabras a juzgar por la sonrisa de medio lado que intentaba contener, pero fallaba en el intento.

Respiré hondo nada más salir de los establos y solté el aire de nuevo con más fuerza de la que pretendía.

—No me va a poner fácil la estancia, es que no me la va a poner fácil —dije con la mirada fija en la extensión de los jardines.

—Pues nosotras tampoco. A ver quién puede más, si el equipo de los chicos, o el de las chicas. Solo tenemos, o, mejor dicho, tienes, que ganarte a todos en la casa, y cuando el señor «soy el rey del castillo» vea que te adoran, entrará en pánico.

—Carol, prácticamente es el jodido rey del castillo. —Arqué la ceja.

—Y a ojos de todos ellos, tú eres la reina del castillo.

—Sabes que yo no...

—Chssss —dijo empujándome por la espalda mientras me cubría la boca con la mano—. No digas nada que te delate, que no sabes quién puede estar escuchando —murmuró y asentí, momento en el que quitó la mano—. Si Colin quiere jugar, pues entonces, démosle el gusto de jugar. Solo debes tener la mente fría y ser dura, o al menos mostrarte dura ante él, que no piense que puede deshacerse de ti como si fueras un vil mosquito chupasangre.

—Es lo que ya piensa de mí, que vine a chuparle la sangre con esta herencia.

—Bueno, pues que se lleve la sorpresa dentro de tres meses, pero, hasta entonces, lucha por lo que el señor Arthur Sinclair quiso que fuera tuyo. Ese hombre te quería, incluso Nolan lo ha dicho. Si su nieto es un idiota sin cerebro que no quiere verlo, peor para él.

—Idiota sin cerebro tampoco, que tiene una carrera y una de las mejores constructoras de Los Ángeles. —Volteé

los ojos.

—Pues tú tampoco eres tonta, tienes una carrera igual que él, y eres dueña de la mejor guardería de New York. Sí, habéis tenido vidas diferentes, él nació en una cuna con inmensa fortuna, y tú en una familia modesta pero bien acomodada económicamente. Y, otra cosita, un detallito de nada... Colin Sinclair nació en Edimburgo, y tú, Kenzie Duncan, en el Castillo Sinclair. Estas paredes te vieron nacer y crecer, a él solo crecer. ¿Quién tiene más raíces y apego con el maldito castillo? Tú —me señaló con el dedo en el pecho—, tú las tienes, Kenzie Duncan, reina del Castillo Sinclair.

—Dios, Carol, hablas como en la época de los Hihgländers —reí.

—Caray con la gringa, ni caso me hace —dijo de nuevo con el acento de su familia materna—. Repite conmigo. —Apoyó ambas manos en mis hombros y me miró fijamente—. Me voy a comer vivo a Colin Sinclair, aunque se pueda meter dentro de tres meses su castillito por el culo.

—No pienso decir eso. —Arquee la ceja.

—Da igual, lo vas a hacer de todos modos. —Se encogió de hombros—. Y ahora, ¿qué tal si vamos a conocer el invernadero?

Me pasó el brazo por los hombros y caminamos hacia esa parte de los jardines, en la que nos adentramos disfrutando del colorido y el aroma que nos rodeaba.

Regresamos al interior del castillo y fuimos a la cocina, donde no dudamos en ayudar a Moira y a Kiara a preparar la cena, a pesar de las quejas y protestas del ama de llaves, que acabó accediendo, diciendo que éramos un par de chiquillas de lo más cabezonas.

—Y todavía no nos conoces bien, Moira —rio Carol poniéndose manos a la obra con las verduras.

Poco después vi por el rabillo del ojo a Colin y Logan pasar por allí, miré y el joven Sinclair se cruzó de brazos al tiempo que me miraba con la ceja arqueada. Quizás pensó que le iba a envenenar para quedarme con todo el castillo, pero que pensara lo que quisiera, yo sabía a lo que había ido allí.

Y no, lejos de lo que se le pasara por la cabeza al hombre que ya no conocía, no era para robarle nada que no me pertenecería nunca.

los ojos.

—Pues tú tampoco eres tonta, tienes una carrera igual que él, y eres dueña de la mejor guardería de New York. Sí, habéis tenido vidas diferentes, él nació en una cuna con inmensa fortuna, y tú en una familia modesta pero bien acomodada económicamente. Y, otra cosita, un detallito de nada... Colin Sinclair nació en Edimburgo, y tú, Kenzie Duncan, en el Castillo Sinclair. Estas paredes te vieron nacer y crecer, a él solo crecer. ¿Quién tiene más raíces y apego con el maldito castillo? Tú —me señaló con el dedo en el pecho—, tú las tienes, Kenzie Duncan, reina del Castillo Sinclair.

—Dios, Carol, hablas como en la época de los Hihglanders —reí.

—Caray con la gringa, ni caso me hace —dijo de nuevo con el acento de su familia materna—. Repite conmigo. —Apoyó ambas manos en mis hombros y me miró fijamente—. Me voy a comer vivo a Colin Sinclair, aunque se pueda meter dentro de tres meses su castillito por el culo.

—No pienso decir eso. —Arqué la ceja.

—Da igual, lo vas a hacer de todos modos. —Se encogió de hombros—. Y ahora, ¿qué tal si vamos a conocer el invernadero?

Me pasó el brazo por los hombros y caminamos hacia esa parte de los jardines, en la que nos adentramos disfrutando del colorido y el aroma que nos rodeaba.

Regresamos al interior del castillo y fuimos a la cocina, donde no dudamos en ayudar a Moira y a Kiara a preparar la cena, a pesar de las quejas y protestas del ama de llaves, que acabó accediendo, diciendo que éramos un par de chiquillas de lo más cabezonas.

—Y todavía no nos conoces bien, Moira —rio Carol poniéndose manos a la obra con las verduras.

Poco después vi por el rabillo del ojo a Colin y Logan pasar por allí, miré y el joven Sinclair se cruzó de brazos al tiempo que me miraba con la ceja arqueada. Quizás pensó que le iba a envenenar para quedarme con todo el castillo, pero que pensara lo que quisiera, yo sabía a lo que había ido allí.

Y no, lejos de lo que se le pasara por la cabeza al hombre que ya no conocía, no era para robarle nada que no me pertenecería nunca.

Capítulo 10



Kenzie

La cena transcurrió bien, o al menos todo lo bien que se puede esperar dada la tensión en el ambiente que nos rodeaba.

Nolan hizo de moderador, preguntándonos a Carol y a mí por nuestras vidas, a pesar de que sabía que su padre siempre le ponía al tanto cuando hablaba conmigo.

Colin me miraba de vez en cuando por el rabillo del ojo, como si la duda de si había envenenado la comida siguiera rondando por su cabeza, por lo que me llevé en un momento dado un buen bocado que mastiqué, saboreé y con el que incluso gemí levemente.

Sus ojos azules parecieron oscurecerse aún más cuando volví a mirarle, y se acabó el vino de su copa de un sorbo.

Carol y yo decidimos salir al jardín después de la cena, necesitaba tomar el aire y olvidarme de Colin, su sola presencia me imponía, por no hablar de que me sentía como ese mosquito del que hablaba mi amiga estando con él.

—Esto es una pasada, en serio —dijo mientras caminábamos por la extensa zona que estaba iluminada con pequeños farolillos en el suelo—. No me extraña que fueras una niña feliz, con todo este terreno para correr —rio

—Lo extrañé durante meses, pero después, no fueron más que recuerdos —suspiré.

—Mira, aquella debe ser la casa donde duermen los empleados —señaló a un lado y asentí.

Continuamos caminando y llegamos hasta una zona que reconocí enseguida. El señor Arthur me había llevado allí tantas veces para dejar flores a su esposa.

Me acerqué y cuando vi la lápida de su tumba, me arrodillé y acaricié su nombre, Carol leyó la inscripción a mi lado.

— «Arthur Sinclair, amado esposo, gran padre y abuelo, un hombre que siempre será recordado». Joder, qué bonito.

—Es la verdad —sonreí mientras me secaba una lágrima—. Yo siempre le recordaré.

Nos quedamos allí en silencio unos minutos hasta que retomamos el paseo nocturno.

Ambas nos fijamos en lo que parecía ser otra casa, algo más apartada del castillo.

—¿Qué será? —preguntó Carol acercándose.

—Una caseta para maquinaria de jardinería o qué sé yo. —Me encogí de hombros.

—No tiene pinta. Vamos.

—No, Carol, volvamos.

—¿Y si en este lugar hacen reuniones satánicas o algo así?

—¿Por qué no dejas de ver películas de miedo? En serio, eres lo que no hay —reí.

—Pues yo tengo que averiguar qué es, eso, y tengo tres meses para ello. —Se encogió de hombros.

Cuando regresábamos al castillo vimos a Arlene y Kiara salir de la casa en la que vivían, y tampoco tardaron mucho en aparecer Evan, Rian y Kyle, a quien aún no conocíamos.

—¡Ey! —Saludó Carol levantando la mano.

—Hola —sonrió Arlene—. ¿Dando un paseo?

—Sí, y nos hemos recorrido gran parte del terreno.

—Vamos a tomar una copa, es el cumpleaños de Kyle —señaló Arlene al chico de cabello castaño en cuestión—. ¿Os apetece venir?

—¡Claro! —gritó ella.

—No deberíamos —comenté.

—¿Por qué? No me irás a decir que piensas pasar tres meses aquí encerrada como si estuvieras en un convento. —Carol volteó los ojos.

—No, eso no, pero... Deberíamos descansar un poco, el vuelo ha sido largo.

—Te recuerdo que dormiste seis horas, Kenzie. —Arqueó la ceja.

—No vamos bien vestidas —argumenté.

—¿Quién lo dice? —preguntó Evan sonriendo de medio lado.

—Os ponéis unos zapatos de tacón, y estáis perfectas —dijo Kiara con una sonrisa de lo más tímida.

—Venga, Kenzie, es nuestra primera noche en Edimburgo. Solo serán un par de copas. —Carol hizo un puchero y acabé volteando los ojos, esa mujer era terrible y me convencía de cualquier cosa.

—Está bien, está bien. —Levanté ambas manos—. Vamos a ponernos los zapatos de tacón.

—¡Sí! —gritó dando palmaditas.

—Os esperamos con los coches en la puerta principal —dijo Arlene, y asentimos.

Entramos y subimos a nuestras habitaciones para cambiarnos, aproveché para echarme un vistazo en el espejo, seguía teniendo la coleta bien recogida así que solo cogí el brillo rosa de labios y me lo apliqué antes de guardarlo en el bolso que cogí metiendo el móvil.

No había hecho más que bajar el primer escalón, cuando escuché la voz de Colin a mi espalda.

—¿A dónde vas a estas horas?

—A conocer la noche de Edimburgo con Carol y el personal —respondí siguiendo con mi camino.

—¿Has venido a eso? ¿A disfrutar de tres meses de vacaciones?

—Efectivamente. —Me giré al final de la escalera—. Y a divertirme con tantos hombres como estén dispuestos a querer hacerme compañía en las largas noches en el castillo.

Le cambió el gesto, pero no me importó, no me quedé para comprobar qué más tenía que decirme.

Salí al exterior donde me esperaban Carol y los demás, y me dispuse a disfrutar de una noche de diversión como si de otra cualquiera en New York se tratase.

En cuanto llegamos a la zona de bares por donde solían salir ellos, se notaba aquel ambiente de fiesta nocturna a pesar de ser un lunes.

Entramos en un pub de lo más animado con música en directo, y las cervezas y chupitos empezaron a rodar por la mesa alta en la que estábamos mientras bailábamos.

No tardamos en comprobar lo que dijo Arlene sobre Kyle, el cumpleaños, quien pronto estuvo rodeado de algunas chicas que lo conocían.

—El dios del sexo en acción —rio Arlene y el resto no pudimos evitarlo.

Salvo Kiara, a quien se le había quedado una carita al ver a su compañero con tanta pájara alrededor...

—¿Qué te pasa? —le pregunté cuando nos quedamos solas, aprovechando que Arlene y Carol habían ido a bailar con Evan y Rian.

—Oh, nada —sonrió.

—Te gusta Kyle, a que sí.

—¿Cómo lo has...? Déjalo, soy malísima disimulando, ¿verdad?

—No es eso. —Le acaricié la espalda—. Es que cuando a una chica le gusta un chico, es normal que se le encoja el estómago y el corazón cuando le ve con otra.

—Otras, en su caso. —Se encogió de hombros—. Siempre tiene cerca a unas cuatro o cinco. Y míralas, yo soy una poquita cosa al lado de ellas.

—Ah, no, eso sí que no. Tú eres mucho mejor que ellas, hazme caso. Kiara, esas mujeres se acercan para llamar su atención, solo buscan un poco de sexo con él, y dudo que Kyle encuentre entre ellas a la madre de sus hijos. Uy, disimula que viene hacia aquí.

Cogí mi cerveza y ella la suya, dimos un sorbo y fingimos hablar de New York.

—¿No bailas, pequeña? —le preguntó Kyle a Kiara.

—No, no me apetece ahora —sonrió.

—Estamos hablando de mi ciudad —intervine—. Le he dicho que tiene que venir unos días a pasarlos allí, tengo algunos amigos a los que les encantaría conocerla. Es muy guapa y simpática. —No me pasó desapercibido el modo en el que Kyle frunció el ceño, un gesto fugaz, sí, pero que estaba ahí y sonreí ante lo que había descubierto

—Claro que lo es. —Le pellizcó la mejilla.

—Kyle, ¿vienes? —Él se giró hacia la pelirroja que le llamaba y tras un guiño que nos dedicó a nosotras, se fue con ella.

—Como siempre hace —dijo Kiara con un suspiro.

—Venga, arriba ese ánimo —sonreí—. Vamos a bailar, que la noche aún es joven.

—No tengo...

—A mí no me digas que no, que soy un poquito cabezona.

—Ya lo he visto —sonrió al tiempo que negaba y la cogí allí mismo para bailar.

No tardaron en unirse a nosotras los demás, por no hablar de un grupo de chicos que se nos acercó y acabaron invitándonos a las cuatro a una cerveza cuando Evan y Rian fueron a hablar con un conocido en la barra.

Había un par de ellos que no estaban nada mal, sin duda eran del tipo de chicos que le gustaban a Carol, y a mí se acercó uno con el cabello negro y los ojos grises que me tuvo toda la noche bailando y hablando sobre mí.

Greg, se llamaba, y resultó ser simpático además de muy agradable.

La noche iba perfecta, no faltaban las risas en nuestra mesa, hasta que noté una mano en mi hombro.

Cuando me giré, se me cortó la risa al ver a Colin y esa cara que asustaría a un niño pequeño. Parecía enfadado, pero ¿por qué? ¿Y acaso lo estaría conmigo?

—¿Así que aquí estabas? —dijo en tono serio— Yo en casa, con las niñas, preocupado por mi esposa, y ella ¿bebiendo y seduciendo a otro hombre?

—Pero ¿qué coño dices? —grité con los ojos muy abiertos.

—No esperaba esto de mi fiel esposa, y por qué, ¿por una peleílla sin importancia? No voy a permitir que otro te toque.

Miró de reojo a Greg, que en ese momento seguía agarrándome la cintura por haber estado bailando, y se apartó como si mi cuerpo quemara.

Colin me cogió por la nuca, se inclinó, y posó sus labios en los míos con cierta rudeza. Cuando se apartó, me quedé tan en *shock* que no supe cómo reaccionar ni qué decir.

—Eres mi mujer, Kenzie, y si tengo que follarte aquí mismo para que todo el mundo lo entienda, lo haré.

Me quedé mirando sus ojos azules, oscuros como el jodido océano en ese momento, y tragué con fuerza por lo que sentí en mis partes más íntimas en aquel instante.

Sin decir nada más, me cogió de la mano y me sacó casi arrastras del local. En cuanto pusimos un pie en la calle, me solté al ser consciente de lo que había hecho.

—¿Se puede saber qué mierda ha pasado ahí dentro? —grité.

—Oh, ¿eso? Solo me encargaba de que, en estos tres meses, ni un solo hombre entre en una de las habitaciones de mi castillo. Creo que ahora que todos saben que eres una mujer casada, te espera un verano un tanto... ¿Cómo decirlo? Ah, sí, sin actividades de índole sexual.

—Eres, eres...

—¿Sí? —Arqueó la ceja acortando la distancia, cerniéndose sobre mí en toda su altura, observándome como haría un león a puntito de comerse una insignificante gacela.

—Odioso —dije, siendo lo primero que me vino a la cabeza.

—Me han dicho cosas peores. —Se encogió de hombros y se giró para ir al coche—. ¿Vienes, querida esposa?

—¿Contigo? Ni a la vuelta de la esquina. —Me giré y entré de nuevo en el local, chocando con Carol que estaba por salir en ese instante.

—¿Qué ha pasado? Kiara me ha dicho que llegó el señor Sinclair y... Oh, ese señor Sinclair. Ahora entiendo lo del beso, ya creí que Nolan se había encaprichado de la joven Kenzie —sonrió.

—¿Te lo puedes creer? —grité entrando de nuevo con ella.

—Por supuesto que me lo creo, ese hombre ha hecho una jugada —dijo asintiendo—. Cariño, si quiere guerra, se la vamos a dar.

—Señoritas —dijo Logan pasando por nuestro lado.

—Ey, tú, gringo. —Le llamó Carol—. Dile a tu amiguito que lo que ha hecho, es una jugada muy pero que muy sucia. Y más vale que se prepare, porque le esperan tres meses de guerra. Con Kenzie Duncan, no se juega.

—¿Y contigo, tigresa? —sonrió de medio lado mirando a Carol de arriba abajo.

—Tampoco. —Le dio un leve empujoncito con el dedo en el pecho, y Logan salió de allí riendo a carcajadas.

—Creo que van a ser tres meses de lo más divertidos —comentó Arlene cuando nos unimos a ellos.

—Deberíamos hacer una porra, a ver quién gana —dijo Evan.

—Está claro, ganará Kenzie —respondió Carol.

^e —Equipo de las chicas hasta al final —Kiara levantó su cerveza y Arlen, Carol y yo la seguimos.

—Creo que van a ganar ellas —rio Kyle.

—Un hombre inteligente. Apostando al caballo ganador —dije.

—Entonces, ¿guerra de herederos? —preguntó Rian.

[!] —Guerra de herederos —respondimos Carol y yo al unísono, muertas de risa, después de mirarnos cómplices.

—¿Te lo puedes creer? —grité entrando de nuevo con ella.

—Por supuesto que me lo creo, ese hombre ha hecho una jugada —dijo asintiendo—. Cariño, si quiere guerra, se la vamos a dar.

—Señoritas —dijo Logan pasando por nuestro lado.

—Ey, tú, gringo. —Le llamó Carol—. Dile a tu amiguito que lo que ha hecho, es una jugada muy pero que muy sucia. Y más vale que se prepare, porque le esperan tres meses de guerra. Con Kenzie Duncan, no se juega.

—¿Y contigo, tigresa? —sonrió de medio lado mirando a Carol de arriba abajo.

—Tampoco. —Le dio un leve empujoncito con el dedo en el pecho, y Logan salió de allí riendo a carcajadas.

—Creo que van a ser tres meses de lo más divertidos —comentó Arlene cuando nos unimos a ellos.

—Deberíamos hacer una porra, a ver quién gana —dijo Evan.

—Está claro, ganará Kenzie —respondió Carol.

—Equipo de las chicas hasta al final —Kiara levantó su cerveza y Arlen, Carol y yo la seguimos.

—Creo que van a ganar ellas —rio Kyle.

—Un hombre inteligente. Apostando al caballo ganador —dije.

—Entonces, ¿guerra de herederos? —preguntó Rian.

—Guerra de herederos —respondimos Carol y yo al unísono, muertas de risa, después de mirarnos cómplices.

Capítulo 11



Colin

El lunes desperté preparándome mentalmente para la llegada de Kenzie, esa que seguía sin entender qué pintaba en todo esto.

Estaba tomando el primer café cuando apareció Logan con esa sonrisilla que sabía yo de qué provenía, y era de lo mismo que yo estaba pensando, la llegada de la intrusa.

—¿No me vas a dar los buenos días?

—¿Buenos días? ¿Seguro? ¿Quieres que te mienta?

—También tienes razón. —El aire salió de mi boca como una ráfaga de viento.

—Tranquilo, Colin, que esto es pan comido, una para ti y otra para mí, nos las cargamos antes de una semana, vamos a tener que volver a New York directas a un psicólogo para que les manden antidepresivos —bromeó con un carcajeo—. Por cierto, recuerda, semblante serio.

—Sí, pero al recibirla la engañaré con un abrazo como de bienvenida, aunque no lo sea, luego pasaremos a la acción.

—A la acción dice, al cuello de esas dos forasteras —sonrió mirando a Moira que apareció para echarle el café y nos miró en plan reprimenda ya que había escuchado el comentario. Sonreímos apretando los dientes y le sacamos una risilla mientras negaba y se marchaba tras servirlo.

Tras tomar un café decidimos irnos a desayunar a Edimburgo, me llevé uno de los coches de la casa ya que no queríamos depender de estar avisando a Evan. Invitamos a mi padre a que se viniera, pero tenía que ir a recoger algo de los caballos y había quedado en la mañana.

Refrescaba un poco, cosa normal en Escocia donde el tiempo era de lo más inestable incluso en verano, eso sí, eran apenas las nueve de la mañana y es que nos habíamos levantado muy temprano.

La vista se nos fue hacia unos bocadillos de pan con cereales rellenos de queso, tomate, lechuga y salsa de yogur, no dudamos en pedirlos junto al café.

—No veas el veranito que nos espera —me quejé—. Y yo pensando que me lo iba a pasar en la playa en Santa Mónica y alguna escapada que haríamos a las playas de Baja California.

—Cuando regresemos nos vamos dos semanas al Caribe o algo por el estilo y solucionado. La verdad es que yo en el castillo me siento como en casa, no sé, creo que nací en la cuna equivocada.

—Pues a mí no me llama el estar aquí, yo nací para vivir en plan americano, en una ciudad como Los Ángeles, esto se me queda pequeño.

—No será por el castillo.

—Pero ¿qué tiene de bonito vivir en un lugar tan grande y que al final no haces como tuyo muchos de los habitáculos de la casa? Y lo peor aún, para moverte tienes que hacer un recorrido importante. Recuerdo de pequeño que en más de una ocasión me apeteció algo de la cocina y por no bajar hasta ella, me quedaba aguantándome en la habitación.

—Eres muy flojo, haces deporte por mantener el tipo, pero a flojo no hay quién te gane.

—Lo que tú digas —bufé, cuando se ponía cabezón no había quien pudiera con él.

Dimos un paseo por el mercado ya que quería comprar unas buenas piezas de pescado para que Moira nos las cocinara en cazuelas, era un plato de ella que para mí era especial.

Terminé comprando medio puesto ante un Logan que tampoco se reprimía de añadir todo aquello que le apetecía, hasta unas langostas, hicimos una compra tan grande que podríamos comer todos en la casa a base de pescado y marisco durante una semana.

Cargados nos dirigimos al coche para regresar al castillo. Moira se puso muy contenta al ver todo lo que había llevado.

—Ya sé cómo voy a cocinar todo esto —dijo mientras los colocaba algunos para cocinar y otros para congelar para otros días.

—A la cazuela te rogaría que le dieras prioridad.

—No hay más que decir. —Me hizo un guiño.

Nos fuimos hacia el despacho ya que estábamos trabajando sobre el proyecto de una urbanización que teníamos intención de que comenzaran las obras para noviembre. Ya teníamos los permisos y ahora estábamos en el proceso de selección de las puertas, ventanas, azulejos y demás temas de estética ya que nos habían pasado varios modelos y presupuestos para que los estudiásemos.

Realmente estaba todo casi listo, menos esos detalles, por lo que no íbamos a tener un verano movidito ni estresado, acabábamos de terminar una obra que se vendió completamente y estuvimos volcados en este como único proyecto entre manos por ahora, eso sí, teníamos varios terrenos para explotar, pero todo llegado a su momento. Nos gustaba ir proyecto por proyecto y no andar en varios a la vez.

Kiara nos avisó de que la comida estaba lista y en la mesa, mi padre nos estaba esperando ya que acababa de llegar.

—Hijo, hoy charlando con Edwin, el que me vende los productos para los caballos, me dijo que su hermano puso la casa a la venta y además el precio es bastante bueno. La iré a ver en estos días, tiene terreno para mi establo y poder seguir viviendo de eso y, además, la casa es grande y acogedora.

—¿Cómo de grande?

—Tres dormitorios, dos baños, uno en la habitación principal y otro en el pasillo, un salón y cocina ¿para qué quiero más?

—Vas a cumplir lo que siempre dijiste de irte de aquí cuando abuelo faltase.

—Sí, además, me apetece comenzar en mi propia casa y tener todo a mi gusto, yo soy mucho más salvaje que todo esto, aquí estuve por mi padre, le tengo cariño al castillo, pero esto no va conmigo y siento que no es la vida que quiero vivir.

—Te pagaré la casa.

—No —rio—, tengo mis ahorros y tu abuelo en ese sentido me dejó bastante cubierto, sabía que no me quedaría en el castillo, pero también que me dejaría lo suficiente como para comprar mi casa y dejar algo de dinero para cualquier urgencia.

—Me da rabia que la mitad se la lleve...

—Hijo, por favor, deja que los deseos del abuelo se hagan realidad, todo esto era de él y tenía derecho a decir en qué manera lo quería dejar.

Bufé y seguí comiendo, la verdad es que todo eso me envenenaba.

Tras la comida me fui con Logan al despacho y un rato después seguía envenenado con el asunto.

—Es que no sé en qué pensaba. Ni siquiera recuerdo quién es la tal Kenzie de la que habla mi abuelo en esa carta. ¿Y la nombra heredera conmigo? Mi padre y yo somos los herederos, por amor de Dios. ¿Es que perdió la cabeza? ¿O acaso esa mujer es una hija o una nieta que tuvo con otra familia? Joder, no lo entiendo —me quejé cuando unos segundos después escuchamos unos golpecitos en la puerta y entró mi padre anunciando que Kenzie y Carol estaban aquí.

Me quedé mirándola unos segundos antes de preguntarle si era ella, la misma que con doce años llevaba trenzas, me acababan de venir algunos flases, pero es que había cambiado mucho, ahora era una joven preciosa.

—Debo ser yo —asintió.

—La cosa se pone interesante —dijo Logan.

—Joder, ahora entiendo al viejo —sonreí en un intento de acercarme a darle un abrazo de bienvenida y noté cierto rechazo, estiró su mano directamente para estrecharla sin más, encima que había sonreído, pero bueno, sería la última vez que lo haría.

—Encantada de volver a verte, Colin —dijo esperando que le estrechara la mano—. Ha pasado mucho tiempo.

—Catorce años, Kenzie —respondí estrechándole la mano y notándola un tanto nerviosa—. Han pasado catorce años desde que te vi antes de irme a la universidad.

Un momento después salieron de allí y nos quedamos mirándonos los dos.

—Tienen un buen repaso —murmuró Logan.

—La verdad es que me sorprendió mucho Kenzie, no la esperaba así.

—Ahora, que es antipática a más no poder, muy cortante y distante.

—Viene a por su parte del castillo y se va a llevar un premio y un boleto de vuelta antes de lo esperado.

—¿Un premio? —Arqueó la ceja.

—Quién sabe.

—Si se lleva el premio una, la otra no se puede quedar sin otro.

—Lo dicho, tú te encargas de la amiga que ya me encargo yo de Kenzie, tenemos que empezar con los planes cuanto antes —me referí a lo de que le desaparecieran cosas y hacerlas sentir incómodas.

Un rato más tarde aparecí por el establo y me la encontré allí, momento que tuvimos un encuentro en el que le reproché que allí no debía de estar y lo hice no con los mejores modales.

—Oye, no hace falta ser grosero ¿sabes? —dijo su amiga.

—No soy grosero, tan solo pongo límites.

¿Al final crucé con ellas ciertos reproches y hasta intervino Logan, las invitamos a ayudar en los establos o ayudar a Rian a limpiar.

Me dijo que en unos meses los dos seríamos los dueños de eso, pero le dejé claro que no, que lo intentaría evitar.

Era evidente que la cosa se iba a poner muy tensa en el castillo, pero si algo tenía claro es que no la iba a dejar salirse con la suya.

Por no hablar de la cena, esa en la que la tensión se podía sentir como chuchillos afilados, pero todo controlado para no crear allí un peor ambiente del que ya había y en el que mi padre no dejaba de preguntarles a las chicas cosas de sus vidas para que todo fuera más fluido en esos momentos.

Me tuve que tomar una copa de whisky con Logan en el jardín cuando terminó la cena, lo raro que no me bebí la botella a tragos.

Estaba dentro del castillo cuando las escuché y me asomé, al verlas pregunté que a dónde iban a esas horas.

—¿A dónde vas a estas horas?

—A conocer la noche de Edimburgo con Carol y el personal —respondió prosiguiendo su camino.

—¿Has venido a eso? ¿A disfrutar de tres meses de vacaciones? —pregunté reprochando esa actitud.

—Efectivamente. —Se giró cuando había llegado al final de la escalera—. Y a divertirme con tantos hombres como estén dispuestos a querer hacerme compañía en las largas noches en el castillo.

En ese momento las hubiera dejado encerradas, eran demasiado provocadoras y sus respuestas de lo más atacantes.

—Esto no se puede quedar así —me dijo Logan.

—Por supuesto que no.

—¿Vamos?

—Claro.

Y dimos con ellos, lo que más me dolió y no entendía por qué, era verla bailando con otro hombre que la rodeaba por la cintura y no dudé en acercarme. Ella al verme se puso blanca.

—¿Así que aquí estabas? —dije en tono serio— Yo en casa, con las niñas, preocupado por mi esposa, y ella ¿bebiendo y seduciendo a otro hombre? —Estaba haciendo el papel de mi vida.

—Pero ¿qué coño dices? —gritó asombrada.

—No esperaba esto de mi fiel esposa, y por qué, ¿por una peleílla sin importancia? No voy a permitir que otro te toque.

Miré a ese chico que la soltó de forma repentina y se fue apartando, momento que aproveché para cogerla por el cuello y la besé, con seguridad, tal fue el *shock* que tardó en reaccionar.

Salimos hacia fuera y comenzaron los reproches, le dejé bien claro que no iba a permitir que metiera a ningún hombre en el castillo.

También Logan tuvo un par de palabras con Carol cuando salía hacia fuera.

En definitiva, ahora sí que nos habíamos declarado la guerra y no solo Kenzie y yo, sino también Logan y Carol.

—¿A dónde vas a estas horas?

—A conocer la noche de Edimburgo con Carol y el personal —respondió prosiguiendo su camino.

—¿Has venido a eso? ¿A disfrutar de tres meses de vacaciones? —pregunté reprochando esa actitud.

—Efectivamente. —Se giró cuando había llegado al final de la escalera—. Y a divertirme con tantos hombres como estén dispuestos a querer hacerme compañía en las largas noches en el castillo.

En ese momento las hubiera dejado encerradas, eran demasiado provocadoras y sus respuestas de lo más atacantes.

—Esto no se puede quedar así —me dijo Logan.

—Por supuesto que no.

—¿Vamos?

—Claro.

Y dimos con ellos, lo que más me dolió y no entendía por qué, era verla bailando con otro hombre que la rodeaba por la cintura y no dudé en acercarme. Ella al verme se puso blanca.

—¿Así que aquí estabas? —dije en tono serio— Yo en casa, con las niñas, preocupado por mi esposa, y ella ¿bebiendo y seduciendo a otro hombre? —Estaba haciendo el papel de mi vida.

—Pero ¿qué coño dices? —gritó asombrada.

—No esperaba esto de mi fiel esposa, y por qué, ¿por una peleílla sin importancia? No voy a permitir que otro te toque.

Miré a ese chico que la soltó de forma repentina y se fue apartando, momento que aproveché para cogerla por el cuello y la besé, con seguridad, tal fue el *shock* que tardó en reaccionar.

Salimos hacia fuera y comenzaron los reproches, le dejé bien claro que no iba a permitir que metiera a ningún hombre en el castillo.

También Logan tuvo un par de palabras con Carol cuando salía hacia fuera.

En definitiva, ahora sí que nos habíamos declarado la guerra y no solo Kenzie y yo, sino también Logan y Carol.

Capítulo 12



Kenzie

Era el tercer día en el castillo, y estaba más que decidida a tomarme las cosas con toda la calma del mundo, a pesar de lo desesperante que podía ser Colin Sinclair algunas veces.

Como en el momento de la comida el día anterior, cuando le vi poner cara de haber olido a algo podrido tras el primer bocado.

Tuvo la poca vergüenza de decir que las verduras estaban poco cocidas, cuando literalmente se deshacían en la boca.

Y todo porque me vio a mí encargándome de ese guiso de carne que quise preparar.

Apenas llevaba media hora levantada, acababa de ducharme y, mientras echaba un vistazo a mi ropa, escogiendo : ver qué podía ponerme, un par de golpecitos en mi puerta me hicieron salir del vestidor.

—Buenos días, Kenzie. —Me saludó el señor Nolan.

—Buenos días —sonreí, aun llevando únicamente aquel albornoz la mar de mullido y cómodo que Moira nos dio tanto a Carol y a mí la mañana anterior.

—Te he comprado algo, espero haber acertado con la talla —dijo tendiéndome una caja blanca con un bonito lazo en color marrón.

—¿Para mí? —pregunté con los ojos muy abiertos— No tenías que haberte molestado.

—Bueno, creí que sería más apropiado para un paseo. Te veo en el porche, Moria ha servido allí el desayuno.

Asentí, cerré la puerta y fui hacia la cama donde me senté con la caja en la mano.

En cuanto quité el lazo y descubrí la caja, me llevé la mano a la boca ahogando un grito de sorpresa.

Unos pantalones beige para montar a caballo, junto con un polo blanco y unas botas para montar, así como unos guantes.

No me podía creer que me hubiera comprado aquello, recordando que el día que me propuso dar un paseo no

llevaba la ropa adecuada.

Sonreí sacando todo y no dudé en colocarlo en la cama, me puse la ropa interior y fui a hacerme una trenza para después vestirme con aquellas prendas. Estaba decidida a salir a pasear en alguno de los caballos más dóciles después del desayuno.

—¡Kenzie, estás preciosa! —dijo Carol cuando salí de la habitación— ¿De dónde has sacado esa ropa?

—Me la ha traído Nolan —sonreí, refiriéndome a él de modo menos formal, tal como me había pedido él—. ¿Me queda bien?

—¿Bien? Chica, esos pantalones te hacen un culo, que me estoy planteando seducirte y darme un revolcón contigo en los establos. —Soltó un silbido.

—Mira que eres —reí.

—Oye, me ha desaparecido un tanga —murmuró.

—¿A ti también? —Abrí los ojos.

—Joder, van dos cosas ya —resopló—. Ayer, las camisetas blancas, hoy los tangas. Al final voy a creer eso de que pensabas que había fantasmas en el castillo. Eso, o que a la pobre Arlene se le caen de camino al cuarto de la lavadora.

^a—Todo puede ser, pero lo habrías encontrado.

—Pues ya puedes ir mirando al suelo a ver si te encuentras mi tanga, que era el rojo pasión y me costó un ojo de la cara.

—Y parte del otro —reí.

—Eso, tú riéte. Caray con la gringa —resopló.

Salimos al porche, ese del que me había enamorado la noche anterior, donde había varias mesas, y Nolan estaba sentado junto a Colin y Logan ante un desayuno de lo más completo, al igual que el que sirvió Moira en el comedor el día anterior.

Fue verme así vestida, y Colin arquear la ceja.

—Buenos días —dije sentándome al lado de Nolan.

—Kenzie, te queda muy bien —Nolan sonrió con cariño, y le devolví el gesto.

—La verdad es que has acertado con la talla. Muchas gracias.

—¿Se lo has comprado tú? —preguntó Colin, que parecía aún más serio de lo que se había mostrado desde la mañana anterior, igual que Logan.

—Sí, para que pueda montar a caballo con el atuendo adecuado —le respondió.

—¿Debo preocuparme, papá?

—¿Preocuparte? ¿Por qué? Si mal no recuerdo, Kenzie sabía montar muy bien a caballo, no creo que lo haya olvidado. Y si fuera el caso...

—Preocuparme en el sentido de que te acabe seduciendo y consiguiendo algo más que una parte del castillo.

El grito de sorpresa que se escapó de mis labios, mientras se me caía la tostada de la mano, fue el mismo que escuché de Carol. Miré a mi amiga, y ella que me conocía muy bien, apretó los dientes mientras negaba, como si de ese modo me dijera «no llores delante de él, que te vea fuerte».

—¡Colin! —protestó Nolan— ¿Cómo se te ocurre decir eso? ¿Pensarlo siquiera? —Frunció el ceño mirando a su hijo.

—No sé, tal vez os tenga tan locos al abuelo y a ti, que consiga mucho más de lo que vino a buscar.

—Si me disculpas, Nolan. —Retiré la silla mientras me ponía en pie—. Voy a ver a Rian, y que me prepare un caballo.

—Pero, Kenzie, no has desayunado —me dijo con pesar.

—No te preocupes —sonreí poniéndole una mano en el brazo—, de todos modos, no tenía apetito.

^aMe marché sin decir nada, caminando por el jardín hasta los establos.

La mañana anterior me había dicho Rian que Colin solía montar a Zeus cuando estaba de visita en el castillo, por lo que, aunque ese caballo me encantaba, decidí no acercarme mucho a él, a pesar de que relinchaba cuando me veía.

—Kenzie, qué temprano vienes. ¡Vaya! Y vas vestida para montar —sonrió al verme, le había pillado dando de comer a los caballos.

—Sí, hoy sí —sonreí—. ¿Cuál es más dócil para mí? Ten en cuenta que llevo catorce años sin montar —le recordé.

—Ven conmigo, tengo a la candidata adecuada.

Seguí a Rian por los establos y paró ante la puerta de una yegua en color marrón claro preciosa, con la parte frontal del hocico, desde entre las orejas, en color blanco.

—Esta es Escarlata —sonrió abriendo la puerta—. Es la yegua más dócil y tranquila de todas. Al señor Nolan le gusta sacarla al ruedo para hacerla correr a menudo. Aún es joven, pero quiere que alguno de los sementales críe con ella.

—Es una yegua preciosa, y seguro que tendrá buenos potros. —Le acaricié el hocico y se inclinó para estar más cerca de mi frente—. Hola Escarlata.

—Hablas como el señor Arthur, no me extraña que siempre te tuviera presente.

—¿En serio?

—Oh, sí. Conmigo hablaba de ti todo el tiempo. Recordaba el día que te enseñó a montar, lo mucho que disfrutabas aquí con él. Se notaba el cariño que te tenía.

—Yo a él también.

—Toma, dale una manzana mientras voy a por una silla para ti.

Asentí, le di la manzana a Escarlata y no pude evitar coger un cepillo y pasarlo por su cuerpo mientras la acariciaba.

Ella estaba tranquila, quieta, disfrutando de los mimos que le daba.

Cuando Rian regresó con la silla, sacó a Escarlata de su recinto y tras colocársela, me ayudó a montar en ella.

—¿Bien? —preguntó antes de sacarme al jardín.

—No recordaba que desde aquí se veía tan alto —reí.

Me llevó fuera de los establos y me dijo que, si necesitaba algo, no dudara en llamarle. El lunes por la noche intercambiamos los teléfonos con todos, así que le dije que lo haría.

Comencé con mi paseo despacio, recorriendo los jardines por los que durante años monté a caballo siendo una niña.

Solo tenía cinco años la primera vez que monté en uno, con el señor Arthur a mi espalda y manteniéndome bien sujeta.

—*El caballo no tiene que presentir tu miedo, mi niña Kenzie* —me dijo entonces—. *Debes estar tranquila mientras te lleva, porque, si te nota asustada, se puede asustar, empezar a galopar o correr, y acabarías cayendo al suelo.*

—*Y me rompería todos los huesos, como dice Colin* —le contesté yo, y él se echó a reír.

—*Ay, mi nieto siempre asustándote.* —Me besó en la cabeza y seguimos hasta un viejo y gran roble en el que le gustaba pasar el tiempo sentado bajo su sombra.

Y fue ahí a donde llegué, al roble en el que muchas tardes de paseo a caballo, me contaba historias de las guerras que tuvieron que librar sus antepasados para mantener a salvo el castillo.

Amarré a Escarlata al tronco y la vi acurrucarse a mi lado, sonreí y saqué el móvil. Eran poco más de las nueve y media y ni me había dado cuenta. El paseo me había sentado tan bien que no pensé que hubiera pasado una hora desde que me marché del porche.

¿Cómo podía pensar Colin que tuviera intenciones de seducir a su padre? Por Dios, pero, si podría ser mi padre. ¿Quién demonios pensaba que era yo? ¿Una especie de viuda negra o algo así?

Solo faltaba que, por esa cabeza de chorlito, se pasara la absurda idea de que a su abuelo también lo seduje durante mis años de niñez.

—Qué hombre más exasperante, de verdad —resoplé cerrando los ojos.

Pero como había dicho Carol, si era guerra lo que quería Colin Sinclair, sería guerra lo que tendría.

¿Cómo podía pensar Colin que tuviera intenciones de seducir a su padre? Por Dios, pero, si podría ser mi padre. ¿Quién demonios pensaba que era yo? ¿Una especie de viuda negra o algo así?

Solo faltaba que, por esa cabeza de chorlito, se pasara la absurda idea de que a su abuelo también lo seduje durante mis años de niñez.

—Qué hombre más exasperante, de verdad —resoplé cerrando los ojos.

Pero como había dicho Carol, si era guerra lo que quería Colin Sinclair, sería guerra lo que tendría.

Capítulo 13



Kenzie

Aquel día lo pasé en los establos ayudando a Rian, quien protestaba diciendo que no era mi trabajo, que yo estaba allí en calidad de invitada del señor Arthur y que tendría que estar disfrutando de la estancia.

Me puse muy seria cuando le aseguré que disfrutaba de mi estancia estando allí, alimentando y cepillando a los caballos, puesto que siempre fue mi lugar favorito del castillo.

Cabezona, me llamó cabezona muerto de risa, y le dije que eso lo había heredado de mi abuela Bridget, al igual que su físico.

Para cuando regresé al castillo a la hora de comer, Carol se echó a reír al verme.

La trenza no estaba tan perfecta como cuando la hice, sin duda mi cabello tenía más el aspecto de un nido de pájaros que de una bonita melena rubia.

El polo blanco lucía algunas manchas de tierra porque los caballos se frotaban conmigo después de haber retozado por el ruedo, y estaba bañada en sudor.

Fui a darme una ducha rápida después de aquello, me puse unos *shorts* vaqueros con una camiseta de tirantes y deportivas, y bajé al comedor donde comimos solas con Nolan.

Según nos dijo, los chicos tenían un asunto que atender de la constructora y comerían algo rápido en el despacho.

Tras la comida y un café, al que siguieron otros dos charlando con Nolan, se fue a los establos para atender a un hombre que quería comprar uno de los potros más mayores que tenía.

Carol y yo nos fuimos a nuestras habitaciones, ella a leer un rato y yo aproveché para hablar con mi familia por videollamada.

—¡Kenzie! Te echo de menos, hermanita —dijo nada más descolgar.

—Y yo a ti —sonreí—. ¿Cómo estás?

—Bien, no te preocupes —sonrió—. ¿Y tú? ¿Qué tal por el castillo?

—Muy bien. Hoy he estado toda la mañana en los establos después de dar un paseo a caballo.

—¿Aún recuerdas cómo se monta, cariño? —preguntó mi padre, que se unía en ese momento a mi hermana, igual que mi madre.

—Sí, y ha sido un paseo de lo más agradable.

—Me alegro.

—¿Cómo te va con Colin? —Quiso saber mi madre, pero estando mi hermana no quería decirles que era un idiota que me trataba poco menos que de buscona, así que me encogí de hombros y respondí sin mucho entusiasmo.

—Apenas hablamos, se pasa casi todo el tiempo trabajando con su socio.

—Claro, debe tener muchas cosas que requieran de él aun estando fuera de la constructora.

Asentí, y durante la siguiente hora hablamos de ellos, de la guardería, el trabajo de mi padre y lo mucho de menos que me estaban echando, aun habiendo pasado solo unos días desde que me fui de casa.

Dejé el móvil en la mesa de café que había junto al ventanal donde me había sentado, subí las piernas al sofá y me acomodé contemplando el jardín.

En ese momento se me vino un recuerdo de cuando tenía unos diez años, en ese mismo jardín, junto con Colin.

—*¿Y qué harás en la universidad?* —le pregunté yo, mientras paseábamos por entre las flores.

—*Estudiar mucho para llegar a ser un hombre de negocios importante* —respondió con esa voz de chico mayor que tenía a sus dieciséis años.

—*¿Eso quieres? ¿Ser un hombre de negocios?*

—*Sí, como mi padre, solo que yo me dedicaré a la construcción de edificios, de casas y oficinas. Hoteles, no sé, esas cosas, en vez de a la cría de caballos.* —Se encogió de hombros tras eso.

—*Colin.* —Le llamé mientras me mordía el labio, temiendo preguntar ya que no quería que pensara algo que no era—. *¿Te acordarás de mí cuando estés en la universidad? Porque yo sé que echaré de menos que me dejes sentarme a leer en la mesa donde tú estudias.*

—*Claro que me acordaré de ti, Kenzie, eres como una prima para mí, ¿no? Además, cómo podría no acordarme de la niña que me saca mil sonrisas* —dijo con esa sonrisa que siempre hacía que la mía propia aflorara.

Suspiré abrazándome las piernas y apoyando la barbilla en las rodillas. No esperaba que me fuera a recordar, la verdad, pero de ahí a que dijera aquello antes de verme, o a que pensara que mi intención era seducir a su padre para conseguir más, de algo que no me pertenecía, pues no era plato de gusto.

Noté unas lágrimas cayendo por mis mejillas y las retiré con fuerza, no quería llorar por esas palabras que había dicho, con tanto veneno que me costaba creer que no se hubiera envenenado.

Pasé el resto de la tarde mandándole a mi hermana algunas fotos que me hice en esos días, y hablando con ella por mensaje.

Al parecer Vincent le había escrito diciéndole que era un tonto y que le perdonase, que no tenía que haberlo dejado con ella.

Me dijo que su respuesta fue que lo hizo y que no quería saber nada más de él, qué orgullosa me sentí de ella en ese momento.

Kenzie: *¿Qué haces, petarda?*

Le pregunté a Carol por mensaje.

Carol: *Pensando en si bajar al porche a tomarme una cerveza. ¿Y tú?*

Sonreí, ya teníamos plan para antes de cenar.

Kenzie: *Vamos a por esa cerveza.*

Dos minutos después nos encontramos en el pasillo, sonreímos y fuimos a la cocina donde encontramos a Moira y Kiara, junto con Arlene, preparando la cena.

—Qué bien huele —dijo Carol abriendo la nevera y cogiendo dos cervezas.

—Pues verás cuando lo pruebes, el postre de manzana, canela y crema de Moira, produce unos orgasmos... —comentó Arlene.

—¿En serio? Pues un hurra por Moira, que yo necesito sentir uno de esos —respondió la loca de mi amiga haciendo que las demás estalláramos en carcajadas.

Salimos al porche y nos sentamos en una de las mesas, con las piernas estiradas sobre una silla, brindando con las cervezas.

—Por las vacaciones de nuestra vida —anunció ella.

—De pesadilla para mí, puedes estar segura —suspiré tras el primer sorbo.

—Ey, ni caso a lo que dijo Colin esta mañana ¿estamos? —Me señaló con el dedo—. Nolan ya le dio un buen rapapolvo, ese hombre te adora y te defendió como lo habría hecho el señor Arthur. Colin es idiota. —Dio un buen trago a su cerveza—. Solo está buscando guerra, y tienes que ser fuerte y dársela. ¿Quiere hacer creer a todo el que se cruce contigo que eres una mujer casada? Que lo haga, te puedes estar divorciando de ese gilipollas. ¿Insinúa que quieres seducir a su padre? Pues seduce a alguien, Evan, por ejemplo.

—¿Qué? Ni loca, vamos —protesté.

—Pues sedúcele a él, Kenzie —dijo así, como si nada—. Haz que ese hombre caiga rendido a tus pies, haz que se

excite tanto que piense que vas a follártelo como una amazona montando a caballo, y cuando le tengas desnudo, rízas! Te llevas su ropa y sales corriendo, dejándole en mitad del jardín como Dios le trajo al mundo.

—Madre mía, estás fatal, en serio. —Empecé a reír y ella conmigo.

No sabría decir cuánto tiempo estuvimos así, mientras ella maquinaba mi momento al más puro estilo mujer fatal seduciendo a Colin Sinclair, cuando escuchamos pasos, así como una melodía celta de esas que a veces solía escuchar mi padre en casa.

Los vimos salir a los dos vestidos de escoceses, tal como Carol dijo que se había imaginado a Logan, en plan actores de *Outlander*, y por Dios, que lo que se veía en pantalla no tenía nada que ver con lo que teníamos delante

Sin decir una sola palabra, se sentaron en otra mesa con una cerveza en la mano cada uno, y allí se quedaron ante nuestra mirada de sorpresa.

—Oh. Dios. Mío —murmuró Carol—. Dime que he muerto y estoy en el cielo de los Highlanders. Esto es mejor que la fantasía que tuve con Logan. Por favor, ese hombre debería estar prohibido, es perjudicial para mi salud.

No podía hablar, de verdad que no, me había quedado sin el menor rastro de voz al ver a Colin, aquel muchacho alto y desgarbado que recordaba, luciendo el traje típico de los hombres escoceses.

¿Y por qué sentía que se me aceleraba el pulso al verle allí sentado, en todo su esplendor, luciendo despreocupado mientras se llevaba la cerveza a los labios?

—Kenzie, ¿me estás oyendo? —preguntó.

—¿Qué?

—Decía que si quieres nos vamos dentro.

—No, ¿por qué? Estoy en el porche de mi castillo, ¿no es así? Nadie me va a prohibir moverme por donde quiera a partir de ahora. —Me encogí de hombros.

—Así me gusta. Seamos como los guerreros de *Braveheart*: «Nos podrán quitar todo, pero jamás, nuestra libertad». —Hizo un guiño y me tuve que reír.

Chocamos nuestras cervezas y nos quedamos allí, sentadas en el porche, contemplando las vistas de mis encantadores dominios.

excite tanto que piense que vas a follártelo como una amazona montando a caballo, y cuando le tengas desnudo, ¡zas! Te llevas su ropa y sales corriendo, dejándole en mitad del jardín como Dios le trajo al mundo.

—Madre mía, estás fatal, en serio. —Empecé a reír y ella conmigo.

No sabría decir cuánto tiempo estuvimos así, mientras ella maquinaba mi momento al más puro estilo mujer fatal seduciendo a Colin Sinclair, cuando escuchamos pasos, así como una melodía celta de esas que a veces solía escuchar mi padre en casa.

Los vimos salir a los dos vestidos de escoceses, tal como Carol dijo que se había imaginado a Logan, en plan actores de *Outlander*, y por Dios, que lo que se veía en pantalla no tenía nada que ver con lo que teníamos delante.

Sin decir una sola palabra, se sentaron en otra mesa con una cerveza en la mano cada uno, y allí se quedaron ante nuestra mirada de sorpresa.

—Oh. Dios. Mío —murmuró Carol—. Dime que he muerto y estoy en el cielo de los Highlanders. Esto es mejor que la fantasía que tuve con Logan. Por favor, ese hombre debería estar prohibido, es perjudicial para mi salud.

No podía hablar, de verdad que no, me había quedado sin el menor rastro de voz al ver a Colin, aquel muchacho alto y desgarrado que recordaba, luciendo el traje típico de los hombres escoceses.

¿Y por qué sentía que se me aceleraba el pulso al verle allí sentado, en todo su esplendor, luciendo despreocupado mientras se llevaba la cerveza a los labios?

—Kenzie, ¿me estás oyendo? —preguntó.

—¿Qué?

—Decía que si quieres nos vamos dentro.

—No, ¿por qué? Estoy en el porche de mi castillo, ¿no es así? Nadie me va a prohibir moverme por donde quiera a partir de ahora. —Me encogí de hombros.

—Así me gusta. Seamos como los guerreros de *Braveheart*: «Nos podrán quitar todo, pero jamás, nuestra libertad». —Hizo un guiño y me tuve que reír.

Chocamos nuestras cervezas y nos quedamos allí, sentadas en el porche, contemplando las vistas de mis encantadores dominios.

Capítulo 14



Colin

Lo mejor había sido la comida del martes, ya que con anterioridad había visto a Kenzie encargarse del guiso, cosa que me vino bien para soltar en la mesa que olía a podrido y Logan afirmaba como si a él le hubiera venido el tufo al probarlo. Al final pasamos directamente a unas empanadillas que había en una bandeja para compartir.

—Carol es mucho más fuerte y descarada que Kenzie —me dijo Logan esa noche cuando estábamos en la zona confort tirados en el sofá tomando una cerveza y viendo un partido de fútbol en la pantalla gigante.

—Kenzie es más fácil de poner nerviosa y le cuesta reaccionar, todo lo contrario a Carol, que no tiene pelos en la lengua, pero fuertes mentalmente las veo a las dos.

—Y encima nos ponen cachondos...

—Para qué vamos a negarlo —me reí.

—Por cierto, ¿se habrán dado cuenta ya de que les desaparecieron las camisetas blancas?

—No lo sé, pero mañana vamos a por los tanguas. —Di un trago a la cerveza.

—Eso, así vemos cómo se las gastan con la ropa interior, en cuanto la escuche que se mete en la ducha.

—Me apunto —sonreí de imaginarlo.

Por la mañana estábamos desayunando con mi padre cuando aparecieron las chicas y para qué mentir, enmudecí por completo al verla vestida tan apropiada para montar a caballo y con esos pantalones que le hacían un cuerpo espectacular. Se me arqueó la ceja.

La cara me cambió al descubrir que esa ropa se la había comprado mi padre, cosa que me hizo reprochárselo delante de todos y que provocara que le dijera algo fuerte sobre ella que provocó que soltara un grito y se le cayera la tostada de sus manos. Se le vio de lo más nerviosa.

Kenzie se levantó mientras mi padre me reprochaba las barbaridades que había soltado por yo decir las intenciones que veía en ella y se marchó sin desayunar, cosa que preocupó a mi padre.

Nos metimos en el despacho para terminar de aclararnos con el tema de los azulejos de la cocina para la urbanización, habíamos pedido más muestras ya que queríamos algo más destacado y sobrio.

Miré el móvil y vi que tenía una notificación de mensaje.

Rose: *Deseando irme a Escocia, cada vez queda menos. ¿Me estás preparando tu suite en el castillo?*

Me reí y se lo leí a Logan.

—Lo que faltaba era tener a Rose aquí, es cuando termina esto estallando por los aires.

—Lo sé, pero sigo pensando que solo es vacile y que no vendrá.

—Te digo que viene, por cierto, ¿no te parece un tanto extraño que no sabemos a qué se dedica Rose, pero por su presencia aparenta tener bastante dinero? Por no hablar en la casa que vive...

—La casa es de sus padres y él sabemos que es un doctor reputado, al igual que su madre es fiscal.

—¿Y ella?

—Una vividora —murmuré riéndome.

—No, en serio ¿no te causa curiosidad?

—Es que ella no es centro de mi atención, en la cama funcionamos muy bien, pero nada más.

Rose: *¿Me has dejado en visto, señor escocés?*

—Esa viene —dijo cuando me reí por el mensaje.

Colin: *Para nada, estaba vistiéndome, había salido de la ducha. Encantado de recibirte en el castillo.*

Tiré el móvil bocabajo ya que sabía que me convenía no darle mucha charla o se enrollaba y no tenía fin a no ser que tuviera algo que hacer en esos momentos.

—Y pensar que usan los tangas en color rojo...

—Sensualidad en estado puro —murmuré casi gimiendo.

Moirá apareció por el despacho para traernos una copa de vino blanco, era la una de la tarde. Aproveché para comentarle que no saldríamos a comer, que lo haríamos en el despacho con algo que nos trajese ligero. Lo justifiqué diciendo que teníamos mucho trabajo cuando la realidad era que me había provocado tanta repulsa el acto de mi padre al comprarle esa ropa y las palabras que habíamos tenido tras ello, que prefería quedarme aquí que a tenerle que ver la cara a nadie.

—Se me está ocurriendo una idea buenísima —reí con solo pensarlo.

—Sorpréndeme...

—Esta noche nos vamos a tomar unas cervezas y a montar una fiesta en el porche vestidos como manda la tradición.

—¿De Highlander?

—Hasta el más mínimo detalle.

—¿Y tú crees que nos verán?

—Estoy seguro.

—¿Tienes todo?

—Por supuesto.

—Las vamos a hacer humedecer. —Aplaudió emocionado—. Ya me veo en plan Highlander con la falda y paseándome como si fuera alguien importante.

—El *kilt*, te recuerdo que eres de aquí.

—Pero no viví en un castillo ni tuvimos ningún apego a esas tradiciones.

Kiara nos trajo la comida y nos quedamos allí un buen rato, de nuevo no sacamos en claro los azulejos de la cocina, lo que sí teníamos claro es que debía prevalecer el blanco, pero un blanco que dijera algo, que fuera elegante y a la vez moderno, que tuviera algo que resaltara a la vista.

Nos marchamos a la habitación a descansar un rato y quedamos en vernos luego para vestarnos para la ocasión.

Me tiré en la cama y me vinieron algunos recuerdos de ella cuando era pequeña, siempre se me quedaba mirando embobada y a mí me hacía mucha gracia.

Era preciosa, muy distante, pero sabía que estaba jugando y que iba a por todas, cosa que me ponía más enfurecido, pero a la vez, más atraído por ella.

Tres horas después apareció Logan por la habitación con dos cafés que había ido a la cocina a que se los hicieran.

Nos pusimos a charlar y una hora después, nos asomamos a la ventana y vimos que las chicas estaban tomando una cerveza en el porche.

Nos echamos a reír al vernos vestidos mirándonos el uno al otro.

—Somos los Highlanders más potentes de la historia.

—Claro que sí, el ego por las nubes. —Volteé los ojos preparándome para salir.

—¿A por las cervezas?

—Sin duda.

Aparecimos por la cocina donde estaba Kiara que nos miró asombrada y agachó la vista poniéndose colorada como un tomate.

Cogimos una jarra fría cada uno y nos las echamos. Salimos con la cabeza bien alta y allí estaban ellas, se habían acabado de quedar a cuadros.

Nos sentamos en una de las mesas que había, ignorando que ellas estaban allí, según el plan que habíamos trazado.

No tardaron en murmurarse algo y brindar, obviamente estaban trazando algunos de sus planes.

—Ni caso, no les haga ni caso, están intentando fingir el calentón que le hemos provocado —me murmuró sonriendo y alzó su jarra para que brindásemos como lo habían hecho ellas.

Se fueron viniendo arriba y Carol fue a por dos cervezas más, Kenzie era incapaz de mirar hacia nosotros y eso que la estaba provocando a hacerlo ya que no le quitó la vista en todo momento.

Moira no se creía lo que veía al vernos así vestidos, nos dijo que estábamos demasiado guapos, mi padre, que entró saludando primero a las chicas teniendo unas palabras con ellas llenas de complicidad, luego se vino a nuestra mesa y no dejaba de salir de su asombro.

—Hombre, los desaparecidos. ¿Me he perdido algo?

—Aquí, haciendo honor a todo lo que le gustaba al abuelo —dije en voz alta para que ellas se enteraran—. Porque las cosas para ganarlas hay que sentirlas, no robarlas.

—Mira, de verdad, deja ya el tema, esto no te hace bien ni a ti ni a nadie.

—Tranquilo, solo me abría a mis sentimientos y emociones. —Noté cómo Logan aguantaba la risa y mi padre resoplaba antes de dar un sorbo y negar con la cabeza.

Nos trajeron la cena a la mesa y a las chicas las sirvieron allí también, mi padre se quedó con nosotros y comenzó a hablarnos de sus proyectos en aquella casa en la que estaba a nada de cerrar el trato.

Me parecía de lo más injusto que él fuera a irse de lo que le pertenecía y no solo eso, que solo a mí me quedase la mitad por culpa de una extraña que no tenía derecho a pillar cacho, bueno lo tenía porque así lo había decidido mi abuelo pero que le iba a costar muchos malos tragos el intentar convivir en un castillo en el que el otro heredero no estaba dispuesto a ponérselo nada fácil.

Mi padre se despidió de nosotros para retirarse y luego fue a la mesa de las chicas para hacer lo mismo, ambas le sonreían de lo más amables, normal, si podían, lo querrían como objetivo para intentar quedarse con todo.

—Deja de darle vueltas a la cabeza, parece que te puedo leer la mente.

—Las tenemos que echar lo antes posible.

—Pero antes merecen un buen repaso, al menos que se lleven una alegría.

—El repaso lo tienen, no nos vamos a engañar, pero solo de pensar lo vivas que son...

—Bueno, al menos eso una, la otra intenta aparentar que es una mosquita muerta.

—Pero bien que se defiende.

—Sí, pero Carol —murmuró su nombre poniéndose la mano en la boca para que no lo entendieran— tiene una lengua llena de maldad, no se anda con chiquitas.

—¿Que empiece la fiesta?

—Ya está tardando.

Agarré el móvil que lo tenía sincronizado con unos bafles que había puesto en la ventana de mi habitación y le di al *play*, tenía preparado un buen repertorio de música tradicional escocesa.

—Pero antes merecen un buen repaso, al menos que se lleven una alegría.

—El repaso lo tienen, no nos vamos a engañar, pero solo de pensar lo vivas que son...

—Bueno, al menos eso una, la otra intenta aparentar que es una mosquita muerta.

—Pero bien que se defiende.

—Sí, pero Carol —murmuró su nombre poniéndose la mano en la boca para que no lo entendieran— tiene una lengua llena de maldad, no se anda con chiquitas.

—¿Que empiece la fiesta?

—Ya está tardando.

Agarré el móvil que lo tenía sincronizado con unos bafles que había puesto en la ventana de mi habitación y le di al *play*, tenía preparado un buen repertorio de música tradicional escocesa.

Capítulo 15



Colin

Ni qué decir había que lo mismo que nosotros llevábamos unas cuantas cervezas mientras escuchábamos música, ellas también, eso sí, con alguna indirecta que se cruzaba de un lado a otro en tono alto para que llegase a los otros.

—Por tu parte del castillo, eres toda una reina —le dijo Carol levantando la jarra de cerveza y chocándola con la de ella mientras a nosotros nos entraba una carcajada de lo más fuerte.

—Esa que nadie me podrá arrebatarse —contestó Kenzie con esa sonrisilla que parecía más de timidez que de otra cosa.

No dejaban de mirarnos descaradamente y hasta Logan que se dio cuenta me dijo que iba a poner orden, además las provocaciones eran constantes tanto de un lado como de otro. Se levantó y se dirigió hacia el interior para llegar a la cocina de la que regresó con una botella de whisky y cuatro vasos.

Se paró ante ellas, abrió la botella y les llenó los suyos, todo esto en el más absoluto de los silencios y la mudez de Kenzie y Carol que lo observaban en todo momento.

Después se vino a nuestra mesa e hizo lo mismo para luego mirarlas levantando la copa y que se formara un brindis grupal.

—Que gane el mejor —dijo mirándolas sin el más mínimo rastro de una sonrisa.

—Lo lleváis claro —contestó Carol brindando con Kenzie que sonreía mirándola.

—Claro dice que lo llevamos, en menos de una hora están borrachas —me murmuró aguantando la risa.

—Es cuando las lleve al aeropuerto y las mande en un avión de vuelta para sus casas. —Nos tuvimos que echar a reír con mi comentario.

—¿Podéis hablar alto para decir las cosas a la cara? —La amiga era esa nota discordante que no se callaba ni, aunque la amordazaran.

—Claro que sí, que estamos diciendo que es un placer disfrutar de una noche escocesa con dos forasteras —le contestó Logan al que casi se le escapa una sonrisa, fue leve pero irónica.

—Forasteras no, que soy la dueña de la mitad de todo esto —dijo en voz alta Kenzie y en un tono un tanto chulesco.

—De verdad qué fácil se autoproclama la gente victoriosa cuando esto aún no hizo más que empezar.

Logan no dejaba de levantarse a rellenarles los vasos de whisky cuando se lo tomaban, era asombroso cómo lo bebían y eso que no llevaban ni refresco, era obvio que querían hacerse las chulas, pero no tenía yo muy claro por dónde les iba a salir la broma.

Moira apareció para despedirse antes de dormir y vimos cómo le decía a las chicas que parasen un poco, obviamente se lo dijo de forma cariñosa, pero se estaba dando cuenta que su estado pasaba a ser un poco jodido.

Tal como se metió dentro, Logan se levantó para volverles a rellenar los vasos, lo peor de todo es que fueron ellas las que lo levantaron y movieron pidiendo que les echara más.

—Estas me lo están poniendo muy fácil —dijo cuando se levantó y se acercó hasta ellas.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Carol balbuceando.

—Que no os falte de nada, vosotras pedir que estamos generosos.

—¿Nos llevas las copas ahí? —Le señaló a una mesita pequeña que había delante de un sofá.

—Claro que sí, vuestro camarero personal Logan. —Las cogió y se las puso allí.

Momento en que ellas aprovecharon para levantarse como pudieron y sentarse en aquel sofá al que llegaron a lo justo, cayendo a plomo muertas de la risa mientras Logan las ayudaba a que se sentaran bien.

Aquello era un cuadro, no podía parar de reír viendo cómo mi amigo intentaba estabilizarlas sobre el sofá, cosa que parecía mucho peor que una misión imposible.

—Tú no eres tan malo como aquel —le dijo Carol chillando y señalándome a mí.

—Claro que sí, guapas, aquel es un ogro, no sé cómo aún seguís en el castillo con la de cosas que pueden pasar.

—Pero tú nos salvarás. —Le señalaba con el dedo.

—Por supuesto, ni dudarlo, si os tengo que ayudar a escapar, ahí estaré el primero ¿queréis iros hoy?

—No, no, no, aquí hasta que nos quedemos la mitad del castillo.

—Pero eso se lo quedará tu amiga, no tú.

—Que te calles, que yo también me llevo cacho. —Se puso el dedo en la boca.

Se reían tumbándose hacia el medio donde también caía Kenzie y entre ellas se aguantaban. Esas no llegaban ni a entrar en la casa como para llegar a la habitación.

—La que tienen encima...

—Ya te digo —me reí a carcajadas mirando cómo ambas ya dormían una encima de la otra—. ¿Qué haces?

—Fotos, hay que immortalizarles el momento, a las futuras propietarias de una parte del castillo —se reía.

—¿Tú te crees que Kenzie compartiría su parte? La veo más inocente en eso, no se le ve con tanta maldad como Carol.

—Oye, que Carol tiene su puntillo, pero no es una bruja.

—¿La estás defendiendo? —pregunté incrédulo.

—No, no, mi prioridad es echarla, pero más que bruja me parece graciosa y muy deslenguada.

—No sé cómo van a llegar a su habitación.

—De eso nos encargamos nosotros, será el plan perfecto para que le hagamos desaparecer alguna cosilla más.

—¿Y si nos pillan?

—¿Qué nos van a pillar? ¿No ves que están en otro universo paralelo? Esas, mañana no se acuerdan de nada.

—No me digas eso. —Movié los ojos rápidamente y lo miré con tono de advertencia—. Si les pones un dedo mientras están inconscientes, te vas a acordar de mí. —Le señalé con el dedo.

—Sabes que no haría algo así, soy cabrón, pero de los que se ven venir, los que hacen las cosas a la cara.

—Así me gusta —reí negando.

La de fotos que les echó Logan fue lo más grande, al final terminaron sobre el césped las dos rodando y sin inmutarse.

—Vamos a tener que llevarlas a la habitación —murmuré dando un último trago.

—No nos queda otro remedio, es eso o mañana se pondrán Moira y algunos más en contra de nosotros si las ven ahí tiradas.

—Estoy por cogerla en hombros y llevarla como a los niños pequeños —se refirió a Carol.

—No, por favor —negué—. Lo que nos faltaba que se te cayera de boca.

Menos mal que eran ligeras de cuerpo y no nos costó en absoluto echarlas a nuestros pechos y subirlas a la habitación. Eran incapaces ni de pestañear, eso sí, el pulso y la respiración los tenían bien que, aunque un poco cabrones, no queríamos una tragedia.

Los escalones los subimos haciendo payasadas con la cara y aguantándonos de reír a carcajadas por si levantábamos a alguien del personal, o peor aún, a mi padre.

Logan se paró ante un cuadro de mi abuelo y le levantó un poco a Carol como si le hiciera una ofrenda, ahí sí que me tuve que sentar en el escalón con Kenzie sobre mis piernas y poniéndome una mano sobre la boca para no reírme y liarla.

—Para ya o no llegamos. —Se ponía a mecerla delante del cuadro y yo hacía por no soltar a Kenzie y que rodara por las escaleras.

—¿Dónde es en ese sitio que se ponen una capucha y una bata y mecen a un santo? —preguntó haciendo los pasos de una procesión.

—Creo que es en España.

—Sí, eso que vi en un documental y hacían esto. —La mecía ante mi estupor de que se le cayera.

—Tira para arriba. —Extendí la mano y aguantaba con la otra a Kenzie que dormía plácidamente sobre mi pecho.

Las echamos sobre la cama de Carol a las dos y les quitamos el pantalón dejándolas en camiseta y tapándolas para que durmieran plácidamente.

No quise mirar mucho porque me daba cosa por la situación en la que estaban, pero tenía unas piernas de lo más bonitas.

Logan me hizo un gesto de que los pantalones nos lo llevábamos y hasta le cogió un perfume, acción que derivó en que fuésemos a la habitación de Kenzie y le cogiéramos otro.

—Dos pantalones y dos perfumes menos, en unos días no tienen ni bragas —murmuró Logan riéndose—. Al menos vinieron cargadas para tres meses, nosotros nos vinimos con lo justo para unos días.

—También es verdad. Deja de registrarle sus cosas —le reñí para que saliera de la habitación y dejarla cerrada.

Nos despedimos y nos fuimos a las nuestras, la noche había sido larga y al día siguiente les llegarían las consecuencias de no acordarse de nada, encontrarse allí sin saber cómo llegaron y sin pantalones. Iban a querer que la tierra las tragase, eso cómo mínimo.

Los escalones los subimos haciendo payasadas con la cara y aguantándonos de reír a carcajadas por si levantábamos a alguien del personal, o peor aún, a mi padre.

Logan se paró ante un cuadro de mi abuelo y le levantó un poco a Carol como si le hiciera una ofrenda, ahí sí que me tuve que sentar en el escalón con Kenzie sobre mis piernas y poniéndome una mano sobre la boca para no reírme y liarla.

—Para ya o no llegamos. —Se ponía a mecerla delante del cuadro y yo hacía por no soltar a Kenzie y que rodara por las escaleras.

—¿Dónde es en ese sitio que se ponen una capucha y una bata y mecen a un santo? —preguntó haciendo los pasos de una procesión.

—Creo que es en España.

—Sí, eso que vi en un documental y hacían esto. —La mecía ante mi estupor de que se le cayera.

—Tira para arriba. —Extendí la mano y aguantaba con la otra a Kenzie que dormía plácidamente sobre mi pecho.

Las echamos sobre la cama de Carol a las dos y les quitamos el pantalón dejándolas en camiseta y tapándolas para que durmieran plácidamente.

No quise mirar mucho porque me daba cosa por la situación en la que estaban, pero tenía unas piernas de lo más bonitas.

Logan me hizo un gesto de que los pantalones nos lo llevábamos y hasta le cogió un perfume, acción que derivó en que fuésemos a la habitación de Kenzie y le cogiéramos otro.

—Dos pantalones y dos perfumes menos, en unos días no tienen ni bragas —murmuró Logan riéndose—. Al menos vinieron cargadas para tres meses, nosotros nos vinimos con lo justo para unos días.

—También es verdad. Deja de registrarle sus cosas —le reñí para que saliera de la habitación y dejarla cerrada.

Nos despedimos y nos fuimos a las nuestras, la noche había sido larga y al día siguiente les llegarían las consecuencias de no acordarse de nada, encontrarse allí sin saber cómo llegaron y sin pantalones. Iban a querer que la tierra las tragase, eso cómo mínimo.

Capítulo 16



Kenzie

Notaba un peso en la cintura que no lograba identificar, por no hablar del dolor de cabeza que tenía, y la pastosidad en la boca.

Me pesaban tanto los párpados, que a pesar de ser plenamente consciente de que el sol estaba entrando en todo su esplendor por la ventana, no era capaz ni de abrir los ojos. Mi cerebro enviaba la orden, sí, pero ellos no querían colaborar.

El peso pareció moverse, y por Dios que me atravesó un dolor que grité y abrí los ojos de golpe.

—¡Joder! —chillé.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —gritó Carol, que resultó ser el peso no identificado en mi espalda, y es que tenía ambas piernas sobre mí, y al moverse, me había clavado las rodillas.

—¿Qué haces aquí, Carol? —pregunté, con la garganta ligeramente ronca.

—¿Dormir? —Se encogió de hombros y después volteó los ojos.

—¿En mi cama?

—¿Tu cama? —frunció el ceño y echó un vistazo a la habitación, al igual que yo, solo para comprobar que no estábamos en la mía, sino en la suya— Es mi cama.

—¿Qué pasó anoche? —No recordaba nada—. ¿Y por qué estamos en bragas?

—Llevamos la camiseta y el sujetador también.

—Vale, ¿y dónde están los pantalones? ¿Qué pasó anoche, Carol? —grité.

—No lo sé, y deja de gritar que me va a estallar la cabeza. Caray con la gringa —protestó.

—Por Dios, Carol, dime que recuerdas algo, lo que sea, de lo que pasó anoche.

—Aparte de que salimos al porche a tomar una cerveza, que después fue alguna más, y ver a los chicos con el *looo*.

completo de Highlanders, no recuerdo nada.

—Ay, mi madre. —Me levanté con las manos en la cara, frotándome para ver si algún recuerdo llegaba a mí, pero nada.

Entré en el cuarto de baño y me refresqué, pero no sirvió de mucho. Un vistazo al espejo fue suficiente para saber que iba a tener dolor de cabeza hasta que me tomara un buen desayuno.

Y me rugió el estómago justo en ese momento.

—¿Cómo llegamos aquí? —preguntó Carol cuando regresé a la habitación.

—No tengo ni idea. Quién sabe, igual subimos las escaleras a gatas. —Me encogí de hombros.

—Lo dudo, nos dolerían las rodillas, o las tendríamos raspadas, y no es el caso.

—Voy a mi habitación, necesito una ducha y sentirme persona antes de bajar a desayunar.

—Yo quiero una tableta de pastillas, tengo la cabeza como si estuvieran taladrando una pared de hormigón.

—¿Dónde están mis pantalones?

—Por ahí andarán, junto con los míos. Seguro que nos los quitamos al lado de la cama —dijo mientras se dejaba caer de nuevo hacia el mullido colchón.

Busqué en cada maldito rincón que pude de la habitación, pero mis pantalones no estaban por ningún lado.

Miré el reloj del móvil de Carol y vi que eran casi las diez de la mañana, no recordaba un solo día que me hubiera levantado tan tarde.

—Carol, no los encuentro.

—Ya aparecerán, seguro que se han colado debajo de la cama, y como es tan grande, no los ves.

—Voy a mi habitación, nos vemos abajo en quince minutos.

—¿Quince? —protestó levantando solo la cabeza para mirarme— Necesito al menos treinta para volver a la vida.
—Se dejó caer de nuevo mientras resoplaba.

—Quince minutos, Carol, que ya es bastante tarde. —La señalé con el dedo, cogí mis deportivas y fui hacia la puerta, rezando para que no hubiera nadie por el pasillo y me viera así, con el culo al aire y el tanga rosa chicle.

Abrí, eché un ligero vistazo a un lado y al otro, salí y cerré tras de mí para empezar a correr hacia la habitación. Solo me faltaban unos pocos pasos para llegar, cuando escuché un carraspeo a mi espalda que me dejó paralizada.

—¿Otra maniobra de seducción? —Cerré los ojos con fuerza mientras me maldecía, no podía ser verdad. De todas las personas que había en el jodido castillo, ¿tenía que ser Colin quien me encontrara?

—¿Qué te he hecho yo, Dios mío? —murmuré.

—Disculpa, ¿decías algo? —preguntó y lo escuché un poco más cerca.

Carraspeé, me enderecé poniéndome lo más erguida posible, y respiré hondo antes de girarme.

—No he dicho nada. Y para tu información, ni esta ni ninguna otra cosa que haga, es una maniobra de seducción.

—Ah, entonces debo entender que tienes por costumbre pasearte en tanga por las casas ajenas.

—No me estoy paseando, acabo de despertarme en la cama de Carol y me iba a mi habitación.

—¿Una noche interesante, entonces? —Arqueó la ceja.

—No es asunto tuyo —me giré, pero recordé que seguía con las nalgas a la vista, y noté un leve roce con dos dedos en una de ellas—. ¿Qué mierda haces? —Fruñí el ceño.

—Solo tenía curiosidad por saber si valía la pena que mi padre y yo podamos romper nuestra relación, cuando te lo acabes follando. —Se encogió de hombros mientras se metía las manos en los bolsillos.

—Eres un idiota —Fruñí el ceño—. Respeto a tu padre y aún le recuerdo como ese hombre que me dejaba cuadernos de dibujo y lápices de colores por cualquier rincón de la casa para que me sorprendiera. Era, y sigue siendo, como un tío para mí.

—Pero no compartís la misma sangre, puedes querer seducirle, casarte con él, y quedarte con el dinero que mi abuelo le dejó en herencia.

—No queda nada del Colin que recordaba.

—Yo a ti ni siquiera te recordaba. —De nuevo volvió a encogerse de hombros y pasó por mi lado.

Olía bien, una exquisita mezcla de gel de baño, champú y perfume de lo más masculino, y con vaqueros y ese polo blanco estaba guapo a rabiar.

—Anoche estuvisteis en el porche, igual que nosotras —dije antes de que empezara a bajar las escaleras.

—Es mi castillo también, puedo estar donde me dé la gana.

—¿Qué pasó? Carol y yo...

—¿No recordáis nada? —Arqueó la ceja mientras me miraba por encima del hombro, y negué, ligeramente avergonzada—. Tal vez no deberíais beber tanto. Anoche estuvisteis aquí, pero, quién sabe que podría pasar si un noche salís y bebéis más de lo que podéis tolerar.

§ No dijo una sola palabra más, se limitó a bajar las escaleras y yo me metí en la habitación, cerrando con un portazo y gritando mientras me mordía la camiseta para que no pudiera escucharme.

Ese hombre era terriblemente desesperante, y guapo, para qué me iba a mentir.

Me desnudé dejando todo en el cesto de la ropa para lavar, y entré en la ducha para quitarme parte del peso del alcohol que aún seguía en mi organismo.

Apoyé las manos en la pared de azulejos, cerré los ojos y traté de encontrar en mi mente los recuerdos de lo que fuera que pasó la noche anterior, pero solo uno vino a ella. Uno en el que Colin Sinclair era el protagonista.

Verle en traje o con vaqueros era una vista impresionante. El modo en el que la tela del traje se amoldaba a cada uno de sus movimientos, o lo bien que le sentaban los vaqueros realzando los músculos de sus piernas era una delicia para cualquier chica con un par de ojos en la cara.

Pero, ¿con el *kilt*, la chaqueta, las botas y la espada en la cintura? Aquello había sido como una maldita fantasía erótica para cualquier mujer del mundo a la que le gustaran los Highlanders.

Terminé de ducharme maldiciéndome por sentir algo por él, algo más allá del cariño y la admiración que le había tenido cuando era una niña, pero ya no lo era. Tenía veintiséis años y las hormonas por las nubes tras varios meses de sequía, como decía Carol.

Me vestí, me recogí el pelo en una coleta alta y, cuando fui a ponerme perfume, no lo encontré por ningún lado.

La cosa ya pintaba mal, eran muchas de mis pertenencias las que estaban desapareciendo y al final sí que pensaría que había fantasmas en el castillo.

Dios, era eso o que me estaba volviendo loca de atar.

En cuanto salí de la habitación vi a Carol saliendo de la suya, sonrió y me pasó el brazo por los hombros.

—¿Qué tal la ducha? —preguntó.

—Mejor que mi encuentro con Colin —suspiré.

—¿Le has visto? —Abrió mucho los ojos y le conté lo ocurrido, al menos tuvo la decencia de no decir nada al respecto y no reírse—. Me ha desaparecido el perfume.

—A mí también. Creo que hay fantasmas.

—No me digas eso, que me cago las patitas abajo. —Se llevó la mano al pecho—. Entonces, ¿Colin no te ha dicho qué pasó anoche?

—O no lo sabe, o no quiere decírmelo.

^a —Bueno, lo intentaré con Logan a ver.

—Dudo que suelte prenda, pero por intentarlo. —Me encogí de hombros justo cuando entrábamos en la cocina.

Moira sonrió al vernos y preguntó si se nos habían pegado las sábanas, a lo que Carol dijo que la noche había sido movidita y necesitábamos descansar. Cualquier mentira era mejor que la verdad, que habíamos bebido hasta el punto de levantarnos sin recordar absolutamente nada.

Le pedimos un par de pastillas para la cabeza y dijo que nos las llevaba al porche junto con el desayuno, se lo agradecemos en el alma y fuimos a tomar aire fresco al exterior.

Para nuestra sorpresa, allí estaban Colin y Logan trabajando en los portátiles mientras tomaban un café.

—Buenos días —saludamos al unísono.

—¿Ya decidisteis que era hora de levantarse, princesas? —preguntó Colin con todo el sarcasmo del mundo.

—Tal como dijiste, estamos de vacaciones, ¿recuerdas? —soltó Carol— Por cierto, Logan, ¿tú podrías decirnos qué pasó anoche? Es que tenemos algunos espacios vacíos en la memoria —dijo mientras nos sentábamos.

—No, no tengo ni la menor idea de qué pasó —contestó sin ni siquiera mirarla.

—A ver, estuvisteis aquí los dos, digo yo que algo veríais. ¿Hablamos? ¿Nos acostamos con vosotros?

—¿Y por qué querríamos hacer eso? —Logan arqueó la ceja.

—Qué sé yo, tal vez queríais tener un poco de sexo con dos mujeronas como nosotras —respondió Carol mientras le hacía un movimiento de lo más sexy y sensual con las cejas al tiempo que se mordisqueaba el labio.

—Hemos follado con mujeres que valen mucho más que vosotras —fue Colin quien contestó, serio y con su habitual expresión de indiferencia hacia nosotras.

Y a mí, que dijera aquellas palabras mientras me miraba como si yo no valiera la pena como mujer, me dolió, y no entendía por qué.

—Aquí está el desayuno, chicas —dijo Moria apareciendo con una amplia sonrisa y una bandeja llena de café, tostadas, zumo, huevos revueltos, salchichas y nuestras pastillas.

—Gracias —murmuré antes de que se fuera, y ella me miró con el ceño fruncido antes de dirigir una mirada de lo más reprobatoria a Colin.

El silencio reinó entre los cuatro mientras nosotras desayunábamos y ellos trabajaban en sus portátiles. Cuando terminamos, recogimos la bandeja y la llevamos a la cocina, dejándolos allí sin ni siquiera despedirnos.

—Buenos días, chicas. —Nos giramos al escuchar a Nolan.

—Buenos días —sonreímos.

—Vaya cara tenéis, veo que la noche se debió alargar más de la cuenta. —Arqueó la ceja con una sonrisa de medio lado.

» —Sí, es que se estaba tan bien en el porche... —dijo Carol encogiéndose de hombros.

—Hacéis bien, disfrutar del verano. Y no os quedéis encerradas en el castillo todo el día. ¿Por qué no le pedís a Evan que os lleve a la ciudad, os deje por allí, y os recoja esta noche?

—Es una magnífica idea, Kenzie. Me encantaría conocer Edimburgo, aprovechando que voy a estar tres meses aquí.

—¿Seguro que no necesitas a Evan? —le pregunté a Nolan.

—No, y, además, solo será llevaros y dejaros allí, regresará enseguida.

—Vale. Pues iremos a la ciudad, así compramos algunas cosas que nos hacen falta.

Nolan asintió, y tras subir a por nuestros bolsos, fuimos al garaje donde encontramos a Evan limpiando uno de los coches.

Sonrió al vernos y más aún cuando le pedimos que nos llevara a la ciudad, lugar en el que pensábamos pasar solas el resto del día.

;

»

—Sí, es que se estaba tan bien en el porche... —dijo Carol encogiéndose de hombros.

—Hacéis bien, disfrutar del verano. Y no os quedéis encerradas en el castillo todo el día. ¿Por qué no le pedís a Evan que os lleve a la ciudad, os deje por allí, y os recoja esta noche?

—Es una magnífica idea, Kenzie. Me encantaría conocer Edimburgo, aprovechando que voy a estar tres meses aquí.

—¿Seguro que no necesitas a Evan? —le pregunté a Nolan.

—No, y, además, solo será llevaros y dejaros allí, regresará enseguida.

—Vale. Pues iremos a la ciudad, así compramos algunas cosas que nos hacen falta.

Nolan asintió, y tras subir a por nuestros bolsos, fuimos al garaje donde encontramos a Evan limpiando uno de los coches.

Sonrió al vernos y más aún cuando le pedimos que nos llevara a la ciudad, lugar en el que pensábamos pasar solas el resto del día.

Capítulo 17



Kenzie

Evan nos dejó en la conocida *Royal Mile*, la calle más importante de Edimburgo que une el Castillo con el *Holyrood Palace*.

—Caminando por aquí me siento como si acabara de volver atrás en el tiempo —dijo Carol mientras daba un pasc tras otro por los adoquines de la calle que cruzaba el centro histórico de la ciudad.

Allí se encontraban muchos de los pubs más legendarios de Edimburgo, según nos dijo Evan antes de dejarnos. Por lo que había sido todo un acierto dado que aprovecharíamos para comer y cenar allí, por no hablar de tomar alguna cerveza.

—Pero sin pasarnos, que quiero estar lúcida cuando regresemos al castillo —le advertí a Carol.

—Sí, sí, tú tranquila que yo controlo.

—Pues anoche no controlaste mucho. —Arqueeé la ceja.

—Uy, mira, una iglesia. ¿Quieres entrar para expiar nuestros pecados? —preguntó cambiando de tema cuando pasamos por la iglesia *Highland Tolbooth Kirk*.

—¿Has bebido a mis espaldas antes del desayuno? Porque no es que seas tú muy de ir a misa, y menos, a confesarte.

—Bueno, para todo hay una primera vez. Además, creo que necesito confesión y una penitencia grande, porque a pesar de lo odioso que es Logan, anoche me lo quise llevar a la cama en cuanto le vi con el traje de escocés. Dios mío, ese hombre es sexy hasta decir basta.

—Por suerte, no te lo llevaste a la cama.

—Eso parece, aunque como no recordamos nada. —Se encogió de hombros y continuamos paseando.

Paramos a comprar un par de cafés y unos bollos, tanta cerveza la noche anterior aún seguía pasándonos factura y necesitábamos esa dosis extra de cafeína para no parecer muertos vivientes andando por las calles de Edimburgo.

Cogimos un folleto en una de las tiendas para ver qué lugares podíamos visitar en esa zona, que sí, yo había nacido y crecido en Edimburgo, pero no recordaba nada y quería que Carol se llevase un bonito recuerdo de aquel

lugar.

Tras tomarnos el café y echar un vistazo al folleto, nos hicimos algunas fotos que le enviamos a mi hermana, Tara y no tardó en responder lo guapas que estábamos y sacarnos una sonrisa.

—Al menos en las fotos tenemos buen aspecto —dijo Carol sonriendo.

—A ojos de Tara, sí, otra cosa será cuando mi madre vea esas fotos. —Volteé los ojos a sabiendas de que, en cuanto las viera, me escribiría para preguntar si habíamos tenido una mala noche.

Nuestra primera parada fue en la *Catedral de St Giles*, edificio histórico de la ciudad que destacaba por la cúpula hueca con forma de corona real que podía verse en su exterior. Por no hablar de lo impresionante que era su interior, cuyos techos coloridos y el gran órgano hacían las delicias de los visitantes.

—Mira qué corazón más chulo —dijo Carol cuando salimos de la catedral.

—Según el folleto, es el *Heart of Midlothian*. —Leí—. Y su ubicación en este punto se debe a que aquí se encontraba la antigua prisión de la ciudad.

—Vaya, que un corazón de granito tan hermoso represente algo tan triste...

Tenía razón, pero quien fuera que quiso que la prisión no fuera olvidada, lo vio como algo bonito.

Entramos en la *Gladstone's Land* y nos empapamos de la historia y el modo de vida, así como de las costumbres de las familias de clase alta entre los siglos XVII y XVIII, donde Carol no dejaba de alucinar con algunas de las cosas que veíamos. Como el mobiliario de la época que esperaba haber encontrado en el castillo.

Mientras visitábamos aquel lugar como si de una máquina del tiempo se tratase, recordé aquellas viejas historias que el señor Arthur me contaba, y una de cuando tenía seis años, me vino a la cabeza.

—*Mis antepasados pasaban largas horas sentados junto al fuego, leyendo el periódico, un libro, o bordando en el caso de las muchachas más jóvenes que eran instruidas para llegar a ser buenas esposas* —dijo una tarde.

—¿Tú leías mucho, abuelo Arthur? —le pregunté, observando el crepitar del fuego en la chimenea mientras en el exterior nevaba.

—*Oh, sí, me encantaba. Siempre tenía un libro en las manos, mi madre decía que era raro el día que no me veía con uno* —rió mientras su pecho se sacudía bajo mi espalda.

—*Ahora sé a quién se parece Colin* —mi sonrisilla hizo que él riera aún más antes de besarme la cabeza.

—*Algún día será un buen hombre, uno importante que llevará su propio negocio. Quién sabe, quizás tú estés cerca de él, ayudándole con los libros.*

—*Pero tú estarás para eso, y para cuidarle como siempre le dices* —respondí con la inocencia de aquella niña que pensaba que el señor Arthur viviría eternamente.

—*Oh, mi niña Kenzie. Este pobre viejo no vivirá para siempre.*

—Entonces, abuelo Arthur, te prometo que yo cuidaré de Colin.

Él se volvió a reír, y nos quedamos en silencio viendo nevar por la ventana.

Dejamos atrás aquella pintoresca casa donde nos hicimos algunas fotos rodeadas de tantos muebles y objetos antiguos, y continuamos por *Royal Mile* hasta llegar al *Holyrood Palace*.

Era imponente y majestuoso por fuera, pero no lo era menos por dentro.

Cada rincón, cada detalle, cada lugar por el que caminábamos, nos transportaba a esa época en la que María Estuardo, la Reina de Inglaterra se instalaba en él durante sus visitas a Escocia.

—Me siento ahora mismo como la mismísima María Estuardo —dijo Carol al pasar por el que fuera el dormitorio de la reina.

Sonreí y continuamos la visita, hasta llegar al gran salón al que llamaban *Great Gallery*, lugar que albergaba más de noventa retratos reales.

—Y estas son las ruinas de la Abadía Agustina —dijo el guía que nos había acompañado a nosotras y el pequeño grupo de visitantes con el que entramos—. Esta abadía fue testigo de la coronación de varios reyes escoceses.

—Mira, Kenzie, cuando seas la dueña de la mitad del Castillo Sinclair, puedes pedir que te coronen aquí mismo —murmuró Carol provocando que me diera un ataque de risa.

—Tienes cada cosa.

—Maravillosas ideas, lo sé. ¿Has pensado dónde te gustaría casarte? Porque creo que el castillo es un lugar perfecto. Imagina la cara de Colin, no le gustará ni un poquito.

—Ese es capaz de boicotearme el banquete y acaban todos los invitados con descomposición intestinal ingresados en urgencias por su culpa.

—Apunto esa idea, para darles una comida a él y a Logan que no olvidarán. ¿Tu guiso olía a podrido? Pues que no se preocupen, que les daremos un delicioso manjar con un poquito de laxante. —Hizo un guiño y negué mientras sonreía.

En cuanto salimos del palacio, y una vez en *Royal Mile*, eché un vistazo al folleto y dada la hora que era, decidimos ir a comer algo antes de continuar visitando los lugares de aquella extensa calle.

Entramos en uno de los pubs donde no solo servían bebida sino también los platos típicos de la ciudad, y pedimos *scotch broth*, que consistía en un pequeño cuenco de un delicioso guiso de carne de cordero con cebada, col y puerros, y de segundo *fish and chips* que acompañamos con una única cerveza.

—Oh. Dios. Mío —dijo Carol tras probar el primer bocado del postre.

Y no era para menos, puesto que el *dundee cake* por el que nos habíamos decantado, era un pastel delicioso con una mezcla de sabores que hacían explotar el paladar.

Elaborado con grosellas, naranja, pasas y almendras, era uno de los postres favoritos según nos dijo la camarera. Y acompañado del café, era aún mejor.

Después de reponer fuerzas y tras reposar los manjares que habíamos disfrutado, decidimos subir hasta la colina de *Calton Hill*, desde donde disfrutamos de unas vistas preciosas de la ciudad, lugar en el que no faltaron las fotos

En el folleto decían que desde ahí arriba se podía disfrutar de una espectacular vista de la puesta de sol, por lo que nos lo apuntamos para volver otro día. Teníamos varias semanas aún por delante para conocer cada rincón de mi Edimburgo natal, y estaba más que dispuesta a beberme cada día sin importar la guerra que tuviéramos Colin y yo

Al ver en el folleto que el siguiente lugar que se podía visitar era el cementerio *Greyfriars*, se me debió descomponer la cara de tal modo, que Carol me cogió por los hombros asustada.

—¿Qué pasa, Kenzie? —preguntó.

—Ahí es donde está enterrada mi abuela —dije con la voz en apenas un susurro.

—Pues vamos a llevarle unas flores —sonrió dándome un abrazo.

Ella sabía lo importante que era mi abuela Bridget para mí, y que desde que mi familia y yo nos mudamos a New York, la había visto tan poco en sus visitas a nuestra casa, que siempre me reprochaba el no haber viajado a Edimburgo para estar con ella antes de que muriera.

Pasamos por una floristería y Carol pidió dos ramos de flores surtidas y diferentes, dijo que ella también quería ponerle unas.

Adentrarse en aquel cementerio era como entrar en un jardín, dado lo cuidado que estaba cada rincón de césped, a pesar de sus múltiples lápidas.

Era el cementerio más importante de la ciudad, y cuando mi abuela falleció, el señor Arthur dijo que él se encargaría de que descansara en paz durante toda la eternidad en un buen lugar de reposo, por lo que pagó el entierro y se aseguró de que nunca, mientras existiera el cementerio, la sacaran de allí.

—Mira, esa debe ser la lápida de Bobby —dijo Carol mientras nos acercábamos y podíamos ver una estatua pequeña—. En el folleto dice que fue el perro más famoso porque no se apartó de la tumba de su dueño en ningún momento durante más de catorce años hasta que murió.

Eran muchos los visitantes que se acercaban a conocer el cementerio y las lápidas de aquellos personajes que formaban parte de su historia, como era el caso de aquel perro que fue fiel a su amistad con el hombre que le dio amor y cariño.

Y tras un recorrido por las calles del cementerio en busca de la lápida de mi abuela, me detuve ante ella.

Una escultura con forma de mujer con las alas de un ángel, sentada abrazándose las piernas, nos dio la bienvenida. Dejamos las flores y me besé las yemas de los dedos para después dejar ese beso sobre el nombre de mi abuela.

— «Bridget Duncan, querida madre y abuela, cuyo amor estará siempre en nuestros corazones» —leyó Carol a mi

lado, y me puse a llorar.

Mientras ella me abrazaba, recordé todas esas tardes que la abuela y yo pasamos en el castillo horneando galletas, que me servía para merendar con un vaso de leche.

↳ Esas mismas galletas que Colin cogía antes siquiera de que se hubieran enfriado.

↳ —¡Colin, te vas a quemar! —grité una tarde cuando tenía siete años, y él trece.

↳ —No te preocupes, pequeña Kenzie, ya soy mayor. —Hizo un guiño y cuando dio el bocado, comenzó a masticar tan rápido mientras resoplaba, que me cubrí la boca con ambas manos mientras me reía.

—Te lo dije —murmuré.

—Debí hacerte caso. —Chascó la lengua.

—Pero nunca me haces caso. Eres un niño muy cabezota, como dice tu abuelo.

—Cosa de familia, según mi padre. —Se encogió de hombros, cogió otra galleta y se fue a seguir haciendo sus deberes.

—Ese muchacho y tú, algún día, seréis un peligro —comentó mi abuela.

—¿Un peligro? ¿Por qué? —pregunté cogiendo mi vaso de leche.

—Porque sois tan parecidos, mi niña, que chocaréis en muchas cosas, pero dado el corazón tan grande que tenéis, pase lo que pase, sea cual sea el motivo por el que os enfadéis, os perdonaréis todo porque os queréis y os tenéis mucho cariño.

Poco podía imaginar mi abuela en aquel entonces lo ciertas que serían sus palabras, ahora que, con el paso de los años, nos habíamos convertido en una especie de enemigos de guerra por una herencia que yo tenía claro que no aceptaría. Pero ella, que nos conocía bien a los dos, supo ver que nuestra cabezonería nos llevaría a chocar como los dos titanes que éramos, y estábamos condenados a entendernos o matarnos en el intento durante tres largos meses.

↳ —¿Qué te parece si vamos a hacer algunas compras? Necesitamos perfume, ese que el fantasma del castillo nos ha robado a traición —dijo Carol tras un último adiós a mi abuela.

—Sí, y de paso compro algunos recuerdos para mis padres y hermana.

—Compramos, que lo que sea que llevemos, se lo regalamos a medias, ¿te parece?

—Me parece —sonreí.

↳ Y a eso dedicamos el resto de la tarde, además de a tomar café y aprovechar para cenar en uno de los pubs.

↳ En esa ocasión nos decantamos por el *cook a leekie*, una sopa de pollo, puerros y pasas que estaba deliciosa, y

plato de *stovies*, un guiso a base de guisantes, carne de ternera y salsa de tomate.

Para cuando acabamos de tomarnos un café después de la cena, Evan, a quien había pedido nada más entrar en el pub que nos recogiera en una hora y media, me envió un mensaje diciendo que estaba esperándonos en el mismo lugar en el que nos dejó.

Al subir al coche nos recibió con una sonrisa y preguntó qué tal había ido nuestro día, le aseguramos que volveríamos en otra ocasión a seguir disfrutando de la esencia de Edimburgo y dijo que eso era lo que debíamos hacer.

Me pasé el trayecto mirando por la ventana, sabiendo que aquello había sido un paréntesis en la guerra que estaba librando con Colin Sinclair, dado que, al volver al castillo, regresarían esos tira y afloja, esas miradas y rostros serios, por no hablar de sus insinuaciones sobre que mi meta era llegar a meterme en la cama de su padre para conseguir mucho más de su fortuna que solo la mitad del castillo.

Qué ganas tenía de que pasaran esos tres meses y ver su cara al decirle que renunciaba a algo que nunca fue ni sería mío, algo que no me pertenecía y no quería.

plato de *stovies*, un guiso a base de guisantes, carne de ternera y salsa de tomate.

Para cuando acabamos de tomarnos un café después de la cena, Evan, a quien había pedido nada más entrar en el pub que nos recogiera en una hora y media, me envió un mensaje diciendo que estaba esperándonos en el mismo lugar en el que nos dejó.

Al subir al coche nos recibió con una sonrisa y preguntó qué tal había ido nuestro día, le aseguramos que volveríamos en otra ocasión a seguir disfrutando de la esencia de Edimburgo y dijo que eso era lo que debíamos hacer.

Me pasé el trayecto mirando por la ventana, sabiendo que aquello había sido un paréntesis en la guerra que estaba librando con Colin Sinclair, dado que, al volver al castillo, regresarían esos tira y afloja, esas miradas y rostros serios, por no hablar de sus insinuaciones sobre que mi meta era llegar a meterme en la cama de su padre para conseguir mucho más de su fortuna que solo la mitad del castillo.

Qué ganas tenía de que pasaran esos tres meses y ver su cara al decirle que renunciaba a algo que nunca fue ni sería mío, algo que no me pertenecía y no quería.

Capítulo 18



Colin

Me desperté entre risas recordando la tarde anterior en que las chicas se habían ido a la ciudad y nosotros aprovechamos para campar por nuestras anchas por sus habitaciones y hacernos con alguna que otra cosilla.

Nada sin importancia, un neceser que tenían cada una en su cuarto de baño con maquillaje, cremas y no sé qué más, dado que no quise curiosear mucho, además aprovechamos para llevarnos unos *leggings* negros de cada una.

Llamé a la puerta de Logan que me abrió con una sonrisa de oreja a oreja y es que tenía ganas de juerga ese día, como yo, así que la íbamos a comenzar desde bien temprano ya que lo teníamos todo más que hablado.

Nos dirigimos al porche donde ya sabíamos que estaban las chicas, las habíamos visto desde la ventana, además mi padre estaba con ellas.

—Buenos días —dijimos a unísono mientras nos sentábamos en la misma mesa donde estaba el desayuno.

—Buenos días —repitieron los tres, mi padre más simpático que ellas que parecían que tenían un trauma, pero yo iba a ir por delante de ellas.

—Papá, desde hace unos días nos vienen desapareciendo cosas a Logan y a mí de nuestras habitaciones y pido encarecidamente que se investigue sobre lo sucedido.

—Precisamente eso me estaban diciendo ellas, están muy tristes porque le han desaparecido los neceseres de sus baños.

—Estoy convencido de que eso es mentira, y las que tienen que ver algo con lo nuestro son ellas.

—¡No os hemos cogido nada! —dijo Kenzie muy enfadada— Y a mí sí que me falta el neceser entre otras muchas cosas.

—Seguro que te lo estás inventando y lo tienes en tu cuarto. Eres una descarada.

—¿Puedes venir a mi habitación y comprobar que no lo tengo? —le preguntó a mi padre.

—No hace falta...

—Sí, sí que lo hace, lo pide porque sabe que nadie irá, vamos, quiero ver hasta dónde llegan sus mentiras.

Kenzie se levantó muy enfadada y le pidió a mi padre que la acompañase, al final todos fuimos tras ella, y tal como abrió su habitación lo tenía sobre la cama, todo según lo habíamos planificado.

—Alguien lo debió dejar ahí —murmuró mientras Carol se iba a su habitación para ver si también lo tenía sobre la cama.

—No seas mentirosa, a ti no te han robado nada y todo es una estrategia para tapar lo que estáis haciendo.

—Tengamos la fiesta en paz, no sabemos qué pudo pasar.

—Papá, por favor ¿en serio la vas a defender? ¿La sigues creyendo después de comprobar que te estuvo mintiendo en tu cara? ¿De verdad?

Salí de allí y a mis pasos le seguían los de un Logan que conociéndolo estaba haciendo estragos para no reírse, no había salido bordado.

Nos sentamos en otra mesa llevándonos nuestro café y plato con nosotros, no tardaron en regresar y ver que habíamos abandonado el sitio para no desayunar con ellas.

Habíamos escogido la mesa más apartada de ellos para poder hablar tranquilamente. Sabía que mi padre estaba en una tesitura difícil y que intentaba mediar, a pesar de que cada vez lo tenía más difícil.

—Las hemos dejado en bragas —murmuraba Logan conteniendo la risa.

—Kenzie tenía una cara que no podía con ella.

—Carol no, es más, ahora está mirando con cara de querer comernos, estoy por saludarla.

—No, espera que se vaya mi padre.

—No tardará, se le ve incómodo por completo.

Lo vimos que se levantaba y se vino a nuestra mesa donde se sentó.

—Hijo, ayer finalmente cerré el trato de la casa, voy a ir a ratos con los chicos para arreglar algunas cositas, no sé cuándo me trasladaré allí, pero el verano entero no creo que dure ni mucho menos, solo pido calma. Por cierto, ^shablé con Moira y se vendrá conmigo.

—Lo entiendo. ¿Y los demás?

—Estoy esperando a ver qué pasa con el castillo y de ahí tomaré decisiones.

—Si consigo echarla, tengo proyectos y me podría quedar con todos los empleados.

—Me alegra saberlo, pero no creo que desistan y menos que se vayan, cosa que veo lógica. Bueno me voy que

bien tempranito hemos comenzado con los problemas —se refirió a lo sucedido con las desapariciones de las cosas.

—Cuestión de tiempo —murmuré sin titubear.

a—Cabezón como tu abuelo —sonrió levantándose y se marchó.

Al final el primero que se iría sería mi padre, siempre fue su deseo y en esta guerra de los tres meses que había abierto mi abuelo, él no quería ser partícipe, aunque de algún modo se sentía implicado por los deseos de este y velar que todo se hiciera de la manera más justa y digna.

—¿Qué miráis con esas caras de monos a punto de atacar? —preguntó Carol con un tonito de lo más cabreado.

o

—Las otras noches no preguntabas eso —le dijo Logan haciéndole un guiño.

s—Mira, escocesito de mierda, que no te creas que me vas a hacer sentir mal —gritaba desde la otra mesa más alejada—, que me paso tus tonterías por toda la Gran Manzana, a ver si te enteras, que vais de listos y tenéis menos seso...

—Yo me la paso por Manhattan, Beverly Hills y llego hasta el puente de San Francisco. —Le volvió a guiñar el ojo.

l

Pude ver como a Kenzie, que estaba descompuesta, se le escapó una sonrisilla con lo que le había respondido Logan, ese que tenía contestaciones para todo.

—Así tienes esa cara de raspao que me llevas.

—¿A mí tú me vas a decir eso? ¿A mí que me rogaste por un beso durante toda la noche en la que llorabas para quedarte a mi lado? ¿Tú a mí? Anda, tómate un par de cafés más que por lo que veo, te hacen buena falta.

—No le hagas caso —dije riendo.

—Os vais a enterar los dos de lo que vale un peine.

—Pues calderilla. ¿Qué va a valer? —me contestó a mí pasando de ella.

—Tenemos que tramar algo más fuerte, a estas hay que bajarles los humos, bueno a una más que a otra.

—Qué manía con diferenciarlas.

—Nada más que de esa forma contesta Carol.

—La tienes tomada con ella —protestó.

—Te está gustando más de la cuenta —me reí viendo cómo le dolía.

—Que no, que esa me dura a mí un suspiro, el tiempo que le diga a mi habitación castigada y va con movimientos

de orejas incluidos.

—Ya será menos —negué viendo lo convencido que lo decía.

Nos dirigimos al despacho donde leí unos mensajes que me dejaron a cuadros.

Rose: *En diez días justo aterrizo en Edimburgo. Estoy deseando verte, pero no lo niego, el castillo me hace mucha más ilusión.*

—Lo que me faltaba, Rose viene en diez días.

—Te lo dije, hermano, te lo dije —se reía estirando su mano.

—Está la cosa para que entre ella también.

—Y encima con el carácter y la prepotencia que tiene.

—Bueno, yo la sé manejar.

—Te va a faltar vida. ¿No dijo por cuántos días venía?

—No, en absoluto.

—Que la suerte nos acompañe...

Le respondí que me dejara los datos de su vuelo y la hora de llegada para esperarla en el aeropuerto. Realmente me parecía en estos momentos muy incómoda su llegada, pero ya era demasiado tarde para decirle algo para que no lo hiciera, ya tenía los vuelos comprados y no la iba a dejar tirada de esa manera.

—Tenemos que conseguir por todos los medios que se vayan antes de que llegue Rose.

—Lo tenemos difícil, estas dos son duras de lidiar, pero nada es imposible.

—Tenemos que rompernos la cabeza para ingeniar una de las nuestras.

Dicho y hecho, comenzamos a darle vueltas al coco durante toda la mañana sobre cómo trazar un plan para ponerlas al límite y en evidencia delante de todo el personal de servicio, cosa que nos haría ganar puntos para conseguir que le hicieran un poco de vacío y así debilitarlas para nosotros seguir con nuestras hazañas de conseguir que abandonasen el castillo.

Eran diez días los que teníamos, bueno realmente nueve, para ser más exactos, antes del amanecer en que llegaba Rose, que esas dos jovencitas deberían de haber salido por la puerta con la intención de no volver más.

Ya teníamos el segundo gran plan del día, ni más ni menos que llegar hasta donde estaban las niñas que habían pedido ayudar en la cocina en unos estofados de carne, así que el plan tenía que salir según lo trazado.

; Fuimos a la habitación de mi abuelo para buscar unas gotas que usaba cuando estaba estreñido y que eran de

efecto inmediato y que no tardamos en encontrar. Su habitación seguía intacta y habíamos dicho que se quedaría así hasta saber qué pasaba con el castillo.

Luego nos dirigimos a la cocina a tomar un vino, sentándonos en la mesa de allí, momento en el que ellas no dudaron en salir dejando la olla tapada y con el fuego bajo. Nos los pusieron tan fácil que tuvimos que brindar por esas diarreas grupales que se sucederían en la casa.

Decidimos sentarnos en una de las mesitas de la terraza que solo cabían dos personas, nos tomamos unos vinos y le hicimos saber a Moira que comeríamos ahí. Lo que nadie sabía es que ya nos habíamos zampado unos bocatas de chorizo picante para saciar el hambre.

Teníamos una mochila de deporte a un lado de la mesa, en el opuesto a las otras, y con una bolsita preparada dentro para echar el contenido de los platos cuando nadie se diera cuenta.

Todos se sentaron en la mesa grande menos nosotros, cosa que mi padre se acercó para pedirnoslo, pero le dije que, por la salud mental de todos y una comida sin tensión, nos quedábamos ahí.

Nos sirvieron los platos y hacíamos como que comíamos, nada que ver con la realidad, antes de diez minutos el contenido del plato estaba sobre la bolsita dentro de la de deporte.

Nos marchamos a dormir un rato y quedamos en vernos para la merienda.

Me recosté pensando en qué tipo de efecto causaría y si no nos habíamos pasado un poco, esperaba que no.

No eran ni las cinco y media de la tarde cuando escuché a alguien como vomitando, salí al pasillo y me encontré a una Kenzie que no podía ni andar.

—¿Estás bien? —pregunté preocupado porque el estado de su cara era para estarlo.

—No sé qué me pasa, estoy con la barriga suelta y no dejo de vomitar. Quiero llegar a la habitación de Carol. — Estaba de lo más desorientada.

—Ven, te acompaño a tu habitación, así no puedes estar por los pasillos.

—Quiero llegar a donde Carol —dijo cuando esta apareció por el pasillo sonriente y como si nada le pasara y al ver a su amiga se preocupó.

—¿Qué le has hecho desgraciado?

—¿Yo? Ayudarla, cosa que tú ni te has preocupado.

—Suéltala.

—No me pongas una mano encima. —La miré de forma intimidatoria cuando la vi que me quiso apartar—. La llevaré a su cuarto y le pediré algún remedio a Moira para que le corte ambas cosas.

—Moira está con la barriga suelta también —dijo mi padre apareciendo de forma repentina y con buen aspecto—. Yo fui un par de veces al baño, pero estoy bien —confirmó.

—Yo estoy malísimo. —Apareció en ese momento Logan aparentando un dolor de barriga—. He ido al baño cuatro veces.

—Voy a llamar al doctor de la familia, debe venir a poner remedio a todo esto —dijo mi padre.

Me llevé a Kenzie a la habitación con la ayuda de Carol que tenía la cara de perro a punto de ladrar. La tumbamos en la cama y se volteó para el lado para vomitar.

Logan se sentó a los pies de la cama retorciéndose, obviamente haciendo el papel mientras Carol nos miraba de esa manera tan fulminante y a Kenzie se le iba la vida por la garganta.

Mi padre entró diciendo que el doctor ya venía de camino y que eran varios los empleados que estaban de la misma manera.

—A ver qué dice el médico...

—Tranquilo, es médico no forense —aguantamos la risa.

—Yo voy a exagerar así me pinchen, pero no nos pueden descubrir.

—Lo que no entiendo cómo que no le hizo efecto a Carol y a ella sí. Esa mujer está hecha a prueba de bombas.

—Qué manía le tienes. —Volteó los ojos causándome una carcajada.

El doctor llegó y a la primera que revisó fue a Kenzie, luego uno por uno según la gravedad del asunto y es que se habían puesto francamente mal.

Los pinchó a todos, incluido a Logan que se lo pidió a suplicas, menos mal que era bueno metiéndose en el papel. Mi padre también se encontraba bien, cosa que me alegré.

—Todo esto es una intoxicación de cualquiera de los alimentos que llevaba el estofado y que no había sido bien lavado o que ya venía muy tocado.

Le dimos las gracias y me dio hasta pena ver a Kenzie tan mal y encima sintiéndose culpable de lo que había pasado.

—La hemos liado mucho —murmuró Logan en el pasillo cuando me vio preocupado por la situación de ella y de varios del personal.

—Creo que no hemos conseguido más que hacerles pasar un mal rato.

—Sí, ¿cómo queríamos culparlas si Kenzie también cayó y llevándose la peor parte?

—Bueno, lo mismo la ponen en cuarentena para que no toque nada más en la cocina.

—¿Y con eso crees que se irán del castillo?

—No lo sé, pero debemos pensar mejor lo que hacemos, una cosa es que se marchen desesperadas y otra medio moribundas. —Nos echamos a reír.

Toda la tarde noche aquello fue un hospital en el que los que estábamos bien íbamos ayudando a los demás, eso sí Carol nos miraba desafiante y creíamos que sospechaba de nosotros.

Por la noche fueron todos mejorando, momento en que salimos al jardín a tomar un poco el aire y fumar un cigarrillo.

Saber que Rose venía en unos días me ponía un tanto inquieto y más por cómo se estaban sucediendo las cosas en el castillo. No era un ambiente adecuado para recibir a nadie y si no se habían ido las chicas aún, mucho peor.

Nos metimos en el edificio confort a tomar una cerveza para que nadie nos viera, se suponía que Logan era uno de los damnificados por el suceso y no podían verlo beber o podrían sospechar mucho más.

Al final terminamos en los sofás viendo un programa de televisión y acomodándonos de tal forma que sabíamos que sería difícil movernos más tarde, con lo cual decidimos pasar la noche aquí.

Nos reímos lo más grande recordando los momentos vividos, pero a la vez hasta nos sentíamos un poco culpables de que, por nuestras cosas, habían terminado pagando el pato personas que no deberían de haberlo hecho.

—No lo sé, pero debemos pensar mejor lo que hacemos, una cosa es que se marchen desesperadas y otra medio moribundas. —Nos echamos a reír.

Toda la tarde noche aquello fue un hospital en el que los que estábamos bien íbamos ayudando a los demás, eso sí, Carol nos miraba desafiante y creíamos que sospechaba de nosotros.

Por la noche fueron todos mejorando, momento en que salimos al jardín a tomar un poco el aire y fumar un cigarrillo.

Saber que Rose venía en unos días me ponía un tanto inquieto y más por cómo se estaban sucediendo las cosas en el castillo. No era un ambiente adecuado para recibir a nadie y si no se habían ido las chicas aún, mucho peor.

Nos metimos en el edificio confort a tomar una cerveza para que nadie nos viera, se suponía que Logan era uno de los damnificados por el suceso y no podían verlo beber o podrían sospechar mucho más.

Al final terminamos en los sofás viendo un programa de televisión y acomodándonos de tal forma que sabíamos que sería difícil movernos más tarde, con lo cual decidimos pasar la noche aquí.

Nos reímos lo más grande recordando los momentos vividos, pero a la vez hasta nos sentíamos un poco culpables de que, por nuestras cosas, habían terminado pagando el pato personas que no deberían de haberlo hecho.

Capítulo 19



Colin

No eran ni las ocho de la mañana cuando estábamos saliendo del edificio confort y entrando en la casa para ir a nuestras habitaciones a cambiarnos.

Moira nos miró extrañada al vernos entrar.

—Buenos días. ¿Qué tal estás? —le pregunté un poco más tranquilo de verla con mejor cara.

—Buenos días, mejor, hijo, mejor, vaya faena, ahora iré a revisar cómo están los demás.

—Yo dormí en la zona confort con él, quería tenerlo al lado para que no pasase la noche solo.

—¿Y qué tal?

—Bien, Moira —respondió Logan—, me levanté con mucha hambre, será de todo lo que solté ayer.

—No te preocupes, sentaros que os preparo el desayuno.

—Nos vamos a cambiar y ahora bajamos —contesté.

—Vale, voy encendiendo los fogones.

Nos metimos cada uno en su cuarto a ducharse y cambiarse, veinte minutos después llamaba a mi puerta para ir a desayunar.

Cuando salimos al jardín nos encontramos con las chicas sentadas y Kenzie con muy mala cara, pálida y triste.

—Buenos días —saludamos a la vez y ellas nos devolvieron el saludo, eso sí, Carol con una cara de no fiarse un pelo de nosotros y Kenzie de sentir como vergüenza.

—¿Qué tal estás Kenzie? —Nos sentamos en la mesa principal junto a ellas.

—Mejor, me siento un poco débil aún, pero al menos se me han frenado los vómitos.

—Eso está genial —dijo Logan—, a mí desde las cuatro de la mañana, ya se me comenzó a cortar —mintió para

aparentar que también lo había pasado mal—. Ahora lo que tengo es mucha hambre.

—Yo ni eso, no tengo nada de apetito, todo me revuelve el estómago.

—Deberás empezar a comer gradualmente y con una dieta un poco más ligera —le dije un tanto afable.

—Estoy segura de que las cosas que nos desaparecieron vosotros tenéis que ver con ello, como lo de que de nuevo aparecieran nuestros neceseres, así que os advierto que, si vuelve a suceder algo así, no vais a encontrar ni las carteras con las tarjetas. Os lo advierto —dijo Carol mientras a Kenzie se le ponía cara de tristeza.

—No estamos interesados en coger tonterías vuestras ni perder el tiempo en esas cosas, lo mismo podemos pensar que lo dices para exculparos de todo lo que nos desapareció a nosotros y queréis tapar —le contesté en un tono un tanto serio.

—Por favor, no me encuentro bien —murmuró Kenzie pidiendo de algún modo que en estos momentos no comenzásemos a liarla.

—Tranquila, todo estará bien, lo importante es que te recuperes —intervino Logan.

—A saber, Dios, qué fue lo que le echaron estos a la comida.

—Mira —se dirigió Logan a Carol con el dedo señalándola—. Yo he estado fatal, también necesité ser atendido, deja de meter mierda para crear un conflicto de algo que nadie tuvo culpa. Asegúrate antes de señalar.

—Hago lo que me sale de toda la Gran Manzana.

—Por favor, Carol —murmuró Kenzie mientras se le saltaban las lágrimas.

—Lo haré por ti, pero no me fio de estos dos ni lo más mínimo.

—Tienes que hablar con Evan para ver si te puede acercar a la ciudad para comprar las vitaminas.

—Te puedo acercar yo —se ofreció Logan.

—¿Tú? ¿Para que me dejes tirada por un barranco o cualquier sitio dónde no puedan encontrarme?

—Te iba a invitar a un café para intentar hacer las paces.

—Me ibas a tener que pagar un café, una tarta y hasta un helado para que al menos te comience a intentar hablar en condiciones.

—Y un ramo de flores —le dijo seriamente causando que a Kenzie, a pesar de su estado, se le escapara una carcajada.

—Te juro que, si me la intentas jugar, eres hombre muerto —le advirtió a la vez que aceptaba que fuese él quién la llevase.

Se marcharon tras el desayuno y le prometí a Carol que me quedaría pendiente de Kenzie. No se quedó muy convencida, pero se marchó con un Logan que iba directo al coche en plan servicial.

—Colin ¿por qué me tienes tanta inquina cuando tengo recuerdos muy bonitos tuyos y no eras así? —me preguntó de manera muy tristona y hasta se me hizo un nudo en el estómago.

—Me han venido muchos recuerdos tuyos, no tantos como a ti, y sí, te recuerdo siempre preguntándome a dónde iba u observándome con una sonrisilla. No te tengo inquina, ni mucho menos, solo que no comprendo que mi abuelo te deje la mitad de nuestra herencia, es como si pareciese que detrás hay algo más que ninguno queréis contarme. No es justo, ponte en mi lugar.

—Tu abuelo me quería mucho y me tenía un cariño de verdad, me veía como a su nieta, todos me dicen que hablaba constantemente de mí con una sonrisa, te juro que no sé si hay algo detrás, si lo hubiera yo lo desconozco realmente quiero pensar que la carta que me dejó era sincera y por eso lo hacía. —Se le cayeron unas lágrimas—. No soy mala persona, no lo soy.

—No llores Kenzie. —Me cambié de lado para sentarme al suyo y acariciar su espalda.

—El día que llegué a tu despacho para saludarte te escuché decir cosas muy feas y luego has dicho barbaridades, me has definido como una mujer codiciosa y que es capaz de hacer cualquier cosa para llevarse la herencia y no es así, yo respeto a tu padre y a cada persona que hay en el castillo, no podría hacer ninguna barbaridad así, es imposible, ni se me pasa por la cabeza ni se me pasaría jamás, es más, me daría asco.

—No llores, por favor, siento todo lo que dije. —Intenté calmarla, me parecía que estaba siendo un tanto sincera, pero, sobre todo, que lo estaba pasando mal y eso me hacía sentir mal.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro.

—Esa noche que no recordamos ¿pasó algo que deba saber?

—No, para nada, te voy a contar la verdad...

—Te lo agradecería, por mi paz mental, te lo agradecería.

—Os pasasteis con el alcohol, os lo avisó en varias ocasiones Moira antes de irse a dormir, hasta nosotros os dijimos que no tomaseis más, pero insistíais en que os llenara Logan la copa. Hubo un momento que os levantasteis y comenzasteis a bailar la canción de *Flowers* mientras corríais de un lado para otro, momento que desaparecisteis unos minutos de nuestras vistas y cuando regresasteis veníais bailando, pero sin pantalón. Ni a Logan ni a mí nos hizo gracia vernos en esa situación.

—Qué vergüenza, por favor. —Se le caían las lágrimas.

—Tranquila, solo fueron los efectos del alcohol.

—¿Y qué más pasó?

—Caísteis al césped en redondo y os quedasteis dormidas allí. No quisimos dejaros tiradas en esa situación y os llevamos hasta la habitación y os acostamos juntas por si os necesitabais la una a la otra.

¿—No eres tan malo, ¿verdad?

—Bueno. —Se me escapó una sonrisilla y me maldecí a mí mismo, pero ya estaba echada—. No soy tan malo ni tan poco malo, no me considero así, como te dije, una cosa es la situación en la que nos dejó mi abuelo porque me indigna y otra muy diferente es que sea un ogro.

—No quiero que sigamos en guerra, podríamos poner todos de nuestra parte y convivir estos tres meses cumpliendo los últimos deseos de tu abuelo.

’—Llegado ese momento, sería el castillo de los dos.

—¿Te puedo contar un secreto y me lo cuidas para siempre?

—Claro —dije deseoso de saber si podía sacarle algo de información.

5—Carol se enfadaría mucho conmigo si sabe que te lo cuento antes de los tres meses.

—Puedes confiar en mí. —Le acaricié la mejilla para darle más confianza.

—El abogado tiene mi renuncia a mi parte de la herencia desde antes de llegar aquí, solo vine a cumplir el deseo del señor Arthur de que pasase el verano. No te lo ha dicho porque tú también estás jugándote tu parte, y hasta que no cumplas los tres meses no te informarán de que es tuyo en la totalidad, ya que también en el caso de que abandones, ninguno de los dos tendremos derecho. Carol no se puede enterar.

—No lo hará— respondí, con la duda ante sus palabras—. ¿Y cómo sé que me estás diciendo la verdad?

—Mira. —Abrió su correo electrónico y me enseñó el que le envió al abogado con la renuncia ante notario. Me sentía en esos momentos el hombre más gilipollas de este mundo y que encima había soltado cosas por la boca que ella no se merecía.

—Lo siento, de verdad. —Le cogí la mano y se la acaricié—. Ahora siento que soy yo el que no merezco nada.

—Sí te lo mereces, eres un Sinclair. —Me devolvió la caricia en la mano—. Te recuerdo con muchísimo cariño, sentía admiración por ti.

—Y ahora me he convertido en un perfecto gilipollas. Vaya decepción soy.

—No, pero no has estado atinado conmigo, y mucho menos has sido justo, yo no me merecía que me hicieran sentir de esa manera. —La notaba de lo más sensible.

—Te pido perdón encarecidamente y te compensaré todo lo que hice.

—No quiero que me compenses nada, solo que me conozcas de verdad y que veas que lo último que soy es una persona interesada. Me encantaría que hubiera al menos cordialidad y respeto entre nosotros durante este tiempo.

—Te lo prometo —sonreí esta vez saliéndome del corazón. Me sentía muy mal al verla así—. ¿Nos damos ese abrazo que nos perdimos por mi mala conducta?

—Vale —sonrió levantándose.

Carol y Logan llegaron un rato después, momento que les pedí que nos perdonasen un momento que teníamos que enviar unos correos importantes de trabajo, que ahora bajaríamos.

Quería poner al tanto a Logan de todo, que se quedó a cuadros, no se lo podía creer.

—Qué malos hemos sido —negó poniéndose la mano en la boca.

—Sí —me reí, pero sintiendo culpabilidad.

—Al final va a resultar que es más merecedora que tú. Venir tres meses por cumplir la voluntad de tu abuelo, dice mucho de ella.

—Sí. Recuerda no decir nada a Carol.

—La tengo en el bote y reconozco que en la ciudad se me escapó alguna que otra risilla, pero es que tiene una lengua. —Frunció el rostro y ladeó la cabeza—. Me dijo que menos mal que sonreía que a este paso no me iban a salir arrugas en la vida.

2

—Vamos a llevarnos bien con ellas, hoy quiero tener un detalle con Kenzie, le voy a preparar una sorpresa.

—¿Vamos a tener fiesta?

—No, seremos ella y yo a solas, creo que nos debemos la oportunidad de hablar.

—Vamos que le vas a meter la lengua hasta el cuello.

—Dices de Carol, pero es que tú no te escuchas.

—La vas a llevar a tu morada —se refirió a la zona confort.

—Sí, le voy a preparar una cena...

—¿Tú?

—Bueno, la harán desde cocina, pero yo le voy a dar la sorpresa.

—¡Ah! —Se puso la mano en el pecho—. Ya me habías asustado.

—No seas payaso. —Volteé los ojos—. De todas maneras, pediré que hagan una sopa de verduras y pollo, está con el estómago aún mal.

—Pobrecita, la que hemos liado. —Soltó el aire y se echó a reír.

Bajamos y Carol me miró llevando dos de sus dedos a sus ojos y luego en dirección a los míos.

—Me dijo mi amiga que habéis declarado una tregua en la guerra por el castillo, que sepáis que os tengo en el punto de mira y no os voy a perder de vista, no me fio de vosotros.

¿

—¿Y lo bien que me he portado contigo en la ciudad? Me has hecho pagar un café, un bollo relleno de chocolate, un zumo natural, un helado y hasta una barra de labios.

—Mañana me llevas otra vez y me pagas unas deportivas bien bonitas.

—¿Nada más?

—Hombre, no estaría mal que también un conjuntito deportivo, que tengo que comenzar a mover el culo de nuevo, y aquí tengo espacio.

—¿Entonces firmamos la paz?

—No, no, os dejo en cuarentena.

Kenzie me miraba entre cortada y con una sonrisita a pesar de que se le veía débil y que no lo estaba pasando bien.

Logan le propuso a Carol dar un paseo a caballo y me dijo que me quedara cuidando a su amiga. De nuevo ese gesto de señalar a sus ojos y luego a los míos. Sonreí negando, la verdad es que Logan tenía razón, era graciosa.

—Kenzie, me gustaría que esta noche me dieras la oportunidad de enseñarte un lugar aquí en las tierras en el que nunca has estado.

—¿Está noche? —preguntó extrañada.

—Sí, allí nos esperará una cena y creo que será un momento perfecto para que podamos hablar y comenzar de cero.

—No sé qué decir —se sonrojó—, pero claro, iré encantada. Por casualidad ¿es allí? —Señaló a la edificación.

—Sí —sonreí.

—Dentro pensé que hay maquinaria y cosas para la finca.

—Nada que ver, ya lo verás —sonreí y le acaricié la mano.

Hablé con Moira y le pedí que me prepara algunas cosas y las pusiera en la parte donde estaba el cine. La verdad es que me hacía ilusión charlar con aquella rubita de ojos verdes que parecía que tenía más corazón que cuerpo.

Comimos junto a mi padre que estaba muy sorprendido de ver la cordialidad que había en la mesa, y no solo eso,

también muchas risas y nada de mal rollo como se había vivido días atrás.

Logan se encargó de volver a poner en sus habitaciones las cosas que les habíamos quitado, todo eso después de comer mientras tomábamos un café, menos Kenzie que estaba tomando un té casero que le había preparado Moira con mucho cariño, ese con el que la trataba.

Las acompañamos hasta la habitación para que descansaran, nosotros nos fuimos a hacer lo mismo.

Logan antes de marcharse me dijo al oído que eso de que me llevara a Kenzie era genial, que él se iba a ir a cenar a la ciudad con Carol, por lo visto había aceptado su invitación al saber que se iba a quedar sin su amiga esa noche.

»

también muchas risas y nada de mal rollo como se había vivido días atrás.

Logan se encargó de volver a poner en sus habitaciones las cosas que les habíamos quitado, todo eso después de comer mientras tomábamos un café, menos Kenzie que estaba tomando un té casero que le había preparado Moira con mucho cariño, ese con el que la trataba.

Las acompañamos hasta la habitación para que descansaran, nosotros nos fuimos a hacer lo mismo.

Logan antes de marcharse me dijo al oído que eso de que me llevara a Kenzie era genial, que él se iba a ir a cenar a la ciudad con Carol, por lo visto había aceptado su invitación al saber que se iba a quedar sin su amiga esa noche.

Capítulo 20



Colin

A las ocho Kenzie apareció por el porche con una preciosa sonrisa y un tanto nerviosa, no como Carol, que salió tocando las palmas y metiéndole prisa a Logan porque decía que estaba hambrienta.

—Cuida a mi amiga si no quieres que tu sangre quede esparcida por mi casi castillo —me dijo antes de marcharse causándonos una risa.

—Tranquila, estará muy cuidada.

—Kenzie, cualquier cosa a los huevos, un buen golpe siempre funciona.

—Pásalo bien, Carol —le respondió negando y ruborizándose.

Nos marchamos hacia mi morada, esa que ya estaba lista para recibirla. No se esperaba nada, el primer impacto al ver la zona de bar fue un «¡guau!» y ponerse las manos en la boca, esas que volvieron a colocarse de igual manera cuando vio la coqueta zona de cine, donde ya estaba preparada la cena delante de los sofás.

—Jamás imaginé que estuviera por dentro así.

—Es mi rincón de relax cuando visito el castillo y necesito sentirme en mi mundo. —La miré de arriba abajo, estaba preciosa con esos *leggings* rojos y la camiseta blanca cayendo hasta mitad de sus caderas.

—Gracias por enseñármelo, Colin, me siento muy grata.

—Y yo de que estés aquí y hayas aceptado. —Le extendí la mano para que se sentara en el sofá y yo me senté en el ala de este que quedaba en forma de L. Estábamos juntos, pero sentados de forma que quedábamos a un lado cada uno de la mesa para comer más cómodos.

—Es sopa de verdura y pollo —sonrió.

—Sí, la pedí para ti, no podía invitarte a algo fuerte y que te pusieras peor de lo que ya has estado.

—Gracias, Colin, ahora sí me vas recordando a ese chico que conocí aquí un día.

—Me alegro, de verdad que sí. Por cierto, esto —señalé al contenido de un plato— es yogur natural con nueces,

pipas de chocolate puro y arándanos, creo que te puede sentar bien como postre.

—Tiene muy buena pinta, gracias de nuevo.

—No me las des más. —Le acaricié la mano.

Pasamos la cena hablando de los recuerdos que teníamos de cuando éramos pequeños y a ella se le iluminaba la cara contándome muchos de ellos en los que yo también era el protagonista, hasta me confesó la charla que tuvimos el día que nos despedimos cuando yo me iba a la universidad. Nos salieron unas risas muy emotivas.

Cuando terminamos, recogimos la mesa y lo pusimos todo en la parte del bar, nos quitamos las deportivas y nos sentamos esta vez juntos con los pies recogidos mientras charlábamos y yo me tomaba una copa de vino del que había tomado durante la cena, ella obviamente no.

—Debo reconocerte que me has llamado mucho la atención desde que te vi —murmuré echando su mechón de pelo hacia atrás y viendo cómo se enrojecía por completo. Me gustaba observar la timidez que se le dibujaba en su rostro.

—No sé qué decir.

—Suele ser habitual en ti. —Nos reímos y a ella se la veía un tanto nerviosa, era incapaz de mantenerme la vista.

—Colin, ¿recuerdas el día que te pillé fumando un cigarrillo y me dijiste que te guardara el secreto para siempre? —recordó cuando vio que me encendía uno.

—No lo recuerdo. —Arqué la ceja y eché el humo para el otro lado.

—Te pillé detrás del establo, iba paseando con la bicicleta y me paraste en seco para decírmelo.

—El vicio lo traigo de lejos —sonreí.

Me levanté a quitar el cenicero cuando lo acabé y también la copa, momento que aproveché para ir a lavarme los dientes y manos.

Aparté la mesa y tiré del sofá donde estaba ella, haciendo que cayera de espaldas y se comenzara a reír.

—Esta noche ni tú ni yo vamos a dormir en el castillo, nos quedaremos aquí y veremos una peli cómodamente. ¿Qué te parece?

—¿Los dos en el sofá? —preguntó nerviosa, pero sonriendo.

—No, tú en el sofá y yo en el suelo de amortiguador por si te caes. —Se le escapó una carcajada mientras yo cogí del mueble unas almohadas y una mantita para taparnos y resguardarnos de las noches frescas de verano que hacía aquí.

Nos acomodamos, ella delante y yo detrás, estábamos bocarriba decidiendo qué peli ver, pero no nos poníamos de acuerdo, a ella las de terror le daban pánico y a mí las comedias como que me costaba verlas.

Al final nos decantamos por una de suspense policíaco...

Me atreví a echarle la mano por la cintura y pegarme a ella, cosa que no rechazó en ningún momento. No podía verle la cara, pero sabía que estaba nerviosa y debía estar roja como un tomate, es más, no se movía ni lo más mínimo.

En más de un momento de la película le besé la mejilla mientras hablábamos de los posibles desenlaces o de los posibles asesinos. En una de esas veces que le di un beso, ella echó su mano hacia atrás y acarició mi mejilla. Me gustó la sensación que me causó.

Terminó la película e intercambios impresiones, esta vez acostados de frente y yo sin quitar mi mano de su cintura.

La miré fijamente durante unos segundos y la besé, el cuerpo me reaccionó de aquella manera y es que deseaba hacerlo con todas mis ganas, no comprendía qué me estaba pasando, pero sí que sabía que la atracción estaba siendo demasiado fuerte.

Se deshizo en mis labios y se dejó llevar, tanto, que estuvimos como una hora sin dejar de hacerlo, sin hablar, solo sonriendo y comiéndonos a besos.

Me di cuenta de que se iba quedando dormida y la eché sobre mi hombro dejándola abrazada sobre mí. Ella me rodeó con sus manos y no tardó en dormirse.

Sentía que estaba ante uno de los momentos más acogedores de mis últimos años, no recordaba sentirme tan bien junto a alguien, alguien que deseaba pero que preferí no ir a tiro porque la quería disfrutar por momentos, vivir esos instantes que ella conseguía que fueran especiales y que me sintiera totalmente atraído.

Le acaricié el pelo varias veces y le besé la frente cuando se quedó dormida. Yo no me acordaba de ella tanto como ella de mí, tenía difuminados los recuerdos de aquella época en la que vivimos juntos en el castillo, pero lo que tenía claro es que de esta ocasión no me iba a poder olvidar fácilmente.

Me costó coger el sueño un buen rato y es que me sentía bien teniéndola entre mis brazos. ¿Me estaría enamorando de la joven que en otro momento pensé que venía a robarme una parte de mi herencia? No lo sabía, lo que sí tenía claro es que quería vivir junto a ella el verano en que mi abuelo nos volvió a unir.

a

1

!

Al final nos decantamos por una de suspense policíaco...

Me atreví a echarle la mano por la cintura y pegarme a ella, cosa que no rechazó en ningún momento. No podía verle la cara, pero sabía que estaba nerviosa y debía estar roja como un tomate, es más, no se movía ni lo más mínimo.

En más de un momento de la película le besé la mejilla mientras hablábamos de los posibles desenlaces o de los posibles asesinos. En una de esas veces que le di un beso, ella echó su mano hacia atrás y acarició mi mejilla. Me gustó la sensación que me causó.

Terminó la película e intercambios impresiones, esta vez acostados de frente y yo sin quitar mi mano de su cintura.

La miré fijamente durante unos segundos y la besé, el cuerpo me reaccionó de aquella manera y es que deseaba hacerlo con todas mis ganas, no comprendía qué me estaba pasando, pero sí que sabía que la atracción estaba siendo demasiado fuerte.

Se deshizo en mis labios y se dejó llevar, tanto, que estuvimos como una hora sin dejar de hacerlo, sin hablar, solo sonriendo y comiéndonos a besos.

Me di cuenta de que se iba quedando dormida y la eché sobre mi hombro dejándola abrazada sobre mí. Ella me rodeó con sus manos y no tardó en dormirse.

Sentía que estaba ante uno de los momentos más acogedores de mis últimos años, no recordaba sentirme tan bien junto a alguien, alguien que deseaba pero que preferí no ir a tiro porque la quería disfrutar por momentos, vivir esos instantes que ella conseguía que fueran especiales y que me sintiera totalmente atraído.

Le acaricié el pelo varias veces y le besé la frente cuando se quedó dormida. Yo no me acordaba de ella tanto como ella de mí, tenía difuminados los recuerdos de aquella época en la que vivimos juntos en el castillo, pero lo que tenía claro es que de esta ocasión no me iba a poder olvidar fácilmente.

Me costó coger el sueño un buen rato y es que me sentía bien teniéndola entre mis brazos. ¿Me estaría enamorando de la joven que en otro momento pensé que venía a robarme una parte de mi herencia? No lo sabía, lo que sí tenía claro es que quería vivir junto a ella el verano en que mi abuelo nos volvió a unir.

Capítulo 21



Colin

—¿Dónde estoy? —preguntó separándose de mí.

—Pues con el escocés más guapo, sexy y buena persona de toda Escocia. —Carraspeé sonriendo.

—He preguntado que dónde estoy, no con quién —se rio con timidez echándose sobre mi pecho.

—Mira, pues pensé en llevarte a África para que despertáramos en medio del Serengueti, pero mi avión privado tenía las ruedas pinchadas.

—¿Querías que me comieran los leones?

—Obvio, no voy a gastar un pastizal en gasolina para el avión, e ir para nada...

—Es el despertar más romántico que he tenido en mi vida.

—Me siento afortunado.

Le acaricié la mejilla mientras teníamos la risilla suelta y la besé. Era tan jodidamente tierna que llamaba toda mi atención, no había un solo gesto o parte de ella que no me gustara.

—Me muero por un café —murmuró.

—Eso es que ya te estás recuperando. —Volví a besarla—. Ahora mismo lo preparo.

—¿Lo preparas?

—Tengo de todo al otro lado en la barra, además dejé ahí pan para tostar.

—Te ayudo. —Se levantó de forma precipitada y comenzó a meter el sofá hacia dentro para ponerlo normal mientras yo doblaba la mantita.

Entramos en el baño para lavarnos la cara y los dientes con los productos que tenía yo allí y nos fuimos a la barra a prepararlo todo.

—No te falta detalle —dijo cuando vio la nevera y también la cafetera de cápsulas.

—Aquí podría vivir perfectamente.

—Obvio, ese sofá es más cómodo que mi cama —sonrió.

—Lo mandé a pedir a una empresa de Corea del Sur, es la que vende los productos de mayor confort a nivel mundial.

—¿En serio?

—Claro que sí, además vino el mismo dueño a entregarlo.

—Te estás quedando conmigo —se rio—. Desde que te has levantado no has dicho nada serio.

—¿Segura? —Arqueé la ceja mientras metía el pan en la tostadora.

—Ahora pareces mucho más el Colin que conocí un día. —Me rodeó por la cintura y me abrazó.

Preparé unas tostadas con salsa de yogur, huevos a la plancha, aguacate en rodajas y le tiré unas semillas por encima. Directamente se le hizo la boca agua.

—Esto es terriblemente delicioso. —Disfrutaba de cada bocado de la tostada.

—No le vayas a decir a Moira que cocino mejor que ella que te la cargas.

—Ella cocina también muy bien —se reía nerviosa.

—Pero reconoce que es la mejor tostada que desayunaste en estos días.

—La de guacamole que preparó ella los otros días también estaba muy buena. —La pobre no quería dejarla en mal lugar y yo me estaba conteniendo la risa.

—Me niego a prepararte nada más, si con esto no te impresioné ya con lo demás lo comerás con desgana. —Carraspeé y se echó a reír toda roja.

—Te he dicho que está terriblemente buena, pero no por eso debemos tirar lo que con tanto amor nos prepara Moira.

—Si quieres la bendecimos.

—Tampoco es eso —reía siendo conocedora de que lo único que estaba haciendo era buscarle la lengua.

Le había encantado el desayuno y lo mejor de todo, le estaba sentando genial después del mal día que pasó con el tema de la barriga.

—¿Entonces volvemos a dormir esta noche aquí?

—Si te apetece... —Estaba roja como un tomate.

—¿A ti no?

—Mucho, Colin, no quería una guerra contigo —sonrió.

—Ya estamos limando las asperezas y yo estoy poniendo todos los medios para demostrarte que no soy el estúpido que fui estos días.

—No eres ningún estúpido, Colin. —Agarró mi mano y la acarició.

—A mí me lo dices con un beso o no te creo.

—Mira que eres provocador. —Soltaba una sonrisilla mientras se acercaba a besarme.

Tras el desayuno nos marchamos al porche donde ya estaban Logan y Carol lanzándose panes el uno al otro.

—No se os puede dejar solos —murmuré ante la risa de Kenzie.

—Escucha —me señaló Carol con el dedo—, más vale que te hayas portado bien con mi amiga que sé que no durmió en su cuarto.

—No chilles —le pidió Kenzie mientras nos sentábamos.

—La llevé al Serengueti y durmió en un sofá traído expresamente de Corea del Sur. Ahora dime tú, si mi amigo te trató de la misma forma.

—¿Y quién te dijo que yo haya dormido con esta cosa? —preguntó bromeando Logan.

—Oye, que lo de cosa lo serás tú, que no veas cómo roncas —le contestó Carol—. Desde luego que vaya dos, uno con las pamplinas africanas y textiles y el otro negando a base de insultar. Pues bien, no entiendo entonces cómo estuviste toda la noche pegado como si fueras un pulpo.

—Me tenías amenazado. —En ese momento ella le lanzó otro trozo de pan—. Y encima me trata así. No sé qué vine a hacer aquí si para mí no hay parte del castillo.

—Anda, parad un poco —les pidió Kenzie con cara de resignación.

Moirá nos preguntó si nos apetecía un arroz al estilo español con marisco.

—Sí, se llama paella y claro que sí —dijo Logan emocionado.

—Efectivamente, nunca me sale el nombre.

Todos afirmamos y se marchó dejándonos solos.

—Yo estaba pensando que podríamos hacer algo en tu morada esta tarde —me dijo Logan, y Kenzie sonrió porque habíamos quedado en pasar la noche allí.

—Sí, por Dios, que quiero conocer ese lugar.

—No te lo vas a creer —le dijo Kenzie.

—Ya me contó Logan por encima. —Tocó las palmas.

—Por mí no hay problema —murmuré y a Kenzie se le iluminó la cara. Pasar la tarde-noche con los chicos no estaría mal, después nos quedaríamos los dos solos allí, así que poco problema con eso.

Miré el móvil y tenía una notificación de Rose, que leí por encima y me decía que estaba contando los días. Tenía un señor problema y es que no quería que viniera y menos en estos momentos que estaba saboreando de algún modo y que no quería que se fueran al traste. El agobio era monumental, aunque no quería que nadie se diera cuenta de ello.

Eso lo tenía que solventar como fuese, pero es que me encontraba en un callejón sin salida. ¿Y si encerraba a cada una en una habitación para que no se encontrasen? No, eso sería inviable y se destaparía, así que tenía que buscar la forma de que no viniera o algo por el estilo. Aún faltaban unos días y tenía tiempo para buscarle la solución o la excusa perfecta.

Las chicas se fueron a la cocina a ayudar a Moira y Kiara, les encantaba pasar allí un rato por las mañanas ayudando con las comidas. Momento que aprovechamos Logan y yo para ir a llevar unas cosas a la nueva casa de mi padre.

), Durante el camino, mi padre aprovechó para comentarnos que no se mudaría hasta después del verano, cosa de la que me alegré muchísimo porque también quería aprovechar este tiempo y tenerlo en el castillo.

Nos enseñó la casa y la verdad es que me gustó mucho su construcción amurallada y todo hecho en piedra, era como el castillo, pero en pequeñito.

) Regresamos a la casa justo cuando estaba la mesa lista y vi a una Kenzie que sonreía ruborizada al verme. Le hice un guiño.

La paella había quedado exquisita, tanto, que no sobró ni un grano de arroz y todos repetimos un poco. Solo del silencio que había sobre la mesa se podía apreciar lo que la estábamos disfrutando.

Para la sobremesa solo quedamos los cuatro ya que mi padre se fue con Evan a la ciudad a comprar unas cosas que le hacían falta para la nueva casa que quería ir dejando lista durante el verano.

—¿Entonces una siesta y luego fiesta? —preguntó Carol.

—Pero la dormirás conmigo...

—No, no, ahora me voy con mi rubia favorita y luego nos vemos en el zulo ese que tiene tu amigo —le contestó sin mirarme a mí y Kenzie negó volteando los ojos.

—¿En serio no vas a dormir la siesta conmigo? —preguntó de manera ofendida.

—Por supuesto que no, que me tienes asfixiada con lo grande que es el castillo.

—Pero si te di un montón de amor —negó poniéndose la mano en la cara y Kenzie los miraba con la sonrisilla.

—Y yo ¿te di mucho amor? —le pregunté en voz baja a Kenzie.

—Sí, has estado muy cariñoso —contestó ruborizada y sin mantenerme la mirada.

—¿Solo cariñoso?

—Y amable —sonrió.

—Creo que dejé el listón muy bajo, voy a tenerlo que subir un poco. —Carraspeé y miré a Logan y Carol que seguían con los reproches en broma. Se les veía de lo más divertidos y se notaba que había una buena conexión entre ellos.

Nos despedimos de las chicas quedando en la zona confort a eso de las siete de la tarde, ellas se marcharon juntas y yo me despedí de Logan para irme a mi habitación a descansar y él a la suya.

—¿De verdad no te quieres venir conmigo? —preguntó bromeando.

—No, amigo, no, aún no te salió buen pecho para que llames mi atención.

—Ya vendrás...

—Claro que sí.

Logan tenía la capacidad de tener siempre el chip del humor con batería. Era un adorable loquillo que conseguía sacar sonrisas a todos los que pasábamos por su vida.

—¿En serio no vas a dormir la siesta conmigo? —preguntó de manera ofendida.

—Por supuesto que no, que me tienes asfixiada con lo grande que es el castillo.

—Pero si te di un montón de amor —negó poniéndose la mano en la cara y Kenzie los miraba con la sonrisilla.

—Y yo ¿te di mucho amor? —le pregunté en voz baja a Kenzie.

—Sí, has estado muy cariñoso —contestó ruborizada y sin mantenerme la mirada.

—¿Solo cariñoso?

—Y amable —sonrió.

—Creo que dejé el listón muy bajo, voy a tenerlo que subir un poco. —Carraspeé y miré a Logan y Carol que seguían con los reproches en broma. Se les veía de lo más divertidos y se notaba que había una buena conexión entre ellos.

Nos despedimos de las chicas quedando en la zona confort a eso de las siete de la tarde, ellas se marcharon juntas y yo me despedí de Logan para irme a mi habitación a descansar y él a la suya.

—¿De verdad no te quieres venir conmigo? —preguntó bromeando.

—No, amigo, no, aún no te salió buen pecho para que llames mi atención.

—Ya vendrás...

—Claro que sí.

Logan tenía la capacidad de tener siempre el chip del humor con batería. Era un adorable loquillo que conseguía sacar sonrisas a todos los que pasábamos por su vida.

Capítulo 22



Colin

Logan golpeó con fuerza mi habitación gritando que nos habíamos quedado dormidos. Cogí el móvil pensando que no me había funcionado el despertador y que ya estaban las chicas esperando allí, pero no, eran las seis.

—¿Se puede saber por qué cojones golpeas la puerta así? Hemos quedado a las siete y son las seis.

—¿Y tú te piensas que allí no hay nada que preparar?

—Le he pedido a Moira que nos consiguiera las empanadas del obrador y unas tablas de quesos importados, está todo controlado. —Le di dos palmadas en la cara por no darle dos buenos manotazos en la nuca.

—¿El vino?

—Sabes que tengo la bodega llena —carraspeé a punto de darle con toda la mano abierta en la nuca.

—Te estoy viendo las intenciones, te espero allí. —Señaló al pasillo para decir que se iba para que no se la diera, ya que vio cómo se me ampliaba la mano.

—Espera, no tardo. —Hice como si le diera un tiro en la frente y se tiró al suelo desplomado.

—¡¡¡Logan!!! —Escuché gritar a Kenzie y me asomé riendo, lo mismo que hizo Logan— ¡Pensé que te habías desmayado! —gritó poniendo cara de tristeza y cruzándose de brazos. La cosa es que yo estaba por dentro y Logan por fuera de la puerta y solo vio que caía.

—¿¡Qué pasa!?! —Apareció Carol mirando extrañada a Logan que seguía en el suelo.

—Amor, que perdí la fuerza y caí, creo que no voy a poder ir a la fiesta.

—De verdad, aquí estáis todos locos, yo me voy al porche y allí os espero —dijo Kenzie negando y volteando los ojos sin reírse y marchándose.

—Yo me voy con mi amiga. —Señaló hacia ella y comenzó a andar.

—¡Amor! ¿¡Me dejas aquí tirado!?

—Por lo visto sí. —Me adentré riendo para cambiarme.

—¿¡Tú también me dejas tirado!?

—Yo también... —Se me escapó una risilla, este hombre no tenía remedio.

Me metí en la ducha a la velocidad de la luz, la misma en que me sequé y vestí. Fuimos a la cocina a preguntar a Moira si había dejado las cosas allí y me confirmó que sí.

—Ya está aquí lo más sexy del mundo —les dijo Logan refiriéndose a él mismo.

—Los he visto mejores.

—Yo también, pero no por eso te lo refriego por la cara.

—Estáis fatal —murmuré mirándolos y a la vez a Kenzie que se ponía a mirar hacia el cielo negando—. ¿Nos vamos?

La cara de Carol era de puro asombro, se puso a recorrer todo el lugar como buscando el gran tesoro. Kenzie negaba desesperada.

—Qué buena pinta —murmuró Kenzie señalando a las empanadas que había sobre una de las mesas de la parte del bar.

—Estas son de pollo picante y verduras, estas de huevo y atún bañadas en tomate y estas de ternera picada con chorizo. Lo que no sé si será conveniente que pruebes la de pollo picante, no vaya a ser que aún tengas el estómago sensible y te siente mal.

—Son las que más me han llamado la atención. —Me miró con una amplia sonrisa y aproveché para besarla.

—Como quieras. —Miré a Logan que había dejado encerrada en el baño a Carol y esta comenzaba a gritar que la sacaran de allí y que cuando lo cogiera lo iba a dejar sin pelos.

—Sabía que mi amigo estaba mal, pero no sé quién está peor.

—Carol se está portando bien para cómo es.

—¿En serio?

—Es muy divertida y siempre está liándola de alguna forma, pero es una gran mujer, tiene un corazón de oro.

—No lo dudo, pero tú lo tienes más.

—No sé. —Su timidez volvió a envolverla.

—Te lo digo yo. —Le di un beso cuando escuchamos un golpe que nos hizo girar.

—Se ha matado —dijo Kenzie poniéndose las manos en la boca y viendo a Logan tirado encima de la mesa ya que lo había empujado Carol.

—Qué va, solo está practicando, la siguiente lo saca por aquella ventana.

—No por Dios. —Se puso la mano en la cara.

Si con Logan me reía, con ellos dos juntos ya es que me dolía el lado, eran como dos niños pequeños que no se dejaban de buscar y terminaban haciéndose malvades y encima disfrutaban.

Llené cuatro vasos de tubo de cerveza y puse música internacional de mi móvil que enlacé con el reproductor de música.

Kenzie me miró con una sonrisilla de parecer que iba a hacer algo y lo hizo, no pudo resistirse a probar la empanada de pollo picante a pesar de saber que le podía sentar mal.

—No me mires así que estoy bien. —Le dio un bocado y se puso la mano en la boca de ver que la estaba mirando fijamente—. Me pones nerviosa.

—Cerveza, pollo picante... veremos si no se tiene que dar el doctor otro paseo por el castillo. —La cogí por la cintura.

—Estoy bien. —La besé.

—Pero no abuses del picante y luego prueba las otras.

—Vale, señor Colin Sinclair.

—¿Cómo me has llamado? —Le comencé a hacer cosquillas.

—Para, Colin, para —reía.

—Así me gusta. —Le di un beso en la mejilla.

Dicen que hay un momento en tu vida que llega una persona y te zarandea por completo, eso me había pasado a mí con Kenzie, que desde que la vi, y aunque quería negármelo a mí mismo, me había causado una chispa que se fue acrecentando desde que me confesó que sus intenciones no eran quedarse con el castillo sino cumplir la última voluntad de mi abuelo.

Además, cuanto más la analizaba más me daba cuenta de la persona tan maravillosa e inocente que era, no tenía ni la más mínima pizca de maldad, todo lo contrario, por no hablar de lo guapísima que era, tenía la sensación de que era la chica con las expresiones más adorables que jamás había visto.

La abracé desde atrás mientras ella estaba apoyada en la barra y comencé a moverla hacia los lados mientras le besaba la cara.

—No sé qué es lo que has causado en mí, pero te garantizo que demasiadas cosas bonitas.

e

—Me avergüenza que me digas eso —sonreía.

—Lo sé, por eso me estoy conteniendo de decirte cosas mayores.

—¿Como qué? —Se giró boquiabierta causándome una sonrisilla por su cara de expectación.

—¿Te puedo preguntar algo por simple curiosidad? —Apreté los dientes y puse cara de terror.

—Venga. —Cruzó los dedos y cerró los labios, momento que no me pude resistir y le di un beso—. ¿Eso es una pregunta?

—¿Has estado con muchos chicos?

—¡No! —se rio— Solo tuve un novio en la universidad cuando estudié empresariales y luego no llegó nadie, además he estado los dos últimos años muy centrada en la guardería, cuando salía, lo último en que me fijaba era en hombres. Con el novio que tuve, me dejó sin ganas por un tiempo de conocer a ningún hombre más, me hizo hasta que dejara de confiar en las personas, hasta que he comprendido que en el único que no podía confiar era en él ya que me había demostrado ser lo más desleal. Me dolía mucho verle con otra.

—¿Te sigue doliendo?

—¡No! —sonrió negando y sentí cierto alivio— Con el tiempo entendí que no sentí el dolor solo por haberme dejado, nadie está obligado a estar con nadie, pero tú no puedes estar regalándole las estrellas a una persona cada día y decirle cuánto de especial es para ti y al día siguiente aparecer con otra y menos sin una explicación. Eso te deja muy tocada. Ya no se trata de cuánto amor hubo, sino de respeto y ser honesto con las palabras y acciones.

—Lo entiendo...

—Y cambiando de tema ¿por qué esa curiosidad?

—Te estoy sacando un análisis personal, creo que te voy conociendo y eres una persona muy sensible, respetable y con un corazón muy grande.

—No, no, aquí hay gato encerrado, que yo seré Santa Rita, pero esa pregunta por parte de un hombre no puede venir sin más intenciones que deducir que tengo corazón y soy sensible.

1

—No te he preguntado el nivel de experiencia.

¡ —A eso ha sonado, Colin. Además —tenía una sonrisilla de lo más suelta y nerviosa y le costaba mantenerme la
2 mirada—, se te notó en la carita.

—Además de buena persona eres malpensada, ya decía yo que no podías ser tan perfecta.

—No seas mentiroso. ¿A que tengo razón?

—No es así.

—Sí, sí la tengo. ¿A que sí? —reía nerviosa como una niña pequeña.

—Estaba estudiando tu personalidad. —Le hice un guiño y le di un trago a la cerveza.

—A mí no me intentes seducir para zanjar el tema y responder la verdad.

—¿Y por qué siempre me da la sensación de que a las mujeres hay que decirles lo que quieren escuchar?

—Será porque os habéis buscado el que no os creamos —se reía nerviosa.

Eran pasadas las doce de la noche cuando ya estábamos todos de cervezas y vinos hasta las cejas, momento en que no se le ocurrió a mi amigo otra cosa que querer coger en sus brazos como un bebé a Carol para llevarla a la habitación y no lograron en dar dos pasos cuando cayeron al suelo.

Una cosa es que te caigas y te valga para comprender que no estás en las mejores condiciones para llevar a nadie en brazos, y otra que ella tras el golpe le exigió que le demostrara que era un hombre y la volviera a llevar.

—Carol, por favor, te vas a hacer daño —le suplicó Kenzie ayudándola a levantarse.

—Calla, que no está bonito que una amiga se meta en la relación.

—¿Somos novios? —le preguntó Logan con una sonrisa de oreja a oreja cuando consiguió levantarse.

—¿Novios? Ni que fueras el dueño del castillo.

—Carol, eso es un comentario de muy mal gusto —le recriminó con indignación.

Y Carol ni caso, se volvió a subir a los brazos de un Logan que iba muy inestable, por lo que tuvimos que acompañarlos con paciencia todo el trayecto. Lo peor fue cuando Logan tuvo que subir las escaleras, nos tuvimos que poner Kenzie y yo a cada uno de sus lados para sujetar a Carol en sus brazos.

Por fin llegamos al último escalón y nos despedimos de ellos, cuando, de repente, Logan se giró riéndose para ver cómo nos íbamos mientras la seguía sujetando en su brazos, y ¿qué creéis que pasó? Pues que se le cayó de las manos y Carol bajó rodando todas las escaleras hasta el primer tramo.

La cara de Kenzie con la mano en la boca era el claro símbolo para pensar que se había matado. Me tuve que contener para no reírme.

—Menos mal que no siguió rodando el otro tramo —dijo Logan causándome ahí la carcajada mientras corría para llegar hasta Carol.

—¿Quién me montó en los autos de choque? —preguntó una Carol que no se mantenía en pie.

—Todo el mundo quieto —dijo Kenzie levantando a la amiga—. Ya la llevo yo a la habitación y vosotros quietecitos.

—Que yo no hice nada —le recordé.

—Ni lo hagas, dejadme a mí.

—Pues yo quiero dormir con ella —dijo Logan, que se puso al otro lado de Carol, mientras la llevaba a pasos lentos Kenzie subiendo de nuevo los escalones.

—Que yo no hice nada —le recordé.

—Ni lo hagas, dejadme a mí.

—Pues yo quiero dormir con ella —dijo Logan, que se puso al otro lado de Carol, mientras la llevaba a pasos lentos Kenzie subiendo de nuevo los escalones.

Capítulo 23



Colin

Me levanté y lo primero que me nació fue besarla y echarla sobre mi pecho, la noche anterior, después del episodio entre Carol y Logan, regresamos hasta aquí y estuvimos una hora de lo más cariñosos, no faltaron besos ni miradas cómplices, como tampoco el deseo, pero algo me frenaba, era como si lo de no haber solucionado lo de Rose me llevara a no hacer más daño.

No era capaz de contarle la realidad y mucho menos de decirle a Rose que no viniese, ya tenía los billetes comprados y me parecía una falta de respeto dejarla sin venir cuando yo mismo la invité a ello, obviamente pensando que no vendría, pero tenía que ser consecuente con mis palabras, esas que ahora me llevaban a estar con un calentón de cabeza muy grande.

Nos aseamos y salimos al porche a desayunar con los demás, pero aún no había aparecido nadie así que nos comenzó a poner Moira el desayuno y a mirarnos con cara de felicidad al vernos en tan buena armonía como habían sido los últimos deseos de mi abuelo.

No tardaron en aparecer Logan y Carol, momento en que nos dimos cuenta de que esta parecía que acababa de llegar de la guerra, estaba llena de moratones en los brazos, piernas y hasta en la frente.

—No me miréis así que aquí los tres tenéis responsabilidad, ya se lo he dicho a Logan que, para tener amigos como vosotros, mejor tener enemigos y estar preparada. Esto fue todo un intento de asesinato o peor aún ¿me queríais ver con las piernas y brazos rotos? —Se sentó sin dejar de mirarnos de forma intimidatoria e indignada— Que yo sepa, Logan no estaba en condiciones de cogerme en brazos.

—¿No era ella quien decía que no nos metiéramos en su relación? —pregunté viendo que Kenzie era incapaz de frenarla.

—Yo no estaba en condiciones para decir absolutamente nada, lo primero porque aquí la única relación que hay, es el intentar las chicas quedarnos con el castillo —dijo y provocó que Kenzie la frenara en seco.

—No vayas por ahí y asume las consecuencias, bebiste más de lo normal, insististe para que Logan te volviera a coger después de que cayerais en la zona del bar y luego os ayudamos a ir hasta allí, no es mi problema que él se girara en lugar de continuar y cayeras rodando por las escaleras, tampoco lo es de Colin.

—¿Y el mío sí que llevaba todo el peso?

—Logan tú te callas que de esto me encargo yo —le advirtió—. Que aquí estos dos se quieren ir de rositas cuando fueron partícipes del daño que se me ha hecho y en el estado que me habéis dejado.

—Si lo llego a saber la tiro por el resto de las escaleras —murmuró Kenzie causándonos una risa a Logan y a mí por no esperar que ella dijera algo así.

—Desde luego, yo aquí dejándome los huesos para que no pierdas tu parte del castillo y tú diciendo eso. Amigas para esto —resopló—. Si no fuera porque también eres mi jefa, te dejaba aquí con estos dos que no sabes lo que me está costando mantener a este contento para tenerlo de nuestra parte.

—¿Me estás usando, amor?

—No me llames amor y cuídame más, que estoy como un cuadro de Jesucristo.

—Yo te llevaba con mucho cuidado.

—Pues si ese es tu cuidado, no quiero ni conocer tu descuido.

—¡Parad! —gritó no muy fuerte Kenzie— ¿Podemos tener el desayuno en paz? Y cuando lo hayamos hecho, ya ponemos alguna crema sobre los hematomas.

—No, no, que capaces sois de echarme cianuro.

El problema es que Carol se ponía como una niña pequeña a la que no se le podía decir nada, cuando se sentía ofendida entraba en un estado de rebeldía que le hacía hasta decir cosas que no sentía, pero claro, al otro lado estaba Kenzie que era más sensible y se lo tomaba todo a pecho en vez de reírse con la situación y no hacerle más caso que el preciso.

Moirá cuando la vio se quedó a cuadros preguntando si había estado Satanás esa noche en su cuarto.

—No, fue este —señaló a Logan—, que no se le ocurrió otra cosa anoche que tirarme por las escaleras.

—No. —Se puso la mano en la boca.

—¿Cómo la voy a querer tirar por las escaleras? Solo la llevaba en brazos y se cayó, fue un accidente.

—Accidente el que vas a tener tú antes de que yo me vaya —le advirtió Carol.

—Te busco algo para calmarlos y que vayan desapareciendo —dijo Moira negando y terminando de colocar el resto de desayuno.

Ni qué decir tiene que ese día estábamos sentenciados a aguantar a una Carol de lo más insoportable, pero eso no era lo peor, en mi vida había visto a un Logan tan lameculos, no la dejaba ni a sol ni a sombra y lo peor de todo es que ella, al saberlo, se aprovechaba de ello.

Lo peor fue a la hora de la comida cuando mi padre la vio y le contó ante todos otra versión de la película cuando este le preguntó asustado si se había caído del caballo.

—Mire señor Nolan, resulta que anoche yo regresaba tan feliz de la guarida de su hijo en la que cenamos y

tomamos alguna copa de vino...

—Y cervezas —irrumpió Logan.

—Tú te callas. —Le señaló con el dedo y a mi padre se le escapó una risilla viendo venir que lo que le iba a contar iba a ser dramatizado y que en algo tenía que ver Logan—. Pues como le decía, regresaba feliz para ir a dormir a mi habitación, porque yo duermo en mi habitación y otros no lo pueden asegurar —en ese momento vi que Kenzie se ponía pálida—, pero dejando eso de lado, que cuando llegué al último escalón, Logan estaba ahí esperándome y sin mediar palabras me lanzó por las escaleras sin más.

—Pero ¿cómo se puede ser tan miserable y decir algo así tan fuerte para luego quedarte tan ancha intentando que los demás piensen que yo hice eso? —le preguntó un Logan un tanto indignado, pero con la sonrisilla suelta, esa que nos provocaba.

—¿No fue así? —le preguntó Carol mirándolo de forma intimidante.

—No, por favor, claro que no, te tenía en mis brazos y me fui a despedir de mi amigo y saliste rodando por las escaleras, fue un accidente sin pretensión ninguna.

—Bueno, el caso es que estás bien a pesar de esos golpes —le dijo mi padre intentando poner un poco de paz sobre la mesa.

—No, bien no estoy, que parezco un soldadito que viene de las maniobras de su vida.

—Madre mía, qué paciencia tengo —murmuró Kenzie sujetando un trozo de carne en su tenedor para comerla.

—Haya paz —pedí más que nada para que la cosa no se saliese de madre y viendo que Carol ese día estaba que lo rompía todo.

—Paz dice, cuando vio lo que me hicieron y no fue capaz de socorrerme y llevarme al hospital más cercano para que me dieran los primeros auxilios.

—Carol, por favor, vale ya, estamos comiendo con más gente y ya nos hemos enterado de tu tragedia y todo lo malos que somos los demás, pero tontos no, que nos enteramos a la primera, así que, por favor, permite que podamos comer con una mínima cordialidad, al menos por respeto a las personas que no estuvieron en tu incidente.

—Incidente dice, qué poco me quieres amiga.

Mi padre para zanjar buenamente el tema se puso a hablar de los proyectos que tenía para su nueva casa, cosa que Moira se iría con él para seguir sirviendo a la familia y porque ella era parte de esta, así que conforme iba hablando a esta se le escapaba alguna que otra sonrisilla. Alguna vez hasta pensé que esa mujer quería a mi padre más de lo que todos imaginábamos.

Conseguimos así relajar el tema y es que Carol se las traía, a pesar de parecer más fuerte que Kenzie, tenía una personalidad más infantil y caprichosa, a veces parecía que quería que el mundo girase alrededor de ella, eso no le hacía peor persona, además que nos hacía reír mucho, pero tenía la sensación de que vivía en otra época más atrás de su vida.

Sinceramente las dos eran adorables a su forma; una alocada y divertida, la otra tímida y adorable, además de simpática que también tenía sus puntos de lo más divertidos, aunque no fuera tan deslenguada como Carol.

Logan se pasó el día detrás de ella curándola con la pomada que le dio Moira y justificando cada reproche que este le hacía, por lo que pasó, por lo que se inventó y por lo que manipuló a su antojo. Como le dije a Kenzie, lo que le pasaba es que estaba sensible con tanto moratón y tenía una resaca que la ponía aún peor.

y

Nosotros estuvimos a ratos juntos ya que Kenzie no se perdía el ayudar un rato en la cocina y estar con Moira y Kiara, la verdad es que se llevaba muy bien con ellas y eso le valía para despejarse un poco de todo.

Yo sin embargo pasé el día dándole vueltas al asunto sobre el tema de Rose que no sabía cómo gestionar y no quería que se me cayeran los días encima sin haber solucionado nada, no quería verme en la tesitura de estar entre la espada y la pared y que se liase algo que podría haber evitado con antelación.

Sinceramente las dos eran adorables a su forma; una alocada y divertida, la otra tímida y adorable, además de simpática que también tenía sus puntos de lo más divertidos, aunque no fuera tan deslenguada como Carol.

Logan se pasó el día detrás de ella curándola con la pomada que le dio Moira y justificando cada reproche que esta le hacía, por lo que pasó, por lo que se inventó y por lo que manipuló a su antojo. Como le dije a Kenzie, lo que le pasaba es que estaba sensible con tanto moratón y tenía una resaca que la ponía aún peor.

Nosotros estuvimos a ratos juntos ya que Kenzie no se perdía el ayudar un rato en la cocina y estar con Moira y Kiara, la verdad es que se llevaba muy bien con ellas y eso le valía para despejarse un poco de todo.

Yo sin embargo pasé el día dándole vueltas al asunto sobre el tema de Rose que no sabía cómo gestionar y no quería que se me cayeran los días encima sin haber solucionado nada, no quería verme en la tesitura de estar entre la espada y la pared y que se liase algo que podría haber evitado con antelación.

Capítulo 24



Colin

Le había preparado otra cena a Kenzie en la zona confort para sorprenderla, es más, me había preocupado en que no le faltara el más mínimo detalle, era la primera vez en mi vida que me volcaba tanto en algo.

Todo esto pensando a la vez en cómo solventar el tema de Rose que ya me estaba asfixiando y que estaba siendo todo un inconveniente para que el tema en el castillo siguiera fluyendo con normalidad e incluso mejorando, porque sentía que el verano no podía comenzar mejor y lo estaba disfrutando como no había imaginado.

Había quedado en verla a las ocho en la edificación, así que aproveché la tarde para ir a recoger un pedido de *sushi* variado que había encargado, además de algunos complementos para combinarlos con ellos.

Dejé todo precioso sobre la mesa en la zona de cine, además de flores decorando todo el habitáculo y una botella de vino blanco sobre una cubitera con hielo y las dos copas sobre la mesa.

Me encargué de poner inciensos y velas aromáticas, todo en la misma gama de vainilla para que no hubiera un conflicto de olores que al final se mezclara y no oliera a nada en concreto.

Coloqué sobre el sofá unas fundas adaptables en color blanco para darle mayor sobriedad y elegancia a ese rincón con las que quería sorprenderla. Quedé bastante contento con los resultados, momento que aproveché allí mismo para ducharme y cambiarme. Eso sí, también le tenía un regalo que le había comprado en la ciudad y era un pijama de verano de lo más juvenil y elegante, en blanco, de tirantes muy finos y de tela de piqué.

A las ocho menos diez lo tenía todo listo, incluso la música relajante de fondo, que busqué a conciencia para que fuera la perfecta para la velada.

Me serví una copa de vino mientras los nervios por la ilusión de ver su cara me iban invadiendo. Andaba de un sitio a otro con la copa en mano revisando que todo estuviera perfecto y que no se me hubiera quedado nada atrás.

Escuché cómo se abría la puerta del bar y fui a su encuentro. Sonrió al verme copa en mano y con esa música ambientando el lugar.

—Perdón por retrasarme, me cogió Carol en las escaleras y me puso la cabeza como un bombo.

—No te preocupes, son dos minutos de nada.

—Soy exageradamente puntual, no me gusta que me esperen —murmuró a unos milímetros de mi boca ya que la

había ahuecado por la nuca para atraerla hasta mí.

La agarré de la mano para llevarla hasta la otra parte y cuando se giró y se dio cuenta de la luz de las velas y cómo estaba todo preparado, me soltó y se llevó las manos a la boca. Enmudeció por unos momentos en los que su vista se detenía en cada detalle.

Vi cómo se le caían unas lagrimillas por las mejillas.

—No, por favor —sonreí agarrando su cara con mis manos y secándoselas con las yemas de los dedos.

—Son de emoción, de verdad, Colin, no sé cómo agradecerte este cariño que me estás mostrando y de la forma en la que me vienes tratando, no me lo esperaba para nada y menos con el comienzo que tuvimos. Ahora está siendo todo demasiado perfecto y todo me pilla de sorpresa, es como si no me lo mereciese, como si esto no pudiese ir conmigo.

—Pues tú eres la única causante de que me haya desvivido por emocionarte. —Le puse la bolsita del pijama en sus manos y la abrió casi temblorosa.

—Me encanta, es muy fino y bonito, me dan ganas ya de ponérmelo.

—¿Y quién dijo que no puedas cenar con el pijama cómodamente?

—Me voy a cambiar —señaló sonriendo hacia el baño y entró a cambiarse, momento que aproveché para ponerme un pantalón corto de algodón en gris y una camiseta blanca.

Apareció y me quedé casi sin palabras, observando lo perfecto que le quedaba, parecía que lo habían diseñado para ella.

—Estás preciosa. —La abracé antes de estirar mi mano para sentarnos.

—Voy a tener que pensar algo para sorprenderte, pero estás dejando el listón muy alto y no sé si llegaré a conseguirlo.

—Ya lo haces, con tu esencia, cariño, respeto y todo lo que me has mostrado ser en estos días.

—También me las gasto.

—No, eso intentas que parezca, pero créeme que no lo consigues, quién nobleza lleva, nobleza expresa.

—Nunca lo había escuchado —sonrió con timidez.

—Me lo acabo de inventar —murmuré causándole una risilla.

Brindamos por una velada tranquila y emotiva, esa que esperaba que disfrutásemos con todas nuestras ganas. Lo feo de todo es que recordaba lo que tenía pendiente por solucionar y me revolvía las entrañas.

Le encantaba el *sushi* como a mí, así que comenzó a disfrutar con cada bocado y esas explosiones de sabores que

le causaban todo tipo de gestos de lo más divertidos en su cara.

Brindamos una y mil veces mientras nos regalábamos innumerables besos, lo jodido de todo es que estaba disfrutando mucho más que cuando tenía sexo salvaje con otras mujeres, con ella era diferente, no me hacía falta llegar a más para sentir cada momento que sucedía entre nosotros y que se iban quedando en cierto modo en mí.

Cuando terminamos de cenar saqué unos postres helados en miniatura con los que se le terminó de hacer la boca agua. De manera sorprendente cogió el primero y lo llevó hacia a mi boca.

—Todo un detalle, señorita —murmuré masticándolo y disfrutando de esa vainilla derretida que había en el interior.

—Te mereces comer todos y dejarme sin ni uno solo, pero antes de que se te ocurra, pruebo este. —Se lo metió en la boca.

—Todo para ti, yo solo disfruto de lo que tú te mereces.

—Jo, no me digas esas cosas tan bonitas que yo soy muy tímida —se rio echándose a un lado y tapándose la cara.

—Pues prepárate para escuchar un repertorio de ellas.

Me abalancé sobre ella y la dejé caer hacia el sofá poniéndome sobre sus piernas y viendo cómo su cara se ponía cada vez más roja.

—¿Qué te pasa? —le pregunté después de darle un mordisquito leve y moverme sobre sus partes para ver cómo reaccionaba.

—Me muero de la vergüenza. —Se llevó sus manos a la cara, momento en que aproveché para volver a hacer otro movimiento que la volviera a hacer reaccionar.

Intensifiqué esos besos con las lenguas entrelazadas para ya no dar tregua a lo que tanto estaba deseando que sucediera entre nosotros, viendo cómo su piel se erizaba y se le escapaba algún que otro gemido contenido de sus labios.

Cuando me di cuenta de que ya estaba preparada para recibir, me deshice de la parte de arriba del pijama descubriendo algo que me había tenido en duda en todo el tiempo y es que no llevaba sujetador. Sus pechos eran firmes y provocaban unos deseos difíciles de contener, motivo que me llevó a acercarme hasta ellos y comenzar a lamerlos como si de un helado se tratase, mientras mis manos se iban a su entrepierna y yo me ponía a un lado de su costado.

Me incorporé y le quité el pantalón corto viendo cómo los nervios se apoderaban de ella, pero no me frenó esa rojez continua de su rostro, todo lo contrario, me llevó a despojarme de la única pieza que me faltaba para poderla admirar completamente desnuda a través de las luces de las velas.

Llevé mi dedo pulgar hasta su zona del clítoris y lo moví un poco sin dejar de observar su cara, que se iba convirtiendo en un rostro embargado por el placer. Aproveché para abrirle un poco más las piernas con mi cuerpo y adentrar un par de dedos en su interior. Se notaba que llevaba mucho tiempo sin tener relaciones, la zona estaba estrecha y la fui estimulando para que dilatara y que se abriera para mí.

Mis labios no tardaron en buscar los suyos, pero no los de siempre, ahora iba a por una zona en la que quería seguir subiéndole la tensión que estaba provocando el momento y esos deseos que se reflejaban en su cara.

Se retorció de placer mientras con una mano también jugaba con sus senos, esos que se pusieron duros por completo dándome más margen para pellizcarlos y agarrarlos con fuerza.

Quiso apartarme cuando estaba en pleno orgasmo, pero la inmovilicé por completo, tenía que llevarla a palpar y culminar al límite, esos, que, en muchas ocasiones, las prisas por llegar no lo permitían, pero controlé la situación hasta que chilló sacando todo eso que le había producido.

Besando su torso fui subiendo para colocarme en la posición que me llevaría a adentrarme en su interior y aunque costó un poco ya que estaba un tanto cerrado el camino, yo lo fui despejando con movimientos cortos y cuidadosos hasta que conseguí llegar al final del túnel y moverme con más libertad mientras Kenzie se sujetaba a mis brazos con fuerza.

Dos cuerpos unidos moviéndose en unos deseos que se palpaban en nuestros cuerpos sudorosos y excitados, esos que nos llevó a vivir unos minutos de total intensidad y en los que culminó con los dos abrazados sonriendo y mirándonos, sabiendo que todo esto había sido un paso más entre los dos.

Fuimos al baño a asearnos, pero no le permití que se pusiera ni la más mínima prenda ya que esto no había hecho más que empezar y yo quería más, quería seguir disfrutando de ese cuerpo tan apetecible que tenía ante mí.

Kenzie, aunque tímida, también me acariciaba y hasta tocaba mi miembro cogiéndolo entre sus manos y jugando con él, este reaccionaba endureciéndose de nuevo como si nada hubiera pasado antes. Me provocaba de nuevo perderme en su cuerpo y en su interior.

Dos personas tan diferentes al principio y tan compenetradas ahora, gracias al resurgir de una gran complicidad que se convirtieron en deseo, además se hacía evidente que cuando estábamos juntos todo brillaba más bonito y se hacía intenso. Jamás me había apetecido estar tanto tiempo con alguien como me sucedía con ella.

Me gustaba demasiado, me perdía en su cuerpo, en sus labios y se me paraba el mundo, ese que luego, cuando la abracé tras culminar ese segundo asalto, me vino el recuerdo de la inminente llegada de Rose y se me hizo un nudo en la garganta.

Lo tenía que solucionar, aquel jodido tema lo tenía que solucionar, no podía aparecer una Rose campando a sus anchas por el castillo y yo verme sorteando los dos bandos durante unos días. Ni me haría bien, ni estaría bonito que eso sucediera. Lo iba a arreglar...

Mis labios no tardaron en buscar los suyos, pero no los de siempre, ahora iba a por una zona en la que quería seguir subiéndole la tensión que estaba provocando el momento y esos deseos que se reflejaban en su cara.

Se retorció de placer mientras con una mano también jugaba con sus senos, esos que se pusieron duros por completo dándome más margen para pellizcarlos y agarrarlos con fuerza.

Quiso apartarme cuando estaba en pleno orgasmo, pero la inmovilicé por completo, tenía que llevarla a palpar y culminar al límite, esos, que, en muchas ocasiones, las prisas por llegar no lo permitían, pero controlé la situación hasta que chilló sacando todo eso que le había producido.

Besando su torso fui subiendo para colocarme en la posición que me llevaría a adentrarme en su interior y aunque costó un poco ya que estaba un tanto cerrado el camino, yo lo fui despejando con movimientos cortos y cuidadosos hasta que conseguí llegar al final del túnel y moverme con más libertad mientras Kenzie se sujetaba a mis brazos con fuerza.

Dos cuerpos unidos moviéndose en unos deseos que se palpaban en nuestros cuerpos sudorosos y excitados, esos que nos llevó a vivir unos minutos de total intensidad y en los que culminó con los dos abrazados sonriendo y mirándonos, sabiendo que todo esto había sido un paso más entre los dos.

Fuimos al baño a asearnos, pero no le permití que se pusiera ni la más mínima prenda ya que esto no había hecho más que empezar y yo quería más, quería seguir disfrutando de ese cuerpo tan apetecible que tenía ante mí.

Kenzie, aunque tímida, también me acariciaba y hasta tocaba mi miembro cogiéndolo entre sus manos y jugueteando con él, este reaccionaba endureciéndose de nuevo como si nada hubiera pasado antes. Me provocaba de nuevo perderme en su cuerpo y en su interior.

Dos personas tan diferentes al principio y tan compenetradas ahora, gracias al resurgir de una gran complicidad que se convirtieron en deseo, además se hacía evidente que cuando estábamos juntos todo brillaba más bonito y se hacía intenso. Jamás me había apetecido estar tanto tiempo con alguien como me sucedía con ella.

Me gustaba demasiado, me perdía en su cuerpo, en sus labios y se me paraba el mundo, ese que luego, cuando la abracé tras culminar ese segundo asalto, me vino el recuerdo de la inminente llegada de Rose y se me hizo un nudo en la garganta.

Lo tenía que solucionar, aquel jodido tema lo tenía que solucionar, no podía aparecer una Rose campando a sus anchas por el castillo y yo verme sorteando los dos bandos durante unos días. Ni me haría bien, ni estaría bonito que eso sucediera. Lo iba a arreglar...

Capítulo 25



Colin

Por la mañana había desayunado con ella y los chicos en el porche, mi padre lo había hecho un rato antes según nos comentó Moira que esa mañana miraba los moratones de Carol que parecían haber aflojado a la vez que le recomendaba que no dejara de usar la pomada.

Kenzie lucía una sonrisa que calmaba una gran parte de mis nervios, pero que a la vez me entristecía al saber que aún no había conseguido resolver nada.

Las chicas se fueron a la cocina y Logan se puso a ayudar a mi padre con un tema del móvil con el que no se aclaraba. Aproveché para dar una vuelta para ver a los animales.

Estaba con uno de mis caballos preferidos en el establo, pensando en ella, en la noche anterior y el despertar en que no volvieron a faltar esos contactos para comenzar a lo grande el día.

Estos animales eran para mí parte importante de mi vida y cuando alguno de ellos no estaba bien, solía acudir para echarles un vistazo, sobrando decir que me había criado entre ellos.

—Campeón, no te preocupes, que en nada estarás galopando, ya lo verás —le dije porque había sufrido un pequeño accidente y no tenía su mejor día, además que buscaba con su cabeza el rozar a la mía para sentirse de algún modo querido en esos momentos de sensibilidad que ellos también tenían.

Por cierto, y hablando de día, hoy sí que resplandecía y eso que, en Escocia, en muchas ocasiones, los rayos solares son el mejor regalo que uno pueda recibir porque se vivían más días grises que soleados.

Yo pensaba en eso y pensaba que, puestos a elegir, en realidad me quedaría con ese otro regalo que era Kenzie para mí, un regalo capaz de hacerme perder la cabeza y como si se lo hubiera pedido al mismísimo universo, apareció por allí dando un paseo y con esa sonrisa tímida que provocaba la mayor de mis debilidades.

Era realmente el aire tímido que la iluminaba, ese aire que era capaz de hacerme soltar de golpe todo el que retení en mi interior, ya que era verla y hacía que todo mi mundo se parase por completo, ¿sería ella consciente de lo que me causaba?

Lástima que en todo momento apareciera por mis pensamientos Rose, ese problema que debía arreglar a toda costa y que aún no era capaz de dar el paso. Era como si no quisiera fallar a nadie, pero en la balanza se posicionaba Kenzie, esa que no se merecía ni la más mínima tontería por mi parte.

Debió verme porque la sonrisa apareció en su rostro y se le amplió completamente. Sin embargo, su timidez hizo que pasara de largo por la puerta, como si no fuese a entrar hasta que no la invitase a hacerlo.

Realmente preciosa. No podría decir otra cosa de alguien que paseaba su belleza tan llamativa, disfrutando de esos rayos que incluso le dieron un mayor brillo a su pelo rubio, un pelo que me fascinaba igual que el resto de su perfecto cuerpo, la cual no podía resultarme más atractiva y más después de haber tenido la gran suerte de haberlo disfrutado por bastantes ratos la noche anterior y esta misma mañana.

Pese a mis muchas tablas, ya que mi historial de mujeres era bastante extenso, con Kenzie no podía evitar que la garganta se me secase a la par que la miraba y ella me devolvía la mirada, no de una forma directa, sino dirigiéndola más bien al suelo porque su timidez la vencía por completo y a mí me sacaba una sonrisa al verla así tan vulnerable ante mí.

—Bonito día y bonita chica —dije alzando la voz y provocando que el color se acentuara aún más a sus mejillas y se parase en seco. De no haberlo hecho hubiera ido yo a frenarla, pero estaba claro que no la iba a dejar pasar como si nada, aquí estaba yo como siempre intentando no perder la oportunidad de estar junto a ella.

—Hola, Colin, ¿qué estás haciendo?

—Aquí, echándole un vistazo a mi amigo. —Se lo señalé—. ¿Y tú? ¿Se puede saber qué está haciendo una preciosidad como tú en un sitio como este? —Carraspeé y arqueé la ceja a punto de dejar salir la mayor de mis sonrisas.

—Lo dices como si fuera la cueva del lobo —sonrió y me resultó aún más adorable—. Bueno, que, si estás haciendo cosas, me voy. —Señaló hacia la puerta.

—¿Dónde vas tan rápida? ¿Es que te asusto como si fuera un lobo de verdad? Que yo impongo, pero no muerdo¹ —bromeé pensando en que en realidad sí que le mordería en ese precioso cuello suyo. En realidad, es que me la comería enterita y no dejaba ni los huesos.

No, no era mi culpa. La culpa era de esos *jeans* que ceñían su escultural cuerpo, esos que, sin ella apenas darse cuenta de lo que provocaban, porque no le gustaba llamar la atención, podría volver loco al más frío de los escoceses, le quedaban jodidamente perfectos.

Y luego estaba su camisa, esa camisa anudada en la cintura, dejando su ombligo al aire, el cual me enmudecía con esos círculos que mis ojos describían al contemplar su bella forma redonda, pues belleza era lo que le sobraba y a mí me tenía encantado con su presencia.

El conjunto lo completaban unas botas tejanas que serían las primeras que volaran cuando comenzara a desnudarla, porque en mi mente ya la había desnudado varias veces desde que apareció por la puerta del establo y me estaban entrando unas ganas locas de estrenar el establo con ella.

a

² He de decir que aquel era un establo amplio, con capacidad para varios caballos, amplios ventanales por los que percibir la luz del día, y zonas reservadas a almacenar el heno y la paja de los caballos, así que por rincones no iba a ser el problema. Lo único que no apareciese nadie, pero ¿y lo emocionante que era jugarla?

Mi mente voló antes siquiera de que la abrazara para indicarle que me moría por volver a hacerla mía, mientras miraba al rincón que estaba recubierto de paja que podría servirme de cama para hacer realidad mis deseos.

Como era de esperar, no opuso la más mínima resistencia, y ese calor que soltaban sus mejillas fue el mismo que continuó bajando hasta recorrer su cuerpo al completo, por lo que la encontré ardiendo para mí, bajo esa tímida sonrisa que provocaba que me encendiera aún más.

s

Con Kenzie mis sentidos se disparaban y fue verdadero fuego el que me recorrió también de arriba abajo, hasta el punto de que me reí y negué mientras le mordisqueaba el labio.

—¿Se puede saber qué es eso que te hace tanta gracia? —murmuró de un modo pausado, sin sostenerme la mirada, en un tono y con un gesto que la hacían parecer aún más deliciosa a mis ojos, por imposible que pudiera parecer. Más que una parte del castillo, se iba a terminar llevando mi corazón por completo.

—Pienso en que desprendemos más calor que una estufa y en que somos capaces de hacer arder la paja a este paso. —Le devolví la sonrisa mientras retiraba mechones de su acalorado rostro para colocarlos detrás de sus orejas.

Cuanto más libre estuviera ese rostro suyo, más bonita la veían mis ojos. Antes incluso de comenzar a desnudarla, la apreté tan fuerte contra mi pecho que noté que le faltaba el aire, por lo que no dudé en echarle un poco sobre su acalorado rostro. Solo con verle la sonrisa, ya merecía la pena.

Después, mis manos comenzaron a recorrer de manera sensual ese cuerpo suyo con la firme decisión de quitarle la ropa. Ella me ayudó, mostrándome enseguida la belleza de su piel y lo exquisito de ese conjunto de ropa interior, el cual podría calificar de inocente, y que me volvió más loco todavía. Me estaba poniendo en un estado que yo no había conocido hasta ahora.

Se lo hubiese quitado a mordiscos de haber sido otra, pero Kenzie no era cualquiera, ni se merecía que pareciese ese lobo salvaje que, en cierto modo, había en mí. Si algo se merecía, era un hombre que la tratara con el amor acorde a su juventud.

Una vez que la tuve en ropa interior, acaricié cada palmo de su erizada piel antes de decirle adiós a esas prendas, esas que quité con mimo mientras ella se agarraba a mi cuello y yo no le quitaba ojo a sus gruesos labios, los cuales parecían más carnosos que nunca.

Después de besarla, bajé mi mano por su cuello hasta llegar a su zona más prohibida. Quería hacerla vibrar hasta el punto de que se olvidara de cuanto nos rodeaba, hasta que su mundo se redujese a mí, a mis besos y a esas caricias con las que le haría alcanzar el mayor de los placeres.

Con mi lengua la conseguí elevar a tal punto que no tuvo más opción que gemir una y otra vez junto a mis labios, aquello era todo lo máximo que me podía pasar, ser yo el causante de ese estado que la estaba envolviendo en esos momentos.

El primero de sus orgasmos, ese que yo me encargaría de que no fuese el último, salió de su boca en un momento en el que sus uñas se clavaron en mi también desnuda piel.

1 —Lo siento, lo siento —sonrió mientras se excusaba de haber gemido más fuerte de lo que ella pensaba que era lo debido, pero que era todo lo contrario, un placer para mis oídos.

—No hay nada que sentir, además, la próxima vez te animo a que chilles mucho más y así le des una alegría para los oídos del servicio.

—No seas malo —se echó sobre mi hombro mientras reía.

Tras comerme esa tímida sonrisa a besos, coloqué mi miembro entre sus piernas y me fui adentrando con más rapidez de lo normal, cada vez me era más fácil acceder a su interior, aunque seguía siendo como un pasillo estrecho que me aprisionaba causándome mucho más placer.

A partir de ahí, la locura se desató entre ambos. Ella se movía agarrada a mis brazos mientras yo salía y entraba en esa cavidad que me llevaba a explorar un terreno tan excitante que apenas podía controlar mis impulsos, conseguía que me costara coger el aire. Kenzie sería mucho más inexperta, pero aprendía rápido y movía su cadera con la mía de un modo que podría calificarse de magistral, parecía que nos habíamos estado entrenando de forma sincronizada.

Hasta la cima del placer la llevé y en esa misma cima la abracé mientras le recordaba lo bonita que era y lo feliz que me hacía tenerla a mi lado, no solo de esta manera, sino de cualquiera.

, —Ha sido alucinante —murmuró en mi oído, sacando lo mejor de mí, pues a su lado yo me sentía más grande en todos los buenos sentidos ya que sacaba lo mejor de mí.

Kenzie era una de esas personas que te sumaban y a la que quise quedarme abrazado durante un largo rato, perdiendo la noción del tiempo y de todo lo que había a nuestro alrededor.

La vida en el castillo no podía cambiar ese verano en el que se vería salpicado por la aparición de Rose, esa que casualmente vi más tarde cuando Kenzie se marchó junto a Carol.

Rose: *Contando los días, ya tengo las maletas preparadas y te llevo unos regalos que te compré, y que estoy convencida de que te encantarán. ¡Escocia me espera!*

No, no, no, Escocia no la esperaba y yo tampoco, ahora no podía venir bajo ningún concepto, pero sabía que tenía que hacerlo de la mejor manera posible ya que teníamos muchos amigos en común y no quería desatar una guerra que fuera provocada por Rose montando un drama con todo esto y contando a todo el mundo de que la dejé tirada con unos billetes de avión ya comprados y todo listo. Sabía que Rose por las buenas era un sol, pero cuando le hacían algo, la lengua se le volvía viperina.

La cabeza ya me iba a estallar y no me dejaba estar cómodo con esta situación, tenía que avanzar, pero cada mensaje suyo me lo ponía más difícil, incluso la dejaba en visto porque no sabía ni qué decir, pero eso a ella le daba igual, unas horas después te volvía a comentar algo como si nada y solucionado.

s

)

—No seas malo —se echó sobre mi hombro mientras reía.

Tras comerme esa tímida sonrisa a besos, coloqué mi miembro entre sus piernas y me fui adentrando con más rapidez de lo normal, cada vez me era más fácil acceder a su interior, aunque seguía siendo como un pasillo estrecho que me aprisionaba causándome mucho más placer.

A partir de ahí, la locura se desató entre ambos. Ella se movía agarrada a mis brazos mientras yo salía y entraba en esa cavidad que me llevaba a explorar un terreno tan excitante que apenas podía controlar mis impulsos, conseguía que me costara coger el aire. Kenzie sería mucho más inexperta, pero aprendía rápido y movía su cadera con la mía de un modo que podría calificarse de magistral, parecía que nos habíamos estado entrenando de forma sincronizada.

Hasta la cima del placer la llevé y en esa misma cima la abracé mientras le recordaba lo bonita que era y lo feliz que me hacía tenerla a mi lado, no solo de esta manera, sino de cualquiera.

—Ha sido alucinante —murmuró en mi oído, sacando lo mejor de mí, pues a su lado yo me sentía más grande en todos los buenos sentidos ya que sacaba lo mejor de mí.

Kenzie era una de esas personas que te sumaban y a la que quise quedarme abrazado durante un largo rato, perdiendo la noción del tiempo y de todo lo que había a nuestro alrededor.

La vida en el castillo no podía cambiar ese verano en el que se vería salpicado por la aparición de Rose, esa que casualmente vi más tarde cuando Kenzie se marchó junto a Carol.

Rose: *Contando los días, ya tengo las maletas preparadas y te llevo unos regalos que te compré, y que estoy convencida de que te encantaran. ¡Escocia me espera!*

No, no, no, Escocia no la esperaba y yo tampoco, ahora no podía venir bajo ningún concepto, pero sabía que tenía que hacerlo de la mejor manera posible ya que teníamos muchos amigos en común y no quería desatar una guerra que fuera provocada por Rose montando un drama con todo esto y contando a todo el mundo de que la dejé tirada con unos billetes de avión ya comprados y todo listo. Sabía que Rose por las buenas era un sol, pero cuando le hacían algo, la lengua se le volvía viperina.

La cabeza ya me iba a estallar y no me dejaba estar cómodo con esta situación, tenía que avanzar, pero cada mensaje suyo me lo ponía más difícil, incluso la dejaba en visto porque no sabía ni qué decir, pero eso a ella le daba igual, unas horas después te volvía a comentar algo como si nada y solucionado.

Capítulo 26



Colin

Logan y yo las invitamos a comer y a tomar unas cervezas. No podía imaginar un plan más divertido para los cuatro, con mi amigo todo el rato bailándole el agua a Carol, y yo acusándole de ser un pelota mientras me encargaba por todos los medios de sacarle los colores a Kenzie, algo que no era nada complicado dada su timidez.

Con las chicas de la mano, tan a gusto que íbamos por el centro de Edimburgo. Nos sentíamos orgullosos de ellas y nos reíamos lo más grande con todas sus ocurrencias, las de Carol en versión más pícaro y las de Kenzie en otra mucho más inocente.

Si debía destacar algo de Kenzie, a parte de su timidez y la gran persona que era, lo más bonito y asombroso es que disfrutaba de todo, abriendo mucho los ojos, como si fuese una cría pegada a un escaparate de caramelos y babeando por todos lados.

La idea era dar una vuelta por el centro y, en particular, que ambas disfrutasen del bullicio de *Royal Mile*, considerada como la calle más importante y transitada de Edimburgo, en uno de cuyos restaurantes teníamos mesa reservada gracias a mí.

—Menos mal, porque están todos los locales que no cabe un alfiler y yo, si no me dan de comer, le hubiera pegado un bocado al primer Highlander que pasase por mi lado —nos comentó Carol muerta de la risa.

—¿Al primero? Será a mí ¿no? —le preguntó con gracia Logan, algo a lo que ella le respondió a la velocidad de un rayo con esa lengua que tenía tan suelta.

—A ti o a otro, no seas tan acaparador, que igual se te acaban todos los privilegios de golpe.

—¿Y qué hice yo ahora para que me trates así? Encima que te traigo de la manita y todo.

—Si quieres me traes con una cadena y bozal. ¡No te digo!

—¿Por qué siempre estás atacando en vez de besar el suelo que piso por lo bueno que soy contigo?

—¿Bueno? A ver, criaturita de Dios. ¿En qué te ves bueno? Te recuerdo que lo único que estás haciendo es lo mismo que yo, tirarte el verano de tu vida en un castillo donde dos personas se están jugando su titularidad y nosotros estamos acompañando a nuestros jugadores a que no desistan y ganen honorablemente su parte.

—Algo bueno tendré, vamos digo yo...

—Sí, hombre, ya encontraremos el qué, pero algo habrá.

—No puedo contigo, encima que estoy todo el día pendiente a ti.

—Ni que fuera una cría de cinco años.

—Madre mía qué comida nos espera —murmuró Kenzie causándome una risilla.

—Tu amiga, que no me valora. —Se entristeció bromeando.

—Y tú que le replicas a todo, ¿no sabes que te está buscando la lengua? Sois tal para cual —dijo Kenzie negando.

—Anda que el principito tiene mucha coherencia —se refirió a mí y esto de que me llamaran principito como que me hizo gracia.

El almuerzo, compuesto del típico *haggis*, de varias hamburguesas y del también famoso *fish and chips*, estaba francamente delicioso, cosa que pude ver en el rostro de ellas que lo disfrutaban felizmente.

Cuanto más tiempo pasaba con Kenzie, más me gustaba. Esa timidez tan suya, esa inocencia que hacía que no viera la maldad en nada, era como un don, aunque yo consideraba que también podría ser un arma de doble filo. Lo digo en el sentido de que una mala compañía podría hacer lo que quisiera con Kenzie y solo de pensarlo se me revolvió hasta el estómago.

Y de nuevo me venía a la mente Rose y el problema a solucionar, eso me estaba dejando en la estacada por completo.

Cada uno de los platos que iban llegando les gustaba más que el anterior y el caso es que todos ellos entraban mucho mejor con esas jarras de cervezas que una tras otra, nos servían fresquitas.

Yo estaba muy atento a ella porque me parecía que su adorable rostro estaba cada vez más enrojecido y no solo por la vergüenza que le producían nuestras bromas, sino porque a Kenzie el alcohol le subía pronto y estábamos bebiendo como cosacos, cosa que en Logan y en mí, como que era más normal, no que fuésemos borrachos, pero estábamos acostumbrados a tomar cervezas por doquier.

—Ten cuidado, bebe un poco más despacito —le indiqué en un momento dado, retirándole el vaso y mirándola con una sonrisita.

—¿Y eso por qué? ¿Te has pensado que soy una niña? —me preguntó arrugando su frente. La verdad es que no podría decir que estuviese borracha, pero sí un tanto achispada y eso le soltaba su lengua por muy increíble que pareciese, la que normalmente callaba más que hablaba, dejando que fuese su amiga quien soltara un disparate detrás de otro por las dos juntas.

—Porque no quiero que te sienta mal, solo por eso, guapísima —insistí en quitarle el vaso, pero ella le dio un trago que se lo bebió de golpe.

—Es que a mí me gusta, porque cuando bebo es como si no me dieran tanto corte las cosas. Te voy a contar un secreto, cuando estoy en mi estado normal no puedo confesarte que sí me gustaría saber lo que llevas debajo del

kilt, pero ahora, mira, te lo acabo de soltar y me he quedado tan pancha —me dijo con una carcajada que contagi6 en los dem6s.

Si ella tenia ganas de eso, yo las tenia de comermela all6 mismo sobre la mesa, a modo de postre, de haber estado solos lo hubiera hecho sin dudarlo. Lo 6nico que me faltaba, con lo mucho que ya me atraia, era que encima se le soltase la lengua. No, por Dios, que entonces yo no responderia.

Logre que no bebiese m6s y, adem6s, que comparti6ramos un exquisito postre de chocolate y pl6tano con el que ella gimio en m6s de una ocasi6n al notar el sabor en su boca. Me estaba ganando a pasos agigantados y no sabria yo si esto solo podria durar lo que durase el verano, me volvia loco con solo pensar que la perderia.

—Ni6a, que est6s un poco afectada por las cervezas y no veas c6mo est6s poniendo a Colin —le advirti6 Carol, que esa no callaba ni amordazada.

—Pues yo me veo m6s explosiva que nunca, hasta sexy, es m6s, creo que estoy captando la atenci6n de todos los hombres del local, noto como si tuvieran la vista en m6 y envidiaran a Colin por tener la suerte de estar a mi lado. Me siento la Marilyn Monroe del momento —dijo dej6ndonos a todos boquiabiertos.

Nunca le habia escuchado unas carcajadas tan fuertes como aquellas. Ella se partia, lo mismo que Carol, era un espect6culo escucharlas reir juntas hasta decir basta, nos lo estaban contagiando por completo.

—Oye, que t6 no est6s igual de afectada y tambi6n me pones a m6 como una moto —le indic6 Logan, igualmente entre risas.

—Pero es que t6 ya vienes puesto de f6brica, criatura. As6 me ponga un h6bito, te tengo revoloteando a mi lado —le aclar6 ella seal6ndolo con el dedo y mir6ndonos de reojo.

—Mi amigo, que es muy cari6oso —contest6 en su favor.

—Y m6s cosas tambi6n es, como un poquillo pulpo. Menos mal que me gusta porque, si no, ya le habria yo mandado a freir esp6rragos, o patatas fritas que son mi perdici6n.

—Es que a m6 las frituras no me van mucho, la verdad —le contest6 6l de forma r6pida.

—No, si eso ya lo s6 yo, que t6 eres m6s de comerte las cosas al natural —le solt6 ella y entonces ya estallamos los cuatro en carcajadas que se podian escuchar por todo el local.

De all6 salimos para seguir disfrutando de esa impresionante calle que a ellas parecia gustarles bastante, ni qu6 decir que iban felices de la vida, pero con un poco de subid6n por las cervezas.

—Yo no s6 si es el efecto de lo que he bebido o esta calle se me hace interminable —me decia Kenzie agarrada a mi brazo.

—Mide exactamente una milla escocesa, preciosa —le record6.

—Y est6 construida sobre la lava de un volc6n —intervino mi amigo, ansioso por darle m6s datos a su Carol y dejarle claro que de este lugar sabiamos de sobrado.

—Con razón estás tú más caliente que el palo de un churrero, ¿no me dijiste que has parado mucho por aquí? —le preguntó ella y entonces es que ya nos tuvimos que reír. Hasta Kenzie, que normalmente se mostraba mucho más reservada, dio lo mejor de ella en un día en el que lo pasamos increíblemente bien y en el que les enseñamos a las chicas las curiosidades de los callejones y patios que se pueden ver a lo largo del amplio recorrido.

Fue una jornada más para el recuerdo, una en la que tuve la oportunidad de darle a Kenzie mil y un detalles de aquella zona que tanto le entusiasmó y que, aunque ya la había paseado, ahora lo hacía de mi mano y desde mis ojos.

Ella a veces tomaba fotos con su cámara y otras parecía atesorar en su retina todo aquello que le iba ilusionando, incluidos aquellos momentos en los que, parado, no podía evitar cogerla en brazos y hacer malabares con ella mientras le regalaba uno y mil besos. No podía ni quería evitarlo...

Como tampoco quería que siguieran pasando los días y no haber solucionado lo de Rose, eso me tenía de lo más inquieto.

—Con razón estás tú más caliente que el palo de un churrero, ¿no me dijiste que has parado mucho por aquí? —le preguntó ella y entonces es que ya nos tuvimos que reír. Hasta Kenzie, que normalmente se mostraba mucho más reservada, dio lo mejor de ella en un día en el que lo pasamos increíblemente bien y en el que les enseñamos a las chicas las curiosidades de los callejones y patios que se pueden ver a lo largo del amplio recorrido.

Fue una jornada más para el recuerdo, una en la que tuve la oportunidad de darle a Kenzie mil y un detalles de aquella zona que tanto le entusiasmó y que, aunque ya la había paseado, ahora lo hacía de mi mano y desde mis ojos.

Ella a veces tomaba fotos con su cámara y otras parecía atesorar en su retina todo aquello que le iba ilusionando, incluidos aquellos momentos en los que, parado, no podía evitar cogerla en brazos y hacer malabares con ella mientras le regalaba uno y mil besos. No podía ni quería evitarlo...

Como tampoco quería que siguieran pasando los días y no haber solucionado lo de Rose, eso me tenía de lo más inquieto.

Capítulo 27



Colin

Los días fueron avanzando y no había conseguido solucionar el tema de Rose, lo que sí se acrecentó era lo que Kenzie y yo habíamos comenzado de una manera un tanto inocente y entregándonos por completo.

Estaba mal y me estaba afectando el hecho de que no hubiese sido capaz de dejar más que zanjado el tema.

Dejé durmiendo en su habitación a Kenzie con la que había pasado la noche, pero estaba tan plácidamente y yo tan nervioso, que salí al jardín con un café en la mano a dar un paseo, cosa que como por arte de magia apareció Logan.

—Hombre ¿qué haces tú tan solo por estos lares? —Me dio una buena palmada en el hombro.

—Otra así y escupo los dientes.

—¿Qué te pasa? Tienes muy mala cara.

—Ya está encima la inminente llegada de Rose y no he sido capaz de solucionar nada, me siento atado de pies y manos, esto está pudiendo conmigo de manera fuerte.

—Te veo jodido, te has quedado pillado por esa chica como yo de su amiga.

—Tengo la sensación de que todo se va a ir a la mierda y por mi culpa.

—Habla claro con Rose, dile lo del fallecimiento de tu abuelo y que ahora no es momento, sincérate y frena el que venga porque una vez que llegue, ya sí que no habrá marcha atrás y lo más fuerte de todo, es que esa mujer viene dispuesta a estar contigo, no a visitar tu castillo, y su carácter no es el de Kenzie a la que puede fulminar rápido y ligero.

—No lo permitiría.

—Pues lo estás permitiendo ¿o no te das cuenta?

Sus palabras estaban cargadas de toda la razón, por lo que cogí el teléfono dispuesto a enviarle un mensaje cuando ya tenía uno de ella:

Rose: *Ya estoy en New York, mañana sale mi vuelo para Edimburgo, mientras disfrutaré de la ciudad y de hacerme algunas fotos por la gran manzana. Deseando ver el castillo y a mi Highlander favorito.*

Cogí el aire y lo solté de una sacudida mientras miraba a un Logan que estaba leyendo el mensaje.

—Me están entrando calores hasta a mí. —Se llevó su mano al cabello para echarlo hacia atrás.

—Te voy a decir algo, la recogeré en el aeropuerto, la llevaré a otro sitio y le contaré algo que piense para entonces, no voy a permitir que se cargue nada de lo que estoy viviendo y sintiendo. Conseguiré que se marche lo antes posible, pero no la traeré aquí. Con Kenzie lo tengo fácil porque le digo que salgo por trabajo o cualquier cosa y no me andrà cuestionando, ella no es así.

—Es muy buena chica.

—La mejor que he conocido hasta ahora. —Casi rompo a llorar, se me acababa de hacer un nudo en la garganta impresionante y tuve que contener esas lágrimas que estaban dispuestas a aparecer sin darme tregua.

—Dame un abrazo, hermano, jamás te vi tan mal. —Nos abrazamos y fue cuando no pude contenerme y ahí sí que comencé a llorar—. ¿Sabes? Me impresiona verte así y es que este —tocó mi corazón—, está en funcionamiento. Sabes que me tienes para todo, solo te digo que no estropees unos sentimientos tan bonitos que estás comenzando a tener.

—Lo sé, intentaré hacerlo lo mejor que pueda para conseguir que se vaya lo antes posible y así estar todo el verano tranquilo disfrutándolo con Kenzie, no me perdonaría perderla por nada del mundo y mucho menos hacerle un daño que no se merece.

—No me llores, hermano, no me llores que me parte el alma, que estoy acostumbrado a verte fuerte y controlando todo.

—Uno no es de hielo, tiene su corazón.

—Lo sé, Colin. —Apretó mi hombro.

Vimos a lo lejos a las chicas que habían acabado de tomar asiento en el porche junto a mi padre. Cogí aire antes de dirigirnos hacia allí para que no me notasen la cara que tenía, aun así, Kenzie me miró un poco extrañada y le hice un guiño con el que conseguí que se le dibujara la sonrisa en el rostro. Con eso ya me sentía hasta yo más aliviado.

Carol no dejaba de provocar a Logan diciéndole que no parecía escocés y que era el raro del país, era digno de ver la cara de mi padre mirándolos con la ceja arqueada.

Kenzie estaba pensativa y mirando hacia el horizonte con la mente fuera de la conversación que se traían estos y que, como siempre, andaban como el perro y el gato, pero ya había deducido que ellos eran felices así.

Mi padre me pidió que le acompañara a la nueva casa a llevar unas cosas, Logan también se unió a nosotros y las chicas dijeron que iban a ir un rato a la cocina a ayudar a preparar unas lasañas para el mediodía.

Me gustaba el establo que se estaba preparando mi padre ya que estaban rehabilitando el que había y se veía que

iba a quedar de lo más bonito por el otro que ya tenían casi listo.

Desde que la había comprado eran muchas las horas que había pasado aquí para ir arreglando cositas, además aprovechaba para venir con algunos de los empleados del castillo para que le ayudasen y ellos encantados.

Aproveché el momento en el que pasamos por una pastelería que estaba a las afueras de la ciudad para comprar una bandeja de dulces para la merienda, así nos endulzábamos un poco la vida que buena falta nos hacía. Además sabía que el merengue era uno de sus favoritos, así que cogí unas tortas rellenas de eso para deleitarle un poco su paladar.

Llegamos a la casa y nos las encontramos haciendo una tarta de chocolate para ese día, al verme con la bandeja de pasteles se miraron y se echaron a reír.

—No damos una —dijo Kenzie al ver que nos habíamos adelantado.

—No pasa nada, se puede probar todo —contestó Logan acercándose a mirarla ya que tenía una pinta increíble.

e—Es de chocolate rellena de chocolate con nueces, se le puede poner por encima un poco de nata e incluso un helado de vainilla al lado, pero claro, viendo lo que habéis traído, mejor comer un trocito tal cual y así como dice el feo este —señaló a Logan— se prueba todo.

—¿Por qué lo insultas? —preguntó Kenzie volteando los ojos y quitándome la bandeja de las manos para ponerla en un ladito de la cocina.

e

—Pues para que me quiera más, ¿tú no sabes que a los hombres cuanto peor los trates más los tienes a tus pies? Tú síguelo tratando bien que en dos días te tiene llorando por los rincones, es la ley del amor invertido.

,

Fue decir eso y acordarme de que en dos días precisamente estaba Rose en Escocia, pero no, yo no haría llorar a Kenzie bajo ningún concepto.

—Ya pagué yo —murmuré volteando los ojos.

—Cuida a mi amiga tanto que nunca te tengas que enfrentar a mí.

—Entendido. —Me llevé la mano al corazón y la miré sonriendo.

—Tómatelo a broma, que verás —me advirtió con el dedo.

.

—¿Lo quieres dejar ya en paz? —preguntó enfadada Kenzie y me sacó una sonrisa. Ver cómo salía en mi defensa a pesar de saber cómo era su amiga y que yo me lo estaba tomando a broma.

Moirá y Kiara se miraban sonriendo de escuchar todo lo que pasaba entre nosotros en la cocina. Creo que ya se habían acostumbrado a no tener esa paz desde que habíamos habitado la casa, pero también sabía que se reían mucho con nuestras cosas, sobre todo con las de Logan y Carol que eran los que tenían el castillo patas arriba.

La comida estaba riquísima, tenía un toque especial la lasaña y lo noté enseguida, momento en que Moira confesó que Kenzie le había recomendado echarle un poco de nuez moscada a la bechamel y sí, fue todo un acierto. Esta se sonrojó al saber que había recomendado algo acertado.

Lo gracioso fue el momento merienda después de que nos echásemos una siesta en la que aproveché no solo para dormir con Kenzie, sino para disfrutar de su cuerpo y los placeres que este me aportaba. Me encantaba hacerlo con ella, disfrutar de nuestros cuerpos rozándose y provocándose un montón de sensaciones de lo más excitantes.

Pero como dije, lo más gracioso fue durante el café, y es que la mesa estaba de lo más endulzada con tanto bollo casero y pasteles que había traído.

Carol y Logan dieron la nota completamente en la merienda, no solo probamos casi todo lo que había en la mesa, sino que también se lanzaron todo lo que iba quedando sin dar opción ni siquiera a guardarlo.

La cara de Kenzie mirándolos y a punto de llorar me hizo reír, pero de ternura.

—Mañana traigo más pasteles.

—Pero la comida no se tira —dijo ofendida sin dejar de mirarlos.

—Ya sabes cómo son, no te preocupes. —Le besé la mejilla y resopló indignada.

Carol y Logan parecía que venían de caerse sobre una mesa de comida, llenos de manchas por toda la ropa y el cuerpo. Cuando los vio Moira se llevó la mano a la cara y retrocedió hacia dentro. Estaba claro que ese desastre lo tenían que limpiar los causantes.

Lo gracioso fue el momento merienda después de que nos echásemos una siesta en la que aproveché no solo para dormir con Kenzie, sino para disfrutar de su cuerpo y los placeres que este me aportaba. Me encantaba hacerlo con ella, disfrutar de nuestros cuerpos rozándose y provocándose un montón de sensaciones de lo más excitantes.

Pero como dije, lo más gracioso fue durante el café, y es que la mesa estaba de lo más endulzada con tanto bollo casero y pasteles que había traído.

Carol y Logan dieron la nota completamente en la merienda, no solo probamos casi todo lo que había en la mesa, sino que también se lanzaron todo lo que iba quedando sin dar opción ni siquiera a guardarlo.

La cara de Kenzie mirándolos y a punto de llorar me hizo reír, pero de ternura.

—Mañana traigo más pasteles.

—Pero la comida no se tira —dijo ofendida sin dejar de mirarlos.

—Ya sabes cómo son, no te preocupes. —Le besé la mejilla y resopló indignada.

Carol y Logan parecía que venían de caerse sobre una mesa de comida, llenos de manchas por toda la ropa y el cuerpo. Cuando los vio Moira se llevó la mano a la cara y retrocedió hacia dentro. Estaba claro que ese desastre lo tenían que limpiar los causantes.

Capítulo 28



Kenzie

Me incorporé en la cama y me estiré como un gato después de una noche de sueño de lo más reparadora.

Fui a darme una ducha, me puse unos pantalones cortos y una camiseta fresquita, y tras recogerme el pelo en una coleta alta, salí de la habitación lista para un nuevo día en el castillo.

Seguía sin contarle a Carol que me había confesado con Colin y que no iba a aceptar a la herencia, pero fingía que así era y me sentía mal por tenerla ajena a ese hecho.

—Buenos días —me giré al escuchar a Carol y la encontré con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días. Te veo feliz. ¿Será que estás enamorada?

—No sé si tanto, pero me gusta estar con Logan. —Se encogió de hombros—. ¿Y tú y Colin? —Me pasó el brazo por el mío para agarrarme y bajar así las escaleras.

—Estamos bien —sonreí—. Jamás imaginé que acabaría así con aquel niño mayor a quien espiaba desde la puerta mientras estudiaba.

—A mí me parece una historia superbonita. Dos niños que se reencuentran siendo adultos y surge el amor. ¿Le has contado algo a tus padres al respecto?

—No —negué moviendo rápido la cabeza—, me da vergüenza.

—Bueno, ya se enterarán a su debido tiempo.

Salimos al jardín donde encontramos a Nolan desayunando solo, sonrió al vernos tras el sorbo de café, y nos dios los buenos días.

—¿Y los chicos? —preguntó Carol.

—Tenían trabajo que hacer, están encerrados en el despacho desde temprano.

Asentimos y nos sentamos a desayunar con él mientras nos ponía al día de la que iba a ser su nueva casa, esa en la que seguía trabajando para dejarla a su gusto, y cuando preguntó qué íbamos a hacer nosotras decidimos ir a pasar

el día a la ciudad.

—Necesito caminar un poco, o con todos esos manjares que prepara Moira, acabaré regresando a casa con un culo enorme —dijo Carol y Nolan soltó una carcajada.

—Podéis usar el gimnasio, hay máquinas de todo tipo.

—No son máquinas, Nolan, son instrumentos de tortura. Prefiero caminar —le aseguró ella.

—Es más sano y natural, en eso estoy de acuerdo. Voy a decirle a los chicos que voy a ver cómo van los arreglos de la casa. —Se puso en pie y se acercó para darnos un beso en la frente a cada una, un gesto de lo más paternal.

—¿Puedes decirles que nosotras también saldremos? —le pedí.

—Claro.

Entramos en la casa y Carol y yo fuimos a por nuestros bolsos, cuando bajamos, Nolan nos esperaba en la calle junto al coche con Evan.

—Os dejamos en la ciudad antes de que me lleve a mí —informó Nolan.

Poco después Carol y yo estábamos en *Royal Mile* de nuevo, tras decirle a Evan que le llamaríamos para que pasara a recogernos por la noche, recorriendo las calles con el folleto en la mano.

Paseamos sin ninguna prisa por la adoquinada calle, deteniéndonos en algunas tiendas, incluso paramos en una pastelería de la que salía un delicioso olor a pan recién hecho.

No pudimos contener la tentación de entrar al ver algunos dulces en las vitrinas, y acabamos por comprar un surtido de aquellos apetitosos bocados, como dijo Carol que parecía que iba a babear de un momento a otro.

—Esto no ayuda a que no regreses a casa con el culo gordo —dije nada más salir, llevándome un bollo de crema a la boca.

—Estamos caminando mientras comemos, por lo que a la vez que se ingiere, se quema. Eso es así de toda la vida —argumentó encogiéndose de hombros mientras masticaba un bollo de chocolate.

—Me encantan tus teorías —reí.

Caminando llegamos a la zona de *Victoria Street*, una calle que destacaba, según el folleto y que pudimos comprobar por tener dos niveles.

La parte superior de la calle conectaba con *Royal Mile*, y era donde se encontraban varios restaurantes de lo más elegantes con terrazas que, a pesar de no ser aún la hora de comer, estaban muy concurridas de gente tomando café o un desayuno tardío.

Tras ir hacia la parte inferior, descubrimos que era mucho más pintoresca que la otra por la multitud de casas de colores que era lo que hacía famosa a esa zona de la calle.

Por no hablar de las tiendas exclusivas y los bares tan animados de los que salía música y en los que podía verse a algunos turistas y escoceses disfrutando de una pinta de cerveza.

Paramos en muchos de esos rincones para hacernos fotos, entramos en las tiendas y acabamos comprando algún que otro capricho que nos entró por los ojos, como un par de pendientes de los que colgaba una pequeña estrella de cristal.

Llegamos hasta la *Grassmarket place*, la más histórica de la ciudad dado que en ella, tal como informaban en el folleto, los sentenciados a muerte de épocas pasadas que eran colgados allí mismo, se tomaban el último trago en una de sus tabernas.

Hoy en día aquel lugar, en el que miles de personas debieron perder la vida, era una de las zonas más animadas puesto que contaba con varios bares.

Decidimos entrar en uno de ellos y comer mientras disfrutábamos de una de esas pintas de cerveza fresquitas que entraban solas, pero nada más que una, que bastante habíamos tenido con aquella noche en la que se nos fue la mano con los tragos y acabamos sin pantalones. Seguía muerta de vergüenza al recordar aquello.

—Entonces, Logan y tú, ¿os veréis después del verano? —pregunté mientras cogía una patata de mi plato.

—No lo sé, no vivimos en la misma ciudad.

—¿Y? Hay una cosa llamada avión, sirve para unir a personas que quieren encontrarse y viven en distintas ciudades.

—¿Colin y tú os veréis? —preguntó de vuelta arqueando la ceja.

—Espero que sí, me gustaría. —Me encogí de hombros.

—Te gusta mucho, ¿verdad? —sonrió y yo asentí, sonrojándome.

—No sé cómo explicarlo, pero... Estos días han sido los más bonitos de mi vida, Carol. He vuelto a ver al niño que conocía, al chico al que pillé fumando a escondidas, el que sonreía cuando se daba cuenta de que le espiaba y me invitaba a hacerle compañía. El joven de dieciocho años que se fue a la universidad tras darme un abrazo y al que no volví a ver en catorce años.

—La verdad es que cuando hemos estado los cuatro, he comprobado que el Colin de ahora no tiene nada que ver con el que nos recibió en su despacho.

—Es un buen hombre, se convirtió en lo que su abuelo siempre dijo que sería —sonreí.

—Logan tampoco es tan malo.

—Sois la pareja perfecta —reí—. Igual de descarados, deslenguados y sin filtros. Tal para cual.

—Y en la cama somos la bomba. Cualquier día echamos a arder el castillo de la discordia.

—No, por favor, que solo faltaba que Colin se vuelva a enfadar porque no pueda conseguir su parte de la herencia

—Oye, es una opción. El castillo en llamas y, ni para él ni para ti. Mira qué solución más fácil.

—Claro que sí, ¿cómo no se te ocurrió antes? —resoplé.

—Eso mismo me pregunto yo —dijo como si nada, y volteé los ojos. No tenía remedio.

Después de tomarnos un café mientras le mandaba algunas fotos de ese día a mi hermana, seguimos el recorrido sugerido por el folleto y subimos los famosos escalones de *The Vennel*, un pequeño pero encantador callejón con una maravillosa y espectacular vista del *Castillo de Edimburgo*.

—Es una pasada, pero el tuyo me gusta más —dijo Carol mientras tomábamos algunas fotos de las vistas, así como varios selfis juntos.

—Tiene más vida, eso seguro —sonreí.

Llegamos hasta *Princess Street Gardens*, los jardines con más encanto de todo Edimburgo y que quedaban justo a los pies del castillo, separando la parte nueva de la ciudad de la vieja.

Lo que más nos impresionó y gustó fue *Ross Fountain*, una fuente decorativa de mediados del siglo XIX, que tiene unas figuras que se representan en la misma y que incluyen sirenas y cuatro mujeres identificadas con la ciencia, las artes, la poesía y la industria, además de una última figura femenina que se levanta en la cúspide del monumento, y que no dudamos en usar como fondo para una foto de ambas con el castillo a nuestra espalda.

Paseamos por los jardines disfrutando de cada rincón y de ese colorido marco que le daban las flores resplandeciendo bajo el sol, mientras leíamos en el folleto que en la época navideña era cuando más concurridos estaban los jardines puesto que era allí donde se instalaba el mercadillo navideño, así como una noria gigante y una pista de hielo.

—Es verdad, recuerdo el mercado —dije con una sonrisa al ver una de las fotos que había en el folleto—. Mis padres me trajeron alguna vez siendo una niña. Me encantaría volver a disfrutar de un momento como ese.

—Pues mira, este año, venimos una semana aquí unos días antes de las fechas más importantes de Navidad, y disfrutamos del mercadillo. ¿Qué te parece?

—Carol, sabes que no voy a tener el castillo para instalarnos.

—¿Y? A ver si es que Edimburgo es la única ciudad del mundo sin hoteles —protestó volteando los ojos—. Vaya cosas tiene la gringa —dijo de nuevo con su acento familiar.

Subimos los más de doscientos ochenta escalones que había en una parte de los jardines y, tras alcanzar la cima, respiramos hondo y disfrutamos de las que eran consideradas las vistas más privilegiadas de Edimburgo.

Inmortalizamos el momento, como no podía ser de otro modo, y tras varios minutos allí descansando hicimos el descenso por los escalones de la muerte, como los llamó Carol.

—¿No decías que querías hacer pierna para no tener el culo gordo? —reí.

l.

—Caminar, gringa pendeja, dije caminar, no subir y bajar escalones todo el día. Verás las agujetas de mañana —resopló.

—Dile a Logan que te dé un masaje en las piernas.

—Pues no es mala idea, en cuanto lleguemos al castillo se lo digo.

Continuamos con nuestro recorrido y llegamos a *Dean Village*, uno de los lugares con más encanto de la ciudad.

Se trataba de una pequeña aldea que fue convertida en el pintoresco barrio que teníamos delante, a orillas del río *Water of Leith*. Aquella preciosa vista parecía sacada de un cuento, dado los puentes y casas de piedra rodeados de vegetación.

Precioso e impactante, así podríamos describir aquel rincón de Edimburgo que hacía que te transportaras a una época pasada.

Más aún mientras caminabas por la orilla del río.

Tras un sinfín de fotos y selfis donde ninguna perdíamos la sonrisa mientras hablábamos de pedirles a los chicos que nos acompañaran un día por aquellos lugares que habíamos visitado, regresamos justo para entrar en uno de los bares de *Royal Mile* para cenar.

Tomamos una sopa y poco de estofado, y como aún era pronto decidimos ir a un pub a disfrutar de una cerveza y un poco de música en directo.

Le puse un mensaje a Evan para que nos recogiera en una hora allí, diciéndole en qué lugar estábamos concretamente, y me dijo que así lo haría.

Nos trajeron la cerveza a la mesa donde sentimos que los pies se nos iban solos con la música, y Carol y yo dejamos que el cuerpo los siguiese.

No debían haber pasado más de veinte minutos de estar allí cuando noté un leve golpecito en el hombro y al girarme vi a Greg, aquel hombre al que conocimos la primera noche que salimos Carol y yo con el personal del castillo.

—Vaya, hola —sonreí al igual que él y me acerqué para darle un par de besos.

—No sabía si realmente eras tú, pero resulta que sí. ¿Cómo estás?

—Bien, bien, disfrutando de un día de chicas —sonreí señalando a Carol.

—Eso está bien, imagino que de vez en cuando hay que salir de casa y despejarse un poco de las tareas, del cuidado de los hijos...

—Oh, eso —dije—. Verás, no es...

La sonrisa que tenía se hizo un poco más grande al ver aparecer a Colin allí junto con Logan. Debieron pedirle a Evan que les dijera dónde estábamos para darnos una sorpresa.

Pero, en el momento que vi el enfado en su rostro, se me borró la sonrisa. Si era por Greg, no tenía motivos para ponerse así.

—Colin —saludé, Carol se giró en ese momento y su sonrisa al ver a Logan se esfumó en cuando vio la cara de Colin.

—Eres lo peor, Kenzie —me dijo, con toda la rabia y la furia que veía en sus ojos—. Eres sucia, mentirosa, y tal como pensé, capaz de hacer cualquier cosa por conseguir lo que quieres.

e

—Oye, amigo, no deberías hablarle así a tu esposa, solo me acerqué a saludarla, ella no hacía nada —intervino Greg, pero Colin le fulminó con la mirada.

Escuchar las palabras «tu esposa» hizo que mi corazón diera un vuelco. ¿Acaso en algún momento me había planteado llegar a ser la esposa de Colin? ¿Convertirme en una Sinclair?

—¿Quién te ha dado a ti permiso para hablar de lo que no sabes, gilipollas? —gritó, cerniéndose sobre Greg a pesar de ser casi de la misma estatura.

—Solo dije lo que pasaba, no deberías tratarla así.

—La trato como lo que es, una sucia mentirosa que juega con todo el mundo.

Colin volvió a mirarme y se me partía el alma en pedazos de verle así. Aquel era el hombre que había conocido durante los primeros días en el castillo, ese que creí que había desaparecido para dar paso al chico que realmente conocí.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó Carol mirando a Logan, pero este no respondió, incluso apartó la mirada mientras seguía con las manos en los bolsillos.

—Colin, ¿qué ocurre? —Me acerqué a él, pero se apartó.

—Eres lo que pensaba, ni más, ni menos.

Se giró para salir de allí, Logan le siguió y me quedé con un mal cuerpo sin entender qué pasaba, y para cuando quise darme cuenta, Carol me estaba abrazando mientras sentía las lágrimas caer por mis mejillas.

Greg me dijo que si mi marido me trataba así lo mejor que podía hacer era dejarle, quise sacarle del error al que el propio Colin le llevó aquella primera noche, pero no me salían las palabras.

Él se despidió y regresó con sus amigos a la mesa, mientras que Carol me sacaba de allí para caminar mientras tomábamos el aire.

—No entiendo nada —murmuré sin poder parar de llorar—. Estábamos bien, estos días estaba todo bien. ¿Por qué me ha dicho eso?

—No lo sé, cariño, pero te juro que ese gilipollas va a pagar todas y cada una de tus lágrimas.

—No debería haber venido, tendría que haber renunciado a la herencia tal como hice, y no venir.

—Ey, estás aquí porque el señor Arthur quería que estuvieras, que volvieras a tus orígenes, al lugar donde él fue feliz con el amor de sus nietos, aunque tú no llevaras su sangre. Si su nieto es un gringo estúpido y gilipollas, no es culpa suya.

—Quiero irme a casa.

—¿Kenzie? ¿Carol? —Miramos hacia delante y vimos a Evan que frunció el ceño al ver rostro—. ¿Qué ha pasado?

—El rey del castillo, que es un gilipollas sin sentimientos ni escrúpulos —respondió ella—. Llévanos de vuelta, por favor.

Evan asintió, le seguimos hasta donde había aparcado el coche y nos llevó al castillo.

Nada más entrar le dije a Carol que me dejara sola, quería buscar a Colin en todos los lugares en los que pudiera estar, pero no me lo permitió.

Me llevó a mi habitación y hasta que no se quedó convencida de que iba a quedarme allí dentro y conciliaría el sueño, no se marchó.

No entendía qué podía haber pasado, estaba aún en *shock* por la reacción de Colin y sus palabras. Me costó quedarme dormida y cuando al fin lo hice, fue con los ojos bañados en lágrimas abrazando la almohada.

l

l

é

—No lo sé, cariño, pero te juro que ese gilipollas va a pagar todas y cada una de tus lágrimas.

—No debería haber venido, tendría que haber renunciado a la herencia tal como hice, y no venir.

—Ey, estás aquí porque el señor Arthur quería que estuvieras, que volvieras a tus orígenes, al lugar donde él fue feliz con el amor de sus nietos, aunque tú no llevaras su sangre. Si su nieto es un gringo estúpido y gilipollas, no es culpa suya.

—Quiero irme a casa.

—¿Kenzie? ¿Carol? —Miramos hacia delante y vimos a Evan que frunció el ceño al ver rostro—. ¿Qué ha pasado?

—El rey del castillo, que es un gilipollas sin sentimientos ni escrúpulos —respondió ella—. Llévanos de vuelta, por favor.

Evan asintió, le seguimos hasta donde había aparcado el coche y nos llevó al castillo.

Nada más entrar le dije a Carol que me dejara sola, quería buscar a Colin en todos los lugares en los que pudiera estar, pero no me lo permitió.

Me llevó a mi habitación y hasta que no se quedó convencida de que iba a quedarme allí dentro y conciliaría el sueño, no se marchó.

No entendía qué podía haber pasado, estaba aún en *shock* por la reacción de Colin y sus palabras. Me costó quedarme dormida y cuando al fin lo hice, fue con los ojos bañados en lágrimas abrazando la almohada.

Capítulo 29



Kenzie

Cuando desperté a la mañana siguiente no me apetecía salir de la cama, fue por ello por lo que me levanté únicamente para cerrar la puerta con cerrojo para que nadie me molestara.

Sabía que Carol vendría a buscarme para bajar a desayunar, pero no tenía hambre, con lo ocurrido por la noche entre Colin y yo, se me había quedado tan mal cuerpo que sabía que no podría digerir nada.

Estaba recostada mirando por la ventana, con los ojos vidriosos por las lágrimas que me negaba a dejar caer, cuando escuché que intentaban abrir la puerta.

—¿Kenzie? ¿Por qué te has encerrado? —preguntó Carol, pero no respondí, me tapé la cabeza con la sábana como si de ese modo pudiera evitar escucharla— Abre ahora mismo o tiro la puerta abajo —resoplé sin que me escuchara, sabía que no tenía la fuerza necesaria para ello—. ¡Abre, maldita sea! Si has hecho una tontería, te juro por Dios que...

—¡Estoy viva! ¿Vale? Voy a darme una ducha, ya bajaré —la corté, no fuera a ser que con sus gritos llamara la atención de todos en la casa.

—Más te vale, o le pido a Moira un martillo para quitar el pomo y entrar —respondió, y supuse que ella misma había visto que no iba a poder tirar la puerta abajo.

Seguí en la cama unos minutos hasta que escuché la notificación de un mensaje. Al ver el nombre de mi hermana en la pantalla sonreí.

Tara: *Buenos días, señora marquesa. ¿O ese no será tu título? Tendrás que decirme cómo llamarte cuando seas la dueña de medio castillo. ¿Qué tal todo? Yo tengo noticias... Vincent me ha enviado flores, bombones y un osito de peluche. Debo confesar que los bombones estaban deliciosos, pero le devolví el resto. No quiere entender que no voy a volver con él. ¿Qué hago, hermanita? Instrúyeme con tu sabiduría de mujer adulta que ha pasado por esto.*

Y por cosas peores que esas había pasado, como en ese momento en el que no tenía ni la más remota idea de qué había pasado para que Colin me hablase así la noche anterior.

Kenzie: *Buenos días, hermanita. Soy y seguiré siendo siempre tan solo Kenzie, tu hermana, sin un título de la realeza o algo parecido a eso. Y con respecto a Vincent, dile que no quieres que vuelva con él, que ya se lo dejaste claro y que lo acepte. Que no eres un objeto del que pueda desprenderse unos días y volver a recuperarlo cuando quiera. Y si no lo entiende, ya se lo explicará Carol a nuestra vuelta, tú tranquila. Te quiero, hermanita.*

Dejé el móvil de nuevo en la mesita y me decidí al fin a salir de la cama.

Tras una ducha en la que me tomé más tiempo del que debería, me recogí el pelo en un moño deshecho y una vez vestida, bajé para ir hacia el jardín donde me estaría esperando Carol para desayunar.

Antes de que llegara a la puerta vi a una mujer morena de ojos marrones con una falda lápiz y una camisa de seda sin mangas, que caminaba subida a unos tacones de vértigo y me miraba como si fuera poco menos que una cucaracha en su camino.

—¿Y el café que me iban a servir? —preguntó frunciendo el ceño— Tendré que hablar con Colin sobre el personal, no sois lo que se dice muy competentes.

—Disculpe, ¿quién es usted?

—¿Yo? —Abrió los ojos con sorpresa—. La prometida de tu jefe, y no deberíais hacerme esperar por un mísero café.

—¿Prometida? —murmuré.

—¿Eres sorda, además de inútil? —gritó— Vamos, ve a por mi café, chiquilla estúpida.

—¡Oye, tú! —gritó Carol entrando en ese momento— No hables así a la dueña de la mitad de todo esto.

—Oh, así que tú eres esa que ha venido a robarle a mi prometido lo que es suyo por derecho. Ya veo, una muerta de hambre, como imaginaba —dijo con desdén.

—Kenzie, vamos afuera —me pidió Carol cogiéndome por los hombros.

Me dejaba llevar por mi amiga porque en ese momento no podía hacer otra cosa, no me respondían las piernas ni el cuerpo, ni siquiera la mente.

Solo una palabra se repetía una y otra vez en mi cabeza. Prometida.

Aquella mujer era la prometida de Colin, una de la que no me había hablado en todos esos días que estuvo conmigo, tratándose como si fuera su maldita reina del castillo.

Salimos al porche y no había nadie, me ayudó a sentarme y me puso un café y el plato con el desayuno por delante.

—Come, cariño —me pidió, hablándome como si no fuera más que una niña asustada.

—Está prometido —dije en apenas un susurro.

—Yo tampoco me lo podía creer cuando se ha presentado, pensé que me estaba tomando el pelo o algo así, pero no, lo decía muy en serio.

—Me ha mentado, Carol —murmuré—. Todos estos días, me ha mentado.

—Yo creo que jugó contigo para que accedieras a cualquier petición que te hiciera con respecto a tu parte de la herencia. —Se encogió de hombros—. Sé que suena rastrero, pero es lo único que se me ocurre.

—¿Cómo voy a vivir aquí el resto del verano estando ella? ¿Cómo voy a poder mirar a Colin a la cara después de esto? He sido tan idiota. —Comencé a llorar tapándome la cara con ambas manos.

—No eres idiota, cariño, él es el gilipollas en la ecuación. —Me consolaba acariciándome la espalda.

—Buenos días, chicas. —Me sequé las lágrimas al escuchar la voz de Nolan.

—Buenos días —respondimos.

—Kenzie, ¿estás bien, niña? —preguntó sentándose a mi lado y noté su mano en el hombro.

—Sí, solo recordé algo sobre el señor Arthur...

—No está bien, Nolan. —Me cortó Carol, a quien miré con la súplica instalada en mis ojos—. No me mires así, tiene que saberlo.

—¿Saber qué? ¿Qué está pasando?

—La prometida de tu hijo, que ha venido creyendo que es la dueña y señora del castillo, y ha tratado a Kenzie que como si fuera parte del servicio.

—¿La qué de mi hijo? —preguntó Nolan con los ojos muy abiertos.

—La prometida —respondí mientras sentía un par de lágrimas deslizándose por mis mejillas.

—Me estáis tomando el pelo, ¿verdad?

—No —contestó Carol—. Andará por la cocina en busca de su café.

—O quejándose a Colin de lo malo que es el personal de servicio —dije haciéndole saber lo que ella pensaba de los empleados.

—Creo que el café de hoy me lo voy a tomar doble —comentó cogiendo la cafetera.

—Yo creo que nos iría mejor un chorrito de whisky a los tres —dijo Carol, haciendo que Nolan y yo riéramos.

—Kenzie —Nolan me cogió de la mano, le miré y negué.

—No te preocupes por mí, estoy... —suspiré— Estaré bien —asintió no muy convencido, me acerqué y le besé en la mejilla.

Después de desayunar lo poco que iba a tolerar mi estómago, tras los acontecimientos vividos la noche anterior,

me disculpé con ellos y me levanté para alejarme del castillo, necesitaba estar sola, pasear, caminar, no pensar.

2

n

me disculpé con ellos y me levanté para alejarme del castillo, necesitaba estar sola, pasear, caminar, no pensar.

Capítulo 30



Kenzie

Llegué hasta los establos y Rian me recibió con una sonrisa. Estaba limpiando los recintos y tenía a los caballos sueltos en el pasto, salvo a los sementales, esos seguían encerrados mientras terminaba.

—¿Necesitas que te eche una mano? —pregunté.

—No, pero gracias —sonrió—. Si quieres puedes ir afuera, Escarlata está en el ruedo, creo que hoy necesita correr.

—Ah, entonces está como yo, necesita aire fresco.

—¿Estás bien? —Frunció el ceño.

—Sí, no te preocupes —respondí mientras salía hacia el ruedo en el que vi a Escarlata trotando—. Hola, chica. — Se acercó a mí nada más verme, relinchó a modo de saludo y no tardó en inclinar la cabeza para recibir las caricias en el hocico—. Así que hoy te sientes encerrada ¿eh? Pues ya somos dos.

Me quedé allí en silencio mientras frotaba entre sus ojos y orejas, hasta que decidí entrar en el ruedo, cogí el palo con el pequeño látigo que Rian y Nolan solían usar para hacerla correr, y me coloqué en el medio para ver cómo seguía mis indicaciones.

No sabía cuánto tiempo había pasado ahí dentro hasta que vi a Rian, sonreí e hice que Escarlata parara, la llamé, se inclinó para frotar el hocico en mi espalda y fuimos hacia donde estaba Rian.

—Creo que está más relajada —sonrió.

—Tenías razón, necesitaba correr.

—¿Y tú? —Me miró con la ceja arqueada— ¿Qué necesitas para liberarte de lo que sea que te tiene así?

—No me pasa nada.

—Muy bien, tendré que creerte entonces. —Se encogió de hombros y fuimos hacia el recinto donde estaban las demás yeguas, caballos y algunos potros.

Cuando dejamos a todos en su respectivo lugar, sacamos a los sementales para que corrieran y pastaran.

Me quedé fuera con ellos, observándoles, y Zeus no dejaba de venir hacia donde yo estaba cada poco tiempo.

Relinchaba, se llevaba unas caricias en el hocico, y volvía a correr solo para regresar a mí de nuevo.

Era como ver a Aquiles en aquel lugar cuando no era más que una niña.

Hasta ese momento había hecho un buen trabajo evitando pensar en Colin, pero en cuanto su mirada vino a mi mente, y el modo en el que me había tocado y tratado durante los días en los que creí que entre nosotros no solo se había firmado una tregua, sino que, tal vez, podría haber algo más... Me derrumbé de nuevo y empecé a llorar.

Sentada allí, en el césped, abrazándome las piernas y llorando en silencio, sentí que necesitaba al señor Arthur como cuando era aquella niña asustada una noche en la que había salido a jugar al jardín, persiguiendo mi cometa esa que hizo que acabara alejándome tanto del castillo que pensé que me había perdido.

Todos, incluido Colin, me buscaron durante más de media hora en mitad de la tormenta que se había originado. Fue el señor Arthur quien me encontró y acunó mientras lloraba temiendo que no lo hicieran.

—*Mi niña Kenzie, siempre velaré por ti* —dijo en aquel entonces, y de algún modo, entendí que, dejándome parte del castillo como herencia, seguía velando por mí.

Qué poco podía imaginar ese hombre amable y cariñoso a quien yo quería como si de mi propio abuelo se tratase, que su última voluntad sería motivo de una guerra entre su nieto y yo, una que al parecer no solo no había acabado, sino que contenía una tregua que estaba envenenada.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo Carol sentándose a mi lado.

—No hay muchos más sitios donde pueda ir. —Me encogí de hombros mientras secaba mis mejillas.

—Te recuerdo que hasta que se cumpla el plazo, esto también es tuyo, y puedes ir y estar donde te dé la gana.

—No quiero encontrarme con ella.

—Esa mujer me cae mal, y apenas la he tratado —bufó.

—Es la prometida de Colin, debemos tratarla con respeto.

—Esa ha venido aquí creyendo que es la dueña, y no lo es. Hasta Moira se ha dado cuenta. Fui a la cocina para ayudar con la comida, te estaba dando espacio, obviamente, y cuando ha entrado esa mujer que, al parecer se llama Rose, ha puesto una cara de oler a estiércol cuando se ha acercado a la olla del guiso de Moira, que solo le faltó vomitar. ¿Te puedes creer que ha hecho ir a Evan a la ciudad a comprar productos que ella pueda comer? Básicamente ensaladas y carne sin mucha grasa, algo de pescado y, oh, sí. —Carraspeó—. «No te olvides de yogures y batidos sin lactosa, sin grasa y sin azúcar» —dijo imitando lo mejor que pudo el tono de la prometida de Colin—. Por Dios, casi le doy un trozo de papel para que lo chupara. —Volteó los ojos y me eché a reír.

—No sueltes una de las tuyas delante de ella, por favor. Tengamos el resto de la estancia en paz.

—No prometo nada. —Miró hacia los caballos—. Esa mujer no tiene buenas intenciones, te lo digo yo que huelo a las malas malísimas a distancia.

—Apenas la conoces, ni la has tratado.

—Kenzie, una persona que no toma lactosa, grasa, ni azúcar en los yogures y batidos, no puede ser buena. —Arqueó la ceja y me eché a reír.

—¿Por qué lo haría Colin? Después de aquel día cuando Logan y tú fuisteis a la ciudad y hablamos, no sé, pensé que estaba todo bien. Qué ingenua fui —suspiré volviendo a abrazarme las piernas y apoyando la barbilla en las rodillas.

—Te lo he dicho, posiblemente quisiera conseguir que firmaras la renuncia a la herencia si te lo pedía. Y decía que tú eras la que vino buscando algo que no le pertenecía y jugarías sucio. Qué hipócrita por su parte —resopló.

—Tal vez debería irme, Carol. Volver a casa, con mi familia, y que él se quede con todo. Total, será el dueño en cuanto se cumpla el plazo puesto que he renunciado a ello.

—No le des el gusto de conseguir su herencia tan fácilmente —dijo pasándome el brazo por los hombros—. Sabemos que es suyo, todo esto es suyo por derecho de nacimiento y tú no quieres lo que el señor Arthur te dejó. Pero si te vas antes del plazo, él se crecerá aún más al saber que ha ganado. No se lo permitas, Kenzie, es un gilipollas mentiroso y tiene que entender que no se juega con los sentimientos de la gente. Además, no puedes privarme del placer de ver su cara de imbécil cuando sepa que no quieres tu parte.

Sonreí, sintiéndome mal por no decirle a Carol que Colin era conocedor de mi renuncia a la herencia, y que su cara sí que fue de sorpresa, además de incredulidad cuando se lo dije.

—Sé que será difícil estar en el mismo lugar que el hombre que puso la Luna a tus pies para arrebatártela de un plumazo con la llegada de su novia, la bruja mala del Oeste. Pero tienes que ser fuerte, ¿sí?

—Carol, por Dios, no la llares así delante de todos —dije riendo, pero con el miedo en el cuerpo, dado que mi amiga no tenía filtros a la hora de hablar.

—No prometo nada —dijo poniéndose en pie—. Y ahora, arriba, jovencita, que vamos a comer.

—¿Ya es hora de comer? —pregunté levantándome.

—Ajá.

—No quiero ver nadie, Carol.

—Tranquila, que Moira le ha pedido a Kiara que nos lleve la comida a tu habitación. —Hizo un guiño y sonreí abrazándola.

e

—Carol. —Nos giramos cuando escuchamos a Logan llamarla.

—Hombre, el mejor amigo del mentiroso —dijo ella acercándose—. Sé que es tu amigo, y tu lealtad a él está por encima de cualquier cosa. Pero podrías haber advertido a Kenzie de que el gilipollas de Colin solo jugaba con ella

Es una persona, y tiene sentimientos, ¿sabes? No es uno de los jarrones que adornan el jodido castillo. Y a él, deberías haberle dicho que no la utilizara de ese modo.

—Carol, no lo pagues con él, no es su culpa.

—En parte sí, Kenzie —protestó—. No dijo nada aun sabiendo lo que pasaba. ¿Se ha reído mucho al hacerla pensar que volvía el Colin que ella conocía?

—Carol. —Logan apretó los dientes y yo me acerqué a ella.

—Desde luego, se lo ha tenido que pasar bomba.

—Vale, Carol, por favor —le pedí—. No culpes a Logan de que Colin sea un gilipollas. Vosotros estáis bien, así que, por favor, disfruta con él de lo que queda de verano, ¿sí?

—Está bien, no le culparé, pero que quede claro, y esto va para ti, escocesito. —Le señaló y comenzó a darle golpecitos con el dedo en el pecho—. Se va a arrepentir de lo que ha hecho, puede estar seguro ese gringo mentiroso de mierda, que se va a arrepentir de haber jugado con ella.

Logan sonrió, se acercó a ella y le dio un beso en la frente.

—No lo dudo, deslenguada —dijo—. Nolan me pidió que viniera a buscaros, vamos a comer.

—Ve con ellos, nosotras comeremos en su habitación. —Carol me señaló con el pulgar y Logan suspiró.

—Bueno, había que intentarlo. ¿Te veo después?

—No creo, esta hermosa mujer y yo nos vamos a pasar toda la tarde en la habitación preparándonos para salir esta noche.

—Ah ¿sí? —Arquee la ceja— Primera noticia que tengo.

—Ajá. Noche de chicas por Edimburgo. Arlene y Kiara también vendrán.

—Menudo peligro tenéis las cuatro —sonrió Logan.

—¿Miedo a que me entre otro Highlander, escocesito? —preguntó con los brazos en jarras.

—Puede entrarte quien quiera, deslenguada, pero... —Logan se acercó a ella, la cogió por la cintura y tras pegarla a su cuerpo con fuerza, se inclinó para besarla con una intensidad que tuve que mirar hacia otro lado—. Nadie te hará gemir como yo —susurró.

Cuando escuché los pasos de Logan alejándose, miré a mi amiga y vi que tenía las mejillas sonrojadas, por no hablar de la respiración ligeramente agitada.

—¿Sigues viva? —reí.

—Por poco. Uf, ese hombre me combustiona. —Se dio aire con la mano—. Vamos a comer, que me ha dado hambre.

—¿Los besos de Logan te dan hambre?

—Sí, pero no esa clase de hambre.

Solté una carcajada y regresamos al castillo, escuchamos una risa femenina que provenía del porche y ambas suspiramos.

No, no iba a ser fácil estar bajo el mismo techo que ellos, sabiendo que dormirían juntos, que la besaría, la tocaría...

Respiré hondo y procuré no pensar, era lo mejor para mi paz mental.

—Por poco. Uf, ese hombre me combustiona. —Se dio aire con la mano—. Vamos a comer, que me ha dado hambre.

—¿Los besos de Logan te dan hambre?

—Sí, pero no esa clase de hambre.

Solté una carcajada y regresamos al castillo, escuchamos una risa femenina que provenía del porche y ambas suspiramos.

No, no iba a ser fácil estar bajo el mismo techo que ellos, sabiendo que dormirían juntos, que la besaría, la tocaría...

Respiré hondo y procuré no pensar, era lo mejor para mi paz mental.

Capítulo 31



Kenzie

No sabía cómo había hecho Carol para convencerme de ponerme aquella falda suya, pero me convenció.

Era negra, ajustada y me quedaba algo más arriba de las rodillas, sin llegar a la altura de medio muslo, pero, aun así, era más corta que las que yo solía usar.

Completábamos el *look* «noche de chicas por Edimburgo», como lo había llamado ella, con una camiseta de raso y tirante fino en color rosa pastel y mis zapatos de tacón negros.

Por no hablar del maquillaje, todo sutil y en tonos tierra con los ojos ahumados destacando el verde de mis ojos, y un brillo de labios de color rosa que me quedaba bastante bien, así como una trenza recogíendome el cabello.

—Estás impresionante, Kenzie —dijo Carol antes de que saliéramos de la habitación.

—Yo creo que es muy...

—Es perfecto, vas preciosa y si Colin te ve, que se dé cuenta de la pedazo de mujer que ha perdido por gilipollas. La bruja del Oeste no te llega ni a la suela de los zapatos.

—Debería quedarme en casa.

—Claro, y darle a Colin lo que quiere, ¿verdad? Que te quedes amargada y llorando en la habitación mientras él retoza en la cama o los prados verdes con su prometida. No señora, tú vas a salir esta noche, como que me llamo Carol.

Y salimos, por supuesto que sí.

Bajamos hacia la entrada para ir al exterior donde Arlene y Kiara dijeron que nos estarían esperando, y mis peores pesadillas se hicieron realidad.

—¿Vais a salir? —preguntó Colin, y me limité a apartar la mirada, no quería verle, y menos con esa mujer al lado

—Obvio, no nos hemos vestido así para pasar el plumero al castillo —contestó Carol.

—Te lo dije, una maleducada, Colin —comentó Rose.

—No soy maleducada, solo que no me quedo callada cuando algo no me parece justo. Y en este lugar he visto cosas muy, pero que muy injustas. Vamos, Kenzie, que esta noche seguro que encuentras un hombre de verdad, y no un hipócrita mentiroso.

Seguía mirando hacia la punta de mis zapatos cuando Carol me cogió del brazo y en cuanto pasamos por el lado de Colin, tan solo eché un vistazo rápido por el rabillo del ojo, pero no pude verle la cara.

Las chicas nos esperaban en el coche de Arlene, sonrieron al vernos y subimos poniendo rumbo hacia una noche en la que Carol me pidió que disfrutara y me olvidara de Colin.

Era fácil de decir, pero difícil de hacer.

Aun así, estaba más que dispuesta a intentarlo.

Arlene nos llevó a cenar a un bar donde un grupo local daba un concierto, nos sentamos a pie de escenario y disfrutamos de una velada a la escocesa la mar de amena y animada.

De vez en cuando Carol me preguntaba si estaba bien, y yo sonreía y asentía. La pena la llevaba por dentro, al igual que el dolor tan grande que sentía por lo que Colin me había hecho.

Los miembros del grupo no dejaban de mirar hacia nuestra mesa e incluso le dedicaban alguna que otra sonrisa a Arlene. No era de extrañar, era una mujer muy guapa y seguro que no le faltaban hombres esperando una oportunidad con ella.

Cuando acabamos con los postres y pedimos el café, el grupo hizo una breve pausa para tomar algo y, ante mi sorpresa, se acercaron a nosotras.

—Me alegro de que hayas venido, prima —dijo uno de ellos sonriendo al lado de Arlene, que se levantó para abrazar a aquel hombre de cabello castaño y ojos color miel.

—¿Cómo iba a perderme un concierto vuestro? Estaría loca, Kirk —respondió.

—Te veo bien acompañada, Arlene.

—¿Verdad que sí, Scott? —sonrió ella al rubio recién llegado— Os presento. Carol, Kenzie —nos miró—, ellos son mis primos. Kirk, Scott, Adam y Donovan —señaló a los cuatro, y ahora que los tenía más de cerca, podía ver que había un gran parecido entre ellos—. A Kiara ya la conocéis.

; —Encantadas.

—El placer es nuestro —sonrió Adam, que al igual que Kirk, tenía el cabello castaño pero los ojos azules como Donovan, que era rubio igual que Scott.

—¿Estáis aquí de vacaciones? —preguntó Kirk llamando al camarero a quien le pidió una ronda de cervezas para todos.

—Podría decirse que sí —respondió Carol.

—Ya me parecía que tú no eras de aquí —comentó Donovan con una sonrisa.

—Neoyorquina con raíces mexicanas —sonrió—. Ella en cambio sí que nació en Edimburgo —me señaló.

—Vaya, así que tú si eres escocesa —dijo Scott bastante sorprendido.

—Solo viví aquí hasta los doce años, me mudé a New York con mis padres a esa edad —contesté cogiendo mi jarra de cerveza.

—¿Y no habías vuelto desde entonces? —Se interesó Adam.

—No, hacía catorce años que no venía. Es como disfrutar de todo por primera vez —sonreí.

Eran simpáticos, y a juzgar por el sentido del humor que tenían, eran muy parecidos a su prima Arlene.

Algunas de las chicas que estaban viendo el concierto miraban hacia nuestra mesa con sonrisas tímidas, murmurando y mordisqueándose el labio, sin duda alguna queriendo acercarse a uno de ellos.

Pero los chicos no parecían interesados en ninguna de ellas, incluso diría que hacían lo posible por ignorarlas y no darles falsas esperanzas.

Me pareció ver movimiento en la barra y, cuando miré, vi a Colin y Logan sentarse, pedir un par de cervezas, y mirar hacia nuestra mesa.

—No me lo puedo creer —murmuré dejando la cerveza en la mesa, tan solo Carol me escuchó.

—¿Qué pasa?

—Han venido.

—¿Quiénes?

—Santa y sus renos. —Volteé los ojos—. ¿Quién crees? Mira en la barra.

r —¿Qué hacen aquí? —Frunció el ceño.

—No tengo ni idea, y más vale que no me haya puesto un rastreador o algo así.

—Yo le dije a Logan dónde estaríamos —confesó—. Me pidió que se lo dijera, solo por si en algún momento necesitábamos que nos llevaran a casa.

—No entiendo a qué ha venido, de verdad que no.

Hice por ignorarle el resto de la noche, porque allí se quedaron los dos en la barra tomando cervezas y whisky, mientras nosotras bebíamos y coreábamos las canciones del grupo de los primos de Arlene. No nos sabíamos ni una, pero nos divertíamos tarareándolas.

Cuando acabaron el concierto se acercó Kirk para invitarnos a tomar algo en un pub cerca de allí, Arlene nos miró a las tres y yo, que seguía siendo objeto de las miradas de Colin sin saber por qué, acepté que fuéramos con ellos.

Esperamos a que recogieran todo y cuando los chicos regresaron después de haber guardado todo en la furgoneta, salimos los ocho a la calle.

Scott iba a mi lado, me daba conversación e incluso hizo un comentario que me hizo reír justo cuando pasábamos por delante de donde Colin y Logan seguían sentados.

—Ya hablaremos tú y yo —le dijo Carol a Logan que se encogió de hombros.

Estaba más que decidida a que no me fastidiaran la noche, así que dejé a un lado el seguir preguntándome qué hacía Colin allí en vez de estar en casa con su prometida, y entré en el pub con el resto.

Nos acomodamos en una mesa alta y tras pedir una ronda de cervezas, no tardamos en empezar a bailar con ellos, de un modo amistoso y respetuoso.

Solo que a ojos de quien nos viera algo más arrimados de lo normal, podría pensar que acabaríamos la noche de un modo más íntimo.

Como podían ser los ojos de Colin, que me observaba en ese momento mientras se bebía el whisky de un sorbo.

Ignoraba sus razones para estar allí, si me estaba siguiendo para ver si era la clase de mujer desvergonzada y buscona que pensaba que era, no iba a ver nada más allá de un baile y un montón de risas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Scott rodeándome por la cintura.

—Nada —sonreí.

—Tienes la misma cara que mi hermana Megan cuando rompió con su ex y le vio en el bar unos días después.

—Joder, ¿tan expresiva es mi cara? —Volteé los ojos.

—Así que es eso. —Arqueó la ceja y sonrió—. ¿Dónde está?

—En la barra, cerca de la puerta.

Scott echó un vistazo rápido mientras nos giraba a ambos, y soltó un silbido.

—¿El de la camiseta con cara de perro a punto de morderme?

—Ese mismo —sonreí—. Pero no debería estar enfadado, me engañó. Su prometida lo está esperando en casa.

—¿Está prometido?

—Eso parece, no me lo contó cuando... Bueno, da igual. —Le quité importancia con la mano.

—Kenzie, creo que ese hombre está celoso de que estés bailando conmigo.

—No me importa, no soy nada suyo, lo que pasó entre nosotros no significó nada para él.

—No estoy de acuerdo. Sea como sea, vamos a darle un susto. —Scott se inclinó mientras sostenía mi nuca con la mano, me inclinó la cabeza hacia atrás y se quedó muy cerca de mi rostro.

—¿Qué haces? —le pregunté con los ojos muy abiertos.

—Desde donde está, pensará que nos estamos besando.

—¿Qué? Ay, por Dios.

—Tranquila —sonrió—. Sé lo que me hago.

Entonces escuchamos el sonido de un taburete golpeando el suelo. Cuando nos incorporamos, miramos hacia donde Colin y Logan habían estado sentados y los vimos ir hacia la puerta.

Colin la abrió con un fuerte empujón con ambas manos y salieron de allí.

—Celoso —dijo Scott que lucía una pícaro sonrisa de medio lado—. Mis tácticas nunca fallan. —Hizo un guiño y fue hacia la barra a pedir otra ronda de cervezas.

¿Cómo iba a estar Colin celoso porque yo bailara, o que me besara con otro hombre? No tenía sentido, él me había usado, me mintió durante días y no me dijo que estaba prometido.

¿Acaso tenía todo planeado? ¿Jugaría conmigo antes de que ella llegara al castillo?

Dios, qué idiota había sido.

Durante las siguientes dos horas en aquel pub con las chicas y los primos de Arlene, procuré no pensar más, pero no me divertí tanto como debería.

Cuando nos despedimos de ellos en el coche de Arlene, nos pidieron que fuéramos a verlos unos días después a tocar en otro bar, así que aceptamos encantadas.

En cuanto entramos por las puertas del castillo, fui a quitarme los zapatos y Carol me detuvo.

—Lo siento por Nolan, pero Colin que se joda. Pisa con fuerza y riéte, aunque no tengas ganas. Que se entere de que has llegado feliz de la vida.

—Carol —protesté.

—Kenzie, donde las dan, las toman. Él fue el gilipollas, él jugó contigo. Tú solo estás haciendo tu vida. Vamos, que resuenen esos tacones por todo el castillo.

No quería, pero al final empecé a pisar con fuerza y seguridad mientras reíamos en un tono ni, demasiado alto, ni tampoco muy bajo. Sabía que Colin y Logan nos escucharían más que de sobra.

Nos despedimos en la puerta de mi habitación y quedamos en vernos a la mañana siguiente para desayunar juntas en la suya. Me dio un abrazo y dijo cuánto me quería.

l

De no haber sido por ella, que aceptó acompañarme a ese viaje, no sabía qué habría hecho al ser consciente de que Colin me había mentado y que su prometida estaba en el castillo.

Era de locos.

,

a

No quería, pero al final empecé a pisar con fuerza y seguridad mientras reíamos en un tono ni, demasiado alto, ni tampoco muy bajo. Sabía que Colin y Logan nos escucharían más que de sobra.

Nos despedimos en la puerta de mi habitación y quedamos en vernos a la mañana siguiente para desayunar juntas en la suya. Me dio un abrazo y dijo cuánto me quería.

De no haber sido por ella, que aceptó acompañarme a ese viaje, no sabía qué habría hecho al ser consciente de que Colin me había mentado y que su prometida estaba en el castillo.

Era de locos.

Capítulo 32



Kenzie

Habían pasado dos días desde que Rose llegara al castillo. En ese tiempo, Carol se había encargado de que no me desmoronara, y yo evité a toda costa cruzarme con esa mujer y con Colin.

Recorrí el castillo al completo, visitando cada habitación y recordando algunas de las veces que Colin y yo jugábamos al escondite. Podían pasar horas hasta que le encontrara, él en cambio apenas tardaba unos pocos minutos. Siempre pensé que hacía trampa.

Moir me observaba, sonreía cuando entraba en la cocina y algo me decía que no se le pasaba por alto el hecho de que Colin y yo ni hablábamos, ni coincidíamos en la misma habitación más de un segundo seguido.

Había decidido ir al gimnasio a quemar adrenalina, como me dijo Logan el día anterior, y después de dos horas alternando entre la cinta de correr, la bicicleta, y haciendo algunos abdominales, me di cuenta de que lo único que había conseguido era provocarme unas agujetas tremendas para el día siguiente, y al menos una semana más, mientras que la razón de querer irme de allí seguía en mi mente.

No podía quitarme a Colin de la cabeza ni los días que pasamos juntos.

Tras una ducha decidí ir a la biblioteca, siempre me había gustado aquel rincón del castillo, había una gran colección de libros entre los que podría perderme durante horas.

Pero había uno en especial que al señor Arthur le gustaba, uno que, si no recordaba mal, estaba en la estantería central de la pared de la derecha, justo frente al sillón donde él se sentaba, conmigo en su regazo, a leerme fábulas

Sonreí al ver la cubierta, vieja y ligeramente desgastada por el paso de los años, pero donde aún se leía perfectamente el nombre del autor, Robert Burns, el poeta más famoso y reconocido de Escocia.

Me senté en el sillón, abrí el libro justo por donde tantas veces lo había abierto el señor Arthur, y leí el que siempre fue su poema favorito.

«Mi corazón es angustia, y lágrimas caen de mis ojos; Hace largo, largo tiempo que la alegría me es extraña: Olvidado y sin amigos soporto mil montañas, Sin una voz dulce que suene en mis oídos...»

Siempre que lo leía, se le humedecían los ojos y me decía que recordaba tanto a su esposa que por eso aquel era, y sería, su poema favorito hasta el último de sus días.

Yo apenas era una niña y no entendía que un simple poema pudiera doler tanto, aquel era solo el primer verso, pero con cada palabra que leía, comprendía el significado de aquellos versos.

El dolor de perder a alguien podía ser tan fuerte, que cualquier recuerdo vivido a su lado era motivo de esas lágrimas que escapaban de nuestros ojos.

Cerré el libro, sonreí pensando en el señor Arthur, y volví a colocarlo en su sitio.

Escuché murmullos en el pasillo y algo que me pareció una risa, salí y comprobé que el ruido provenía del despacho.

Nada más ver lo que ocurría, me arrepentí de haberme asomado.

Rose estaba sentada a horcadas sobre Colin, moviéndose de un modo que no dejaba lugar a duda, mientras su cabeza y su pelo iban de un lado para otro. Estaban besándose y teniendo sexo allí mismo, con la puerta entreabierta, expuestos a que cualquiera pudiera verlos.

Se me humedecieron los ojos y no tardé en sentir en calor de las lágrimas por mis mejillas. Si dolía saber que aquello podía pasar, nadie se imaginaba cuánto dolía verlo con tus propios ojos.

Eché a correr en dirección a la puerta de entrada y salí al jardín, sin detenerme en ningún momento, quería llegar a los establos.

Pero en mi carrera huyendo de la realidad de lo que ocurría en el castillo, no vi a Nolan hasta que no choqué con él.

—Kenzie, ¿qué pasa, niña? —preguntó.

—Que soy una tonta, eso es lo que pasa —sollocé, y tan mal debió verme, que me abrazó frotándose la espalda—. ¿Esto es por mi hijo? —preguntó y asentí—. ¿Qué te ha dicho, niña?

—Nada, no me ha dicho nada, es solo algo que he visto.

—Sin parecer un cotilla... ¿puedo preguntar qué has visto?

—Estaba con Rose, en el despacho, y ellos, ellos... —Me daba vergüenza pronunciar esas palabras.

—Kenzie, ¿estás enamorada de Colin? —preguntó cogiéndome ambas mejillas entre sus manos.

—Sí —confesé, rompiendo en un llanto aún más desgarrador.

—Y no es solo porque os hayáis acercado de manera más amistosa, ¿me equivoco? Entre vosotros, pasó algo en los días anteriores a que llegara esa mujer.

—Sí —repetí.

—Ay, niña —suspiró y dejó un beso en mi cabeza sin parar de frotarme la espalda—. ¿Quieres hablar de ello?

Asentí, comenzamos a pasear por los extensos jardines sin que apartara el brazo de mis hombros, y le dije que durante unos días habíamos conectado tanto que no solo recordamos muchas de las cosas que vivimos de niños en el castillo, sino que me había dejado llevar por unos sentimientos que nunca pensé que fuera posible que tuviera por él, y que me partió el alma saber que estaba prometido.

—Yo tampoco conocía ese dato, y si puedo serte sincero, Kenzie, esa mujer no me gusta —dijo—. Ha llegado queriendo dar órdenes en todo momento al personal, por no hablar de que le ha sugerido a Colin despedirlos a todos y contratar gente nueva más competente. Si mi padre estuviera vivo para escuchar esa sarta de estupideces —suspiró.

—Si el señor Arthur estuviera vivo, nada de esto habría pasado.

—Cierto. Mi padre te adoraba, te quería como una nieta y tú, niña, tienes más derecho que esa mujer a estar aquí, a pasearte por donde quieras y a dejar claro que, algún día, serás tan dueña de este castillo como hijo.

»Así que, escucha bien lo que te voy a decir. —Se paró haciendo que me girara de modo que quedamos el uno frente al otro, volvió a sostener mis mejillas con ambas manos y sus ojos se centraron en los míos—. No quiero que te encierres en tu habitación o en la de Carol para desayunar, comer o cenar. No quiero que te sientas una reclusa en este lugar solo porque esa mujer esté aquí.

»Mi padre te nombró su heredera y es lo que eres. Ni ella, ni mi hijo, ni nadie, va a impedirte que te quedes con lo que tu abuelo, porque así se consideraba, quería que fuera tuyo. ¿Qué vas a hacer a partir de ahora, jovencita? —preguntó arqueando la ceja.

a

—No quedarme en mi habitación, ir donde quiera, cuando quiera.

—Exacto. Y si a esa mujer le molesta, que venga a vérselas conmigo. Puede ser la prometida de mi hijo, pero este aún es el castillo de mi padre y mío hasta que Colin y tú cumpláis el plazo impuesto para heredarlo. Y tal vez vaya a casarse con mi hijo, pero eso no quiere decir que me vaya a llevar bien con ella. Tú, Kenzie, tú siempre serás mi nuera. —Me besó en la frente y acabé echándome a llorar de nuevo entre sus brazos.

No sabía cuán agradecida estaba por contar con su apoyo en el castillo, así como con el de Carol y el personal.

—Gracias, Nolan.

Asentí, comenzamos a pasear por los extensos jardines sin que apartara el brazo de mis hombros, y le dije que durante unos días habíamos conectado tanto que no solo recordamos muchas de las cosas que vivimos de niños en el castillo, sino que me había dejado llevar por unos sentimientos que nunca pensé que fuera posible que tuviera por él, y que me partió el alma saber que estaba prometido.

—Yo tampoco conocía ese dato, y si puedo serte sincero, Kenzie, esa mujer no me gusta —dijo—. Ha llegado queriendo dar órdenes en todo momento al personal, por no hablar de que le ha sugerido a Colin despedirlos a todos y contratar gente nueva más competente. Si mi padre estuviera vivo para escuchar esa sarta de estupideces —suspiró.

—Si el señor Arthur estuviera vivo, nada de esto habría pasado.

—Cierto. Mi padre te adoraba, te quería como una nieta y tú, niña, tienes más derecho que esa mujer a estar aquí, a pasearte por donde quieras y a dejar claro que, algún día, serás tan dueña de este castillo como hijo.

»Así que, escucha bien lo que te voy a decir. —Se paró haciendo que me girara de modo que quedamos el uno frente al otro, volvió a sostener mis mejillas con ambas manos y sus ojos se centraron en los míos—. No quiero que te encierres en tu habitación o en la de Carol para desayunar, comer o cenar. No quiero que te sientas una reclusa en este lugar solo porque esa mujer esté aquí.

»Mi padre te nombró su heredera y es lo que eres. Ni ella, ni mi hijo, ni nadie, va a impedirte que te quedes con lo que tu abuelo, porque así se consideraba, quería que fuera tuyo. ¿Qué vas a hacer a partir de ahora, jovencita? —preguntó arqueando la ceja.

—No quedarme en mi habitación, ir donde quiera, cuando quiera.

—Exacto. Y si a esa mujer le molesta, que venga a vérselas conmigo. Puede ser la prometida de mi hijo, pero este aún es el castillo de mi padre y mío hasta que Colin y tú cumpláis el plazo impuesto para heredarlo. Y tal vez vaya a casarse con mi hijo, pero eso no quiere decir que me vaya a llevar bien con ella. Tú, Kenzie, tú siempre serás mi nuera. —Me besó en la frente y acabé echándome a llorar de nuevo entre sus brazos.

No sabía cuán agradecida estaba por contar con su apoyo en el castillo, así como con el de Carol y el personal.

—Gracias, Nolan.

Capítulo 33



Kenzie

Tres días después de haber hablado con Nolan y confesar lo que sentía por Colin, además de hacerle saber que antes de la llegada de su prometida habíamos estado viviendo algo juntos, me paseaba por cada rincón del castillo sin importarme la presencia de aquella mujer.

No es que me sentara a la mesa con ella, ya que procuraba desayunar antes y comer o cenar después, cosa que a Moira no le importaba, fingiendo que tanto Carol como yo nos manteníamos ocupadas en cualquier cosa referente al castillo.

Por mi parte, era el trabajo en los establos con Rian, donde pasaba todas las mañanas después del desayuno y hasta que Carol venía a buscarme para comer.

Tampoco me había topado con Colin, sin duda alguna ambos nos estábamos evitando como si tuviéramos la peste a mí me parecía bien, no quería verle por si me desmoronaba al verle, lloraba por la rabia y el dolor y le pedía una explicación.

Aunque él debió considerar que no la merecía, por no contarme que estaba prometido y que ella aparecería por el castillo en cualquier momento, ni por tratarme como si no valiera nada la noche antes de que ella llegara.

Seguía sin comprender por qué me llamó sucia y mentirosa, y por qué insistía en que mis intenciones allí eran las de seducir a su padre para quedarme con más herencia, cuando me había entregado a él desde aquella noche en la que dormimos en su rincón privado para relajarse.

Estaba cepillando a Escarlata después de haberle dado un pequeño baño, cuando entró Rian trayendo consigo a Tornado, uno de los caballos más jóvenes que apenas tenía poco más de un año.

—¿Me puedes decir qué hacemos con este señorito? —preguntó, y cuando miré, di un grito al verle— Recién bañado y cepillado, se me escapa antes de ponerle en su recinto, y no tiene otra cosa que hacer que tirarse sobre la arena y hacer la croqueta —resopló.

—Es como un niño pequeño recién vestido —reí—. La ropa le dura limpia el tiempo de ponérsela nada más.

Muertos de risa estábamos los dos mientras arrastraba al caballo hacia dentro, ese que se resistía y cuando Rian le decía que o se portaba bien o no le daba sus azucarillos favoritos, se ponía a relinchar y negar con la cabeza como si nos entendiera.

—Creo que pasa demasiado tiempo contigo, se está volviendo un rebelde y desvergonzado —reí de nuevo al igual que él.

—Buenos días. —La voz de Colin hizo que Rian y yo nos quedáramos callados de inmediato, y al mirarle, vi sus ojos azules clavados en mí.

—Buenos días, señor Colin —contestó Rian mientras yo me limité a ignorarle y seguir cepillando a Escarlata—. Voy a limpiarle, Kenzie, enseguida vuelvo —me dijo y asentí.

Los pasos y pisadas de Rian y Tornado se fueron alejando, y al mismo tiempo los nervios se comenzaron a instalar en mi estómago. Hacía casi una semana que Colin y yo nos evitábamos, y no sabía qué estaba haciendo allí.

Era su propiedad, lo tenía claro, pero no entendía qué podría querer quedándose a solas conmigo.

—Kenzie. —Me llamó y ni me moví, seguía de espaldas a él, cepillaba a Escarlata mientras le acariciaba el lomo—. Kenzie, tenemos que hablar.

—No, no tenemos nada de qué hablar —respondí todo lo tranquila que pude, y le escuché acercarse.

—Sí, tenemos que hacerlo.

—En absoluto. Por mi parte, podemos seguir ignorándonos hasta que se cumplan los tres meses, y hacer como si aquellos días no hubieran existido.

—Kenzie. —Me cogió del codo para que me girara.

—No vuelvas a tocarme —dije bastante seria cuando quedé cara a cara con él—. Y no te preocupes, que tu prometedora no sabrá que te follaste a otra. No soy tan rastrera o mezquina como puedas pensar.

Cogí la correa de Escarlata y me giré con ella para llevarla a su recinto, dejando a Colin allí parado.

Me afectaba verle, me afectaba tenerle cerca, me afectaba oler su perfume, el gel de ducha, incluso su maldito *aftershave*, pero no iba a desmoronarme ante él.

Si quería haber hablado conmigo tuvo tiempo de hacerlo aquella noche en vez de acusarme de ser lo que no soy, incluso antes de besarme la primera vez o después, disculpándose, diciendo que no había sido más que un error y que lo sentía, que estaba prometido y que solo se dejó llevar.

Pero no lo hizo, en ninguna de las dos ocasiones lo hizo, y ya era tarde para escuchar las excusas que quisiera darme.

Rian me miró al entrar, ninguno de los empleados sabía lo que pasó entre el futuro señor del castillo y yo, pero imaginaba que tontos no eran y que al menos veían cosas raras entre nosotros.

—¿Todo bien? —me preguntó visiblemente preocupado.

—Sí —sonreí—. Voy a dejar a esta hermosa señorita en sus aposentos, y acicalo a otra de las yeguas.

l

Rian se echó a reír por mi modo de hablar, muy de época antigua al estar en un castillo.

Hice lo que había dicho, y así pasé el resto de la mañana, entre aquellos majestuosos animales.

Regresé al castillo sin que Carol hubiera ido a buscarme, cosa que me extrañó bastante.

Al pasar por la cocina tampoco la vi, así que entré y le pregunté a Moira si estaba esperándome en alguna de nuestras habitaciones.

r

—Salió con Logan a la ciudad, me pidió que te lo dijera. No creen que vuelvan hasta la noche.

—Ah, vale —sonreí—. Seguro que quiso avisarme, pero no me llevo el móvil cuando estoy en los establos.

—¿Le digo a Kiara que te suba la comida?

—Hum, no —sonreí—. Si no me ves muy sucia, prefiero comer ahora y después subo a ducharme y descansar un rato.

—A mí no me molesta, querida. —Me devolvió la sonrisa y me hizo sentar en uno de los taburetes de la isla.

Me sirvió un plato de estofado y una jarra de agua, y preparó café para que me lo tomara después con el pastel de cerezas que había hecho de postre.

En cuanto acabé de comer fui hacia mi habitación, y antes de subir por las escaleras, escuché aquella risa de la otra vez, suspiré ignorándola y continué mi camino.

La ducha me sentó de maravilla, y cuando estaba poniéndome unas mallas y una camiseta, escuché que sonaba mi móvil.

Sonreí al ver que era mi hermana haciéndome una videollamada.

—Hola —saludé toda emocionada.

—Hola, hermanita. ¿Qué tal por las Tierras Altas?

—Muy bien. Llevo unos días ayudando al chico en los establos, me relaja cepillar a los caballos.

—¿Cuántos tienen?

—Muchos —sonreí—. Algunos son potrillos todavía, pero ya se ve que serán grandes caballos y yeguas. Alguno ha nacido para ser semental como su padre.

—Me encantaría verlos.

—Cuando todo pase, nos venimos una semana las dos ¿sí?

—Vale.

—¿Tú cómo estás?

—Genial. Voy con mis amigas de clase a la playa los viernes, los sábados salimos al cine y a la hamburguesería, los domingos me quedo en casa con papá y mamá haciendo maratones de series o pelis comiendo palomitas y helado, y de lunes a jueves estudio lo que daremos el próximo curso.

—Eres una empollona como yo —reí.

—Eso dice papá.

—¿Están por ahí?

—No, han ido al médico con papá. El otro día se cayó en el trabajo y se hizo un pequeño esquinche en el tobillo, ha ido a que le miren porque dice que le duele bastante.

—¿Y a mí por qué no me dijeron nada?

—No querían preocuparte, dicen que bastante tienes con lo que hay por allí. —Se encogió de hombros.

—Y eso que no saben todo lo que hay —suspiré.

—¿Qué pasa, Kenzie?

—Nada, cariño —sonreí—, no te preocupes.

ⁱ —Eres mi hermana, es normal que me preocupe. Puedes contármelo, no le diré nada a papá y a mamá. ¿Has conocido a algún chico? Mira que, desde tu ex...

—No debería hablar contigo de estas cosas, tienes dieciséis años —reí.

—¿Y? Sé lo que es estar enamorada y que te destrocen el corazón. Venga, cuéntamelo todo —dijo recostándose en su cama.

—Te falta una libreta y un bolígrafo para ser mi psicóloga —reí.

—No es una carrera que me llame, creo que estudiaré enfermería y entraré a trabajar en la guardería, ayudando a la señora Perkins. Y no me cambies de tema, ¿qué te pasa?

Suspiré, pero acabé hablando con mi hermana sobre Colin, sin entrar en muchos detalles, obviamente, y en la sorpresa que me llevé al saber que estaba prometido.

Ella me escuchaba con atención, abriendo la boca en algunos puntos de mi relato, y negó cuando acabé, mientras me decía que no sabía a la mujer que había perdido por ser un completo idiota.

—Ese gringo desleal —me eché a reír al escucharla hablar con el acento de Carol.

—Pasas demasiado tiempo con la mexicana.

—Bueno, es otra hermana mayor. ¿Y ella también se ha echado un ligue escocés?

—Sí, el socio de Colin, Logan. Son tal para cual.

—Así que Carol ha encontrado el payasete de su vida —rio.

Charlé un rato más con ella y cuando nos despedimos, me recosté en la cama mirando por la ventana. Cerré los ojos y por un momento la mente se me fue hacia a Colin, a cuando me abrazaba en la cama y sentía que podía llegar a ser la reina no solo de su castillo, sino de su mundo.

Qué fácil era soñar, y qué duro el momento de despertar y ver la realidad.

1

No sabía en qué momento me había quedado dormida, pero así fue, y para cuando abrí los ojos, la noche se cernía sobre el castillo y la luz de la luna entraba por la ventana.

Ni siquiera había cenado, así de cansada estaba. Me levanté y tras ver en el reloj del móvil que eran las doce y media de la noche, me puse las zapatillas y salí para ir a la cocina a prepararme un sándwich y un vaso de leche.

Allí mismo me lo tomé, y estaba terminando cuando escuché los tacones de Rose acercándose.

—Ah, estás aquí, bien —dijo cuando miré hacia la puerta—. Fui a buscarte a tu habitación, pero no contestabas, abrí y al no verte allí...

—¿Qué quieres?

—Colin me pidió que fuera a buscarte, quiere hablar contigo, a solas.

—Ya quiso hablar esta mañana y le dije que no me interesaba nada de lo que fuera a decirme.

—Kenzie, creo que deberías escucharle. Quiere disculparse contigo.

—Y yo no necesito que lo haga —dije recogiendo el plato y el vaso para lavarlo.

—Mira, sé que no empezasteis con buen pie, pero, los dos sois herederos de esto, y tenéis que llevaros bien. Coordinaros y cuadrar las fechas de venir y no encontraros. Imagino que no es plato de gusto para ti saber que me está follando cada noche, cada tarde y también por la mañana. Pero es lo que pasará siempre, en unos meses nos casaremos y... bueno, ya sabes. Los niños puede que lleguen incluso antes de lo que pensábamos. —La vi llevarse las manos al vientre con una sonrisa de esas que delatan a una mujer feliz.

Estaba embarazada, sin necesidad de palabras, me dijo que llevaba en su vientre un hijo de Colin, uno que yo nunca le daría.

—No me interesa hablar con él. —Zanjé la conversación y pasé por su lado para salir de la cocina.

No pensé que me siguiera, pero lo hizo, y sus palabras me dejaron confundida y sin entender nada.

—Mira que he intentado hacer esto siendo cordial, pero me obligas a actuar por las malas —suspiró, y antes de que pudiera darme la vuelta, noté un golpe en la cabeza.

Los ojos se me debieron volver del revés, se me fueron cerrando poco a poco y noté cómo mi cuerpo caía hacia el suelo.

En apenas unos segundos todo lo que me rodeaba se convirtió en oscuridad y absoluto silencio.

l

e

No pensé que me siguiera, pero lo hizo, y sus palabras me dejaron confundida y sin entender nada.

—Mira que he intentado hacer esto siendo cordial, pero me obligas a actuar por las malas —suspiró, y antes de que pudiera darme la vuelta, noté un golpe en la cabeza.

Los ojos se me debieron volver del revés, se me fueron cerrando poco a poco y noté cómo mi cuerpo caía hacia el suelo.

En apenas unos segundos todo lo que me rodeaba se convirtió en oscuridad y absoluto silencio.

Capítulo 34



Kenzie

Desperté con un terrible dolor de cabeza y no recordaba nada.

¿Otra noche bebiendo en el porche con Carol y los chicos? No podía ser, eso acabaría por convertirse en una costumbre para todos nosotros.

Abrí los ojos y apenas vi luz entrando por una pequeña ventana que había en lo más alto de una de las paredes, pero no hablar de lo frío que estaba el suelo y el ligero olor a humedad que había en aquel lugar.

¿Dónde demonios estaba? ¿Qué hacía allí? ¿Quién me había llevado?

Y entonces, lo recordé. Rose, la charla en la cocina intentando convencerme de que fuera a hablar con Colin, y después, un golpe y todo se volvió negro.

Había sido ella, ella me golpeó y me trajo aquí. Tenía que avisar a Carol.

Pero no llevaba el móvil encima, salí de mi habitación para comer algo a medianoche y lo dejé en la mesita.

¿Qué hora sería? ¿Habría ido Carol ya a buscarme para desayunar juntas? ¿Se había dado cuenta de que no estaba? Ella sabría que no me había ido así sin más, sin decirle una sola palabra, sin esperar a que cumpliera el plazo impuesto por el señor Arthur. Nunca me iría sin ella, que me había acompañado en aquel viaje.

—¿Hola? —grité agarrada a los barrotes de la puerta.

Eché un vistazo y vi que había más zonas como esa en la que yo estaba, todas cerradas, vacías, pero húmedas.

Entonces caí en la cuenta, aquellas eran las mazmorras del castillo de las que el señor Arthur tanto me habló.

Rose me había dejado allí con algún propósito que desconocía, y nadie sabría dónde estaba, ella no se lo diría. Simplemente habría desaparecido de la noche a la mañana sin decirle nada a nadie.

Me quedé sentada con la espalda apoyada en los barrotes esperando, no sabía a qué, pero no podía hacer otra cosa.

El tiempo pasó, y por más que miraba por la ventana en lo alto de aquella pared, o hacia el pasillo, a un lado y a otro esperando ver llegar a alguien, nadie llegó.

Me dolía todo de estar sentada en la misma posición, así que decidí ponerme en pie y comencé a caminar, algo debía hacer para matar el tiempo, por no hablar del hambre, que había aparecido horas antes y seguía consumiéndome.

Si hubiera cogido mi móvil, podría haberle enviado un mensaje a Carol y ya llevaría horas fuera de este lugar frío y lúgubre.

Escuché una puerta abrirse y cerrarse y segundos después, el eco de unos tacones pisando con fuerza el suelo.

Fue entonces cuando apareció Rose, elegantemente vestida como cada día desde que la vi por primera vez, y con una sonrisa de lo más falsa.

—Ah, ya despertaste, ¿has dormido bien? —preguntó.

—¿Qué hago aquí? —grité agarrada a los barrotes.

—Es obvio, has abandonado antes del plazo de los tres meses, no podías soportar que Colin te hubiera dejado de rese modo. Pobre ilusa —sonrió con maldad.

»¿De verdad creíste que un hombre como él, que puede tener a la mujer que quiera y me eligió a mí, querría algo más que solo follar contigo? Lo hizo para poder manipularte después, y que cedieras a darle tu parte de la herencia, esa que le pertenece por derecho. Pero en lugar de irte, decidiste seguir aquí peleando por algo que nunca fue, ni será tuyo.

»Será mío, como la esposa del heredero, el castillo me pertenece. Y no voy a permitir que una simple mocosa como tú se interponga en mi camino a la gloria.

—Estás loca. Cuando Colin sepa lo que has hecho...

—He hecho lo que él no se ha atrevido. ¿Por qué crees que quería hablar contigo a solas? Para poder traerte hasta aquí y encerrarte. Era el único modo que tenía de librarse de ti.

—Estás mintiendo —dije, queriendo no creer en sus palabras, pero existía la posibilidad de que Colin hubiera planeado todo desde el principio, incluyendo el encerrarme allí—. Nadie en el castillo pensará que me he ido sin más.

—Oh, claro que van a creerlo, has dejado una nota para informarles. Y están a punto de saber que no has ido simplemente a dar un paseo sola por la ciudad, sino que has decidido volver a tu casa, de donde nunca debiste salir.

—No puedes encerrarme aquí, ¡no puedes! —grité con todas mis fuerzas.

—Grita cuanto quieras, nadie va a oírte. Y puedo encerrarte, bueno, de hecho, ya lo hice anoche —sonrió de nuevo con esa maldad que no podía contener—. Disfruta de tu estancia en la parte más sombría del castillo, querida Kenzie. Y de la comida, que no es mucha —dijo dejando al fin la botella de agua y un trozo de pan en el suelo—, pero es lo que podré traer una vez al día cuando sepa que nadie puede verme. Y da gracias a que tienes algo, si por nosotros fuera, no comerías. Pero no queremos cargar con tu muerte en nuestras conciencias.

—Pagarás por esto —dije apretando los dientes—. Colin y tú pagaréis por esto.

—¿Quién crees que va a ayudarte, niña tonta? El pobre viejo ya no está para hacerlo, y Nolan... Bueno, ese hombre es el padre de Colin, entenderá que te hayas ido porque nunca fuiste una Sinclair. Nos vemos mañana.

Y así, tal como había llegado, regresó por donde había venido, abriendo y cerrando la puerta que me separaba del resto del castillo, de todos los que estaban allí.

Carol no se creería que me había ido, no sin decirle nada a ella, y mucho menos sabiendo que había renunciado a la herencia antes incluso de venir.

El propio Colin lo sabía, se lo confesé aquella mañana en el porche, cuando pensé que empezaba nuestra tregua.

Entonces, si ya sabía que yo no iba a querer la herencia, ¿por qué quería encerrarme aquí abajo? No lo entendía, de verdad que no entendía nada de lo que estaba pasando.

Me comí la mitad de aquel trozo de pan y bebí unos sorbos de agua, dejando el resto para ir bebiendo de a poco y conservar algo para la noche.

No sabía cuándo sería la próxima vez que Rose bajara a traerme algo de comer y de beber.

Eché un vistazo a aquel lugar en el que estaba encerrada y comprendí que, durante un incierto número de días aquel sería el lugar en el que viviría. Donde tendría que dormir y hacer mis necesidades.

La idea me hizo estremecer y me entraron unas terribles ganas de llorar. No me merecía aquello, no merecía que Colin me diera ese trato, como si no fuera una persona sino un animal al que encerrar y dejar abandonado esperando a que muriera.

Y pensar que creí que había recuperado al niño con el que crecí, qué tonta había sido, tonta e ilusa.

—¿Quién crees que va a ayudarte, niña tonta? El pobre viejo ya no está para hacerlo, y Nolan... Bueno, ese hombre es el padre de Colin, entenderá que te hayas ido porque nunca fuiste una Sinclair. Nos vemos mañana.

Y así, tal como había llegado, regresó por donde había venido, abriendo y cerrando la puerta que me separaba del resto del castillo, de todos los que estaban allí.

Carol no se creería que me había ido, no sin decirle nada a ella, y mucho menos sabiendo que había renunciado a la herencia antes incluso de venir.

El propio Colin lo sabía, se lo confesé aquella mañana en el porche, cuando pensé que empezaba nuestra tregua.

Entonces, si ya sabía que yo no iba a querer la herencia, ¿por qué quería encerrarme aquí abajo? No lo entendía, de verdad que no entendía nada de lo que estaba pasando.

Me comí la mitad de aquel trozo de pan y bebí unos sorbos de agua, dejando el resto para ir bebiendo de a poco y conservar algo para la noche.

No sabía cuándo sería la próxima vez que Rose bajara a traerme algo de comer y de beber.

Eché un vistazo a aquel lugar en el que estaba encerrada y comprendí que, durante un incierto número de días aquel sería el lugar en el que viviría. Donde tendría que dormir y hacer mis necesidades.

La idea me hizo estremecer y me entraron unas terribles ganas de llorar. No me merecía aquello, no merecía que Colin me diera ese trato, como si no fuera una persona sino un animal al que encerrar y dejar abandonado esperando a que muriera.

Y pensar que creí que había recuperado al niño con el que crecí, qué tonta había sido, tonta e ilusa.

Capítulo 35



Rose

Debía reconocer que me estaba saliendo todo a pedir de boca, mucho mejor de lo que había imaginado.

¿Quién se creía aquella niña estúpida que era para robarme lo que me había estado ganando durante años?

¿Y Colin? ¿Cómo pudo hacerme eso a mí? ¿A mí? Yo, que le daba cuanto pedía dentro y fuera de la cama. Yo, que estaba allí para él, para apoyarlo en lo que necesitara. Yo, que me había ganado a pulso ser la maldita reina de su castillo.

¿Y él va y se acuesta con otra? Me las iba a pagar, pero con creces, puesto que no era tonta y sabía que esa chica le importaba, quizás más de lo que quisiera hacerme ver, pero no había más que observarle mirándola cuando ella no se daba cuenta, yendo detrás para poder verla de lejos, dejando claro que su interés no era solo sexual, y por eso debía deshacerme de aquella mocosa como fuera.

Estaba todo planeado, y a esas horas, en el castillo todos estarían preocupados por dónde estaría la pobre niña Kenzie.

Me había encargado de guardar a buen recaudo su móvil que dejé apagado, así como el bolso y sus documentos, de modo que todos pensarán que se iba a casa tan solo con lo puesto para no ir caminando a la ciudad en mitad de la noche arrastrando las maletas.

Su amiga, esa mujer vulgar en la que no entendía que había visto Logan, y supe de su historia por una conversación que escuché entre Colin y él, estaba desesperada llamándola sin obtener respuesta.

Era ya la hora de comer y los chicos habían estado trabajando en el porche todo el día, por lo que sabía que no entraron en el despacho en ningún momento y podría mentir sobre la nota que había encontrado allí.

—Es que no es normal en ella. —Escuché que decía Carol en el porche—. Me habría dicho que se iba y cuándo volvería, aunque solo fuera a pasar el día sola por Edimburgo. ¿Y que tenga el móvil apagado? Ni en broma, jamás lo apaga por si sus padres quieren contactar con ella.

—Colin. —Le llamé saliendo al porche, allí estaban él, su padre, Logan y Carol—. Fui a buscarte al despacho y encontré esto en el escritorio. —Le tendí el sobre en el que venía escrito su nombre.

—¿Qué es esto?

—No lo sé, no lo he abierto. —Me encogí de hombros, mostrándome tan melosa y complaciente con él como siempre.

Colin abrió el sobre, sacó la nota y empezó a leer. No me molesté en retirarme, me quedé allí de pie a su espalda, leyendo lo que yo misma había escrito poco antes.

«Has ganado, el castillo es íntegramente tuyo. Me voy, abandono antes del plazo impuesto por tu abuelo, como siempre quisiste.

Dile a Carol que no me busque y que no llame a mis padres, necesito estar sola un tiempo, yo me pondré en contacto con ella.

Kenzie».

—Se ha ido —dijo Colin.

—¿Cómo que se ha ido? —gritó Carol— ¿A dónde mierda iba a ir? Todavía no ha acabado el plazo.

—Pues es lo que dice aquí, que se va y que el castillo es mío. No quiere que la llames y tampoco que avises a sus padres, que ella te contactará.

—¿Me estás vacilando, gringo mentiroso? —Estalló poniéndose en pie—. Kenzie no se iría, no sin decirme nada mío. Esto es cosa tuya ¿verdad? —Me señaló y solté un grito de sorpresa llevándome la mano al pecho—. Tú has debido decirle algo para que se vaya, estoy segura. ¿No pudiste soportar que tu prometido le hiciera el amor a otra?

—Yo no he hecho nada —dije con la voz tomada, fingiendo estar a punto de llorar—. Colin me conoce, y Logan también, ni siquiera me he cruzado con ella, y no sabía que mi prometido se había acostado con ella.

Eso era una mentira a medias, lo sabía porque escuché a Colin hablarlo con Logan y después a la propia Kenzie mencionarlo la mañana anterior en los establos, cuando seguí a Colin sin que me viera.

Pero como él no me había dicho una sola palabra al respecto, tuve que mirarle fingiendo estar sumamente dolida.

—No se ha ido —gritó ella—. Kenzie no se ha ido, lo sé. Ella ha hecho que quiera irse.

—Carol, tranquilízate —le pidió Logan.

—No te atrevas a pedirme que me tranquilice —dijo señalándole con el dedo—. Sé que no se iría, no tenía motivos para hacerlo, no si esta bruja no le hubiera dicho algo. Si has tenido algo que ver en esto —se giró para señalarme—, te aseguro que te arrepentirás y lo pagarás caro.

Entró prácticamente corriendo y Logan fue tras ella. Nolan, el padre de Colin, me observaba detenidamente, por lo que tuve que retirar algunas lágrimas invisibles que empezaban a humedecer mis ojos.

—Colin —dije apoyando la mano en su hombro—. Solo fui a buscarte y encontré la nota, tú me conoces.

—Claro que te conozco, Rose —respondió poniéndose en pie—. Claro que lo hago.

Se marchó, al igual que Logan y aquella mujer, dejando la comida en la mesa, nadie había tocado un solo plato.

Le observé irse hasta que escuché la silla en la que estaba sentado Nolan arrastrándose por el suelo.

—No sé qué razones tendrías para querer que esa chiquilla se fuera —dijo pasando por mi lado—. Pero si Carol tiene razón, te aseguro que no tendré el más mínimo remordimiento al echarle de mi castillo.

Se fue y me quedé sola en el porche. No me importaba, ya había conseguido el objetivo de quitarme a esa niña estúpida de en medio, solo tendría que ir con cuidado de que no me vieran entrar en las mazmorras, por lo que sus comidas deberían ser por la noche, cuando todos durmieran.

Me senté en el sitio que estaba reservado para mí, contemplando los extensos terrenos de aquel majestuoso jardín por los que pasearía dentro de poco convertida en la esposa de Colin Sinclair.

Cogí la botella de vino y me serví una copa, brindando por mí y el futuro que me esperaba.

Todo saldría como lo había planeado, y en un par de años, con un hijo de Colin en mi vida, me convertiría en una mujer digna de la posición que merecía.

Tendría una fortuna que conseguiría con el divorcio, y una pensión por manutención para ese pequeño mocoso que le daría a Colin.

a

Bien sabía todo el que me conocía que no me gustaban los niños, pero a veces, para conseguir aquello que has deseado durante años, había que hacer pequeños sacrificios.

Le observé irse hasta que escuché la silla en la que estaba sentado Nolan arrastrándose por el suelo.

—No sé qué razones tendrías para querer que esa chiquilla se fuera —dijo pasando por mi lado—. Pero si Carol tiene razón, te aseguro que no tendré el más mínimo remordimiento al echarle de mi castillo.

Se fue y me quedé sola en el porche. No me importaba, ya había conseguido el objetivo de quitarme a esa niña estúpida de en medio, solo tendría que ir con cuidado de que no me vieran entrar en las mazmorras, por lo que sus comidas deberían ser por la noche, cuando todos durmieran.

Me senté en el sitio que estaba reservado para mí, contemplando los extensos terrenos de aquel majestuoso jardín por los que pasearía dentro de poco convertida en la esposa de Colin Sinclair.

Cogí la botella de vino y me serví una copa, brindando por mí y el futuro que me esperaba.

Todo saldría como lo había planeado, y en un par de años, con un hijo de Colin en mi vida, me convertiría en una mujer digna de la posición que merecía.

Tendría una fortuna que conseguiría con el divorcio, y una pensión por manutención para ese pequeño mocoso que le daría a Colin.

Bien sabía todo el que me conocía que no me gustaban los niños, pero a veces, para conseguir aquello que has deseado durante años, había que hacer pequeños sacrificios.

Capítulo 36



Colin

Se había marchado y había dejado esa nota que claramente se contradecía con lo que me contó sobre que había renunciado a su parte del castillo, no entendía nada, pero ¿tanto daño le hice esa noche para que actuara de esa manera y se esfumara de la nada dejando aquí sola a Carol, su inseparable amiga?

Yo vi un beso, vale que había una reja que no me dejaba verlo bien, pero, aparentemente, vi un beso y si no, estaban demasiado cerca o a punto de hacerlo.

Sí, me pasé con las palabras, sin lugar a duda estuvieron fuera de lugar y ella no las merecía, pero ¿quién me decía a mí que ahora mismo no estuviera con ese hombre?

Loco, me iba a volver loco y maldecía cada minuto de mi vida por no haber frenado la llegada de Rose que, aunque Carol la apuntaba como el motivo de la desaparición, yo no la veía con ese poder ni con la maldad extrema, que tonta era un rato, pero de ahí a...

Dos golpes fuertes en la puerta del despacho y se abrió antes de que diera mi permiso.

—No me creo que seas tan despiadado de no hacer nada, no me lo puedo creer, eres un sinvergüenza y veremos a ver si tú tienes que ver algo también en esto, pero te juro por mi vida que, como mi amiga no aparezca rápido y veloz, a vosotros os meto entre rejas. ¡Hijos de puta! —En ese momento que me chillaba Carol entró Logan y la agarró.

—No, él no tiene nada que ver.

—Deja de defender a tu amigo. ¿No pensáis que le puede estar pasando algo? ¡Me cago en vuestra puta vida! —Le dio una patada a la silla que la empotró contra el escritorio—. No me toques —le advirtió a Logan—, quiero a mi amiga ya aquí, o me voy a encargar de poner el castillo patas arriba y que venga hasta la policía. No me conocéis, no sabéis lo que soy capaz de hacer. —Me señalaba con el dedo—. Traed a mi amiga sana y salva si no queréis comenzar a vivir los peores años de vuestras vidas, tú y la puta esa que tienes de prometida. —Se deshizo de la mano de Logan que le agarraba el brazo y se marchó dando un portazo que retumbó en toda la sala.

—No me creo a Rose, no me la creo, lo siento —me dijo Logan antes de correr tras ella.

Escuchaba por los pasillos a Carol chillar como una loca y la entendía, al fin y al cabo, no sabía nada de su amiga.

Otros dos golpecitos en la puerta, pero esta vez más flojitos, y Rose asomó la cabeza y entró.

—Esa mujer está loca ¿qué culpa tenemos los demás de que su amiga se haya querido ir? Ni que la hubiéramos echado.

—Rose, hoy tengo mucho trabajo, no quiero seguir con el tema. —Le mentí para que se marchase y me dejara a solas.

—Bueno, dame un besito y luego nos vemos para la hora de la comida.

No voy a decir que me daban asco sus besos cuando llevaba mucho tiempo atrás liándome con ella, mucho antes de aparecer Kenzie, ya que yo la veía en California, pero que no los deseaba, ya no, ni lo más mínimo, mi corazón estaba junto a esa rubita que había conseguido sacar lo mejor de mí.

Se marchó con un contoneo de caderas que me pusieron aún de peor humor, no me gustaba su forma de ser, Kenzie era todo lo contrario, incluso cuando me sentaba en el sofá y se me sentaba encima Rose, le iba esquivando esos besos que me daba, no podía, mi corazón estaba en otro lugar que nada tenía que ver con ella.

Evan apareció por el despacho después de que le pidiera que viniese, le quería comentar que investigara como pudiese en dónde podía estar Kenzie, con quién se marchó, o si había alguien detrás de todo esto.

En mi cabeza había mil hipótesis, pero ninguna en claro, todo podía ser posible, incluso que ella, saturada y por sus propios medios, hubiese decidido apartarse del castillo y de todo y marchase unos días sola por ahí, pero, ¿por qué no se llevó a Carol? ¿Por qué no le dejó una nota a ella?

Me estaba volviendo loco, estaba desesperado, pero no quería aparentarlo delante de nadie hasta saber la verdad de todo, si se marchó tenía que ir a buscarla para hablar con ella y hacer que se marchara Rose, y si le hicieron algo, iban a pagar hasta la saciedad los hechos.

No había pasado ni una hora cuando escuché en el pasillo algo y me detuve detrás de la puerta a escuchar.

—Sé que tú tienes que ver en esto. ¡Lo sé, pedazo de puta!

—Tu amiga se marchó porque no soportó que yo fuera la prometida de Colin y no ella, a esa que usó durante un tiempo.

—Entonces eres un ciervo con los cuernos más grandes del planeta.

—Mira, eres una cosita de esas que infectan el planeta como tu amiga, no sois nada y me alegro de que se marchara, no podía competir conmigo.

—Me cago en toda tu familia.

En esos momentos escuché chillar a Rose y me asomé un poco y vi cómo la tenía cogida por los pelos y la arrastraba por todo el pasillo antes de soltarla en una esquina y volverle a gritar.

—Si no aparece ya mi amiga, la próxima vez te lanzo por las escaleras.

—¡Se lo voy a decir a Colin!

—Mira —se echó a reír muy fuerte y con ganas—, díselo y de mi parte le dices también que venga, que va a saber lo que es comerse cada escalón del castillo. ¡Ve! Eres una hija de puta y no vas a ser feliz ni un solo día aquí porque yo no te lo voy a permitir. Muchos sabemos que tú has tenido algo que ver.

—Mi prometido me cree.

—Tu prometido amaba a Kenzie como jamás lo hará contigo, aunque sea un cabrón, jamás te miró como la miraba a ella. —Se agachó, le quitó el tacón y le dio en la cabeza antes de irse.

Me metí hacia dentro sabiendo que Rose vendría directa a mi despacho, esta vez ni tocó la puerta.

—Colin, Carol me agredió, hay que echarla del castillo ahora mismo. —hizo como si llorara sentándose en una silla.

—De verdad, estoy saturado, no entiendo qué pintas en medio de todo esto y por qué ella hizo supuestamente eso. —Lo puse en duda a pesar de haber visto toda la escena.

—¿No me estás creyendo?

—Rose, por favor, si no estás a gusto en el castillo me lo dices, pero no estoy para más problemas de los que ya tengo.

—¿Es por esa mujer?

—Rose. —Le señalé a la puerta y le puse una cara de no admitir debate alguno.

—Yo te amo de verdad y estoy pagando todo lo malo que trajeron esas mujeres al castillo.

—Rose. —Seguí invitándola a marcharse señalándole la puerta con el dedo.

Se marchó dando un golpe fuerte y seco, como hizo Carol, pero me daba igual, estaba saturado, quería saber qué estaba pasando y si de paso se marchaba Rose por sus propios pies, mucho mejor.

Logan apareció por mi despacho con cara de pocos amigos y se paró ante mí.

—Aquí hay gato encerrado, ahora mismo le está diciendo Carol a la familia de Kenzie que está enferma y esta le dice que les parece extraño que, aunque esté enferma no sea capaz de hablar con ellos, no sé, me da que si su mejor amiga y su familia saben que Kenzie es imposible que no tenga ningún contacto con ellos, es raro que, de repente, haga todo eso que nadie espera.

—No sé lo que puede haber o no, lo que sí sé es que vamos a descubrirlo, pero vamos, la teoría de que se marchó puede ser perfectamente, es muy sensible y después de mi bronca con ella y ver a Rose paseándose como mi prometida, haya estallado y se haya ido por decisión propia.

—Tampoco entiendo que tú hayas permitido que Rose vaya de esa manera y autoproclamándose así.

—Lo único que quiero es que se vaya y poder hablar con Kenzie en donde esté —confesé con un nudo en la garganta—. Estoy poniendo de mi parte para que se sepa su paradero, aunque no lo muestre.

—Carol está como loca, convencida de que es Rose.

—No sé, que Rose es tonta los sabemos todos, pero de ahí a que sea capaz de hacer desaparecer a una persona, no sé yo.

—No podemos descartar nada, aunque yo pienso que ella se marchó por sus propios pies, pero por otro lado me extraña que no pusiera al tanto a Carol.

—Eso me pasa a mí.

El tema estaba en el aire y ahora nos tocaba descubrir la verdad y zanjar todos los asuntos, el primero el de Rose, no iba a permitir que se quedara mucho tiempo en el castillo.

—Lo único que quiero es que se vaya y poder hablar con Kenzie en donde esté —confesé con un nudo en la garganta—. Estoy poniendo de mi parte para que se sepa su paradero, aunque no lo muestre.

—Carol está como loca, convencida de que es Rose.

—No sé, que Rose es tonta los sabemos todos, pero de ahí a que sea capaz de hacer desaparecer a una persona, no sé yo.

—No podemos descartar nada, aunque yo pienso que ella se marchó por sus propios pies, pero por otro lado me extraña que no pusiera al tanto a Carol.

—Eso me pasa a mí.

El tema estaba en el aire y ahora nos tocaba descubrir la verdad y zanjar todos los asuntos, el primero el de Rose, no iba a permitir que se quedara mucho tiempo en el castillo.

Capítulo 37



Kenzie

Si no fuera por la pequeña ventana que tenía en aquel reducido espacio, habría perdido la noción del tiempo por completo.

Desde que me desperté, aquella era la tercera vez que vi amanecer, y era la tercera noche que recibía.

El día anterior Rose me trajo comida por la noche, si es que a un trozo de pan y una simple botella de agua se le podía llamar comida.

Necesitaba algo más con lo que llenar mi cuerpo, empezaba a notar la falta de azúcar y también de café.

Allí no podía hacer otra que dormir, por lo que al menos de ese modo no sufría por el hambre.

No sabía cuánto tiempo tendrían pensado Colin y esa mujer mantenerme allí encerrada, ella solo dijo que el tiempo que fuera necesario, y no había que ser muy lista para saber que, con mi partida, Colin se haría con la herencia completa del castillo, de modo que en cuanto el abogado tuviera todos los papeles listos, la firma sería inminente.

Y posiblemente Carol se había ido, habría regresado a New York y les habría contado a mis padres y hermana la mentira que Colin y Rose le dijeran a ella.

¿Me estaría buscando? ¿Y Nolan? ¿Se habrían creído que de verdad me había ido de allí sin más, sin tan siquiera despedirme?

Me iba a volver loca, en cualquier comentario acabaría hablando con una de las botellas de agua vacía como el mismísimo Tom Hanks que hablaba en la película con aquel balón de fútbol.

Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia la pared, recostándome en ella, esperando que esa noche también me trajera comida.

Acabé quedándome dormida y me desperté al escuchar la puerta cerrarse.

Lo bueno de pasar el día sola y rodeada de silencio, es que se me había agudizado el oído.

No tardé en ver a Rose con un pequeño camisón y una bata que no dejaban mucho a la imaginación, sin duda, venía de estar con Colin.

—Buenas noches, princesita —dijo con esa sonrisa falsa que lucía cada vez que venía—. Aquí tienes la comida.

—Llamar comida a esto, es de mal gusto —protesté sin levantarme.

—¿Preferirías que no te trajera nada? Porque no me supone ningún problema dejarte morir de hambre aquí. Para cuando alguien te encontrase, podrían pasar años.

No respondí, y al ver que no pensaba darle más conversación que aquella, suspiró.

—En serio, Colin se disgustaría si supiera que no agradeces lo que te traigo. No quiere que mueras, solo que estés aquí hasta que firme la herencia.

Algo imaginaba, y al menos ahora tenía la certeza de que así era.

—¿Cuándo será eso? Porque llevo aquí tres días completos, y quiero salir.

—Yo también querría, no huele muy bien ahí dentro. —Frunció el ceño.

—¿A qué pensabas que olería? Entre la humedad, que no me puedo lavar y que hago mis necesidades en una puta esquina, ¿qué esperabas? ¿En qué pensaba Colin para meterme aquí? Podría haberme pedido que me fuera, así, si más, y me habría ido. No entiendo que me torture de este modo, y encima lo esté disfrutando. —Eso era lo que más me dolía.

—Debes entender que Colin es un hombre de negocios, que siempre consigue lo que quiere y a veces no lo hace de la forma más legal. Que aproveche la cena, princesita, nos vemos mañana por la noche.

Le habría tirado la botella de agua abierta, si no fuese porque necesitaba beber.

Por mucho que apurara cada una de las que me traía, se acababa antes de que volviera de nuevo, por lo que pasaba algunas horas sin poder beber.

Al menos me quedaba dormida y no pensaba en el hambre y tampoco en la sed que tenía.

Comí aquel trozo de pan a pequeños bocados, dejando para el desayuno y la comida del día siguiente, y bebí un par de sorbos.

Sabía de sobra que, cuando el cuerpo se acostumbra a ingerir pocas cantidades de comida y bebida, no era bueno llenarlo de golpe o acabaría por vomitar todo, y eso sí que sería un desastre.

Suspiré mirando por la ventana, la luz de la luna me servía de compañía mientras que por el día me mantenía en el rincón donde menos daba el sol, solo faltaba que además de deshidratarme y pasar hambre, me diera un golpe de calor.

No quería morir allí, pero tampoco sabía cómo salir de aquel lugar.

Durante la noche anterior hasta que me venció el sueño, me planteé la posibilidad de lanzar todas las botellas de agua vacías a la ventana esperando que atravesaran los barrotes. Tal vez, si alguien las veía si pasaba por allí, podría escucharlos y pedir ayuda.

Pero sabía que aquello era una tontería, posiblemente nadie pasara por aquella zona de los jardines.

Me acomodé como cada vez que quería dormir, cerré los ojos y pensé en mi familia, en lo que les habrían contado sobre mi ausencia, en si me estarían buscando.

Comencé a llorar como había estado haciendo cada vez que pensaba en Colin, ese hombre era un demonio con cara de ángel.

¿Cómo podía hacerme aquello? ¿Acaso era que no me había creído cuando le dije que ya había renunciado a la herencia? ¿Por qué simplemente no me pidió que me fuera?

Lo habría hecho, si ya había renunciado a la herencia, no me importaba contarle a Carol que le había contado a Colin la decisión que tomé y me habría ido.

A fin de cuentas, yo no era una Sinclair, él sí, y por mucho que el señor Arthur me tratase y me quisiera como a una nieta, no lo era. Colin era su nieto, el legítimo heredero de todo cuanto su abuelo y su padre quisieran dejarle, no yo.

Si el señor Arthur supiera de lo que había sido capaz su nieto con tal de evitar que yo me quedara con lo que él quería dejarme, estaría horrorizado.

—Colin será un buen hombre algún día, heredó mi cabezonería, pero el noble corazón de su madre. Cuando sea adulto y le llegue el momento, se convertirá en un buen esposo y padre, además de un hombre de negocios como siempre ha querido ser. Y me sentiré tan orgulloso de él como ya lo estoy de mi hijo Nolan. —Aquellas fueron las palabras que el señor Arthur me dijo la noche en que Colin se fue a la universidad.

Por aquel entonces estaba orgulloso de su nieto, de lo mucho que había estudiado para conseguir esa plaza en la universidad. ¿Qué pensaría ahora del hombre en el que se había convertido?

Porque, a mi modo de ver, estaba bastante lejos del que él esperaba que fuera.

Pero sabía que aquello era una tontería, posiblemente nadie pasara por aquella zona de los jardines.

Me acomodé como cada vez que quería dormir, cerré los ojos y pensé en mi familia, en lo que les habrían contado sobre mi ausencia, en si me estarían buscando.

Comencé a llorar como había estado haciendo cada vez que pensaba en Colin, ese hombre era un demonio con cara de ángel.

¿Cómo podía hacerme aquello? ¿Acaso era que no me había creído cuando le dije que ya había renunciado a la herencia? ¿Por qué simplemente no me pidió que me fuera?

Lo habría hecho, si ya había renunciado a la herencia, no me importaba contarle a Carol que le había contado a Colin la decisión que tomé y me habría ido.

A fin de cuentas, yo no era una Sinclair, él sí, y por mucho que el señor Arthur me tratase y me quisiera como a una nieta, no lo era. Colin era su nieto, el legítimo heredero de todo cuanto su abuelo y su padre quisieran dejarle, no yo.

Si el señor Arthur supiera de lo que había sido capaz su nieto con tal de evitar que yo me quedara con lo que él quería dejarme, estaría horrorizado.

—Colin será un buen hombre algún día, heredó mi cabezonería, pero el noble corazón de su madre. Cuando sea adulto y le llegue el momento, se convertirá en un buen esposo y padre, además de un hombre de negocios como siempre ha querido ser. Y me sentiré tan orgulloso de él como ya lo estoy de mi hijo Nolan. —Aquellas fueron las palabras que el señor Arthur me dijo la noche en que Colin se fue a la universidad.

Por aquel entonces estaba orgulloso de su nieto, de lo mucho que había estudiado para conseguir esa plaza en la universidad. ¿Qué pensaría ahora del hombre en el que se había convertido?

Porque, a mi modo de ver, estaba bastante lejos del que él esperaba que fuera.

Capítulo 38



Carol

Estaba desesperada, había pasado una semana desde que Kenzie había desaparecido, porque eso era lo que había pasado con mi mejor amiga.

¿En serio la bruja esa pensó que me creería que se había ido así, sin más? Ja, no me conocía ni lo más mínimo.

Ella tenía algo que ver, no me cabía duda al respecto. Kenzie no se iría del castillo antes del plazo, ¿qué razón tendría para hacerlo si ya había renunciado a su parte de la herencia?

No se había ido, no al menos por su propia voluntad. Pero, entonces ¿dónde estaba?

Y ya no me valía la excusa de que había cogido una gripe fuerte que la mantenía en cama y sin fuerzas para cuando me llamaban sus padres o su hermana preguntando, pronto empezarían con las preguntas y las sospechas de qué pasaba.

Suspiré, mirando por la ventana. Estaba en la cama con Logan, desde que había pasado lo que Kenzie, no me había dejado quedarme sola en mi habitación ni una sola noche. Y se lo agradecía, porque el silencio me hacía pensar y me volvía loca sin saber dónde estaba mi amiga.

Al menosteniéndole al lado llenaba el silencio con sus respiraciones.

Pero ni una sola había podido dormir más de cuatro o cinco horas seguidas, por no hablar de que me costaba conciliar el sueño y me quedaba mirando hacia la luna como en ese momento al menos dos horas.

Sin hacer ruido me levanté de la cama, cogí el móvil y fui hacia la puerta caminando de puntillas, necesitaba tomar el aire y no quería despertar a Logan por nada del mundo.

Habíamos tenido la misma conversación cada día de la última semana, esa en la que yo le aseguraba que mi mejor amiga estaba en alguna parte de Edimburgo porque no se habría ido sin mí, y él me decía que tal vez le pudo la presión de saber que Rose estaba en el castillo y, a causa del dolor que sentía porque Colin no le había hablado de ella, decidió marcharse.

Tonterías, una pobre y absurda excusa que no me creía.

Bajé sin hacer ruido y caminé hasta la cocina, me serví un vaso de limonada y salí al porche a tomármelo.

El aire fresco de la noche me ayudaría a relajarme, al menos.

Estuve viendo las fotos que Kenzie y yo no habíamos hecho desde nuestra llegada a Edimburgo. La que más me gustaba de ella era una en la que estaba subida a esa yegua que tanto adoraba, la vi sonriente y feliz y quise plasmar aquel momento para cuando estuviéramos de vuelta en New York que tuviera un recuerdo bonito de su estancia en el lugar donde pasó los mejores años de su infancia.

Suspiré dejando el móvil en la mesa, me bebí la limonada y me quedé allí en silencio hasta que noté que me estaba quedando fría.

Recogí todo, lo dejé en la cocina y cuando salí, dispuesta a ir hacia las escaleras, escuché una puerta al fondo abriéndose. Eché un vistazo y vi que era Rose.

Me escondí para que no me viera, cerró la puerta, fue al despacho donde estuvo apenas unos minutos hurgando en algún cajón, y cuando salió fue directa a las escaleras para subirlas con la misma altanería y altivez de siempre.

¿Dónde habría ido en mitad de la noche, en camisón y con la bata?

Fruncí el ceño y cuando la vi desaparecer por completo de mi vista, caminé hacia la puerta por la que la había visto salir.

Encendí la linterna del móvil y traté de girar el pomo, pero estaba cerrado.

Comprobé que no había nadie, entré en el despacho y vi que en el escritorio había cuatro cajones.

—Mierda, ¿cuál de ellos ha abierto la bruja del Oeste? —murmuré agachándome, y descarté uno porque tenía cerradura y no había ninguna llave puesta.

Abrí los otros tres y, en el último, encontré una llave antigua que podría ser la de la puerta del fondo.

La cogí, regresé y pedí ayuda divina a todos los Santos y Apóstoles que estuvieran escuchándome para que aquella fuera la llave.

—¡Bien! —casi grité al comprobar que la cerradura giraba con facilidad y se abría la puerta.

Estaba oscuro, y por más que busqué un interruptor, no lo encontré, así que bajé aquellas escaleras después de cerrar la puerta guiándome con la luz del móvil.

Encontré otra puerta, sin cerradura por suerte para mí, y la abrí.

El olor a humedad era notable, por lo que debía estar en un sótano.

Solo que, al ver las puertas de barrotes y aquellos pequeños habitáculos, deduje que eran las viejas mazmorras del Castillo Sinclair, el lugar en el que muchos de los antepasados del señor Arthur habían retenido a sus enemigos.

—¿Qué hacía Rose aquí abajo? —murmuré iluminando cada rincón.

Solo me faltaba que aquella mujer estuviera planeando hacer saltar el castillo por los aires y hubiera colocado bombas o explosivos en las mazmorras.

Dios, Kenzie tenía razón, tenía que dejar de ver películas policíacas y conspirativas.

Llegué hasta el final de aquel húmedo pasillo observando cada celda, porque eso era lo que debían ser, sin encontrar nada que llamara mi atención. Hasta que, en la última de todas, a la derecha, vi algunas botellas de agua avacías esparcidas por el suelo.

Fruncí el ceño, seguí iluminando con la linterna, y se me escapó un leve grito que amortigué cubriéndome la boca con la mano.

Mi mejor amiga estaba allí, tumbada en el suelo, dormida, o inconsciente, no lo sabía, con la camiseta blanca llena de suciedad, así como su precioso pelo rubio.

Tenía al lado un trozo de pan al que le había dado algunos bocados y una botella que no estaba llena del todo.

Sabía que Rose tenía algo que ver, sabía que ella había tramado todo esto para quitar a Kenzie de en medio, esa mujer estaba loca, enferma.

—Kenzie —la llamé en susurros y con la voz cargada de esas lágrimas que empezaban a salir de mis ojos—. Kenzie, soy yo, despierta —le dije, arrodillándome frente a los barrotes.

Quería tocarla, pero no podía, no llegaba hasta ella, estaba muy apartada de la puerta.

—Kenzie, despierta por favor —supliqué, temiendo que estuviera muerta, aunque poco antes había comido y bebido, tal vez solo estaba agotada.

Algo normal, por otro lado, puesto que llevaba una semana sin comer en condiciones, incluso la veía un poco más delgada.

—¡Kenzie! —grité, a sabiendas de que ella debió gritar mucho cuando se despertó y nadie en todo el castillo la escuchó.

Y por fin, mi mejor amiga, comenzó a moverse, al menos un poco.

Solo me faltaba que aquella mujer estuviera planeando hacer saltar el castillo por los aires y hubiera colocado bombas o explosivos en las mazmorras.

Dios, Kenzie tenía razón, tenía que dejar de ver películas policíacas y conspirativas.

Llegué hasta el final de aquel húmedo pasillo observando cada celda, porque eso era lo que debían ser, sin encontrar nada que llamara mi atención. Hasta que, en la última de todas, a la derecha, vi algunas botellas de agua vacías esparcidas por el suelo.

Fruncí el ceño, seguí iluminando con la linterna, y se me escapó un leve grito que amortigué cubriéndome la boca con la mano.

Mi mejor amiga estaba allí, tumbada en el suelo, dormida, o inconsciente, no lo sabía, con la camiseta blanca llena de suciedad, así como su precioso pelo rubio.

Tenía al lado un trozo de pan al que le había dado algunos bocados y una botella que no estaba llena del todo.

Sabía que Rose tenía algo que ver, sabía que ella había tramado todo esto para quitar a Kenzie de en medio, esa mujer estaba loca, enferma.

—Kenzie —la llamé en susurros y con la voz cargada de esas lágrimas que empezaban a salir de mis ojos—. Kenzie, soy yo, despierta —le dije, arrodillándome frente a los barrotes.

Quería tocarla, pero no podía, no llegaba hasta ella, estaba muy apartada de la puerta.

—Kenzie, despierta por favor —supliqué, temiendo que estuviera muerta, aunque poco antes había comido y bebido, tal vez solo estaba agotada.

Algo normal, por otro lado, puesto que llevaba una semana sin comer en condiciones, incluso la veía un poco más delgada.

—¡Kenzie! —grité, a sabiendas de que ella debió gritar mucho cuando se despertó y nadie en todo el castillo la escuchó.

Y por fin, mi mejor amiga, comenzó a moverse, al menos un poco.

Capítulo 39



Kenzie

En cuanto Rose se alejó de la puerta di un par de bocados al pan y unos pequeños sorbos a la botella de agua.

Llevaba una semana allí encerrada y sabía que había perdido peso, por no hablar de la cantidad de vitaminas que me faltaban y el cansancio que sentía en cada rincón de mi cuerpo.

Pasaba las horas durmiendo, y no me costaba conciliar el suelo como los primeros días, al contrario, en cuanto me recostaba en el suelo y cerraba los ojos, caía en un sueño profundo.

En esos sueños veía a mis padres y a mi hermana, y nunca había dejado New York para viajar a Edimburgo.

No sabía cuánto tiempo llevaba en aquel sueño, pero de repente me pareció escuchar la voz de Carol.

—Kenzie. —Era apenas un susurro, parte del sueño—. Kenzie, soy yo, despierta. —Su voz sonaba como si estuviera a punto de llorar, ¿estaría bien?

Me encontraba tan cansada que no podía moverme, tan solo dentro de mi sueño miraba a mi alrededor buscando a Carol, tratando de ver de dónde procedía su voz.

—Kenzie, despierta por favor. —Sonaba a súplica, pero estaba con mi familia y no quería despertar.

Mi padre nos abrazaba a Tara y a mí, una a cada lado, mientras mi madre se sentaba a mi derecha y me cogía de la mano con una sonrisa.

—¡Kenzie! —gritó, y eso fue lo que hizo que, poco a poco, mi cuerpo reaccionara y se me abrieran los ojos despacio, cargados del cansancio que arrastraba desde hacía días.

—¿Carol? —pregunté.

—¡Oh, por Dios! Kenzie, estás viva —dijo y la escuché llorar—. Sabía que no te habías ido, sabía que esa bruja tenía algo que ver.

—¿Cómo has entrado? —pregunté acercándome a los barrotes, pero me detuve antes de llegar, debía oler fatal después de una semana sin poder lavarme y rodeada de humedad y suciedad.

—Por la puerta, ven aquí, necesito abrazarte —me pidió sin dejar de llorar con los brazos extendidos.

—No huelo a perfume, Carol —murmuré.

—¿Y? ¿Crees qué eso me importa? Llevo una maldita semana de mierda pensando que estarías por ahí en cualquier lago hecha pedacitos. Ven aquí ahora mismo y dame un abrazo, joder. —No dejaba de llorar, y eso hizo que yo también llorara.

Fui hacia sus brazos y nos fundimos en un achuchón de esos que solíamos darnos. Las dos llorábamos sin parar mientras ella no dejaba de decir lo mucho que se alegraba de que estuviera allí.

—O sea, no me alegro —dijo apartándose mientras se secaba las lágrimas—. Que estés aquí es una mierda, pero al menos estás viva.

—¿Cómo me has encontrado?

—Vi a la bruja de Rose salir por una puerta por la nunca habíamos pasado nosotras, fue al despacho y cuando al fin subió, me acerqué, pero estaba cerrada, sí que busqué la llave donde ella la podría haber encontrado.

—En el despacho —adiviné, y ella asintió.

—Voy a sacarte de aquí. —Se puso en pie y vio el candado con el que Rose había cerrado la puerta—. Oh, joder, maldita bruja gringa de mierda.

—Tranquila, ve a buscar ayuda.

—¿Y dejarte aquí sola? Ni hablar. Puede volver y no pienso arriesgarme a eso.

—Ya no vuelve, solo me trae pan y agua por las noches.

—¿Solo eso para comer en todo el día? Yo es que la mato, de verdad que la mato. Voy a llamar a Logan.

—¿Cómo?

—Con el móvil, ¿o pensabas que era solo una linterna? —Arqueó la ceja y sonrió mientras marcaba— Sí, Logan, soy yo. No, calla y escúchame. Necesito que cojas unas horquillas de mi neceser y bajes a las mazmorras. Sí, eso he dicho. No, escocesito, no es una fantasía sexual, por Dios. ¿Sabes cuál es el acceso a las mazmorras? Ajá, sí, eso. Pues baja aquí, venga, mueve ese culo lindo que tienes, gringo, y no hagas ruido. —Y colgó—. Ya vienen los refuerzos, cariño —sonrió y volvimos a abrazarnos.

En ese momento me latía el corazón con tanta fuerza, que temí que se me saliera del pecho.

Era cierto que Rose no volvía a bajar hasta la noche siguiente después de traerme el pan y el agua, pero, ¿y si esa noche lo hacía? ¿Y si aparecía por sorpresa y nos pillaba?

Los minutos pasaban y cuando escuchamos que se abría la puerta y se cerraba, nos quedamos mirando allí con la esperanza de que fuera Logan y el temor de que apareciera Rose. Si era ella, las dos estaríamos perdidas y nadie nos encontraría hasta que Logan dijera que Carol le había llamado.

—¿Carol? —Escuchamos su voz y ambas suspiramos aliviadas.

—Estamos aquí, al fondo —dijo mientras movía la linterna para hacerle señales.

—¿Estamos? ¿Con quién coño has...? ¡¿Kenzie?! —gritó al verme cuando se acercó a la puerta.

—Os dije que esa bruja tenía algo que ver, y no me creísteis. Dame las horquillas. —Se las quitó a Logan de las manos y comenzó a hurgar con ellas en el candado.

—No sé si quiero saber cómo aprendiste a forzar cerraduras —comentó Logan con los ojos entrecerrados.

—Digamos que de adolescente era un poquito rebelde y si mis padres me castigaban sin salir y me encerraban en mi habitación, yo tenía tendencia a escaparme sin ser vista, así que. —Se encogió de hombros y siguió trabajando en el candado hasta escuchamos el «clic» de su apertura—. Cariño, eres libre —dijo abriendo la puerta.

Me lancé a sus brazos llorando y ella me frotó la espalda, Logan sonrió y parecía aliviado de volver a verme.

—Kenzie, vas a tener que pasarte las próximas dos horas en la ducha, ese perfume que llevas no te sienta bien —dijo Carol haciéndome reír.

—Ahora miso mataría por un baño, la verdad. Estoy cansada, me fallan hasta las piernas como para ducharme.

—Ven —dijo Logan que no dudó en cargarme en brazos—. Vamos a mi habitación y nos cuentas todo, ¿de acuerdo?

—Tal vez no te guste escuchar lo que tengo que decir de tu mejor amigo —le advertí.

—Estoy dispuesto a ser neutral en este momento de la noche, y puedo tomar mis propias decisiones con lo que se: que tienes que decir sobre Colin.

Asentí y regresamos arriba. Logan y Carol caminaban sigilosos para no hacer el menor ruido, y una vez en el rellano de su habitación, no pude evitar mirar hacia la puerta en la que dormía Colin. Colin con Rose, no debía olvidarme de ese dato.

Me dejó en el cuarto de baño y Carol preparó la bañera mientras Logan bajaba a la cocina a por un vaso de leche y unas galletas.

;

En cuanto le vi entrar se me hizo la boca agua, necesitaba azúcar.

Carol me dio unas mallas y una camiseta suya, además de unas braguitas, y cuando iba a desnudarme para meterme en la bañera, Logan se giró para salir.

—No puedo creer que, durante todo este tiempo, estuvieras en el castillo —dijo Carol sentándose en el taburete a mi lado.

—¿Qué os dijo Rose?

—Que había ido a buscar a Colin al despacho y que encontró una nota allí dirigida a él, cuando Colin la leyó nos dijo que te habías ido y que me pedías que no te buscara ni le dijera nada a tus padres.

—Yo no escribí ninguna nota.

—Ni yo me lo creí. —Volteó los ojos.

Nos quedamos calladas mientras me bañaba, el agua sentaba tan bien, y el aroma del gel de Carol era tan fresco, así como su champú. Sentía que me había quitado una tonelada de mugre del cuerpo.

Cuando salí de la bañera y me dio la toalla, suspiró.

—Has perdido mucho peso —dijo negando con la cabeza.

—Y al menos me traían agua, no querían tener mi muerte por inanición en sus conciencias —respondí saliendo a la habitación, donde Logan nos esperaba sentado en uno de los sillones que había junto a la ventana.

—¿Rose y quién más? —preguntó él, mientras Carol se sentaba en su regazo y yo en el sillón frente a ellos.

—Colin. Los dos planearon esto, hacerme desaparecer para que él pudiera quedarse con todo el castillo.

—Estás de coña, ¿no? —Logan arqueó la ceja.

—La propia Rose me lo dijo.

Y durante más de una hora les estuve contando todo lo que ella me dijo durante esos días, desde la primera vez que la vi cuando desperté al día siguiente de que me golpearan en la cabeza y me llevara a aquel lúgubre lugar, hasta esa noche, cuando dijo que el abogado había confirmado que, en unos días, Colin sería el único heredero del Castillo Sinclair.

—No puedo creerlo —dijo Carol—. No pensé que Colin fuera a hacer algo así.

—Soy su mejor amigo, su socio, le conozco bien —intervino Logan—. Colin nunca haría eso, no querría hacerte desaparecer.

y

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Carol.

—Hay cosas que yo no puedo decir por él, pero podéis creerme, jamás se aliaría con esa mujer para quitarte de en medio y quedarse con todo.

—Sigues defendiéndole —bufó mi amiga—, y te recuerdo que se acostó con Kenzie sin decirle que estaba prometido.

—Insisto, hay cosas que debe ser él quien os las cuente.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté cambiando de tema— Nadie puede verme mañana en todo el día, y por

la noche, cuando todos estéis durmiendo, Rose volverá a las mazmorras a llevarme pan y agua.

—Dejadme eso a mí, chicas —respondió Logan—. Yo me encargo.

—Y yo contigo —le dijo Carol—. Le tengo ganas a esa bruja, y ya te digo yo que, de este castillo, se va con menos pelo.

Logan y yo nos reímos procurando no hacer demasiado ruido para que no nos escucharan cuando la vimos apretar los nudillos como si se preparara para una pelea.

No podía hacerse una idea mi amiga de lo mucho que la había echado de menos. Cada día de esa última semana, sin duda la peor de toda mi vida, la extrañé mucho.

la noche, cuando todos estéis durmiendo, Rose volverá a las mazmorras a llevarme pan y agua.

—Dejadme eso a mí, chicas —respondió Logan—. Yo me encargo.

—Y yo contigo —le dijo Carol—. Le tengo ganas a esa bruja, y ya te digo yo que, de este castillo, se va con menos pelo.

Logan y yo nos reímos procurando no hacer demasiado ruido para que no nos escucharan cuando la vimos apretar los nudillos como si se preparara para una pelea.

No podía hacerse una idea mi amiga de lo mucho que la había echado de menos. Cada día de esa última semana, sin duda la peor de toda mi vida, la extrañé mucho.

Capítulo 40



Kenzie

Me había pasado todo el día metida en la habitación de Logan, sintiéndome mal por invadir así su espacio, pero me dijo que no había problema por ello, que nadie entraría allí y no me verían.

Ese era el plan, que nadie en todo el castillo pudiera verme porque hasta la noche no actuaríamos.

Habíamos hablado sobre lo que haríamos y a pesar de que no sabía a qué hora iría Rose a las mazmorras para llevarme la succulenta comida, él dijo que tenía un plan para saberlo, solo que no nos quiso contar nada.

Carol se encargó de traerme el desayuno y la comida cuando nadie la veía, le pedí que no fuera demasiado puesto que no quería acabar vomitando por llenarme demasiado ya que tenía el estómago acostumbrado a comer y beber poco, y trajo raciones pequeñas que me tomé con la mayor calma del mundo.

Estaba nerviosa y necesitaba hablar con mis padres, llevaban una semana pensando que estaba tan enferma que no tenía fuerzas para nada, según me contó Carol que les había contado, pero no podía hasta que todo esto acabara.

Esa tarde apareció Logan en su habitación con una sonrisa de oreja a oreja, como un niño pequeño que acaba de hacer una travesura.

—¿Por qué te ríes? —Arquee la ceja.

—Porque he entrado en la guarida de la bruja y he encontrado algunas cosas.

Cuando dejó mi bolso sobre la mesa, le miré con los ojos y la boca abiertos.

—¿Y lo has encontrado así, sin más? —interrogué.

—Kenzie, quien busca encuentra. —Se encogió de hombros—. Pero no llames aún a tus padres, ¿vale?

—Tranquilo, no sabría cómo empezar a contarles... todo.

—Pues por el principio. Por el momento en el que Colin y tú hicisteis un acercamiento, y luego ya entra en escena la mala de la historia.

—¿Por qué no me lo dijo? —pregunté.

—No me hagas preguntas que tiene que responder él.

—Pero, conspiró con ella...

—Para —me pidió evitando que siguiera hablando—. Como dije anoche, conozco a Colin, y sé que no me vas a creer, pero él no sabía nada de esto, Kenzie. No tenía ni idea de que esa mujer pudiera llegar a hacer algo así. Sé a ciencia cierta que no planeó nada de esto con ella.

—Es tu mejor amigo, entiendo que le defiendas —dije con tristeza mirando por la ventana.

—No lo defiendo, pero nos conocemos desde hace más de una década y sé cómo es. Y tú te darás cuenta de muchas cosas cuando acabemos con esa mujer.

No dije nada y él tampoco, me quedé observando por la ventana y lo siguiente que escuché fue la puerta cerrándose.

Debía esperar algunas horas más hasta que fuéramos a llevar a cabo el plan de Logan, ese que, ni Carol ni yo, sabíamos en qué consistiría.

Lo único que me dijo Logan fue que debía esperar a que ellos vinieran a buscarme esa noche, así que, además de caminar descalza por aquella enorme habitación, y quedarme dormida en el sillón junto al ventanal, no había mucho más por hacer.

—Kenzie. —Escuché la voz de Carol en un leve susurro al tiempo que me zarandeaba un poco—. Despierta, nena, que nos vamos de aventura por las mazmorras.

—¿Ya es la hora? —pregunté frotándome los ojos.

—Sí, vamos. Logan está en las escaleras esperándonos.

Asentí, me puse en pie y tras calzarme las deportivas, seguí a mi mejor amiga hacia el pasillo.

Con el máximo de los sigilos, bajamos las escaleras prácticamente de puntillas y encontramos a Logan esperándonos al final.

—Vamos, acaba de entrar —dijo y le seguimos hacia la puerta que conducía al rincón más lúgubre del castillo, el lugar de mi cautiverio.

Logan abrió la puerta y encendió la linterna del móvil para guiarnos por aquellas escaleras. Cuando llegamos a la segunda puerta, se giró llevándose el dedo a los labios pidiéndonos silencio. Abrió, apagó la luz, y salimos los tres tan sigilosos como si estuviéramos a punto de robar.

—No puede ser. —Escuchábamos a Rose gritar—. No puede haberse ido, dejé todo cerrado.

La vi, apoyada en los barrotes de la celda que había frente a la que yo había estado ocupando, frotándose la frente con la mano, nerviosa. De nuevo iba en uno de esos camisones que nada dejaban a la imaginación, y una bata.

—¿Buscas a alguien, Rose? —preguntó Logan llamando al fin su atención, dado que estaba tan concentrada pensando cómo me había escapado, que ni siquiera nos vio llegar.

—Logan, ¿qué haces aquí? —Se incorporó mirándole con los ojos muy abiertos.

A mí no me veía, puesto que me había quedado detrás de él, y Carol, que estaba a su lado, también me tapaba.

—Bueno, vine a enseñarle a Carol las mazmorras, imagina mi sorpresa al encontrarte aquí. ¿Te has perdido?

—No, yo no... Bueno, Colin me pidió que le esperara aquí, ya sabes cómo es, a veces le gusta un poco de sexo duro —dijo cambiando el tono de voz y sentí una punzada de celos en lo más profundo de mi alma—. Así que, si no os importa, no suele gustarme tener espectadores mientras tengo sexo.

—Dudo mucho que a alguien le gustase verte en esos momentos —comentó Carol—. De todos modos, deja el teatro para quien quiera creerte, bruja, sabemos lo que has hecho.

—¿Qué he hecho, según tú?

—Has tenido encerrada a Kenzie una semana en este lugar —respondió Logan—. Eso es rastrero hasta para ti, Rose. Te creía con más clase.

—¿Qué dices? Yo no he encerrado a nadie.

—Me tuviste una semana en esa celda —salí al fin para que me viera, y se le abrieron los ojos aún más que antes—. Sin apenas comida ni agua, y todo porque no querías que fuera un impedimento para conseguir tener a Colin y este castillo.

—Está mintiendo. —Miró a Logan—. ¿Vas a creer a esta chica a la que conoces de hace unas pocas semanas, antes que a mí?

—Por eso, Rose, porque te conozco y porque sé que eres capaz de cualquier cosa, y porque yo mismo la saqué anoche de esa celda, es por lo que la creo a ella. Sabía que eras una mujer interesada y sin alma, pero no hasta qué punto.

—Está mintiendo, tienes que creerme. Espera a que venga Colin y...

—Colin no va a venir, lo sabes tan bien como yo —la cortó él—. Y tú te vienes con nosotros. —La cogió del codo y comenzó a hacerla andar hasta la puerta mientras le pedía que la soltara.

—Te estás equivocando, yo no la encerré, seguro que lo hizo ella misma solo para llamar la atención de Colin.

—¿En serio te crees tus propias palabras, bruja? —gritó Carol— Dios mío, qué egocéntrica eres —resopló.

—No sé qué has visto en esta mujer, Logan, con lo vulgar que es. Tú necesitas alguien mejor a tu lado —le dijo con todo el veneno.

—¿Vulgar yo? Te vas a cagar, bruja.

Ni tiempo nos dio a Logan ni a mí a hacer nada para evitar el desastre. En cuanto salimos por la puerta dejando atrás las escaleras, Carol se lanzó a por ella y la enganchó del pelo, tirando de tal modo que se llevó una de las extensiones en la mano.

—Mira, Kenzie, un trofeo de guerra —dijo sonriéndome mientras Rose se llevaba la mano a la cabeza—. Esto lo quemamos mañana por la noche, a ver si así la bruja también desaparece.

Sonreí apenas un poco, y entonces vi hacia dónde se dirigía Logan con una Rose llamando de todo a Carol, insultos a los que ella respondía de igual modo.

Estábamos a solo unos pocos pasos del despacho, la puerta estaba entreabierta y empecé a sentirme nerviosa al pensar que volvería a ver a Colin después de tantos días.

Solo que, en lugar de él, fue Nolan quien nos recibió allí.

—¿Qué es esto? ¿Qué hago aquí? —preguntó Rose cuando Logan la sentó en una de las sillas, mientras los cuatro nos cerníamos sobre ella.

—Te recibí en mi casa —dijo Nolan—, se te dio un trato cordial y se te permitió campar a tus anchas por donde quisieras. A pesar de nuestro buen hacer, tú has sido una mala invitada. Entraste en el despacho sin permiso, cogiste una llave que no debías coger, y encerraste a Kenzie una semana en las mazmorras, privándola de comer y beber.

—No es cierto, ella se encerró allí solo para dar pena.

—¿Y cómo le llegaban el pan y el agua? ¿Los teletransportaba ella hasta allí abajo? —preguntó Carol con la ceja arqueada.

—Es cosa de ellas —dijo Rose señalándonos a Carol y a mí—. Ellas han conspirado para inculparme. Yo no he hecho nada.

—Entonces, ¿qué hacías en las mazmorras, Rose? —interrogó Nolan.

—Esperaba a Colin, a él le gusta el sexo duro a veces.

—Me he cerciorado antes de que nos encontráramos en la cocina, y no por casualidad como ya sabrás, de que mi hijo seguía durmiendo en su habitación. Así que, disculpa si no me creo eso de que fuerais a tener un encuentro allí abajo los dos.

—Esto es inaudito. Se me está culpando de algo que yo no...

—No sigas por ahí, que anoche te vi salir de las mazmorras, entrar en el despacho y regresar a la habitación —dijo Carol—. ¿Cómo crees que supimos lo que había pasado? Eres una bruja, y deberían quemarte por ello como en la Edad Media.

—¡Nadie tenía derecho a quedarse con lo que me pertenecía! —gritó fuera de sí, poniéndose en pie— Colin es mío, en algún momento nos casaríamos y este castillo también sería mío. ¿Y de repente el viejo imbécil

moribundo decide nombrar heredera también a una indigente como esta? Por favor, se le fue la cabeza.

—Estás hablando de mi padre —le advirtió Nolan con los dientes apretados mientras la cogía de la muñeca con fuerza—. Y estaba en plenas facultades mentales cuando decidió sobre quiénes serían sus herederos.

—Por el amor de Dios, si incluso Colin me dijo que no entendía por qué lo había hecho —resopló.

—Lo hizo porque para él, Kenzie siempre fue como una nieta, parte de nuestra familia. Y creo que, en el fondo, fue el único que vio que entre ella y Colin había algo especial que ellos mismos deberían descubrir en algún momento.

—Quiero ver a Colin —exigió.

—Esta noche no va a ser posible. Le verás cuando él quiera. Y se te acabó la libertad de movimientos —le dijo mirándola fijamente sin soltarle la muñeca—. A partir de ahora, estarás encerrada en tu habitación hasta que mi hijo decida qué quiere hacer contigo.

—¡No puede hacer eso!

—Por supuesto que puedo, y da gracias a que no te dejo en las mazmorras como tú hiciste con Kenzie, tal como me aconsejó Carol —Nolan sonrió levemente mirando a mi amiga por el rabillo del ojo, que ahora estaba más interesada en sus uñas—. Pero, a diferencia de ti, nosotros no somos tan inhumanos.

La empujó hacia Logan, que la volvió a coger del codo y comenzó a sacarla del despacho.

—¿A que no adivinas quién va a tener la llave de tu habitación, querida? —le preguntó Carol y Rose la miró con pánico— ¡Bingo! Yo, y de mí vas a depender cuántas veces comas y qué cantidad.

—Carol, recuerda lo que hemos hablado —le advirtió Nolan, sonriendo.

—Tranquilo, que no soy tan mala. Ella es peor. —Mi amiga se encogió de hombros y los vimos salir del despacho.

En el momento en el que Nolan y yo nos quedamos solos, cuando le miré, vi que tenía los brazos extendidos.

Me dejé abrazar por él y cuando me dio un beso en la cabeza, suspiré.

—Logan me lo ha contado todo. Lo siento mucho, niña.

—No es culpa tuya.

—Debí imaginar que esa mujer no era trigo limpio, no me gustaba, pero no pensé que llegara a tanto.

—¿Qué crees que hará Colin? —pregunté mirándole a los ojos.

—No lo sé, eso depende de él.

Asentí, y tras volver a abrazarnos, decidimos dar la noche por terminada.

Regresé a mi habitación, donde Carol había dejado mi bolso sobre la cama. Sonreí mientras me acostaba y supe lo que debía hacer al día siguiente.

Asentí, y tras volver a abrazarnos, decidimos dar la noche por terminada.

Regresé a mi habitación, donde Carol había dejado mi bolso sobre la cama. Sonreí mientras me acostaba y supe lo que debía hacer al día siguiente.

Capítulo 41



Kenzie

En cuanto me desperté, me di una ducha y me vestí dispuesta a hacer aquella llamada, solo que un par de golpecitos en mi puerta lo impidieron.

—Buenos días —dijo una sonriente y feliz Carol entrando con la bandeja del desayuno.

—Buenos días.

—Suponía que tendrías ganas de hablar con tus padres, así que, me dije, Carol, llévale el desayuno a la verdadera reina del castillo. —Hizo un guiño.

—Gracias —sonreí—. ¿Le has llevado también a Rose?

—Oh, sí, por supuesto. —Le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Carol. —Arqué la ceja.

—Café y dos tostadas, con eso tiene hasta que le lleve una sopa para comer. Y para la cena, otro caldito y un trozo de pan. —Se encogió de hombros—. Hasta que tu novio decida qué quiere hacer con ella, ese va a ser su menú cinco estrellas en el castillo. Y que dé gracias, que le habría dejado solo el café con algún laxante.

—No somos así, y lo sabes.

—Lo sé, pero se metió contigo, y eso, eso no se lo perdonaré en la vida. Más vale que Colin tome cartas en el asunto y la ponga en su sitio, o te juro que seré yo quien la mande a su casa de una patada en el culo.

—No tienes remedio —reí.

—Pero me quieres igual. —Se encogió de hombros antes de irse.

Me senté en la mesa a disfrutar del desayuno, y aproveché para hacer la llamada.

—¡Hija, por fin! —dijo mi madre al verme en la pantalla—. ¿Cómo estás? Nos tenías muy preocupados. Alan, ven, que es Kenzie. —Llamó a mi padre.

—¿Kenzie? —Escuché gritar a mi hermana y no tardó en aparecer— ¡Hermanita!

—Hola, cariño —sonreí, sintiendo ya las lágrimas escociendo en mis ojos.

—Hija, ¿estás ya mejor? Carol nos dijo que apenas tenías fuerzas.

—Estoy mejor, sí, pero tengo que contaros algo. No ha sido una gripe...

—¿Estás embarazada? —preguntó mi madre, temiendo que me hubiera pasado como a mi abuela Bridget.

—No —reí—. Es algo más rocambolesco, si me paro a pensarlo.

—¿Qué pasa, Kenzie? —interrogó mi padre.

Y durante la siguiente hora les hablé de todo lo ocurrido en el castillo. Eran conocedores de las pequeñas riñas entre Colin y yo porque él no estaba contento con eso de que yo fuera a ser la otra heredera, lo que no esperaban es que acabáramos limando las asperezas al punto de que entre nosotros surgiera algo.

No entré en detalles, me centré en la bonita historia de amor que empezamos a vivir y en cómo me sentí al saber que me había engañado, que estaba prometido y no me lo contó.

Al llegar al momento en el que desperté en las mazmorras y que había sido esa mujer, mi madre dijo que se cogía el primer vuelo para venir y sacarle los ojos, a lo que le dije que no era necesario, que Carol ya se había encargado de arráncale algunos pelos y era la responsable de darle de comer.

Mis padres se miraron y en sus ojos vi un ligero temor a que la envenenara, la verdad es que a mí también se me había pasado por la cabeza, pero Carol no era así de malvada, para eso teníamos a la bruja del Oeste en el castillo.

—Ahora de pende de Colin lo que haga con ella, y no me importa. No creo que me quede el resto del verano, a fin de cuentas, nunca quise la herencia —dije.

—Regresa cuando quieras, hija, sabes que te echamos de menos —respondió mi madre.

—Y yo a vosotros, tengo tantas ganas de daros un abrazo...

—Luego no te quejes si no te dejamos respirar —rio Tara.

—¿Qué pasa con Colin? —preguntó mi padre.

—¿A qué te refieres?

—A si vosotros...

—No creo —negué—. Aunque Logan me dijera que no sabía nada sobre lo que había hecho Rose, que no me quería fuera de la ecuación... No puedo creerlo al cien por cien. Si no me contó que había alguien en su vida, ¿quién me puede asegurar que todo lo que viví no fue más que una mentira? Que me estuvo usando solo para después poder hacer esto.

—El Colin que conocíamos no haría algo así —dijo mi madre.

—El que conocíamos no, aquel chico desgarrado y pegado a los libros, no es el mismo ya —le recordé.

—Desde luego, hermana, no puedes decir que este no ha sido el verano de tu vida. Has vivido de todo —rio Tara.

Charlé un poco más con ellos, ya había terminado de desayunar y decidí ir a los establos.

Bajé la bandeja a la cocina y al verme, Moira sonrió con los ojos vidriosos y me dio un abrazo.

—Me alegro de que estés de vuelta, Kenzie.

—Y yo, y yo —reí—. Voy a los establos, necesito estar fuera del castillo.

Ella asintió y la dejé allí preparando la comida.

Kyle, el jardinero, sonrió al verme, al igual que Evan quien estaba lavando uno de los coches fuera del garaje.

En cuanto entré en los establos, Escarlata, a quien Rian cepillaba en ese momento, relinchó al verme.

—Vaya, ¡qué sorpresa! —dijo Rian— Me alegro de que estés de nuevo entre nosotros.

—Yo también, Rian. ¿Puedo? —pregunté señalando el cepillo que tenía en la mano.

—Por favor. —Me lo entregó sonriendo—. Esta preciosidad ha estado algo baja de ánimo en tu ausencia.

—Ah, ¿sí? Yo también te eché de menos —dije acariciándole el hocico.

Y así pasé el resto de la mañana, entre los caballos, lavándoles y cepillándoles, sin evitar pensar en lo que ocurrió entre Colin y yo en ese mismo lugar.

Mi cuerpo volvió a estremecerse como siempre que pensaba en él, como siempre que me tocaba y besaba.

Pero tenía que olvidarme de todo aquello, era lo mejor.

Aunque a veces pensara que él no había tenido nada que ver con mi cautiverio, me había ocultado la existencia de esa mujer, y eso dolía.

Que me ocultara algo así, dolía mucho más que pensar que había tratado de hacerme desaparecer antes del plazo impuesto por su abuelo para quedarse con el castillo.

Capítulo 42



Colin

—¡Despierta de una vez! —gritó Logan golpeando insistentemente la puerta.

—Pasa, está abierta —le dije en un tono no muy alto, pero sí lo suficiente para que se enterase. No tenía ganas de nada, absolutamente de nada.

—Tenemos un arresto domiciliario —dijo moviendo las manos para que me cambiase rápido.

—Logan, hoy no estoy para la más mínima broma —contesté mientras me ponía el pantalón vaquero.

—Nadie lo está, además es muy serio, he tenido que hacer de detective e infiltrarme en una misión para rescatar a Kenzie y tenemos al culpable retenido en su habitación. —Se tiró en un sillón que había junto a la cómoda.

—Logan... —le advertí con la mirada que hablase.

—Kenzie pasó toda la semana encerrada en las mazmorras a pan y agua, eso que le daba tu querida Rose mientras le decía que todo esto era cosa tuya y de ella, deseo de los dos para que se apartase del castillo...

—Espera... —Lo frené— ¿Me estás diciendo que Rose tuvo encerrada en el sótano entre rejas a Kenzie, y que solo comió pan y bebió agua durante siete días? —pregunté sin poder contener esas lágrimas que comenzaban a salirme.

—Sí y se descubrió gracias a que... —me contaba todo y yo no me podía creer el sufrimiento que había pasado Kenzie por mi culpa, por permitir que Rose viniese.

—En cierto modo lo pensé estos días que podía ser ella, incluso le di instrucciones a Evan de que la vigilara, claro, pero si iba por la noche se salvó de ser pillada. Hija de puta... —Le metí un puñetazo a la pared y Logan se levantó a calmarme.

Salí flechado hacia la habitación en la que estaba Rose y Logan abrió la puerta.

—Mi amor menos mal que vienes. —Corría hacia mí y al llegar a ella le di un empujón y cayó sentada sobre el filo de la cama.

—Tienes cinco putos minutos para hacer las maletas e irte de aquí o te juro que va todo a la basura y sales volando sin avión.

—Te están engañando mi vida, cástate conmigo, vamos a ser felices.

—No me llames mi vida. —Apreté la mandíbula—. Estás enferma, no has sido nada para mí ni lo serás nunca. ¡Haz las putas maletas!

—Así se habla. —Escuché la voz de Carol detrás de mí y tocando las palmas indicándole a Rose que se aligerara en hacerlas.

—Ella no te conviene y no te podrá dar hijos con clase como yo.

—Clase dice que tiene —dijo en tono chulesco Carol y esbozando una risilla de indignación.

—Se te va el tiempo —le advirtió Logan enseñándole la pantalla del móvil.

Se levantó sacando los morros y mirando con mucha frialdad y se puso a recoger sus cosas.

—¿Ya me has sacado el billete de vuelta y le has dicho a Evan que me lleve al aeropuerto? —preguntó mirándome de arriba abajo y muy fríamente.

—Claro que sí —le contesté como a los locos, obviamente, yo no había hecho nada de eso, si quería que llamase ella a un taxi y que se buscara la vida para cambiar su vuelo, yo no iba ni a mover un dedo por ella.

Se quedó mirando para que le cogiéramos su maleta...

—Vamos, cógela —le indiqué y me dirigí hacia fuera.

Daba pena verla tirar de la maleta con esa torpeza, daba pena toda ella y no sé en qué momento me fijé en alguien así ni para pasar un rato, vaya manera de perder el tiempo que me había pegado.

La acompañamos hasta el exterior, cosa que se quedó extrañada porque los coches estaban dentro.

—Que te vaya bien —le dije antes de cerrar la verja y vi que Carol y Logan le decían adiós con la manita y una sonrisa de esas que lucen los niños traviesos.

—¿Y quién me lleva!?

—Búscate la vida —murmuré antes de que se cerrara la verja por completo.

—Dos cojones, no te puedo ni ver, pero con lo que has hecho, me has ganado un poquito —dijo Carol mientras regresábamos de vuelta, escuchando los gritos de Rose, que me estaba poniendo de vuelta y media.

—¿Cómo está ella?

—Un poco más recuperada con lo que fue comiendo, pero está un poco desorientada y triste, le costará un poco recuperarse —contestó Carol—. Hasta está pensando en marcharse en breve, pero yo no he dicho nada —me indico para que no dijera que me lo había contado.

—¿Cree lo que le dijo Rose de que yo tuve que ver?

—En cierto modo sí, bueno, sí, no vamos a mentarnos, pero en tu favor diré que con lo que has hecho, demuestra que no, no has tenido nada que ver en esto.

—Gracias.

—Háblale con mucho cariño, está muy sensible.

—Siempre lo hago.

—¿Te recuerdo lo de Edimburgo?

—No hace falta. —Solté el aire pensando en cómo aparecer ante una mujer que tuvo que sufrir tanto de forma injusta.

Los dejé allí y me dirigí a buscar a mi padre al que encontré en su sala favorita sentado pensativo. Al verme, se levantó y le conté lo que había hecho con Rose. Me dio un abrazo.

—Dime una cosa, hijo ¿amas a Kenzie?

—Como jamás amé a nadie. —Se me nubló la vista.

—Lucha por ella, no hay otra igual, nadie te amará como ella.

—Lo tengo muy difícil, le hice mucho daño.

—Mi padre siempre dijo que por amor casi todo se perdonaba.

—Deséame suerte. —Lo abracé como un niño pequeño buscando el consuelo de su héroe.

—Toda la del mundo, hijo, toda.

Me giré y me encontré con Logan en la puerta y me reí.

—¿Me estás siguiendo?

—No, bueno, sí, venga vale ¿una cervecita? —nos preguntó pasándose la mano por la frente como si se quitara el sudor.

—Luego voy, id vosotros —dijo mi padre sonriendo.

Nos sentamos en el porche, hacía mucho que no lo hacía por la tensión que había arrastrado hasta hoy, ahora era diferente ya que me tenía que encargar de recuperar a la mujer que había perdido y que había dañado de mil formas.

Recordé a mi abuelo mientras tomaba esa cerveza y le pedía mentalmente que me echara una mano, que la quería a mi lado y que el castillo le pertenecía tanto como a mí.

El dolor de saber la semana que había pasado en ese sótano en una celda era algo que jamás me iba a perdonar y menos el hecho de pensar, por muchos momentos, que se había marchado por su propia voluntad cuando estaba pasando un calvario esperando a que alguien la rescatara.

Recordé a mi abuelo mientras tomaba esa cerveza y le pedía mentalmente que me echara una mano, que la quería a mi lado y que el castillo le pertenecía tanto como a mí.

El dolor de saber la semana que había pasado en ese sótano en una celda era algo que jamás me iba a perdonar y menos el hecho de pensar, por muchos momentos, que se había marchado por su propia voluntad cuando estaba pasando un calvario esperando a que alguien la rescatara.

Capítulo 43



Colin

Vi de lejos a Kenzie salir del establo y le dije a Logan que iba a darle el encuentro.

Me vio a lo lejos y casi se detuvo como si no supiera si proseguir su camino o no, se quedó inmóvil por unos segundos antes de comenzar a andar.

Me fui acercando hasta a ella que estaba mirando hacia el suelo y era incapaz de levantar la mirada.

—Hola, Kenzie.

—Hola, Colin. —No levantaba la vista y la veía de lo más temblorosa y débil, como si fuese incapaz de mirarme : la cara.

—Siento mucho lo sucedido. —Se me entrecortó la voz y se me hizo un nudo en la garganta.

—Me dijo que tú también...

—Kenzie —la corté antes de que siguiera— ella ya no está, la hemos echado.

—Me lo ha dicho Carol, pero tú me dijiste cosas horribles en Edimburgo cuando yo no estaba haciendo nada y no me contaste que estabas prometido con nadie. —Su mirada se enturbió y las lágrimas le comenzaron a caer de la misma manera que a mí, me rompía en mil pedazos verla así.

—No era mi prometida, quiero enseñarte cada mensaje, mi error fue permitir que pisara Edimburgo —le conté toda la historia con Rose—. Y además reconozco que lo que te dije la noche anterior en la ciudad fue por el colapso que tenía con todo por su inminente llegada, además, que para mí el ver cómo aquel hombre, Greg, te tenía cogida por la cintura, la manera en que le sonreías, me nubló la razón, y luego llegó el beso con Scott, aunque bien es cierto que no tenía un buen ángulo, lo que me puedo llevar a tener una visión equivocada de lo que realmente estaba pasando.

—Me hizo mucho daño esa mujer —lloraba y yo con miedo a ser rechazado o que tuviera un mal gesto, dudé si abrazarla o no, pero lo hice, me daba igual jugármela.

—Lo sé. —La abrazaba dejando que soltara todo lo que llevaba dentro.

—Yo te amé de verdad y me entregué a ti desde el corazón.

—Y yo te lo he roto en mil pedazos. —Se me escuchó un quejido de llanto.

—No quiero sufrir más Colin, yo no le hice jamás nada a nadie.

—No llores, preciosa, por favor, no llores. He tenido la culpa de todo, no sé cómo lo haré, pero te juro que volveré a recuperar tu confianza.

—No sé si debo quedarme Colin, esto es el principio y ya pasaron muchas cosas. Lo hice por Arthur, lo hice por él.

—No te puedes ir, Kenzie, todo esto es tuyo al igual que mío y no me digas que renunciaste, que hasta que no lo ratifiques, no vale eso, ya me enteré de todo. Es de los dos, mi vida.

—¿Por qué me llamas mi vida? —preguntó con voz triste y entre lágrimas.

—Porque, aunque no me creas, te amo con todo mi corazón y si ahora mismo me pudiera casar contigo, lo haría sin dudarlo, y no solo sería nuestro el castillo, sino todo lo que poseo, no quiero nada más que a ti. Déjame demostrarte que eres todo lo que quiero en el mundo.

—Ahora mismo estoy muy dolida y no puedo pensar en eso.

a —Tómate tu tiempo, aquí, a mi lado, a nuestro lado, para todos eres importante, incluso para mi padre.

—Lo sé, me ayudó mucho y me trató con mucho cariño, pero no confío, algo me dice que voy a pasarlo de nuevo muy mal.

—Te protegeré con mi vida Kenzie, no más mentiras, te lo prometo.

—No lo sé, Colin, no lo sé, ahora estoy muy cansada, quiero echarme un rato.

—Te acompaño.

La acompañé hasta la puerta de su habitación donde la abracé con todas mis fuerzas y le pedí que se mantuviera tranquila, ella no dejaba de llorar y la notaba tan débil de esos días que había pasado, que me partía el alma por completo.

Aparecí por el despacho de mi padre donde estaba Moira ya al tanto de todo, esta me abrazó al verme abatido y me acarició la espalda mientras me apretaba con todas sus fuerzas.

—Hijo —dijo mi padre irrumpiendo el momento—, tanto Moira como yo tenemos que contarte algo.

—Espero que no sea algo que cause más dolor del que estoy soportando. —Lo miré desde los brazos de Moira que seguía acariciando esta vez mi brazo y pegada a mí con mucho cariño.

—Solo depende de cómo lo recibas —contestó Moira en vez de mi padre.

—Hijo, Moira se viene conmigo a la casa que he comprado cuando me mude.

—Ya lo sabía papá, ya me lo dijiste.

—No es solo la cocinera del castillo... —Carraspeó.

é

—Papá ¿qué quieres decirme? —Arquee la ceja sin comprender nada.

—Es la mujer que consigue que cada día amanezca con más ilusión y lleno de cariño, es la mujer que lleva a mi lado algunos años consiguiendo que sea un poco más feliz.

—¿Sois pareja? —Los miré incrédulo.

—No quiero quitar el lugar de tu madre en ningún momento.

—Moira, mi mamá falleció cuando yo era apenas un niño y tú aún ni estabas aquí, sé que no vas a reemplazar a nadie ni te metiste en donde no debías, no tienes que justificar nada —sonreí echando el brazo por encima de ella y dándole un beso en la mejilla—. Me da mucha alegría saber que estáis juntos, pero eso sí, no os voy a perdonar fácilmente que me lo hayáis ocultado.

—¿Ni haciendo tus croquetas favoritas? —Carraspeó.

—Eso ya son palabras mayores, pero quiero mínimo una docena para mí.

—Dos docenas por si te quedas con ganas. —Mi padre sonrió y ella me abrazó de nuevo.

—Hijo, ¿qué tal? ¿Has hablado con Kenzie?

—Sí, me va a costar recuperar que vuelva a confiar en mí, pero me voy a dejar la vida en ello.

—No la pierdas —me dijo Moira—. No la pierdas porque esa mujer te ama con todas sus fuerzas. —Mi padre afirmaba corroborando sus palabras.

—Lo sé, no puedo comprender cómo fue capaz de hacerle eso.

—A todos nos dolió no haber mirado en ese lugar, hubiéramos evitado muchos días de dolor de esa joven.

—Papá, eso es lo que más me duele, no haber podido llegar hasta ella.

—Lucha hasta quedar sin fuerzas y demuéstrole el gran corazón que tienes.

e —Lo haré, juro por mi vida que lo haré.

A la hora de la comida fui yo personalmente a despertar a Kenzie, esta me sonrió con tristeza, pero se le esbozó una sonrisa al verme y con eso ya me daba por satisfecho, el tema era ir a pasito a pasito, pero más firme que nunca.

Pasamos así tres días en los que a ratos íbamos tomando café y ella se iba haciendo más fuerte, eso era lo que necesitaba, que lo estuviera para no sentirse tan vulnerable.

Pasamos así tres días en los que a ratos íbamos tomando café y ella se iba haciendo más fuerte, eso era lo que necesitaba, que lo estuviera para no sentirse tan vulnerable.

Capítulo 44



Colin

Llevaba toda la tarde preparando la zona confort para ella. Qué digo la tarde, desde por la mañana me ocupé de dar las instrucciones a todos los empleados para que no faltara un detalle en esa noche en la que deseaba que Kenzie y yo volviéramos a estar juntos de nuevo.

La había echado demasiado de menos, llegué a volverme loco en aquellos días en los que no supe dónde estaba. Y por fin la había recuperado, por fin. Era consciente de que todo el camino no estaba hecho, de que me quedaban pasos que dar con ella para volver a llegar al punto en el que estaba antes; para que Kenzie me permitiese acariciar su cuerpo al mismo tiempo que su alma y me perdonara por todo aquello que no evité para llegar a aquello que pasó en esa semana.

Fui un necio y era consciente de que todo acto tiene sus consecuencias. Sin embargo, me juraba a mí mismo que si el universo me daba una oportunidad, tan solo una para enmendar mis errores, yo la aprovecharía a tope, la aprovecharía como si fuera lo último que hiciese en la vida, y lo más importante también, porque la única verdad de todo esto es que la amaba para toda la vida.

Estaba feliz y el lugar había quedado perfecto, todo listo para que ella entrara por la puerta. Yo la había avisado sobre la hora que estaría por allí y sabía que aún estaba reacia a confiar del todo en mí. Era lo que tenía el tema de la confianza que, cuando se rompe, cuesta mucho que vuelva al estado original, ese en el que estuvimos un día. Daba igual, yo lo iba a lograr, aunque me dejase la vida en ello.

En la parte central de la edificación había puesto una glamurosa mesa con todo lujo de detalles, incluidos unos impresionantes y románticos candelabros que, igual que esos otros que hice colocar en las paredes, nos servirían de iluminación durante la cena. Quería que viese todo cambiado y con el amor que se le había preparado.

La verdad es que no eran esas las únicas velas que alumbraban la estancia, puesto que, alrededor de la mesa, pedí que colocaran un corazón, también formado por velas, que quedó impresionante y que estaba compuesto por pétalos de rosas, los cuales también dejé caer sobre el mantel.

Ese mismo tono rojo de los pétalos fue el que predominó en la mesa. Fuerte y llamativo se trataba del color de la pasión, y pasión era la que yo derrochaba por ella a estas alturas que tenía claro que era lo que más necesitaba en mi vida.

La mantelería, la vajilla, los vasos y copas, los cubiertos, todo iba a juego y nada dejé al azar, pues incluso en las servilletas se podía leer la palabra «LOVE» en mayúsculas, esas que quería que leyera como un mensaje hacia ella.

Como si estuviese sacada de la escena de una peli, la decoración estaba cuidadosamente preparada para que Kenzie se sintiera como una princesa de cuento, un cuento en el que no faltaba un castillo como aquel con el que todo había comenzado. Qué equivocado estuve al pensar que ella tenía algún interés en quedarse con lo que consideraba totalmente mío y cuánto me había enseñado esa personita desde que comenzaron aquellos tres meses que mi abuelo acordó que conviviésemos.

No dejé nada al azar en una noche en la que pretendía que ella luciese en rojo pasión, puesto que le dejé un precioso vestido en ese mismo tono sobre su cama, junto con una nota en la que se podía leer «*Espero que te lo pongas y brilles como tú solo sabes hacerlo*». Me moría por vérselo puesto.

Viendo que se acercaba la hora que le dije y perfectamente enfundado en mi *kilt*, me limité a esperarla mientras hacía sonar música tradicional escocesa en la que destacaba el típico sonido de la gaita, símbolo de las Tierras Altas, incluso me planteé contratar un gaitero, pero la verdad es que eso me haría renunciar a estar a solas con ella, por eso desistí de esa idea que me rondó por la cabeza y que no la veía viable.

Miraba hacia la mesa cuando la vi aparecer por la puerta como si fuera un ángel, solo que un ángel rojo con sus hombros al descubierto gracias a aquel impresionante vestido ajustado, también en el color de la pasión y escote palabra de honor. La tomé de la mano mientras me emocionaba al mirarla y hasta sentía que estaba más nervioso de lo normal.

^r—Ni en mil vidas que viviese hubiera visto belleza más grande que la que tú posees, estás preciosa mi vida.

—Y ni en mil vidas que viviese me habría imaginado yo con un vestido así —me confesó mientras se dio la vuelta para mí. Ese gesto me pareció el más divertido y afable en esos momentos, aunque realmente se le veía sensual, le quedaba que ni pintado, a mí me estaba causando estragos el no hacer una locura y hacerla mía en esos momentos sin importar la cena ni lo demás. Me moría por pegar su cuerpo al mío y que volviéramos a ser solo una persona.

La cogí de la mano para adentrarla y que pudiese ver todo lo que había preparado para ella, mi princesa.

—¿Es que vamos de boda? Porque tú tampoco estás mal con ese *kilt*—me preguntó a la vez que se sonrojaba por completo y miraba la luz de los candelabros que mandé a poner.

—No, al menos todavía no. —Hice un carraspeo—. Con el tiempo, espero que sí...

—No te entiendo mucho, ¿has organizado una fiesta? Porque yo no veo a nadie más por aquí. —Miró detrás de ella—. Estamos solos tú y yo...

—Y así debe ser porque no necesitamos a nadie más, esta es una cena de pareja.

—¿Una cena de pareja? —Arqueó una ceja— No me hagas hablar, que todavía la lío —me sonrió. Al menos me sonreía, que ya era algo. Y lo que más me gustaba que estaba graciosa de algún modo y volvía a salir esa joven que quedó atrás al ser encerrada de forma tan salvaje.

—No digas nada más, por favor...

—Ya, quieres decir que si lo que voy a decir no es más bello que el silencio, mejor estoy calladita, ¿no? —rio.

—No, no es eso. Es más bien que me encantaría dejarte sin palabras.

—¿Otra vez? Porque ya me dejaste muda con la aparición de la loca de Rose, por no hablar de que ella casi me deja muerta allí abajo y encuentran lo poco que quede de mi cadáver dentro de muchos años.

—No me lo recuerdes porque me pongo malo.

—No, no, tú ahora te aguantas, soy yo quien ha podido palmarla allí abajo, no tenía maldad la tía ni nada...

—Que vengas, por favor, dame la mano...

—¿La mano? Un palo es lo que debería darte, ¿dónde nos vamos de fiesta? —me preguntó intrigada.

—Aquí mismo, no tendremos que ir muy lejos —le dije conduciéndola hacia el interior y contemplando cómo sus ojos se empañaban. No podía ser más agradecida y eso que yo aún tendría que hacer muchos méritos para ganarme su perdón.

—Pero esto es, esto es ¡una pasada! —chilló mientras se acercaba a ese corazón con velas que rodeaba la mesa y que hizo que se emocionara aún más, pues apenas pudo contener unas lágrimas que luchaban por salir de sus ojos

—¿Te gusta?

a—Cómo no me va a gustar, nunca he visto una mesa igual y, además, la música...

—Quería que disfrutaras de una típica cena escocesa —murmuré con todo el cariño del mundo.

—Ya, si te he visto el *kilt*, no te creas que se me ha pasado por alto.

—Es que como no has hecho demasiado hincapié. —La piqué un poquito para que no dejara de sonreír, su sonrisa era el motor de mi vida en estos momentos.

—Si tú ya sabes que te sienta muy bien, no quieras que te regale más el oído. Te lo has currado, tengo que reconocer que te lo has currado, pero no me merecía menos.

—¿Eso quiere decir que te plantearás en serio comenzar una vida conmigo?

—¿Me has traído aquí a traición solo para amenazarme? —me contestó entre risas.

—Oye, que esa respuesta habría sido muy de Carol.

—¿Y qué pasa? Yo también voy aprendiendo. Además, que he tenido un buen maestro...

—Nunca quise hacerte daño y lo sabes. —Le señalé hacia la silla para que tomara asiento.

—Tendrías que haber confiado en mí, tendrías que haberme contado que la bruja esa de Rose existía y no que, por culpa de que guardaste silencio, casi la palmo.

—Menos mal que te lo tomas con humor...

—Sí, ahora sí, pero cuando estaba allí abajo y me temblaban hasta las pestañas, pensaba en que iba a morir entre terribles sufrimientos.

—No, eso no hubiera ocurrido...

—Claro que no, y tampoco era predecible que me secuestrara y mira que gran anécdota para contar a mis nietos —me sonrió burlona mientras le servía una copa de mi mejor vino.

—¿Así que piensas tener nietos? Porque te recuerdo que, para eso, antes debes tener hijos y para tenerlos, ¿se te ocurre algún candidato mejor que yo? —le pregunté con gracia en un intento de que me contestara algo que aliviara mi nerviosismo, ese que también existía en mí de manera abismal.

—¿Te respondo ya o espero un poquito para hacerte rabiar? Porque en estos momentos en lo que menos pienso es en algo así contigo.

—Pero, en el fondo, tú sabes que te voy a reconquistar...

—Yo no sé si me traerá cuenta, porque igual me encuentro con alguna otra sorpresita que, la próxima vez, sí que me lleva directa a la tumba. —Me dedicó una burla.

—No te pongas tan dramática, que me gusta mucho más cuando echas mano de la comedia.

—Ya, ya, ¿tú me has tomado por una payasa?

—Yo nunca podría tomarte por algo así. Yo lo único que quiero que sepas es que, si te pido perdón, lo hago de todo corazón, porque quiero algo contigo...

—¿Algo? Define algo...

—Pues ese algo viene a significar todo contigo...

—Y encima ambicioso. —Me sacó la lengua y a mí me dieron ganas de lanzarme a ella para entrelazarla con la mía.

—Es que contigo no puedo quedarme a medias. Me gustas mucho, me gustas demasiado, te amo más de lo que nunca amé a nadie —le confesé mientras extendía el brazo y levanté su barbilla para que sus ojos mirasen a los míos.

Los ojos no mienten. Son las palabras las que pueden hacerlo, pero no los ojos. Siempre he tenido la absoluta seguridad de eso y por tal razón quise que me mirase.

Sé que Kenzie deseaba crearme, pero que le costaba. Yo no le había sido del todo sincero y eso le dolía.

—Pues para quererlo todo, la información me la has dado a medias, con cuentagotas diría yo. Y la que ha pagado el pato he sido yo, que se me ha metido un frío en los huesos que a ver quién es el guapo que me lo quita.

—Por favor, por ahí no sigas, que me lo pondrás a huevo...

—Ya, que tú te presentas voluntario para darme calor, ¿no? Pues no, ahora el calor te lo daré yo a ti, pero de otro tipo, que lo sepas. Te queda tela por escucharme.

—Ojalá que te quedes conmigo para siempre y pueda escucharte de por vida.

—Y dale con las amenazas, ¿tú no ves que así no vamos a ninguna parte? —Me hizo soltar una carcajada.

—Pues entonces retiro lo dicho, porque yo quiero recorrer contigo el camino de la vida...

—Y encima ahora te metes a poeta, tú vas de mal en peor...

—Y tú no me das tregua, me tienes entre ceja y ceja, rebatiendo todo lo que digo.

—No, si te parece, te doy un premio después de todas las calamidades que he pasado por tu culpa, que me veía a pan y agua de por vida.

—Pues un premio igual no, pero un beso sí que me podrías dar.

—Tú no te quieres bien, te digo yo que no te quieres bien...

—Igual es porque reservo todo mi amor para ti.

—No todo, que tú lo repartías en dosis, a mí no me la das más —me advirtió.

—Eso fue antes de conocerte. Ahora te prometo...

—Ahora será mejor que no me prometas nada, porque las palabras no tienen mucho valor.

—En eso tiene razón, porque la tienen los hechos, pero tienes al menos que escucharme para permitirme que comience a demostrarte. No me di cuenta del valor que tenías para mí hasta que creí perderte.

—Suele pasar, y eso que soy una joyita —rio.

—No, no eres una joyita. Eres la joya de la corona y yo quiero que seas la señora de este castillo.

—Eso ha sonado muy fuerte, voy a tener que beber un poquito de vino para rebajar la intensidad.

—Yo te rebajo lo que tú quieras, siempre que me hagas caso.

—Tú no quieres rebajarme nada, tú lo que quieres es bajarme el vestido esta noche, si te conoceré yo...

—Esta y todas las noches, no te equivoques. Yo no te quiero como un pasatiempo, te quiero a mi lado.

—Sí, sí, me quieres a tu lado, arriba, abajo y en todas las posturas....

—Pues también, no te lo voy a negar, te deseo mucho, ¿y? Eso no quiere decir que pretenda usarte y tirarte, mi vida.

—Anda, mi vida y todo, sí que vas deprisa. Yo de ti iría relajándome un poco...

En parte no iba desencaminada, pues la cena, compuesta a base de *cullen skink*, que es una sopa muy apreciada por el paladar de los escoceses y un amplio surtido de los mejores mariscos que pudieron servirme, terminaría con una delicia en forma de dulce, un exquisito *cranachan*, el rey de los postres en mi tierra, hecho a base de un queso suave que se desmenuza llamado *crowdie* y que se mezcla con avena, crema batida, un poco de miel, frambuesas maduras que le dan su característico color y, como no podía ser de otra manera, algo de whisky.

—Pues también, no te lo voy a negar, te deseo mucho, ¿y? Eso no quiere decir que pretenda usarte y tirarte, mi vida.

—Anda, mi vida y todo, sí que vas deprisa. Yo de ti iría relajándome un poco...

En parte no iba desencaminada, pues la cena, compuesta a base de *cullen skink*, que es una sopa muy apreciada por el paladar de los escoceses y un amplio surtido de los mejores mariscos que pudieron servirme, terminaría con una delicia en forma de dulce, un exquisito *cranachan*, el rey de los postres en mi tierra, hecho a base de un queso suave que se desmenuza llamado *crowdie* y que se mezcla con avena, crema batida, un poco de miel, frambuesas maduras que le dan su característico color y, como no podía ser de otra manera, algo de whisky.

Capítulo 45



Colin

Mi experiencia con las mujeres me sirvió para acortar distancias con Kenzie. Después de asegurarle una vez más que iba muy en serio con ella tomamos el postre y la saqué a bailar para crear un momento más personal entre nosotros, para ir ganando puestos y porque me apetecía de corazón disfrutar de ella en cada momento.

Para ese momento, ya cambiamos la música porque ella me decía que le encantaba la gaélica, pero que una baladita iría mejor para ir rompiendo el hielo, por mucho *kilt* que yo llevase puesto.

De esa manera, me vi con esa prenda bailando pegado a ella, tanto como pude, porque no podía evitar acercarla más y más a mí. La amaba, así me lo decían los latidos de mi corazón, aunque no era necesario que estos me revelasen lo que yo ya sabía y que quería transmitirle en cada momento.

Era tan adorable bailar con ella que sentí que quería bailar no solo este baile, sino muchos a lo largo de nuestras vidas, lo quería todo con ella.

Bailamos en silencio, dejando que nuestras miradas terminaran por conducirnos a aquel sofá extensible en el que nos amaríamos, porque no hacía falta ser muy listo para entender que ella se estaba dejando llevar y que yo me moría por volver a hacerla mía.

—Los pies me arden —me dijo, cuando, agotados, paramos un poco y yo le servía otra copa de esas que acompañaban a relajar el ambiente y que la verdad, a ella ya se la notaba mucho más relajada.

—Ven aquí. —La conduje con mi mano mientras puse la copa en la suya.

Su cara risueña se mezcló con otra que me indicaba que tenía muy claro a lo que íbamos a ese sofá, y eso fue algo que me hizo sentirme más feliz de lo que ya lo estaba siendo al estar con ella esa noche.

Se puso colorada mientras la ayudé a sentarse con ese vestido que estaba reflejado por completo en sus mejillas.

—Vamos a ponernos cómodos —le comenté mientras, haciendo malabares, tiraba de la cremallera de su vestido y tenía a tiro ese cuello suyo que no pude evitar besar, provocando que la piel de todo su cuerpo se erizase.

Imposible para mí no sucumbir a la tentación de acariciar su piel al completo al verla así, tan nerviosa como excitada, provocando que yo tragase saliva de una forma ruidosa a consecuencia de la excitación que, igualmente, sentí con esos primeros contactos con ella. No se podía imaginar lo que la amaba en ese punto y los deseos que provocaba constantemente en mí.

Empecé a bajarle la cremallera para dejar que el vestido se deslizase por su cuerpo, hasta terminar en el suelo, mientras mis ojos se perdían en esa figura que tenía tan impresionante y que a mí me volvía loco.

Suponía que algo así era lo que aparecía en el diccionario cuando, vulgarmente, se hace referencia a eso de estar enamorado hasta las trancas. Su nerviosismo, el que Kenzie no podía disimular, se hacía patente en su respiración esa que traté de apaciguar a base de caricias repartidas de pies a cabeza, mientras me fui deshaciendo igualmente de sus zapatos y de su ropa interior, y yo me quitaba también la camisa, deseoso de que nuestros cuerpos se sintieran de nuevo.

—Con el *kilt* y sin camisa pareces un Highlander de esos de portada de novela erótica —afirmó causándome una carcajada.

—O de novela romántica, porque así será nuestra historia —le aclaré.

—De momento, erótica, lo otro ya me lo tendrás que ir demostrando —añadió.

Mi amor por ella sí que se lo demostraría día a día, por supuesto, pero lo mucho que la deseaba, eso lo haría de golpe.

Cogiéndola por sus caderas, esas que daban vértigo, me desprendí también del *kilt* y la coloqué encima de mí. Sabía de su extraordinario potencial mucho antes que ella, por lo que no renuncié a que se moviera para mí por mucho que el color de sus mejillas comenzara a amenazar con hacerse explosivo...

Daba lo mismo, para explosiva ella y cada una de las curvas de su lisa piel, esa con la que parecía ser la belleza más grande de todas las féminas, como le indicaban mis manos, comenzó a moverse para mí mientras mi miembro y su zona se rozaban y yo notaba que, el placer que cada vez iba más en aumento, empezaba a hacer efecto, consiguiendo así ponerla al límite en esos momentos.

Aproveché que sus gemidos apenas daban tregua, encadenándose unos con otros, así como la abundante lubricación que desprendía, para levantarla un poco por las axilas y dejarla caer sobre mí, entrando en ella, mientras mis ojos se clavaban en los suyos y un «te quiero» salía de mis labios.

Habría mucho, mucho tiempo para dar rienda suelta a un sexo más salvaje que la llevara a experimentar un orgasmo tras otro, pero esa noche yo la amaría con la sutileza de quien sabe que no solo se trata de revolucionar el cuerpo, sino todos y cada uno de los sentidos, llegando al corazón.

Kenzie era tan mía en esos momentos que no dudé en que se quedaría a mi lado, buscando esa mezcla de amor y disfrute que yo crearía noche tras noche para ella, logrando que sus dudas desapareciesen.

Supe que sería así cuando nos amamos sobre aquel sofá, el cual conoció todas y cada una de las posturas por nuestra parte en una velada que se prolongó hasta la madrugada y que dio lugar a un repertorio amoroso que quedaría tan impreso en su corazón como en el mío.

La estaba reconquistando al reconocerle que un día me equivoqué y que ella era todo lo que un Highlander como yo podría desear para sentirse pletórico. Mi vida anterior pasó a un segundo plano y tuve la certeza de que solo sería vida aquella que viviese junto a ella.

Lo pensé durante largo rato cuando, finalmente, cayó rendida tras el mucho placer recibido en una pasional noche

en la que nos alumbraron las velas en el interior, mientras en el exterior lo hizo una luna llena que adquirió para mí el más romántico de los significados.

Mientras la observaba a la luz de las velas, pensaba en que se trataba de la criatura más maravillosa del mundo y en una que se había ganado mi corazón por méritos propios. Por aquel entonces, ya amaba a Kenzie por encima de todas las cosas y contaba con la absoluta seguridad de que eso era solo el principio.

en la que nos alumbraron las velas en el interior, mientras en el exterior lo hizo una luna llena que adquirió para mí el más romántico de los significados.

Mientras la observaba a la luz de las velas, pensaba en que se trataba de la criatura más maravillosa del mundo y en una que se había ganado mi corazón por méritos propios. Por aquel entonces, ya amaba a Kenzie por encima de todas las cosas y contaba con la absoluta seguridad de que eso era solo el principio.

Capítulo 46



Colin

Estaba en el establo cuando llegó ella. Le habían comentado que un potrillo acababa de nacer y le faltó el tiempo para aparecer con la sonrisa adornando su bonita cara.

—¿Ya ha nacido? ¿Ya ha nacido? ¿Por qué no me has avisado? —me preguntó dando graciosos saltitos mientras hacía por ver al potrillo.

—Tampoco yo me he enterado. Ha sido esta noche. Mira, está ahí —le señalé mientras la rodeaba con mis brazos y ambos contemplábamos el espectáculo de cómo ya había una nueva vida.

—Ay, por favor, si es precioso. Y mira cómo está mirando a su mami...

—No tengo muy claro que la vea bien, pero por supuesto que la huele, la siente y le da tranquilidad.

—Anda, aparte de que es un glotón, mira cómo se coge a las tetas, aunque en realidad, no es el único —rio dejando entre ver lo mucho que yo disfrutaba con las suyas.

—Yo, la oportunidad, si la tengo, no la pierdo. Eso es verdad...

—Ya, ya, qué me vas a contar...

—Pues te voy a contar que me muero por dar un paseo a caballo contigo.

—¿Y tiene que ser conmigo? —se burló.

—¿Qué pasa? ¿Es que acaso no te apetece?

—Pues no lo sé, la verdad, me lo tendría que pensar...

No le dio tiempo. Yo sí que no me las pensaba y me encantaba hacer cosas con ella, cosas que me resultaban increíblemente divertidas, porque todo lo que tuviera que ver con Kenzie así me lo parecía.

—Te prometo que no sé cómo lo has hecho, si ni siquiera he visto que te montases tú y, cuando me he querido dar cuenta, ya estaba yo en lo alto —me decía alucinada.

A toda leche, monté en uno de mis mejores caballos de un salto y la cogí a ella con la otra mano, saliendo del establo y dando unas vueltas por allí.

—Es esto o que montes tú otro caballo, tú decides...

—Yo monto otro, pobrecito, que lo vamos a reventar...

—Pues venga, monta el que quieras. —Le señalé hacia dentro mientras le daba una nalgada al bajarse.

—Si querías tocarme el culo no era necesario que montases todo este circo.

—No es ningún circo, aunque tú serías la más preciosa de las atracciones —la halagué mientras la miraba con ganas de comérmela entera, la amaba y deseaba con todo mi corazón y en todo momento.

—A ti te encanta decirme esas cosas para sacarme los colores, ¿pues sabes qué?

—Qué, estoy deseando saberlo —le confesé mientras la miraba con la mejor de mis sonrisas.

—Que a partir de ahora no te saldrás con la tuya —me respondió mientras me sacaba la lengua y se dirigía a una de mis impresionantes yeguas, a la cual le habló con toda la dulzura del mundo, como ella solía hacer.

—Escarlata, bonita, ¿tú quieres que te monte? —le preguntó mientras ella parecía decirle que sí con la cabeza, toda nobleza, como si de verdad la estuviera entendiendo y asintiese.

Yo me limité a levantar el brazo y así me encontró Kenzie cuando se dio la vuelta, extrañada por la sombra que se reflejó en el suelo.

—¿Qué haces así con el brazo levantado?

—Nada, que me he presentado voluntario.

—¿Voluntario para qué? ¿Para ir a la guerra? Si tú y yo ya hemos firmado la paz.

—No, voluntario para que me montes. Que digo yo que, si la yegua no quiere, yo me dejo montar por ti todo lo que haga falta.

Ella no podía ni contestar, solo reír y para mí verla así era lo más maravilloso y eso que estábamos en plena naturaleza y que sonidos de todo tipo se escuchaban por doquier. No me podía gustar más.

Finalmente, comenzamos a cabalgar. Era algo que me relajaba cantidad y hacerlo con ella para mí era un verdadero regalo para la vida.

Los alrededores del castillo eran de cuento y Kenzie no podía disfrutar más de esos preciosos parajes que se presentaban ante sus ojos. Hasta de ellos podría llegar a sentir yo celos, porque no quería que la rozara ni el viento.

Llegamos a un apacible lago en el que desmontamos ya que los caballos estaban deseando beber y descansar un

poco. Yo también tenía ganas de descansar, y más con ella, cogidos de la mano y disfrutando de aquellas sensaciones que se intensificaban cuando estábamos juntos.

—Yo me estoy enamorando de todo esto —murmuró tumbada en el suelo con la cabeza apoyada en mi torso, en lo que era uno de sus gestos favoritos. Y no digamos ya míos...

—¿De esto? ¿Podrías llegar a enamorarte de esto? ¿Y de mí no? —La piqué un poco, me encantaba que saltara.

—De ti, me voy a callar, Highlander, que sabéis todos mucho, con razón tenéis la fama que tenéis.

—¿Y cuál es esa fama? Si puede saberse, claro —la provoqué.

—Pues fama de rompecorazones, esa es la que tenéis...

—Yo no podría nunca romperte el corazón, ¿me estás oyendo? —le advertí.

—Pues mira que ya me lo rompiste una vez, ¿o hace falta que te lo recuerde?

—Esa fue una cagada que no se repetirá y lo sabes. —Le revolví el pelo.

—No sé por qué me gustas tanto —suspiró sincerándose y a mí me dejó con la mejor de las sonrisas.

—Porque soy único e incomparable y porque sabes que nunca, nunca, nadie te mirará como yo te miro, pequeña, por eso —le confesé mientras me la comía a besos.

—¿Y cómo me miras tú? —Quiso saber con los brazos en jarra.

Era momento de hacerla reír y no dudé en ponerme bizco, cosa que hizo que se partiera de la risa.

—Eres de lo que no hay, Colin, de lo que no hay...

—Ven aquí, que te voy a demostrar lo que hay y lo que no —le dije mientras la cogía y la levantaba en peso, mirándola con amor, con infinito amor.

Esa era la imagen con la que deseaba que se quedara, con una mirada de amor eterno que le hiciera saber que era el objeto de mi adoración y que, por su persona, un Highlander como yo, que me tengo por un hombre de palabra, podría derramar hasta la última gota de su sangre siempre que así ella lo necesitara.

poco. Yo también tenía ganas de descansar, y más con ella, cogidos de la mano y disfrutando de aquellas sensaciones que se intensificaban cuando estábamos juntos.

—Yo me estoy enamorando de todo esto —murmuró tumbada en el suelo con la cabeza apoyada en mi torso, en lo que era uno de sus gestos favoritos. Y no digamos ya míos...

—¿De esto? ¿Podrías llegar a enamorarte de esto? ¿Y de mí no? —La piqué un poco, me encantaba que saltara.

—De ti, me voy a callar, Highlander, que sabéis todos mucho, con razón tenéis la fama que tenéis.

—¿Y cuál es esa fama? Si puede saberse, claro —la provoqué.

—Pues fama de rompecorazones, esa es la que tenéis...

—Yo no podría nunca romperte el corazón, ¿me estás oyendo? —le advertí.

—Pues mira que ya me lo rompiste una vez, ¿o hace falta que te lo recuerde?

—Esa fue una cagada que no se repetirá y lo sabes. —Le revolví el pelo.

—No sé por qué me gustas tanto —suspiró sincerándose y a mí me dejó con la mejor de las sonrisas.

—Porque soy único e incomparable y porque sabes que nunca, nunca, nadie te mirará como yo te miro, pequeña, por eso —le confesé mientras me la comía a besos.

—¿Y cómo me miras tú? —Quiso saber con los brazos en jarra.

Era momento de hacerla reír y no dudé en ponerme bizco, cosa que hizo que se partiera de la risa.

—Eres de lo que no hay, Colin, de lo que no hay...

—Ven aquí, que te voy a demostrar lo que hay y lo que no —le dije mientras la cogía y la levantaba en peso, mirándola con amor, con infinito amor.

Esa era la imagen con la que deseaba que se quedara, con una mirada de amor eterno que le hiciera saber que era el objeto de mi adoración y que, por su persona, un Highlander como yo, que me tengo por un hombre de palabra, podría derramar hasta la última gota de su sangre siempre que así ella lo necesitara.

Capítulo 47



Colin

El día amaneció nublado, algo que no fue obstáculo alguno para proponerle a Logan que fuéramos con las chicas a Glasgow, a sabiendas de que hacer compras por allí las volvería locas.

Todo lo que supusiera verlas contentas era como un regalo para nosotros, por lo que les comunicamos nuestra intención durante el desayuno.

—Sí, que seguro luego el día abrirá y nos podremos tirar mil fotos —le comentó Carol a Kenzie.

—No sé yo si abrirá, te lo digo, porque hay tanta niebla que parece que nos acecha el primo hermano de Drácula —le contestó ella mientras miraba hacia el cielo.

—Carol tiene razón, el día abrirá y seguro que disfrutamos a tope, ¿es que no tienes interés en ir a Glasgow? —le pregunté.

—Sí que lo tiene —respondió Carol por ella lanzándole una mirada incendiaria de esas de «me sigues el rollo o te corto el cuello»—. Lo que sucede es que está un poco mala de la tripa y le da corte confesarlo —me aclaró ella que, como ya he comentado en otras ocasiones, era difícil que mantuviese la boca cerrada.

En ese momento se cambiaron las tornas y entendí que era Kenzie quien la estaba amenazando con la mirada.

—Pero mi vida, si estás algo pachucha, ¿por qué no me lo dices? —le pregunté mientras le hacía una carantoña.

—No te lo dice porque le da corte, por eso no abre el pico, y le da corte porque tiene gases y teme que...

—¡Ya está bien, bocachanca! ¡Que no voy a explotar! Al menos no por los gases, pero que tú me sacas de quicio, ¿quieres dejar de contar mis intimidades? —se quejó ella.

—Es que mi Kenzie es muy finolis y la posibilidad de que se le escape una ventosidad en el coche como que la mata, ¿sabéis? —prosiguió Carol dando los detalles y la que casi muere es ella, porque su amiga la correteó por toda la casa.

Logan y yo no podíamos hacer otra cosa que partirnos de la risa y el caso es que con la carrera a Kenzie se le debieron pasar todos los males, puesto que enseguida ambas estuvieron listas para nuestra visita a Glasgow.

En poco más de una hora ya estábamos allí. Me encantaba que conocieran lugares nuevos y poder enseñarles

todos aquellos que sabía que les gustarían, lo mismo que a Logan, quien seguía a Carol, como siempre, a modo de perrito faldero, haciendo que yo sacara toda mis bromas a pasear.

—Carol, tú no te preocupes a la hora de comprar todo lo que te venga en gana y más, que Logan te hace de perchero humano. Hasta con la boca te llevará las perchas si hace falta —me mofé de él.

—Ya está el gracioso de Colin con sus indirectas—resopló mi amigo.

—¿Indirectas? Si solo me falta lanzarlas en un sobre que lleve tu nombre. Yo las cosas te las digo a la cara, de esc no te puedes quejar.

—Pues no, y la fama de pelotero te la has ganado tú a pulso —le recordaba Carol, que no se callaba ni una.

a—Muy bonito, pues ¿sabes lo que te digo? Que hoy no te llevo las compras, por lista.

—¿No? Pues no te preocupes que echo una visual y salen cien Highlanders que me las llevan, solo tengo que hacer el *casting* —rio ella.

—Bueno, o igual, para no perder la costumbre, te las sigo llevando yo. Más que nada para ahorrarte lo del *casting* tú sabes —corrigió él enseguida, que le podía dar algo solo de pensar que Carol le pudiera sustituir.

Diversión no nos faltaba con ellos, quienes sacaban a menudo las carcajadas de Kenzie y las mías. Ella sonreía mientras miraba con atención los escaparates de una ciudad que está considerada, poco más o menos, como el paraíso de las compras.

Después de hacer un amplio recorrido por sus tiendas, y como era fin de semana, nos encaminamos al mercado de Barras, un pintoresco lugar en el extremo oeste de la ciudad, plagado de originales puestos donde pueden hacerse todo tipo de compras vintage que enamoraron a las chicas a primera vista.

—Me encanta este chaleco —le dijo Kenzie a Carol sobre uno de hilo que le dejó ver una encantadora señora mayor.

—Los hago yo misma, ¿te gustan?

—¿Los teje usted? Ay, por favor, pero si entonces tienen mucho más valor. Yo me llevaría el puesto entero —le contestó porque ella tenía el interior igual de bonito que el exterior, y valoraba mucho el trabajo artesanal y más cuando provenía de una persona mayor.

—El puesto entero igual es excesivo, pero coge los que quieras, te los regalo —le dije mientras la agarraba fuerte por la cintura. Qué feliz me hacía que le saliera esa preciosa sonrisa que le daba ese aire de cría con zapatos nuevos, un aire que me volvía loco.

Las chicas pusieron muy contentas a la señora porque Kenzie se quedó con dos y Carol con otros dos, al igual que Logan, quien no hace falta decir que ponía igualmente el mundo a sus pies.

—Yo te regalo lo que tú quieras, preciosa mía —le decía mientras le daba un beso tras otro, sacando la sonrisa de la señora, que era bastante mayor.

—Estos chicos os quieren, eso se nota. Si fueran dos tunantes, a mí no me la darían, que peino ya muchas canas. Son buenos chicos, lo siento aquí en el corazón —les comentó.

Nos echó un buen capote antes de que siguiéramos recorriendo el llamativo mercado, en el que terminamos por recorrer sus deliciosos puestos de comida y refrigerio, llenándonos el estómago mientras disfrutábamos de un trocito de la gastronomía más típica escocesa.

Como anécdota decir que nos zampamos unos cuantos donuts, pues hacían unos que llamaban a gritos a todo el que pasaba por allí, ya fuese lugareño o turista, y a las chicas les fascinaron. Hasta nos llevamos algunos de vuelta al castillo tras una jornada inolvidable en la que no nos equivocamos al afirmar que el día abriría como lo hizo, lo mismo que se abrieron más nuestros corazones.

La miraba durante la cena cuando ya estábamos en el castillo y solo había en mi mente una idea, que no era otra que la de volver a hacerla mía aquella noche.

El poder que ejercía sobre mí era verdaderamente hechizante, un poder que me llevaba a querer poseerla una y otra vez. Nunca había sentido nada similar por ninguna mujer y yo era el primer asombrado, por lo que no dudé en tocar en la puerta de su dormitorio cuando todos dormían.

Ella salió con ese camisón blanco que le hacía parecer todavía más joven de lo que era y yo deduje que no podría existir mayor pecado capital que el de dejar pasar la oportunidad de disfrutar de una nueva noche con Kenzie.

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso te has vuelto loco? —me preguntó riendo y saliendo al pasillo.

—¿Y acaso tendrías el valor de echarme la culpa si así fuera? No, va a ser que no, va a ser que la culpa es tuya y solo tuya —le dije mientras la cogía en peso y me la echaba sobre el hombro, caminado a paso rápido hasta alcanzar mi propio dormitorio, ese que tanto reclamaba su presencia.

Ella, aunque sin formar demasiado escándalo para no despertar al resto, no paraba de protestar entre risas mientras que pateaba. Era lo más simpático y deseable del mundo, era realmente encantadora.

Llegué a mi dormitorio y sin apenas intercambiar palabra alguna, me eché sobre ella y comencé a besarla, obligándola a que dejase de decir todas esas cosas que solo salían de su boca por hacer el paripé, ya que si algo me decían sus ojos era que me deseaba tanto como yo a ella.

Su juvenil camisón blanco tenía unos botoncitos en la parte delantera que eran una verdadera provocación de la que solo ellos me separaban.

Comencé a quitarlos y puedo jurar y juro que tuve que hacer un gran esfuerzo para no dar un brutal tirón y hacerlos saltar por los aires. Por el contrario, moví mis dedos con delicadeza y mientras realizaba la maniobra, seguí besando esos labios que me sabían tan dulces como la miel, esos gruesos labios que estaban destinados a ser míos.

De nuevo su piel erizada y de nuevo esa alegría que me suponía tenerla entre mis brazos, disfrutando de cada milímetro de toda su piel, esa que me daba vida, esa que me hacía sentir más pleno que nunca.

Mi evidente erección se abrió paso al tiempo que le quitaba su camisón y se quedaba únicamente en braguitas para mí, unas braguitas que, esa vez sí, le quité con los dientes sin llegar a partirlas para no escandalizarla demasiado, pero tirando de ellas para encontrarme con esa zona tan deseada por mí y que era el objeto del mayor de mis

deseos, de un deseo incontrolable que me llevaba a querer poseerla en cualquier momento y en cualquier lugar.

En aquella ocasión le di la vuelta, disfrutando del espectáculo de sus preciosas nalgas, esas que quedaron a la altura de mi cara mientras que ella, curiosa, ladeaba su rostro como queriendo saber qué le haría, de qué forma la llevaría al máximo placer, como era mi costumbre.

Si algo me excitaba era escuchar esos primeros gemidos que, antes incluso de que la tocara, salían de su garganta para convertirse en el mejor de los hilos musicales de un dormitorio que preparé para ella con mimo. A lo que me refiero es a que, mientras que comenzaba a hacerla mía, sus ojos disfrutaban del confort y el romanticismo que le conferían unas velas que encendí estratégicamente en distintos lugares de ese dormitorio.

Pues bien, esos gemidos fueron a más mientras mis manos exploraban su sexo, tocando en esa zona suya del placer que se activaba en cuanto me lo proponía, mientras que con la otra mano me dedicaba a estimularla dando pequeños pellizquitos en sus senos, haciendo que sus gemidos fueran a más y que su mirada de medio lado me anunciara un orgasmo que no tardaría en dar la cara. Y hablando de caras, la suya fue la que dirigí hacia ese espejo que tenía delante de la cama y en el que se vio reflejada, rebosante de excitación...

1

—Si no parezco yo —murmuró mientras su gesto era uno mucho más lujurioso que el de la chica que llegó a ese castillo vendiendo timidez e inocencia.

—Esa eres tú cuando dejas salir a la mujer que llevas dentro —murmuré mientras ella me sonreía al mismo tiempo que comenzó a morderse el labio inferior por la inminencia de ese orgasmo que ya estaba llegando sin poder ser retenido.

Sus mejillas se pusieron rojas, en esa ocasión por el calentón del momento y de nuevo el que yo pensara que ese tono le sentaba tan bien que sería capaz de comérmela entera sobre aquella cama en la que la hice mía en cuanto llegó ese primer alivio, que no habría de ser el último de la noche.

5

Con la increíble visión de su duro trasero, busqué entonces con mi miembro la entrada de su cueva, una que se abrió como una rosa para mí, volviéndome a enseñar ese camino que era el que más me gustaba recorrer en el mundo.

e

La adoraba, adoraba a Kenzie y más me reafirmaba en tal idea cuando comprendía que nadie como ella para sacar de mí lo mejor que llevaba dentro. Con ella estaba aprendiendo a amar y eso lo supe porque no era sexo lo que practicábamos sobre esa cama, sino un amor que me llevaba a querer elevarla a lo más alto, a hacerla disfrutar de un modo irrefrenable que le hiciera pensar que nadie, absolutamente nadie, podría hacerla gozar como yo.

Sus gemidos así me lo confirmaron y hasta entonces no me quedé tranquilo. Ella estaba desarrollando una gran capacidad para experimentar un orgasmo detrás de otro y yo... Yo aguantaba lo que fuera con tal de que disfrutara como su cara, reflejada en ese espejo, me contó aquella noche que lo hacía.

:

1

deseos, de un deseo incontrolable que me llevaba a querer poseerla en cualquier momento y en cualquier lugar.

En aquella ocasión le di la vuelta, disfrutando del espectáculo de sus preciosas nalgas, esas que quedaron a la altura de mi cara mientras que ella, curiosa,ladeaba su rostro como queriendo saber qué le haría, de qué forma la llevaría al máximo placer, como era mi costumbre.

Si algo me excitaba era escuchar esos primeros gemidos que, antes incluso de que la tocase, salían de su garganta para convertirse en el mejor de los hilos musicales de un dormitorio que preparé para ella con mimo. A lo que me refiero es a que, mientras que comenzaba a hacerla mía, sus ojos disfrutaban del confort y el romanticismo que le conferían unas velas que encendí estratégicamente en distintos lugares de ese dormitorio.

Pues bien, esos gemidos fueron a más mientras mis manos exploraban su sexo, tocando en esa zona suya del placer que se activaba en cuanto me lo proponía, mientras que con la otra mano me dedicaba a estimularla dando pequeños pellizquitos en sus senos, haciendo que sus gemidos fueran a más y que su mirada de medio lado me anunciara un orgasmo que no tardaría en dar la cara. Y hablando de caras, la suya fue la que dirigí hacia ese espejo que tenía delante de la cama y en el que se vio reflejada, rebosante de excitación...

—Si no parezco yo —murmuró mientras su gesto era uno mucho más lujurioso que el de la chica que llegó a ese castillo vendiendo timidez e inocencia.

—Esa eres tú cuando dejas salir a la mujer que llevas dentro —murmuré mientras ella me sonreía al mismo tiempo que comenzó a morderse el labio inferior por la inminencia de ese orgasmo que ya estaba llegando sin poder ser retenido.

Sus mejillas se pusieron rojas, en esa ocasión por el calentón del momento y de nuevo el que yo pensara que ese tono le sentaba tan bien que sería capaz de comérmela entera sobre aquella cama en la que la hice mía en cuanto le llegó ese primer alivio, que no habría de ser el último de la noche.

Con la increíble visión de su duro trasero, busqué entonces con mi miembro la entrada de su cueva, una que se abrió como una rosa para mí, volviéndome a enseñar ese camino que era el que más me gustaba recorrer en el mundo.

La adoraba, adoraba a Kenzie y más me reafirmaba en tal idea cuando comprendía que nadie como ella para sacar de mí lo mejor que llevaba dentro. Con ella estaba aprendiendo a amar y eso lo supe porque no era sexo lo que practicábamos sobre esa cama, sino un amor que me llevaba a querer elevarla a lo más alto, a hacerla disfrutar de un modo irrefrenable que le hiciera pensar que nadie, absolutamente nadie, podría hacerla gozar como yo.

Sus gemidos así me lo confirmaron y hasta entonces no me quedé tranquilo. Ella estaba desarrollando una gran capacidad para experimentar un orgasmo detrás de otro y yo... Yo aguantaba lo que fuera con tal de que disfrutara como su cara, reflejada en ese espejo, me contó aquella noche que lo hacía.

Capítulo 48



Colin

Un año después...

La miré sonriendo y recordando el día que acabamos los tres meses en el castillo y, después de mucho hablarlo con ella y convencerla, aceptó para que fuera de los dos y en el que le propuse comenzar a trabajar en el hotel.

Ni qué decir de esa noche en la que hice que todos los empleados, además de Logan y Carol, le hicieran un pasillo por el que pasó sin entender nada y con mi padre a mi lado, le pedí que se convirtiera en mi mujer, en la futura madre de mis hijos y en la persona que sería cuidada por mí hasta el final de mis días. Lo que lloró y se emocionó no tuvo precio.

Volvió a confiar en mí a pesar de todos sus miedos, a pesar de saber que un día le fallé y no le conté la verdad de lo que alborotaba mi vida, pero ella volvió a ser la de antes, bueno, no, logró ser una mujer más segura y feliz.

Kenzie contó con el apoyo de sus padres para no abandonar el castillo mientras nos encargábamos de convertirlo en un hotel y así podríamos ir preparando todo para nuestro enlace que se celebraría antes de su inauguración como tal, así como también apoyaron que Carol se quedara con nosotros durante todo ese tiempo sin que no nos preocupásemos por la guardería, ya que rápidamente habían contratado personas para sustituirlas.

Tanto Logan como yo nos encargamos de gestionar nuestra empresa desde Escocia, por ahora lo llevábamos muy bien y la verdad es que funcionaba perfectamente desde la distancia.

Mi amigo estaba viviendo una preciosa historia con Carol, eso sí, no cambiaban ni lo más mínimo y de vez en cuando montaban cada numerito que ponían la casa patas arriba constantemente, pero todos los conocíamos y no les hacíamos ni el menor de los casos, todo lo contrario, nos reíamos y disfrutábamos con ellos y sus cosas, era otra manera de vivir el amor y la que los hacía inmensamente feliz.

Moir se fue a la casa nueva con mi padre, esa que llenaban de amor y cariño, ella también se merecía ser feliz y no estar solo en una cocina para tantas personas, sino con el hombre que amaba.

En el castillo a cargo de la cocina se quedó Kiara, como siempre, las chicas la ayudaban en todo y se pasaban largos ratos en la cocina por las mañanas, momento que aprovechábamos para avanzar en las obras del hotel que fuimos controlando y llevando por zonas para no vernos saturados.

El sótano donde estaban las mazmorras fue el primer lugar que quise arreglar como cámara frigorífica para la cocina y zona de almacenamiento de comida y de lavandería. No quería que quedara ni rastro del lugar que un día vio entristecer a mi futura esposa, esa que amaba por encima de todo e incluso de todos.

Llegaron las navidades y tuvimos la suerte de reunirnos todos, mi padre regresó con Moira esos días al castillo y los padres y hermana de Kenzie vinieron a estar con nosotros y pasar las primeras fiestas en familia, así era como ya nos sentíamos todos.

Después de las navidades, las chicas comenzaron a preparar el tema de la boda, incluido el vestido de Kenzie, ese que llevaban como el mayor de los secretos y que hacía que mi prometida estuviera de lo más ilusionada y viviendo cada momento antes de llegar al día en que por fin nos diéramos el «sí, quiero», ese que estaba seguro de que sería para toda la vida.

No me podía sentir más feliz y pleno por todo lo bonito que estábamos viviendo y dejando atrás ese mal comienzo y los malos momentos que vivimos después sin quererlo, pero que pasaron, esos que ahora nos hacían más fuertes ya se sabe que del dolor y de los palos se aprende.

Faltaban muy pocos días para la boda y habíamos pensado Logan y yo en sorprenderlas con una cena en la zona confort, por lo que nos pasamos el día preparando el sitio sin que ellas lo supieran.

Nos quedó divertido a la par que romántico, pero es lo que nos apetecía, hacer de esa velada algo desenfadado y en la que reírnos fuera nuestra prioridad.

Fuimos a avisarlas de que se preparasen ya que había sorpresa y ellas se emocionaron muchísimo, les encantaba sorprenderse con las cosas que se nos iban ocurriendo para complacerlas y hacerlas felices.

Cuando vieron cómo habíamos preparado el lugar, además que se escuchaba música de los ochenta, no dudaron en brindar con la primera de las muchas cervezas que tomaríamos esa noche y, como no, pronto Logan y Carol se encargaron de liarla subiéndose a la barra a bailar a ritmo Abba.

Kenzie me miró y me hizo un gesto con la cabeza para que también nos subiéramos a bailar con ellos y no lo dudé ni un momento.

Me buscaba con esos movimientos mientras sonaba esa canción tan conocida de ellos como era *Dancing Queen*. Todo parecía más especial a ese ritmo en el que los cuatro nos dejamos la vida cantando.

Detrás de esa canción vinieron muchas otras, fue una velada para no olvidar, una de esas que anunciaban que faltaba poco para ese momento que tanto deseábamos, el de darnos el «sí, quiero» en un día que para nosotros sería especial y marcaría el comienzo de una vida en común que de alguna forma empezó cuando ella me perdonó por todo lo sucedido.

La amé esa noche cuando nos quedamos a solas y los chicos se marcharon más que entonados a su habitación. Hacerlo con ella era el mejor cierre de una noche en la que disfrutamos como si de una despedida de solteros se tratase.

El amor vino a mi vida de la mano de mi abuelo, ese que esperaba que estuviera feliz desde ahí arriba mirándonos y sabiendo que consiguió su objetivo...

2

3

4

5

6

7

8

Capítulo 49



Kenzie

El gran día...

No podía estar más feliz, y más nerviosa al mismo tiempo.

Edimburgo no solo fue el lugar en el que nací, también en el que pasé los mejores años de mi infancia entre los muros de un castillo donde, años después de haberlo dejado, me enamoré perdidamente.

El verano en el que todo cambió, ese que el señor Arthur quiso que su nieto Colin y yo compartiéramos, el que empezó con una guerra entre ambos y, tras la peor pesadilla que jamás pensé vivir, acabó llevándonos a este momento.

El día de nuestra boda.

¿Quién lo hubiera imaginado cuando no éramos más que un par de niños creciendo juntos entre los muros del castillo que ahora compartíamos?

Porque sí, finalmente el señor Arthur se salió con la suya, al igual que su nieto puesto que a cabezón no le ganaba nadie, y el castillo lo heredamos los dos.

Durante ese último año nos encargamos de todo para convertirlo en un hotel, el sueño de Colin, y una idea que me pareció simplemente perfecta.

Había habitaciones más que de sobra, por no hablar de los caballos que Nolan dejó en los establos y que estábamos convencidos de que harían las delicias de nuestros huéspedes.

Las mazmorras desaparecieron, convirtiéndose en la zona de lavandería y despensa de alimentos, algo que agradecí puesto que no quería tener aquel lugar como recuerdo de lo vivido.

Y hablando de Nolan, finalmente tras los tres meses de verano se mudó a su nueva casa con Moira, y no en calidad de cocinera, sino como la mujer que era su pareja desde hacía algunos años y nadie supo de ese gran secreto que ambos guardaban.

El resto de los empleados, así como varios más que ya estaban contratados a espera que inauguráramos el hotel, seguirían trabajando en el castillo tal como Colin siempre dijo.

—Toc, toc, toc. ¿Se puede? Adelante, querida amiga —dijo Carol respondiéndose a sí misma—. Por favor, pero ¡qué guapa y sexy estás! Nena, tu marido va a tener el *kilt* en plan tienda de campaña todo el día.

—¡Carol! —protesté con los ojos muy abiertos, y poco después apareció Tara por la puerta del baño.

—Uy, que está aquí la peque. Qué despiste el mío. —Carol se encogió de hombros.

—No soy una niña, Kenzie. —Mi hermana volteó los ojos—. Sé lo que les pasa a los chicos cuando les gusta una chica.

—Por favor, que solo tienes diecisiete años.

—¿Y?

—¿Ya no eres...? Quiero decir —Carraspeé—. ¿Tienes novio, Tara?

—No, pero me gusta un chico. Solo que, bueno, soy algo joven para él.

—Te gusta Rian —dijo Carol y la fulminé con la mirada.

Hacía un tiempo que habíamos visto que entre mi hermana y el cuidador de los establos había una conexión, que ambos se gustaban, y prometimos no decir nada si ella no se sinceraba.

—Sí —suspiró —pero tiene nueve años más que yo, así que... No tengo nada que hacer.

—Tu hermana pensó que tampoco tenía nada que hacer con Colin y mírala, a punto de casarse —rio Carol.

—¿Cómo van mis chicas? —Mi padre entró sin siquiera llamar a la puerta, y al verme, se quedó sin habla—. Cariño, estás preciosa.

—Gracias, papá —sonreí.

—Ya están todos preparados. ¿Tú lo estás?

—Sí.

—Pues vamos.

—Nosotras vamos a encargarnos de que la música suene justo a tiempo —comentó Carol cogiendo a mi hermana del brazo.

—El jardín ha quedado precioso —dijo mi padre cuando nos quedamos a solas—. Y tú estás radiante. A la abuela y al señor Arthur les habría encantado vivir este momento.

—Ojalá estuvieran aquí —respondí emocionada y con la voz algo entrecortada.

—Están, cariño. —Me besó en la frente—. Están aquí —dijo con la mano sobre mi corazón, y asentí.

Me agarré a su brazo y comenzamos a bajar las escaleras. Seguía sin poder creerme que aquel día hubiera llegado al fin.

—¿Lista? —preguntó antes de salir al porche.

—Lista —sonreí.

Abrió la puerta y en el momento en el que nos vieron, los primos de Arlene empezaron a tocar el tema de la película *Braveheart*, «For the Love of a Princess», ese que Carol dijo que era perfecto para mi boda con un auténtico Highlander.

Caminamos por aquella alfombra blanca que iba desde la puerta del porche hasta el arco rodeado de flores en el que me esperaba Colin, ese que, al verme, abrió los ojos sorprendido.

Sonreí a sabiendas de que mi vestido le sorprendería, puesto que pensaba que sería el típico blanco de cualquier novia, solo que no era así.

Tenía el corpiño de cuadros azul marino y azul claro, haciendo juego con su *kilt*, la falda sí era blanca y del corpiño salía más tela de cuadros que hacía de cola de mi vestido.

Me había recogido el cabello en un moño trenzado y tenía algunas flores entrelazadas en ellas.

Él estaba tan guapo con su traje típico escocés, que sonreí al recordar el día que los vimos a él y a Logan en el porche aparecer así.

A su lado, Logan, Evan, Kyle y Rian, todos con sus trajes de escoceses.

Y justo donde yo debía situarme, esperaban mis damas de honor vestidas de azul claro, Carol, mi hermana, Arlene y Kiara.

Y es que, para nosotros, los empleados del castillo eran parte de la familia.

—Colin —dijo mi padre cuando llegamos—. Te llevas uno de mis tesoros, espero que lo cuides.

—Siempre, Alan, siempre cuidaré de ella —le aseguró cogiéndome la mano y cuando mi padre se retiró, la acercó a sus labios para besarla—. Estás preciosa.

—Y tú muy guapo. ¿Me enseñarás luego qué llevas debajo del *kilt*? —le pregunté en un susurro.

—¿Antes o durante nuestra noche de bodas?

—Tengo algunos recuerdos de cierto establo...

—Si están listos, podemos empezar —dijo el oficiante, le miramos y con una sonrisa, ambos asentimos.

Durante la ceremonia no faltaron las lágrimas de mi madre y de Moira, esa mujer que ya era como una segunda

madre para mí, al igual que para Colin.

Incluso Carol, con lo dura que siempre se mostraba, estaba secándose los ojos con un pañuelo que le había dado mi madre.

En cuanto el oficiante nos declaró marido y mujer, Colin me rodeó con el brazo por la cintura y me atrajo hasta su cuerpo, haciendo que un leve gemido se escapara de mis labios por el impacto.

—Mía —dijo con los ojos fijos en mí, esos que se habían vuelto más oscuros—. Mi esposa ahora, y siempre.

Sus labios impactaron contra los míos en un beso cargado de lujuria y promesas de lo que pasaría en nuestra noche de bodas, a pesar de que no había una sola noche en la que no dejáramos que nuestros cuerpos se amasen.

Entre vítores y aplausos caminamos por la alfombra ya convertidos en marido y mujer, llegamos hasta uno de los camareros que serviría el cáterin y nos entregó una copa de champán a cada uno, mientras nuestros familiares y amigos cogían otra.

—Estamos muy agradecidos de que nos acompañéis hoy —dijo Colin, aún con uno de sus brazos rodeándome por la cintura—. Cuando volví a reencontrarme con Kenzie, después de catorce años, sentí algo que no podía entender, y entonces te perdí —me miró y sonreí levemente, recordando aquel capítulo negro de nuestras vidas—. Me dije a mí mismo que no pararía hasta recuperarte, porque te habías colado en mi corazón. Y créeme, lo hiciste del mismo modo que cuando no eras más que una niña que me observaba mientras estudiaba. A veces pienso que mi abuelo vio algo más que a dos niños jugando, riendo o siendo cómplices entre los muros del castillo que los vi crecer, y por eso quiso que volvieras al lugar al que siempre perteneciste. Te perdí una vez, pero no volveré a perderte, Kenzie Sinclair.

Me besó ante todos y cuando se apartó levantando la copa para el brindis, sentí unas enormes ganas de llorar al escucharle llamarme así.

—Ahora, si nos disculpáis, mientras vosotros tomáis unos aperitivos, voy a darle un regalo de bodas a mi esposa.

Fruncí el ceño, le miré y él me hizo un guiño.

Acabamos en los establos, pensé que el regalo consistiría en una nueva montura, o una yegua, algo así, pero no, mi marido me había llevado allí con otras intenciones...

—¿En serio? —pregunté muerta de risa al ver que entrábamos en uno de esos recintos llenos de paja.

—¿No querías descubrir lo que hay debajo del *kilt*? —Arqueó la ceja— Pensé que era mejor no hacerte esperar.

Comenzó a besarme, a tocarme en ese lugar que sólo él sabía cómo hacer que se encendiera como una hoguera, me penetró con dos dedos y después hundió el rostro entre mis piernas, dejando la cabeza debajo de la falda de mi vestido.

Me llevó al límite, a gritar a todo pulmón aquel primer orgasmo, hasta que se apartó y le vi levantarse el *kilt*.

—¿Eso es lo que lleváis debajo? —pregunté al ver su bóxer azul marino— Qué decepción —resoplé dejándome caer.

—Antiguamente no llevaban nada, o eso decía el abuelo —rio—. Pero, como comprenderás, si los hombres de hoy en día fueran con todo al aire bajo el *kilt*, al ver a sus flamantes e irresistibles esposas, irían todo el día con la tienda de campaña.

l —Eso ha sonado muy Carol —reí.

—Es lo que le dijo a Logan cuando le vio vestido antes.

—Deberíamos regresar —dije acariciándole la mejilla.

—Y lo haremos, cuando te oiga gritar y gemir después de dos orgasmos más.

Y cumplió su palabra. Mi marido me hizo suya en aquel montón de paja, hasta conseguir que tuviera dos orgasmos más.

r

.

o

i

—Antiguamente no llevaban nada, o eso decía el abuelo —rio—. Pero, como comprenderás, si los hombres de hoy en día fueran con todo al aire bajo el *kilt*, al ver a sus flamantes e irresistibles esposas, irían todo el día con la tienda de campaña.

—Eso ha sonado muy Carol —reí.

—Es lo que le dijo a Logan cuando le vio vestido antes.

—Deberíamos regresar —dije acariciándole la mejilla.

—Y lo haremos, cuando te oiga gritar y gemir después de dos orgasmos más.

Y cumplió su palabra. Mi marido me hizo suya en aquel montón de paja, hasta conseguir que tuviera dos orgasmos más.

Epílogo



Seis años después...

La vida junto a Colin no podía haberme ido mejor.

En esos seis años que llevábamos casados, habíamos inaugurado el hotel donde no había una sola semana que no estuviera completo.

Las reservas para las épocas de verano y Navidad eran las que más solicitadas estaban, y en cuanto una habitación quedaba libre, enseguida era ocupada por otros huéspedes.

Y nosotros, como cada año, pasábamos una temporada navideña más en aquel lugar donde todo empezó.

Lo hacíamos con nuestra familia, con nuestros hijos Arthur y Bridget, cinco y tres años, quienes eran una mezcla perfecta de ambos.

Arthur era rubio como yo y con los ojos azules de su padre, mientras que Bridget tenía el cabello castaño de Colin y el verde de mis ojos.

Según Carol, mi hijo sería todo un rompecorazones cuando fuera mayor, mientras que Logan aseguraba que sería Bridget quien partiría los corazones de más de un pobre incauto.

Ellos también se casaron un año después que nosotros, y su primer hijo, Kirk, fue testigo de esa unión, puesto que para cuando me casé mi mejor amiga estaba embarazada y no había querido contar nada hasta que regresamos de la luna de miel, esa donde Colin me llevó a una playa de Grecia a disfrutar del sol durante un mes entero.

Kirk tenía la misma edad que mi hijo Arthur, apenas era unos meses mayor, y las dos sabíamos que ese par serían un peligro cuando estuvieran juntos de mayores.

Donovan fue el segundo en llegar a sus vidas, tenía tres años al igual que Bridget y dadas las coincidencias, todo el mundo pensó que nuestros maridos competían para ver quién dejaba embarazada antes a su esposa.

Solo que ellos hacía un año que habían tenido al pequeño Cameron, mientras que nosotros decidimos que, con la parejita, era suficiente.

—Es que me quedo sin niña —dijo Carol una vez más mientras empujaba la sillita de Cameron por entre los puestos del mercado navideño que cada año ponían en el *Princes Street Garden*.

—Bueno, mujer, seguro que a la cuarta... —reí.

—¿A la cuarta? No paso yo por eso una vez más, ni puesta de epidural hasta las cejas —resopló.

No era de extrañar, la pobre había tenido tres partos largos y complicados, sobre todo el de Cameron, quien llegaba de nalgas y se las hizo pasar realmente mal.

Colin llevaba a mis hijos de la mano, al igual que Logan llevaba a Kirk y Donovan, mientras Rian cargaba con la princesa de la casa, Molly, en su pecho.

Cierto, olvidaba contaros sobre el resto de la familia.

Empezaré por Nolan y Moira.

Eran unos abuelos magníficos que querían a mis hijos, así como a los demás niños, y los malcriaban que daba gusto cuando pasábamos las fiestas con ellos en Edimburgo.

Mis padres disfrutaban de esos viajes rememorando su juventud y los años de mi infancia allí, se les iluminaba la cara y también adoraban a todos los niños de la familia.

Mi hermana Tara nos dio la sorpresa de que había empezado a tener algo con Rian cuando tenía dieciocho años, aún era joven para él que tenía veintisiete, pero les demostró a mis padres que la quería y que le era fiel, esperando con ansia e ilusión su llegada en verano y Navidad.

Cuando cumplió los veinte, Tara decidió seguir su carrera de empresariales (al final se decantó por esa carrera, en lugar de enfermería) en Escocia, por lo que se instaló con Rian de manera definitiva y durante las vacaciones, trabajaba en el hotel, lugar en el que tanto Colin como yo queríamos que trabajase encargándose de todo mientras nosotros estábamos en Los Ángeles.

Se casaron cuando mi hermana tenía veintiún años, ambos dijeron que no querían esperar más y que su amor sería para siempre, como el que teníamos Colin y yo, por lo que nadie se opuso a esa unión.

Hacía solo seis meses que Molly llegó a la familia, y estábamos todos la mar de felices.

Kiara y Kyle finalmente también tuvieron su felices para siempre, y es que, aunque a él le costó reconocerlo, quería a esa chiquilla para él y solo para él. Llevaban cuatro años casados y tenían una hija, Sally, de tres años.

Para sorpresa de todos, Evan y Arlene también acabaron juntos, algo que incluso a ellos le pilló por sorpresa. Pero tras la boda de Kyle y Kiara, y algunas copas de más... llegó Samantha nueve meses después.

Cuando supieron que estaban embarazados, dado que se habían acostado tras algunas muestras de que entre ellos saltaban chispas sin que querían reconocerlo, decidieron darle una oportunidad a ese amor que parecía haber llamado a su puerta.

Y ahí estábamos todos, paseando por el mercado navideño disfrutando de los villancicos y el chocolate caliente, así como de los dulces típicos.

Los niños subieron a los cochecitos que habían puesto para deleite de cada uno, y sus padres los acompañaban

sosteniéndolos en el tiovivo.

—No me digáis que no es sexy ver a vuestros marido así, en el papel de padre —dijo Carol.

—Creo que tu cuarto hijo está más cerca de lo que crees —comentó Kiara.

—¿Qué? No, no, a Logan lo tengo amenazadito. O se corta el pajarito, o no me toca nunca más en la vida.

—En cuanto regresemos al hotel y se queden tus padres con los niños, está empotrándola en la puerta —rio Arlene.

—¿Y si apostamos a cuándo nacerá el pequeño Logan? —propuso mi hermana.

—¿Estás de coña, Tara? —gritó Carol— Olvídate de un cuarto hijo, porque no ¿eh?

—Veamos, estamos en diciembre. —Empezó a echar cuentas Arlene—. Nueve meses sería septiembre. Umm, entre finales de septiembre y primeros de octubre, tenemos bebé nuevo en la familia.

—Ay, Dios, me estáis poniendo mala.

Mientras ella iba a sentarse con mis padres, Nolan y Moira, nosotras esperamos a nuestros maridos y los niños que bajaban del tiovivo en ese momento.

—¿Qué le pasa a Carol? —me preguntó Colin rodeándome por la cintura y besándome en la mejilla mientras los demás se adelantaban.

—Hemos apostado a que esta noche se queda embarazada del pequeño Logan, que nacerá a finales de septiembre o primeros de octubre —sonreí.

^l —A Carol le da un infarto si tiene otro hijo —rio y asentí—. ¿Les has dicho ya que vamos a ser papás de nuevo?

—No, quiero esperar a la mañana de Navidad. —Me abracé a él—. Tengo unas pequeñas cajitas con ecografías para dárselas a cada pareja a modo de regalo sorpresa.

—Lo que no se le ocurra a la reina de mi castillo... —sonrió.

, Así me sentía, la reina de su castillo, de su mundo, y me hacía feliz, infinitamente feliz, ser su reina.

sosteniéndolos en el tiovivo.

—No me digáis que no es sexy ver a vuestros marido así, en el papel de padre —dijo Carol.

—Creo que tu cuarto hijo está más cerca de lo que crees —comentó Kiara.

—¿Qué? No, no, a Logan lo tengo amenazadito. O se corta el pajarito, o no me toca nunca más en la vida.

—En cuanto regresemos al hotel y se queden tus padres con los niños, está empotrándola en la puerta —rio Arlene.

—¿Y si apostamos a cuándo nacerá el pequeño Logan? —propuso mi hermana.

—¿Estás de coña, Tara? —gritó Carol— Olvídate de un cuarto hijo, porque no ¿eh?

—Veamos, estamos en diciembre. —Empezó a echar cuentas Arlene—. Nueve meses sería septiembre. Umm, entre finales de septiembre y primeros de octubre, tenemos bebé nuevo en la familia.

—Ay, Dios, me estáis poniendo mala.

Mientras ella iba a sentarse con mis padres, Nolan y Moira, nosotras esperamos a nuestros maridos y los niños que bajaban del tiovivo en ese momento.

—¿Qué le pasa a Carol? —me preguntó Colin rodeándome por la cintura y besándome en la mejilla mientras los demás se adelantaban.

—Hemos apostado a que esta noche se queda embarazada del pequeño Logan, que nacerá a finales de septiembre o primeros de octubre —sonreí.

—A Carol le da un infarto si tiene otro hijo —rio y asentí—. ¿Les has dicho ya que vamos a ser papás de nuevo?

—No, quiero esperar a la mañana de Navidad. —Me abracé a él—. Tengo unas pequeñas cajitas con ecografías para dárselas a cada pareja a modo de regalo sorpresa.

—Lo que no se le ocurra a la reina de mi castillo... —sonrió.

Así me sentía, la reina de su castillo, de su mundo, y me hacía feliz, infinitamente feliz, ser su reina.

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker

Twitter: @ChicasTribu

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker

Twitter: @ChicasTribu